



Isaac Asimov

Historia
Universal

La formación de América del Norte



se

La serie informalmente titulada *Historia Universal Asimov* reúne las obras dedicadas por el gran novelista y divulgador científico a la evolución política, cultural y material de la humanidad.

La formación de América del Norte —Desde los tiempos primitivos hasta 1763—, primero de los cuatro volúmenes dedicados específicamente a este territorio, estudia las distintas culturas precolombinas que lo ocuparon, los diversos descubrimientos llevados a cabo en este nuevo mundo por los exploradores europeos y, por último, la colonización del mismo hasta las vísperas de la guerra de independencia estadounidense.



Isaac Asimov

La formación de América del Norte

Historia Universal Asimov 11

ePub r1.2

Titivillus 17.06.16

Título original: *The Shaping of North America. From Earliest Times to 1763*

Isaac Asimov, 1973

Traducción: Néstor A. Míguez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.0



A Les y Chaucy Bennetts,
Por su cálida hospitalidad y amistad.

1. Antes De Colón

Los indios.

La humanidad, muy probablemente, tuvo su origen en África. Los más antiguos rastros de «homínidos» (seres que se asemejan al hombre en sus características más que cualquier otra forma de vida) han sido hallados en África. Los más cercanos parientes del hombre en el reino animal, el chimpancé y el gorila, sólo se encuentran aún en África, excepto casos individuales que han sido llevados a otras partes por mediación humana.

Durante el par de millones de años de existencia de los homínidos, éstos se expandieron por ámbitos cada vez mayores, pero siempre estuvieron limitados a regiones que podían alcanzar sin atravesar una gran masa de agua. Todos los fósiles de los primeros homínidos que son distintivamente más primitivos que el hombre moderno sólo se han encontrado en África, Europa y Asia, las tres masas terrestres contiguas que constituyen lo que a veces recibe el nombre de la Isla del Mundo. También pueden hallarse vestigios en las islas situadas frente a las costas de esos continentes.

Todavía hace veinticinco mil años, cuando todos los homínidos primitivos habían desaparecido y sólo existía una especie, el *Homo sapiens*, u hombre moderno, la humanidad aún se hallaba confinada a la Isla del Mundo. Los continentes americanos, aislados, más allá del Atlántico, de una parte de la Isla del Mundo y, más allá del Pacífico, de la otra parte, aún estaban vacíos de hombres. Ningún vestigio de homínidos más primitivos que el hombre se ha encontrado nunca en ninguna parte de las Américas.

Pero hay un lugar en el que los continentes americanos se acercan a la Isla del Mundo, y ese lugar es la región del extremo septentrional del Pacífico. Allí la punta noroccidental de América del Norte y la punta nororiental de Asia se acercan y están a corta distancia una de otra. Los dos continentes están separados hoy por un estrecho que no tiene más de 90 kilómetros de ancho; también hay, a mitad de camino, un par de islas pequeñas.

Ha habido tiempos en que el estrecho era aun menor. A lo largo de toda la historia de los homínidos ha habido una sucesión de períodos glaciales durante los cuales las regiones polares de la Tierra estuvieron cubiertas por vastos casquetes de hielo que se extendían sobre miles de kilómetros desde los polos en todas las direcciones. Durante esos períodos, era tanta la cantidad de agua del planeta acumulada en grandes masas de hielo que cubrían las superficies terrestres que el nivel del océano descendió considerablemente.

A medida que el nivel del océano descendió, el estrecho entre Asia y América del Norte se hizo menor y, finalmente, desapareció, dejando un puente de tierra entre los continentes.

El último período de glaciación se extendió desde unos treinta mil años hasta hace unos diez mil años. En su punto culminante, el nivel del océano descendió hasta dejar un puente terrestre de 2.100 kilómetros entre Asia y Norteamérica. Cuando los glaciares empezaron a retirarse, el nivel del océano empezó a elevarse; pero los continentes no se separaron completamente, quizá, hasta alrededor del 7000 a. C.

Durante la última glaciación, el *Homo sapiens* fue el homínido dominante, probablemente el único que quedaba, y ciertamente superaba en número a todos los homínidos que existieron en cualquier glaciación anterior. Por primera vez, quizá, los homínidos penetraron en los tramos nororientales de Asia.

Las glaciaciones fueron más extensas en el lado atlántico del Polo Norte que en el lado del Pacífico. La Siberia nororiental y Alaska estuvieron relativamente libres de hielos. El clima no era en modo alguno agradable, pero pequeñas bandas de hombres podían mantenerse como cazadores de mamuts y otros grandes animales de la época.

Luego, tal vez alrededor del 25000 a. C., algún grupo cazador que seguía las pistas de los mamuts se abrió camino por el estrecho. En realidad, es difícil saber el momento exacto en que esto ocurrió o conocer los detalles del suceso, a causa de los pocos vestigios que dejaron los primeros inmigrantes. Casi no hay restos de esqueletos: hasta ahora, sólo se han hallado en los continentes americanos unos veinte cráneos antiguos. La mayor parte de los datos concernientes a la población primitiva son antiguas cabezas de flecha de piedra y otras reliquias de este género. Y quizá los más antiguos y mejores elementos de juicio se hallan ahora bajo el agua, enterrados cuando el nivel del océano se elevó al fundirse los glaciares.

Otros grupos de caza siguieron al primero. Los que entraron en Alaska se dirigieron al Sur y al Sudeste, siempre en busca de más y mejor caza. Grupos adicionales siguieron sus huellas, mientras permaneció abierto el puente terrestre entre los continentes. Durante miles de años, los cazadores se expandieron y, hacia el 8000 a. C., cuando los glaciares iniciaron su última retirada, el hombre se había abierto camino por todos los rincones apropiados de los continentes americanos, desde el Polo Norte hasta el Polo Sur.

Esos primeros habitantes de las Américas presentan ciertas semejanzas con los habitantes de Asia Oriental, a juzgar por sus actuales descendientes de ambos continentes. Pero la semejanza no es completa. Los americanos originales (a quienes llamamos «indios» por razones que explicaremos más adelante) no tienen la forma de párpados o el rostro más bien plano de los asiáticos orientales. Los indios tienen narices prominentes y su piel parece, en general, más rojiza que la de los asiáticos orientales, más bien cetrinos^[1].

Por la época en que los indios se expandieron por las Américas, la agricultura estaba empezando en el sudoeste de Asia y se daban los primeros pasos hacia lo que llamamos «civilización»^[2]. Los habitantes de las Américas, hasta donde llega nuestro conocimiento, estaban aislados de esos procesos. No tuvieron ocasión de comerciar con regiones civilizadas y de aprender de ellas, como los primeros habitantes de Europa occidental, por ejemplo.

Sin embargo, esto no significa que los indios permanecieran sumergidos en las tinieblas. Descubrieron la agricultura de forma independiente. Alrededor del 5000 a. C., los comienzos de la agricultura aparecieron en la tierra que hoy llamamos México; hacia el 3000 a. C., los indios mexicanos habían desarrollado una cultura agrícola completa. Alrededor del 2000 a. C., hicieron su mayor y más importante avance cuando aprendieron a cultivar maíz, que fue luego su alimento vegetal básico. Hacia el 1000 a. C., cultivaban judías.

A medida que la agricultura se desarrolló y la provisión de alimentos se hizo más segura, fue posible apartar energías humanas de la tarea de asegurarse lo esencial para la vida y dedicarlas a esas actividades adicionales que constituyen la civilización. Hacia el 1500 a. C., había templos y ciudades en México.

Y las civilizaciones indias no fueron insignificantes. Cuando en 1519 d. C. los europeos llegaron a México, hallaron que su capital, Tenochtitlan (donde está la actual Ciudad de México), era más grande de lo que eran París o Roma en aquel entonces. Encontraron que los indios mexicanos tenían un calendario mejor que el de los europeos, y también un sistema sanitario público mejor. (Los indios pensaban que los europeos olían mal, y dejaron bien en claro que pensaban así, lo cual, naturalmente, ofendió a los europeos).

La agricultura se expandió desde México y, hacia el 1000 a. C., estaba empezando a penetrar en las regiones que hoy forman parte de los Estados Unidos. Los indios del Valle del Mississippi, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México, crearon aldeas y se acercaron a lo que podríamos llamar civilización. Los más claros rastros que tenemos de ese período primitivo son sus túmulos funerarios. Éstos formaban círculos, elipses, cuadrados, octógonos, etcétera, y a veces tenían 25 metros de alto y cubrían 25 y hasta 50 acres. En ocasiones, los túmulos tenían formas complejas, que representaban claramente a un animal o un ave.

Lamentablemente, hubo un retroceso cultural en tiempos posteriores, quizás a causa de las incesantes guerras tribales que padecían los indios, y cuando los europeos aparecieron en la región, la cultura de los túmulos había desaparecido. En el siglo XIX se pensó que los túmulos correspondían a una cultura de «Constructores de Túmulos» que no estaba relacionada con los indios. Esto dio origen a muchas especulaciones extravagantes sobre inmigraciones pre-indias a América desde Europa, pero todas ellas han sido abandonadas. Parece ahora totalmente seguro que

los Constructores de Túmulos eran indios.

Otro tipo de cultura semejante a una civilización apareció en el actual sudoeste norteamericano. Los indios de esa región construyeron complejos edificios con ladrillos secados al sol. Uno de tales «pueblos», en lo que es ahora Nuevo México, tenía un edificio de cuatro pisos, con 800 habitaciones, y alojaba a 1.200 personas. Fue construido alrededor del año 1000 d. C. y abandonado antes del 1300 d. C., probablemente porque la creciente sequía de la región hacía imposible sustentar a tal concentración de personas.

No obstante, pese a sus elevados niveles de civilización o cercanos a la civilización, los indios no podrían hacer frente a los europeos, quienes tenían mayor unidad cohesiva, un arte de la guerra más desarrollado y, sobre todo, tenían armas de fuego.

Es difícil saber cuántos indios había en las Américas por el tiempo en que llegaron los europeos. Algunas estimaciones hacen elevar el total a 25 millones. De éstos, quizás un millón habitaba al norte del río Grande. (Es revelador de la catástrofe que sufrieron los indios el hecho de que hoy, cinco siglos más tarde, cuando la población total al norte del río Grande es de más de 220 millones, la población india total es de sólo 700.000).

Los griegos y los fenicios.

El verdadero descubrimiento de América se produjo cuando esas primeras bandas de cazadores llegaron de Siberia, hace veinticinco mil años. Pero parece que esto nunca se toma en cuenta. Cuando la gente habla del «descubrimiento de América», invariablemente se quiere significar su descubrimiento por los europeos.

La tentación a hacerlo surge, no sólo de una tendencia natural de la gente a considerar su propia historia como de primera importancia, sino también del hecho de que sólo después del descubrimiento de las Américas por los europeos hubo una historia documentada de estos continentes. Prácticamente no conocemos detalles concernientes a la historia india anterior a la llegada de los europeos, y sin esos detalles es fácil ser bastante injustos como para descartar totalmente la historia india, y con ella a los indios.

Pero aunque restrinjamos el descubrimiento de América a la primera aparición de europeos en su suelo, aún quedan por responder algunas preguntas. ¿Cuándo se produjo esa primera aparición? La respuesta habitual es que se produjo con el viaje del osado navegante Cristóbal Colón, y, ciertamente, desde esa época, los europeos han estado continuamente en las Américas.

Pero ¿hubo viajes antes de Colón? ¿Hubo descubrimientos que han sido

olvidados?

Si nos remontamos hacia atrás en la historia de la civilización, hallamos leyendas que hablan de misteriosas tierras situadas en el lejano Oeste. Es posible imaginar que estas leyendas reflejan brumosos recuerdos de algún desembarco en América. Los antiguos griegos, por ejemplo, ya en época de Hesíodo, que vivió en el siglo VIII a. C., hablaban de las «Islas de los Bienaventurados». Éstas eran descritas como una tierra de Utopía en las lejanas partes occidentales del océano, donde las almas de los héroes vivían eternamente.

Pero, sin duda, los griegos de la época de Hesíodo no pueden haber llegado a América. En verdad, estaban dedicados a aventuras de colonización, mas, para ellos, el horizonte del mundo conocido era el borde oriental del mar Negro, por una parte, y los tramos occidentales del mar Mediterráneo, por la otra.

Seguramente, había hombres que habían llegado mucho más allá del horizonte griego, muchos siglos antes de la época de Hesíodo. Hubo hombres que vivieron a lo largo de las costas atlánticas de Europa y de las costas del Pacífico en China. Pero ellos no cuentan, tampoco, y se ignoran sus descubrimientos de nuevas tierras. Cuando hablamos de un descubrimiento, habitualmente sólo cuentan los miembros de nuestra vieja civilización occidental.

Así, cuando hablamos del descubrimiento del océano Atlántico, no nos referimos a las primeras tribus de hombres que llegaron a la costa de lo que hoy es Francia, España y el África Occidental. Hablamos, en cambio, de barcos de alguna nación civilizada del Mediterráneo oriental que pasaron por primera vez por el estrecho de Gibraltar para entrar en el océano abierto.

De acuerdo con esta línea de razonamiento, el Atlántico fue descubierto, con toda probabilidad, por los fenicios^[3], quienes fueron los más osados marinos del mundo antiguo. En fecha tan temprana como el 1100 a. C., según la tradición, barcos fenicios cruzaron el estrecho y fundaron un puesto comercial en el sitio de la moderna ciudad de Cádiz, ochenta kilómetros más allá.

Los fenicios exploraron las costas atlánticas de Europa y África y, hacia el 900 a. C., quizá llegaron tan al Norte como la isla de Britania. La península de Cornualles y las Islas Scilly, frente a la punta de esta península, quizá hayan sido las «Islas del Estaño» de la Antigüedad, y las fuentes del estaño, tan necesario para la elaboración del bronce.

Abriéndose camino por la costa africana hacia el Sur, los fenicios descubrieron las Islas Canarias, como se las llama ahora, a unos cien kilómetros frente a la costa de lo que es hoy el sur de Marruecos. Fue tal vez la existencia de las islas Canarias de la que oyeron hablar los griegos de tiempos de Hesíodo de un modo vago y brumoso, y quizás ellas dieron origen a la leyenda de las «Islas de los Bienaventurados».

Pero el viaje más notable de los fenicios tuvo lugar en el 600 a. C. Pagada por un

monarca egipcio, una flota fenicia pasó tres años circunnavegando el continente africano. La única noticia que tenemos de este viaje proviene de un historiador griego, Heródoto, quien escribió su obra alrededor del 430 a. C.

Heródoto no creyó el relato de los viajeros fenicios porque éstos afirmaban que, en las regiones meridionales de África, el sol de mediodía aparecía en la región septentrional del cielo. Puesto que el sol de mediodía, cuando es contemplado desde cualquier tierra mediterránea, es visto siempre hacia el Sur, Heródoto pensó que esto debía ser una ley invariable de la naturaleza y afirmó enfáticamente que la historia del viaje fenicio era una fábula.

Pero el extremo meridional de África se halla en la Zona Templada Meridional, y desde allí el sol de mediodía se ve siempre, en verdad, hacia el Norte. La mera circunstancia de que los fenicios describiesen este hecho aparentemente imposible nos dice que realmente llegaron hasta allí, y probablemente circunnavegaron, en efecto, África.

Y puede ser que algunos fenicios hayan hecho algo más sorprendente aun. Se suponía que una vieja inscripción descubierta en Brasil en 1872 estaba escrita en fenicio y hablaba de un barco al que las tempestades habían apartado de su flota, que efectuaba un viaje de circunnavegación. ¿Puede haber ocurrido esto? La distancia entre la parte más occidental de África y la parte más oriental de Brasil es de sólo 2.600 kilómetros: es la parte más estrecha del Atlántico. La inscripción fue rápidamente descartada como un fraude, pero en 1968 Cyrus H. Gordon, de la Universidad Brandeis, afirmó que tal vez fuese genuina.

Si lo es, la inscripción es testimonio del primer descubrimiento de las Américas por hombres civilizados del Cercano Oriente, dos mil años antes de Colón. Pero el descubrimiento fue accidental; las noticias de él nunca llegaron al mundo mediterráneo, por lo que no constituye un descubrimiento efectivo. No dio origen a otros viajes ni a un comercio o una colonización sistemáticos.

El primer griego que se aventuró realmente por el océano Atlántico fue Piteas de Massalia. Alrededor del 300 a. C., navegó por el estrecho de Gibraltar y luego hizo proa al Norte. Sus relatos, que no han sobrevivido directamente, pero nos han llegado por referencias de autores posteriores, parecen indicar que exploró la isla de Gran Bretaña y luego navegó hacia el Noroeste, a una tierra llamada «Tule», que posiblemente era Islandia o Noruega. Allí, la bruma detuvo al intrépido navegante, que volvió para explorar las costas septentrionales de Europa y penetrar en el mar Báltico.

Si los griegos quedaron detrás de los fenicios en la práctica real de aventurarse en pleno océano, en cambio fueron más avanzados que ellos en la teoría. Los griegos fueron los primeros que tuvieron idea de la forma esférica de la Tierra, y uno de ellos, Eratóstenes de Cirene, hasta estimó su tamaño. Alrededor del 250 a. C., calculó que

la circunferencia de la Tierra es de unos 40.000 kilómetros, cálculo muy correcto.

La idea de una Tierra esférica plantea automáticamente la posibilidad de navegar hacia el Oeste para llegar al Este (o a la inversa); en otras palabras, de circunnavegar el mundo.

Aunque la circunnavegación puede haber parecido teóricamente posible, quedaba en pie la cuestión de si era prácticamente posible. Podía haber inesperados peligros en las profundidades del océano. Las regiones tropicales podían ser demasiado cálidas para penetrar en ellas, y las regiones polares demasiado frías. Podía haber bajíos en los que quedasen varados los barcos que se aventurasen demasiado lejos, o corrientes que les impidieran retornar.

Además, estaba el mero hecho de la distancia. Si la Tierra tenía una circunferencia de 40.000 kilómetros y si la distancia desde España hasta las remotas regiones orientales de Asia era de 14.500 kilómetros (como es realmente), entonces, llegar al Asia Oriental navegando hacia el Oeste suponía atravesar 25.500 kilómetros, presumiblemente de océano ininterrumpido. Ningún barco de tiempos antiguos podía hacer ese viaje.

Claro que Eratóstenes podía estar equivocado. Otro geógrafo griego, Posidonio de Apamea, repitió el cálculo de Eratóstenes, alrededor del año 100 a. C., y llegó a la conclusión de que la Tierra sólo tenía 28.500 kilómetros de circunferencia. Estaba equivocado, pero su estimación fue más popular.

El más influyente geógrafo de la Antigüedad fue Claudio Tolomeo, quien en 130 d. C. escribió un libro que fue, durante quince siglos, la obra más importante sobre geografía y astronomía. Tolomeo adoptó para la circunferencia de la Tierra la cifra menor y la convirtió en «oficial». Más aun, calculó la extensión de tierra que había entre España y lo que hoy llamaríamos la costa de China en unos 19.000 kilómetros (cifra que contiene un exceso de 5.000 kilómetros).

Esto significa que la extensión de océano entre el oeste de Europa y el este de Asia quizás era sólo de unos 10.000 kilómetros. Aún era una distancia demasiado grande para que pudiese recorrerla cualquier barco de la época, pero sin duda brindaba más esperanzas que los 25.000 kilómetros anteriores.

Tal esperanza no sería puesta a prueba pronto. En tiempos de Tolomeo, las civilizaciones fenicia y griega habían decaído desde hacía siglos, y por mil años no volvería a haber marinos como los fenicios. En cambio, ahora el Imperio Romano dominaba todas las costas del Mediterráneo.

Los romanos se expandieron a lo largo y a lo ancho por tierra; surgieron ciudades romanas en África occidental, en España y en Britania. Pero no eran un pueblo marino y ningún romano pensó nunca en aventurarse muy lejos en el océano.

En verdad, después de que las provincias occidentales del Imperio Romano fueron ocupadas por tribus germánicas, en el siglo V, el conocimiento geográfico

decauyó en Europa Occidental. La nueva religión del Islam surgió en Arabia en el siglo VII y, en 730 d. C., todo el norte de África y hasta España estaban en manos de los musulmanes, como se llama a los creyentes del Islam. Los europeos occidentales quedaron aislados del Sur y el Este, y tanto África como Asia se perdieron en el mito y la leyenda.

Los irlandeses y los vikingos.

Pero si quedaron aislados del Este y el Sur, nuevos horizontes apuntaron al Oeste y al Norte.

Irlanda, la isla que está al oeste de Gran Bretaña, nunca formó parte del Imperio Romano. Pero aunque el Imperio Romano decauyó y los soldados romanos abandonaron Gran Bretaña para siempre, el cristianismo llegó a Irlanda. En el siglo VI, el cristianismo de Irlanda, algo aislado del continente, que estaba en el caos, empezó a adquirir formas distintivas y a crear fuertes comunidades de monjes que conservaron el saber en un nivel sorprendentemente elevado.

Buscando con ansia el aislamiento, quizás, para estar más cerca de Dios, los monjes viajaron por el océano en sus pequeñas barcas, hallando y colonizando las islas rocosas que se extienden por los tramos septentrionales de las Islas Británicas.

Uno de tales marinos fue San Brendan, quien, alrededor del 550, navegó hacia el Norte y exploró las islas de la costa escocesa, las Hébridas al Oeste y las Islas Shetland al Norte. Quizá llegó también a las Islas Feroe, que están a unos 400 kilómetros al norte del extremo de Gran Bretaña. Desde allí, otros 500 kilómetros al Noroeste le habrían llevado a Islandia, y tampoco esto se halla fuera del ámbito de lo posible.

Sus osados viajes fueron recordados mucho después de su muerte y, en la repetición, se aumentaron mucho sus hazañas. Alrededor del 800 se escribió una narración de sus viajes que era indudablemente ficticia, pero constituía un relato bien escrito e interesante que alcanzó popularidad. Por entonces, monjes irlandeses habían llegado a Islandia, y la existencia de ésta prestó plausibilidad a toda la narración.

De las aventuras imaginarias de los cuentos sobre San Brendan, surgió la creencia en que existía una isla maravillosa en el Atlántico que fue llamada «Isla de San Brendan». En siglos posteriores se dijo que San Brendan había llegado al continente americano y que éste era la Isla de San Brendan. Esto parece sumamente improbable; es casi seguro que la Isla de San Brendan sólo era una de una serie de islas inventadas y ubicadas en los tramos remotos del Atlántico.

Esas leyendas quizá debieron mucho a las fantasías griegas sobre las islas de los Bienaventurados, pues una de ellas era «Hy-Brasil», inventada por los irlandeses y

cuyo nombre en gaélico significa «Islas de los Bienaventurados». Otra de tales islas era «Antilia», y había otras.

Por supuesto, había islas en el Atlántico, frente a las costas occidentales de Europa y África, pero estaban, por lo general, deshabitadas hasta que los europeos las descubrieron, y no tenían ninguna semejanza con las fantásticas utopías que los europeos habían imaginado, y luego se habían convencido de que realmente existían.

Pero las fantasías sirvieron a una finalidad. Los cuentos sobre tierras maravillosas en el océano occidental dieron a los exploradores un objetivo y mantuvieron vivo el interés entre aquéllos que podían ser persuadidos a que financiaran los viajes.

La edad de oro de los monjes irlandeses no duró mucho. Aparecieron otros marinos en los mares, los más audaces y expertos desde los antiguos fenicios. Eran piratas escandinavos de Noruega y Dinamarca, los llamados vikingos.

Desde el 800 en adelante, sus barcos corsarios cayeron con plena furia sobre todas las costas de Europa occidental. Los vikingos ocuparon la mayor parte de Irlanda y Escocia, reduciéndolas al salvajismo. Saquearon cruelmente los reinos anglosajones que habían surgido en Gran Bretaña después de la retirada de los romanos y que formarían la nación inglesa. Sembraron el terror por las costas y los ríos de lo que es hoy Francia y Alemania. Hasta penetraron en el Mediterráneo.

Pero lo que más nos interesa aquí es que los vikingos navegaron por lo profundo de los océanos septentrionales. A veces fueron arrastrados al Oeste por las tormentas; a veces efectuaron una búsqueda deliberada de nuevas tierras porque las guerras interiores los habían llevado al exilio o porque buscaban nuevos lugares para saquear.

Un exiliado, un Jefe noruego llamado Ingolfur Arnarson, zarpó en 874 y desembarcó en Islandia, que está a mil kilómetros al oeste de Noruega. Por entonces, los monjes irlandeses que antaño habían habitado la isla se habían marchado, o quizá, si quedaban algunos, fueron muertos o expulsados por los vikingos. Sea como fuere, fueron los noruegos quienes fundaron la primera colonia *permanente* en Islandia^[4].

Durante los primeros siglos de su existencia, la Islandia vikinga mantuvo la religión nórdica pagana, aunque la madre patria se estaba cristianizando rápidamente. Hasta la actualidad, las «sagas» islandesas, cuentos escritos antes del 1300, son una fuente de conocimiento en lo concerniente a las creencias paganas nórdicas mejor que todo lo que pueda encontrarse en la misma Escandinavia.

Los islandeses descubrieron que el mar era su más fiable fuente de alimentos, y naturalmente exploraron las aguas que rodeaban a sus islas. Aparecieron relatos sobre una lejana isla situada al Oeste, y de hecho había una enorme isla a sólo 320 kilómetros al Noroeste.

Desde las cumbres montañosas de la Islandia noroccidental, se podía divisar oscuramente una tierra en el horizonte, al Noroeste, y en esa parte de la isla vivió, a fines del siglo x, un tal Eric Thorvaidsson. Generalmente se lo llama Eric el Rojo, por

el color de su cabello.

En 982 Eric fue exiliado por algún delito, y decidió aprovechar el período de tres años de proscripción que se le había impuesto para explorar el Oeste. Finalmente llegó a esa isla distante, pero halló la costa obstruida por hielos que impedían el desembarco. Siguió la costa hacia el Sur hasta llegar a un cabo que pudo bordear, y luego prosiguió por la costa occidental hacia el Norte. Esta costa sudoccidental era menos helada, y Eric la juzgó capaz de sustentar una colonia.

En 985 Eric volvió a Islandia y reclutó colonos para la nueva tierra. Para conseguirlo exageró escandalosamente sus cualidades, hasta el punto de llamarla «Groenlandia» («tierra verde»). En realidad, Groenlandia, la isla más grande del mundo, es un enorme páramo, cubierto casi totalmente por un inmenso glaciar de kilómetros de profundidad. Es una de las reliquias de la Edad del Hielo, y sólo la Antártida es más desolada. Por otro lado, el clima septentrional era un poco más suave hace mil años que ahora, y el extremo costero del sudoeste de Groenlandia tal vez no fuese mucho peor que Islandia.

En todo caso, Eric halló voluntarios para establecerse en la nueva tierra, y en 986 se dirigió al Oeste con veinticinco barcos. Llegaron catorce, y se fundó una colonia en la costa occidental de la isla, cerca del extremo meridional.

La latitud de la colonia groenlandesa está, en realidad 320 kilómetros más al Sur que la de Islandia. Pero mientras que a Islandia llega el extremo de la cálida Corriente del Golfo, a Groenlandia llega la helada Corriente del Labrador. Sin embargo, los colonos vikingos se mantuvieron tenazmente allí por más de cuatro siglos. En su apogeo, alrededor del 1200, quizá hasta 3.000 vikingos habitaron la isla.

Mientras la colonia groenlandesa existió, sirvió de base para exploraciones efectuadas aun más al Oeste. Hacia el año 1000, un vikingo llamado Bjarne Herjulfson contó que, mientras navegaba de Islandia a Groenlandia, una tormenta lo arrastró más allá de la punta de Groenlandia, hacia el Oeste. Logró girar y retornar a Groenlandia, pero no antes de haber divisado tierra al oeste de Groenlandia.

Leif Ericson, hijo de Eric el Rojo, escuchó ese relato. Había visitado Noruega, donde se había convertido al cristianismo, y ahora estaba de vuelta en Groenlandia. El relato de Bjarne encendió su imaginación, de modo que le compró a éste su barco, reunió una tripulación de treinta y cinco hombres y se lanzó a explorar el Oeste.

Tocó tierra donde Bjarne dijo que él lo había hecho. Lo primero que encontró fue la árida costa del Labrador, pero siguió navegando hacia el Sur, en busca de un territorio más acogedor, y probablemente llegó al extremo septentrional de Terranova^[5].

Que Leif llegase al Labrador y a Terranova es muy fácil de creer. El gran misterio concerniente a su viaje de exploración (al menos tal como fue descrito en relatos posteriores) es el descubrimiento de una tierra donde crecían en profusión uvas

silvestres. A esta región Leif la llamó «Vinland».

Es posible que el cuento de las vides fuese meramente un intento de hacer esa tierra más atractiva para posibles colonos (siguiendo el precedente creado por el padre de Leif, Eric el Rojo). O quizá fue un agregado posterior. Pero si el relato es literalmente verdadero, plantea dificultades, pues las vides silvestres no crecen tan al Norte como Terranova, ni es probable que creciesen allí hace mil años.

Algunos especulan con la posibilidad de que Leif encontrase realmente vides silvestres, lo cual significa que llegó muy al sur de Terranova, quizá hasta el actual Estado de Nueva Jersey. Esto parece improbable, pero es una creencia romántica, pues haría de Leif el primer europeo que navegó a lo largo de las costas de lo que es ahora Estados Unidos y quizá hizo pie en su suelo. Por ello, ha habido una asidua búsqueda de cualquier indicio de reliquias nórdicas en Nueva Inglaterra, por ejemplo. Pese a algunas pretensiones de éxito, no se han hallado reliquias que sean aceptables para los historiadores^[6].

Después de su viaje de exploración, Leif retornó a Groenlandia y no viajó más. Pero en 1002 un mercader islandés, Thorfinn Karlsefni, visitó Groenlandia y oyó los relatos de Leif, como éste había oído los de Bjarne.

Se encendió, a su vez, el entusiasmo de Thorfinn. Montó una expedición mucho mayor que la de Leif, con tres barcos y 160 hombres, más algunas mujeres y ganado. Efectuó un desembarco en Vinland (dondequiera que estuviese) y fundó una colonia que duró algunos años. Alrededor de 1007, según un relato, un niño vikingo llamado Snorri nació en Vinland. Si esto es verdad, Snorri sería el primer niño de origen europeo que nació en las Américas.

Pero a diferencia de Islandia y Groenlandia, Vinland no estaba deshabitada. Ya estaba poblada por gentes a las que los vikingos llamaban «skrellings», que, presumiblemente, eran indios. Los indios se mostraron hostiles, y esto impuso una barrera mayor para la colonización que todo el hielo de Groenlandia. Finalmente, los problemas internos y con los indios agotaron a los colonos de Vinland, y los supervivientes retornaron a Groenlandia.

Aunque los vikingos no fundaron ninguna colonia permanente en América del Norte, las tierras occidentales subsistieron en su conciencia durante algún tiempo. Los colonos groenlandeses parecen haber seguido efectuando viajes a las costas de Norteamérica para obtener madera (pues en Groenlandia no había árboles). Esos viajes quizá prosiguieron hasta una fecha tan tardía como 1350.

En cuanto a la misma colonia groenlandesa, siguió existiendo, pero siempre de un modo marginal. Apenas pudo mantenerse, y su existencia dependió de las comunicaciones constantes con Islandia y Noruega y de la constante afluencia de nuevos colonos.

En 1349, la peste negra, una gran pandemia que había devastado a Europa, llegó a

Escandinavia e Islandia, y la economía se contrajo como en todas partes. El vínculo con Groenlandia se hizo más débil, y el último barco navegó de Noruega a Groenlandia en 1367. Además, la Tierra sufrió un ligero enfriamiento, y el clima de Groenlandia, ya malo de por sí, pasó por un empeoramiento que hizo la agricultura prácticamente imposible.

Como si no fuera suficiente, apareció también un enemigo humano...

Alrededor del 2500 a. C., la retirada de los glaciares dejó las regiones septentrionales de Norteamérica en su estado actual. Nuevos inmigrantes provenientes de Siberia franquearon el angosto estrecho entre Asia y América del Norte, que surgió nuevamente, y penetraron en las regiones, hasta entonces despobladas, que quedaron libres de los hielos. Esos nuevos inmigrantes, a quienes llamamos esquimales, están más claramente emparentados en su aspecto con los habitantes de Asia Oriental que los indios más meridionales.

Hacia el año 1 d. C., los esquimales habían desarrollado una notable capacidad para mantenerse en duras regiones polares, cazando focas y morsas y aprendiendo a protegerse contra el frío. Lograron colonizar las zonas costeras de las regiones polares. Se abrieron camino hacia el Oeste, y hacia el 1000 d. C. habían llegado a Groenlandia, en un punto situado al Norte de donde los vikingos habían fundado sus colonias. Gradualmente avanzaron hacia el Sur hasta chocar con las colonias vikingas. Su hostilidad agravó los problemas de los groenlandeses.

Alrededor de 1415 la colonia groenlandesa llegó a su fin, y el conocimiento de la tierra situada al oeste de Islandia pareció esfumarse de la conciencia europea^[7]. ¿Fue así?

En 1965 se anunció que se había hallado un mapa basado en exploraciones nórdicas que tal vez estuvo a disposición de los sabios europeos en los años anteriores a las grandes exploraciones occidentales, que, finalmente, establecieron colonias europeas permanentes en las Américas.

El mapa muestra una isla situada al oeste de Islandia que tiene, indiscutiblemente, la forma de Groenlandia. Al oeste de Groenlandia se ve otra isla que representa a Vinland (por lo que es llamado el «Mapa de Vinland»). Vinland aparece como una isla con dos calas que podrían representar la parte meridional de la isla de Baffin, que se halla al oeste de Groenlandia, aproximadamente donde el mapa sitúa a Vinland.

Pero la isla de Baffin es tan mala como Groenlandia en lo que respecta al clima, y no puede haber sido Vinland. En realidad, muchos historiadores dudan de la autenticidad del mapa, y quizá sea más seguro suponer que los grandes viajes del siglo xv se llevaron a cabo sin conocimiento de las hazañas vikingas.

Los mongoles y los venecianos.

En Europa occidental, al sur de Escandinavia, el conocimiento del mundo siguió decayendo mientras los vikingos se aventuraban profundamente en los mares polares. En parte, esa declinación fue causada por los estragos que acompañaron a la expansión vikinga, de modo que, mientras los vikingos se aventuraban por Groenlandia y Vinland, Europa occidental pasaba por su momento más oscuro y más retraído.

Pero luego ocurrieron sucesos que hicieron retroceder una vez más el horizonte. Los europeos occidentales se aventuraron por el Este, y sus ideas sobre la gran masa oriental de Asia se hicieron lentamente más claras.

En 1096 comenzaron las Cruzadas, una larga serie de guerras en las que los europeos occidentales (principalmente franceses) trataron de arrancar Palestina de las manos de los musulmanes, quienes la poseían desde hacía más de cuatro siglos. En conjunto, esas guerras no tuvieron éxito desde el punto de vista militar, pero familiarizaron a los europeos occidentales con el mar Mediterráneo, de un extremo al otro, y les brindaron la visión de una civilización, en Siria y el Cercano Oriente en general, que era más antigua y más avanzada que la suya.

Desde el siglo XII, pues, surgió en Europa un interés por el Este, concebido como una tierra de riquezas y comodidades, de especias y azúcar, de técnicas y artesanías avanzadas. Ese interés se iba a mantener y a hacerse cada vez más agudo durante siglos.

A mediados del siglo XIII, la marea de las invasiones, que se había volcado hacia el Este durante las Cruzadas, invirtió su dirección. Bajo Gengis Kan, las tribus mongólicas de Asia Central, que periódicamente se lanzaban sobre el Sur y el Oeste, contra las regiones civilizadas de China, el Cercano Oriente y Europa, efectuaron la mayor ofensiva nómada de la historia. En 1260 existía un vasto Imperio Mongol bajo el gobierno de Kublai Kan, nieto de Gengis Kan. Comprendía China, Asia Central, Persia, Irak y Rusia.

Por primera vez, la vasta extensión de tierra que había entre el mar Caspio y el Océano Pacífico estaba bajo un solo y eficiente gobierno. Fue posible viajar de un extremo a otro de Asia, unos diez mil kilómetros, con bastante seguridad, y algunos europeos lo hicieron.

Los más importantes de esos viajeros fueron dos hermanos, Niccolo y Matteo Polo, nativos de la gran ciudad comercial de Venecia y que tenían relaciones comerciales en la aún gran ciudad de Constantinopla (que, desde hacía unas décadas, estaba dominada económicamente por Venecia). En 1261 los hermanos marcharon al Este y llegaron hasta Pekín, que era la capital de Kublai Kan.

Volvieron en 1269 con un mensaje dirigido al Papa Clemente IV de Kublai, pidiendo el envío al Este de cien misioneros para que instruyeran en el cristianismo al pueblo de China. Lamentablemente, Clemente había muerto el año anterior y la

elección del nuevo Papa tardó tres años, época por la cual el entusiasmo de Kublai había desaparecido.

En 1271 los hermanos entregaron el mensaje al nuevo papa, Gregorio X, y luego iniciaron otro viaje al Este, esta vez llevando a Marco, el hijo de diecisiete años de Niccolo. Sólo se pudo hallar a dos misioneros dispuestos a acompañarlos, y aun éstos no permanecieron con ellos por mucho tiempo. En 1275 estaban nuevamente en Pekín, sin representantes religiosos.

Los Polo estuvieron allí durante veinte años y se desarrollaron muy bien. Marco, en particular, aprendió a hablar el mongol y demostró ser un hombre tan capaz que Kublai Kan le confió misiones en diversas partes de sus dominios. Marco tuvo ocasión de estudiar partes de Asia que ningún europeo había visto nunca, y allí adonde fue tomó abundantes notas.

Con el tiempo los Polo empezaron a pensar en el retorno. Kublai estaba envejeciendo y después de su muerte tal vez su sucesor estuviese menos favorablemente dispuesto hacia los europeos. Pero marcharse era difícil. Afortunadamente surgió un pretexto cuando los Polo recibieron un permiso para escoltar a una princesa mongol a Persia. Viajaron a Persia por mar, pasando por las costas de China e India, y así completaron su tarea. Cuando todavía estaban en camino recibieron la noticia de que Kublai había muerto, de modo que continuaron su marcha. En 1296 llegaron de vuelta a Italia.

En aquellos años Venecia estaba frecuentemente en guerra con Génova, otra ciudad comercial de Italia. En una batalla naval entre las dos ciudades, en 1298, Marco Polo, que combatía por su Venecia natal, fue capturado por los genoveses y mantenido en prisión durante unos meses.

En esos meses pasó el tiempo escribiendo un libro sobre los muchos años pasados en el Asia distante. Ese libro, *Los viajes de Marco Polo*, se hizo muy popular, como sucede siempre con las descripciones de viajes bien escritas, pero no todos los europeos creyeron sus relatos. No aceptaban la descripción que hacía Marco del tamaño de Asia, de su riqueza y de su avance. Lo llamaron burlonamente «Marco Millones», porque en todas sus estadísticas concernientes a Asia hablaba de millones.

Sin embargo, el libro de Marco Polo difería de todas las demás narraciones de viajes en la Edad Media en que era notablemente exacto. Decía la verdad, como descubrieron los europeos en siglos posteriores, cuando aprendieron a conocer mejor Asia^[8].

Fueran o no creídas, las historias de Marco Polo contribuyeron a reforzar la concepción popular europea de Asia como una tierra de fabulosa riqueza. Lograron intensificar aun más el interés de los europeos por el Este magnífico.

2. Por mar hacia Las Indias

El ascenso de Portugal.

Había habido un pequeño comercio entre Europa y el Lejano Oriente durante siglos. La seda, por ejemplo, había llegado al Oeste; lo mismo las especias. Pero los artículos siempre habían sido transportados de una nación a otra, cada una de las cuales quería obtener sus propios beneficios.

Por un tiempo, durante la época mongol, pareció que el comercio por tierra entre las naciones del Atlántico y las del Pacífico se hacía más directo, aumentaba y florecía. Puede imaginarse fácilmente que los Polo fueron seguidos por otros.

Pero en 1368 menos de medio siglo después de la muerte de Marco Polo, los mongoles fueron expulsados de China. En su lugar gobernó una dinastía nativa, la cual puso en claro que los extranjeros ya no serían bien recibidos allí. Por esa época, también, Tamerlán, un descendiente de Gengis Kan, inició una carrera de conquistas que puso a todo el Asia occidental bajo su dominio. Su reino se extendía entre Europa y el Lejano Oriente, y tampoco él quería extranjeros.

El Lejano Oriente, que por un momento había sido expuesto ante los ojos de Europa de tentadora manera, fue nuevamente inaccesible, y la ruta por tierra a las Indias^[9] quedó cerrada y nunca volvería a abrirse realmente. Nunca los gobernantes de Europa occidental y los del Asia oriental volverían a estar tan cerca y tan libres de intermediarios como en la era mongol.

Pero eso era por tierra. ¿Qué ocurría con el mar? Marco Polo había hecho un viaje por mar a lo largo de las costas de China e India. ¿No habría una ruta marítima por la cual llegar a esas costas desde Europa?

El mar mejor conocido por los europeos era el Mediterráneo. Este mar llevaba hacia el Este, pero no tenía ninguna abertura en su parte oriental. Dirigiéndose hacia la parte sudeste del Mediterráneo y cruzando la península del Sinaí, se podía pasar al mar Rojo y desde allí se llegaba fácilmente a las Indias por mar. Pero el problema era que la península del Sinaí y, en verdad, toda la costa meridional y oriental del Mediterráneo estaban dominadas por los musulmanes. Entre éstos y los cristianos de Europa occidental sólo había enemistad, y había poca probabilidad de hallar un camino práctico desde Europa hasta el Lejano Oriente si ese camino debía atravesar territorio musulmán.

En tal caso, ¿había alguna posibilidad de evitar totalmente el mar Mediterráneo? Supóngase que los barcos entraban en el Atlántico, navegaban hacia el Sur y luego giraban hacia el Este. Podían circunnavegar África y evitar totalmente el mundo musulmán en su viaje al Lejano Oriente.

La parte de Europa que estaba más al Oeste y más al Sur, y por ende tenía una ventaja inicial en todo plan de circunnavegación de África, era la península Ibérica. En el siglo VIII, la Península había sido capturada por los «moros» musulmanes del norte de África, pero subsistían principados cristianos en la cadena montañosa septentrional; el prolongado contraataque comenzó casi de inmediato. A comienzos del siglo XIV, la mayor parte de la Península había sido reconquistada, y el poder musulmán quedó confinado al reino de Granada, lejos, en el Sur.

La parte cristiana de la Península nunca había estado unida, sino que estaba formada por reinos separados, cada uno de los cuales se aferraba celosamente a su independencia y a menudo guerreaban entre sí.

La parte más oriental de la península Ibérica constituía el reino de Aragón. Su costa marítima estaba totalmente sobre el Mediterráneo, y miraba hacia el Este —no hacia el Atlántico— en busca de expansión. Se convirtió en una potencia mediterránea, y por el 1300 poseía grandes partes de Italia y varias de las islas situadas entre Aragón e Italia.

La parte central de la Península la ocupaba el reino de Castilla. Abarcaba más de la mitad de toda la Península y tenía costas en el Mediterráneo y en el Atlántico. Pero al Sur estaba Granada, y muchas de las energías de Castilla fueron dedicadas a la continua lucha contra los musulmanes.

El reino que ocupaba la parte más occidental de la Península había nacido en 1095. Por entonces, una región ubicada a lo largo de la desembocadura del río Duero fue otorgada a Enrique de Borgona, un caballero aventurero de origen francés. La región había sido llamada *Cale* en tiempos romanos, y la ciudad situada en la desembocadura del Duero era *Portus Cale*. El nombre de la ciudad fue deformado y dio «Oporto», y el de la región fue alterado de otro modo para dar «Portugal». Gradualmente, los gobernantes descendientes de Enrique de Borgona expandieron sus dominios hacia el Sur a expensas de los moros. En 1249 los portugueses se habían apoderado de toda la franja de costa atlántica al sur de sus posesiones originales, y Portugal (el nombre fue aplicado a todo el país) llegó a sus límites actuales^[10].

Después de 1249 Portugal, como Aragón, ya no tenía un enemigo musulmán en sus fronteras. Como Aragón, también, daba al mar, pero no al Mediterráneo. Portugal tiene solamente costa atlántica y, desde su parte más meridional, oscura y brumosamente se divisa África en el horizonte.

Portugal lindaba por tierra con el reino considerablemente mayor de Castilla, lo cual, por supuesto, representaba un peligro. Castilla había absorbido el pequeño reino septentrional de León, y Portugal podía sufrir el mismo destino.

El peligro se hizo más agudo después de la muerte de Fernando I de Portugal, en 1383. Fernando era el último descendiente masculino de Enrique de Borgoña, y no

dejó hijos varones. Su única hija, Beatriz, estaba casada con Juan I de Castilla. Naturalmente, Juan declaró que Portugal ahora estaba bajo el gobierno de Beatriz y que su hijo, Enrique, gobernaría ambos países después de la muerte de sus padres.

Los portugueses no querían saber nada de esto. El difunto Fernando I tenía un hermano, también llamado Juan, cuyo único inconveniente consistía en que era ilegítimo. Pero los portugueses decidieron que era preferible para ellos ser gobernados por el hijo ilegítimo de un rey portugués que por el hijo legítimo de un rey castellano. Juan fue proclamado rey con el nombre de Juan I de Portugal, y esto, claro está, significaba la guerra entre él y Juan I de Castilla.

En agosto de 1385 Juan I condujo su ejército a Portugal y el 14 de agosto se libró una gran batalla en Aljubarrota, a unos cien kilómetros al norte de Lisboa. Juan de Castilla fue derrotado rotundamente; su ejército fue aplastado y dispersado, y él mismo apenas pudo escapar.

Un factor de la victoria fue la ayuda que Inglaterra brindó a Portugal. Inglaterra se hallaba por entonces en guerra con Francia y, puesto que Castilla era aliada de Francia, Inglaterra estaba dispuesta a ayudar a los enemigos de Castilla.

De hecho, en 1386 fue enviada una expedición inglesa a invadir Castilla. Estaba bajo el mando de Juan de Gante, duque de Lancaster. Era tío de Ricardo II, por entonces rey de Inglaterra, e hijo del anterior rey inglés, Eduardo III. La expedición fue un completo fracaso, pero antes de retornar a su país, Juan de Gante concertó un matrimonio entre su hija Felipa y Juan I de Portugal.

De su esposa inglesa, Juan I tuvo cuatro hijos y una hija. El hijo mayor fue llamado Eduardo (Duarte, en portugués), en homenaje a su abuelo inglés, y gobernó Portugal después de la muerte de Juan I. El tercer hijo de Juan, nacido en 1394, fue llamado Enrique y es conocido en la historia como Enrique el Navegante.

La victoria de Portugal sobre Castilla elevó su moral hasta el cielo, y anhelaba nuevas victorias y triunfos. Derrotada Castilla, el lugar más próximo donde los portugueses podían hallar un enemigo era en África, al otro lado del estrecho que separa a este continente de la península Ibérica.

Se reunió una flota. El objetivo de la primera aventura ultramarina de Portugal era Ceuta, ciudad situada en el extremo más septentrional de lo que es hoy Marruecos. Juan y sus hijos acompañaron a la flota y, el 24 de agosto de 1415, Ceuta fue atacada y tomada. El príncipe Enrique se distinguió particularmente, y su estandarte fue el primero en ser izado sobre la muralla de la ciudad.

Aguas abajo por la costa de África.

En el curso de la expedición contra Ceuta, el príncipe Enrique quedó seducido por

África; se convirtió en su único y exclusivo interés. Desde ese momento y durante cuarenta y cinco años, hasta su muerte, en 1460, sólo tuvo un objetivo, que era explorar las costas de África, hallar un modo de bordear el continente y dominar la ruta marítima hacia las Indias.

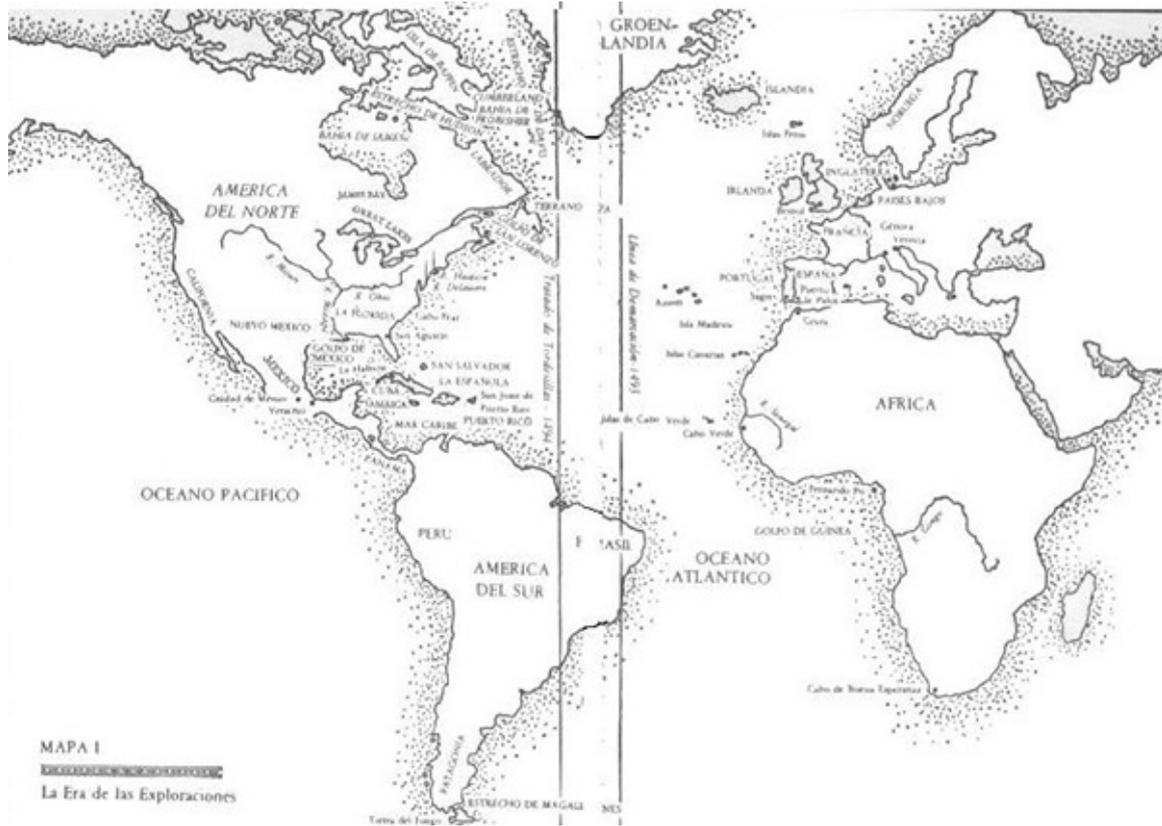
En 1420, después de retornar de una segunda expedición a Ceuta destinada a ayudar a la guarnición portuguesa de esta ciudad a sobrevivir ante un asedio, fundó un centro para la navegación en Sagres, en la punta sudoccidental de Portugal. Se convirtió en un refugio para navegantes experimentados, en un lugar donde se construían barcos de acuerdo con nuevos diseños, donde se contrataba y entrenaba a las tripulaciones y donde se equipaba cuidadosamente las expediciones.

Año tras año, el príncipe Enrique envió barcos a navegar aguas abajo por la costa atlántica de África, y cada uno trataba de llegar más lejos que el anterior. Fue una especie de cabo Kennedy del siglo xv. El proyecto africano de la época era tan excitante como el proyecto de llegar a la Luna de nuestro tiempo.

El primer fruto del esfuerzo de Enrique llegó aun antes de que éste estableciese su centro en Sagres, pues en 1418 un pequeño grupo de islas, situadas a 930 kilómetros al sudoeste de Portugal y a 640 kilómetros de la costa de África, fueron descubiertas por un navegante portugués, João Gonçalves Zarco. Hizo el descubrimiento después de haber sido alejado de la costa africana por una tormenta. (Tales descubrimientos debidos a tormentas tuvieron lugar tanto antes como después de la época de Zarco). Zarco llamó a la isla mayor «Madeira», palabra portuguesa que significa «madera», porque era muy boscosa.

Quizá Madeira haya sido vista por viajeros anteriores, pues en un mapa italiano que se remonta a 1350 figuran unas islas en el lugar de Madeira. Pero sólo después del descubrimiento portugués Madeira entró de lleno en la conciencia europea y permaneció en ella. Cuando Zarco llegó a la isla estaba deshabitada. Enrique el Navegante tomó medidas para establecer una colonia en ella e hizo talar los bosques para que se pudiese dedicar la tierra a la agricultura. La isla es portuguesa hasta el día de hoy.

A 500 kilómetros al sur de Madeira hay un grupo mucho mayor de islas, a sólo 80 kilómetros frente a la costa de África. Aparentemente estas islas eran conocidas por los romanos, que las llamaban «Canaria», de la palabra latina que significa «perro», porque se decía que había perros salvajes en ellas. Hoy las llamamos las Islas Canarias^[11].



Varios navegantes de tierras diversas habían divisado esas islas antes de la época del príncipe Enrique. Aventureros que trataron de establecerse en ellas apelaron a la ayuda de Castilla y, por la época en que el príncipe Enrique inició sus exploraciones por la costa africana, Castilla se había afirmado en las islas. En 1425 Enrique, temiendo la interferencia castellana en sus expediciones costeras, envió una expedición para conquistarlas. Pero fracasó y, pese a repetidos esfuerzos portugueses, las islas Canarias siguieron siendo castellanas.

A 1.300 kilómetros de Madeira, en pleno océano Atlántico, hay aun otro grupo de islas, que al parecer figuraban en mapas italianos de un siglo antes. El príncipe Enrique quizá vio tales mapas o escuchó de boca de marinos relatos sobre ellas, pues en 1431 envió una expedición al Oeste para localizarlas. Gonçalvo Velho Cabral, que comandaba la expedición, halló las islas y, por los halcones que vio en ellas, las llamó las Açores, la palabra portuguesa que significa «halcones». Nosotros las llamamos las Azores.

Las Azores, deshabitadas por la época del descubrimiento portugués, fueron colonizadas por ellos y siguen siendo de Portugal hasta el día de hoy.

Al enviar hombres a las Azores, el príncipe Enrique, aunque no lo sabía, les había hecho hacer la tercera parte del camino a través del Atlántico hacia América, pero no era su principal interés explorar el Oeste. Quería circunnavegar África, y el principal objetivo de sus expediciones era el Sur.

Año tras año, los osados navegantes portugueses avanzaron cada vez más por la costa africana. En 1433 habían navegado por casi 1.600 kilómetros a lo largo de las costas del continente, y en la década siguiente avanzaron 1.300 kilómetros más. Entonces, se llegó a cierta especie de mojón. A lo largo de todos esos 2.900 kilómetros de costa, los portugueses habían pasado delante de tierras relativamente áridas, pues bordearon el límite occidental del gran desierto del Sahara. Pero, finalmente, se llegó a los límites meridionales del desierto y, en 1444, el navegante Nunho Tristão llegó a la desembocadura de un gran río. Era el río Senegal.

Al año siguiente, Dinis Dias avanzó 200 kilómetros más y llegó al cabo Verde, así llamado por su color, tan diferente del color pardo del Sahara. Y el cabo Verde fue otro mojón. Durante más de un cuarto de siglo las expediciones se habían desplazado constantemente aguas abajo por la costa africana, a lo largo de casi 3.200 kilómetros; pero siempre, a través de toda esa extensión costera, habían avanzado hacia el *Sudoeste*. Cada kilómetro llevaba a los barcos más lejos del Este, más lejos de las riquezas de las Indias. Cuando se llegó al cabo Verde, los barcos estaban a 800 kilómetros al oeste de Portugal.

Pero el cabo Verde es la parte más occidental del continente africano. Más allá de ese cabo la costa corre directamente hacia el Sur y luego empieza a dirigirse cada vez más hacia el *Sudeste*. De allí en adelante los barcos empezaron a desplazarse hacia la

meta final, en vez de alejarse de ella.

Además, la costa africana se había vuelto útil por sí misma. A medida que aumentó la fertilidad, los portugueses la hallaron poblada por una población nativa dispuesta a trocar oro y marfil por artículos que podían ofrecer los marinos portugueses.

La población nativa, en efecto, podía ofrecerse a sí misma. Las tribus africanas luchaban entre sí, y los prisioneros de guerra por lo común eran esclavizados. Los jefes de las tribus no veían nada malo en vender estos esclavos a los portugueses, y éstos no veían nada malo en comprarlos. Los nativos eran de piel oscura, por lo que eran considerados como monos y, por lo tanto, semi-animales y naturalmente adaptados a la esclavitud. Más aun, eran paganos, y los hombres que los compraban podían decirse a sí mismos que los convertirían al cristianismo y que la salvación de sus almas compensaba con creces la esclavitud de sus cuerpos.

El príncipe Enrique trató de detener este tráfico de cuerpos humanos, pero fracasó, y de este modo comenzó la horrible era de la esclavización de los negros por naciones cristianas. Iba a continuar durante cuatro siglos (los Estados Unidos serían los últimos en abandonarla) y dejó una herencia que ha alterado al mundo, y particularmente a los Estados Unidos, hasta hoy.

En 1455 Alvise da Cadamosto, un navegante veneciano que trabajaba para el príncipe Enrique, exploró el río Gambia, a 240 kilómetros al sur de cabo Verde. También descubrió las islas de cabo Verde, un grupo de catorce islas situadas a unos 450 kilómetros al oeste de cabo Verde que desde entonces han pertenecido a Portugal (Hasta 1975).

En 1460 Pedro de Sintra exploró la costa a lo largo de 1.300 kilómetros al sur de cabo Verde, y en toda esa extensión la costa seguía inclinándose hacia el Sudeste. No había ninguna razón para dudar de que la costa seguiría esa dirección y que los barcos que siguieran avanzando se acercarían cada vez más a las Indias. Cuando Enrique el Navegante murió, el 13 de noviembre de 1460, debió morir con el reconfortante pensamiento de que el proyecto en el que había trabajado durante tanto tiempo estaba a punto de realizarse.

Pero ¡ay!, no fue así. En términos de kilómetros, la más larga extensión recorrida por los barcos del príncipe Enrique sólo era la quinta parte del camino hacia la meta, y las dificultades aún estaban por delante.

No parecía así al principio. Faltaba la estimulante personalidad de Enrique, pero el éxito comercial siguió alentando a los portugueses a avanzar. En 1470 los portugueses llegaron a una parte de la costa donde el comercio del oro era particularmente lucrativo, por lo que la región fue llamada la «Costa de Oro», nombre que iba a conservar durante casi cinco siglos. Más aun, a la sazón la costa africana ya no apuntaba al Sudeste, sino que había cambiado de dirección de tal modo que los

navegantes avanzaban directamente al Este. Se dirigían derechamente a las Indias.

Con gran excitación, los navegantes competían en sus esfuerzos y, en 1472, Fernando Po descubrió la isla que lleva su nombre. Para entonces los navegantes habían alcanzado la costa africana hasta un punto que se hallaba a 2.900 kilómetros más al Este que el punto más occidental de África, el cabo Verde. Estaban a 2.100 kilómetros más al Este que Portugal. Seguramente sólo era cuestión de seguir navegando hacia el Este para llegar a las Indias.

Pero entonces se produjo un descubrimiento desgarrador. En la isla de Fernando Po la costa africana, inesperadamente, giró hacia el Sur de nuevo, hacia el Sur..., hacia el Sur... No mostró ningún signo de desviarse otra vez hacia el Este.

Durante un tiempo los portugueses se desalentaron y el intento de llegar a las Indias languideció. Parecía haber un consuelo en el hecho de que la costa africana, hasta donde había sido explorada, era lucrativa. ¿Para qué buscar más allá?

Pero luego, en 1481, llegó al trono portugués Juan II, bisnieto de Juan I y sobrino nieto de Enrique el Navegante. Era un rey enérgico, al que muchos consideran el más grande de la historia de Portugal, y reasumió la labor del príncipe Enrique. Urgió a los navegantes, de manera contundente, a seguir adelante; y si la costa seguía orientada hacia el Sur continuar hasta el punto en que el Continente diera un giro; pues debía haber un giro (él estaba seguro).

En 1482 Diogo Cão condujo una expedición que lo llevó a mil seiscientos kilómetros al sur de Fernando Po, hasta la desembocadura del río Congo, y luego mil kilómetros más allá. En 1486 llegó a la región de África que hoy es llamada Angola una gran parte del África sudoccidental que todavía hoy es una colonia portuguesa (Se independizó en 1975).

Pero la costa aún seguía hacia el Sur, siempre hacia el Sur.

Juan II no cedió. En 1487 organizó una expedición que intentaría llegar a las Indias por el Mediterráneo y el mar Rojo. Tal vez no fuese una ruta comercial práctica, pero la información que brindaría podía ser valiosa.

Bajo la conducción de Pedro da Covilhao, los portugueses pasaron por El Cairo y luego se dirigieron al otro extremo del mar Rojo, Aden. Allí, Covilhao tomó un barco que lo llevó a la India. Después navegó de vuelta hasta la costa oriental de África, que exploró hacia el sur, hasta la desembocadura del río Zambeze. (La región de la costa Sudeste de África, centrada alrededor del Zambeze es hoy llamada Mozambique, y es aún posesión portuguesa; se independizó en 1975).

Covilhao se estableció en Etiopía, pero envió a su país un informe completo. Los cálculos indicaban que el continente africano no podía tener más de 2.400 kilómetros de ancho en los puntos meridionales alcanzados por Cão y Covilhao. El continente tenía casi 6.400 kilómetros de ancho en su extremo septentrional, de modo que parecía estrecharse hasta formar un cabo. Quizá todo lo que se necesitaba era un

empujón más.

Ese empujón ya estaba en marcha, pues el mismo año en que partió Covilhao se emprendió otro viaje por mar. Al mando de dos barcos, Bartolomeu Dias zarpó de Lisboa en agosto de 1487. Navegó a lo largo de la costa africana hasta pasar los límites extremos alcanzados por los navegantes que se habían aventurado por el sur antes que él.

Navegó 640 kilómetros más allá del punto más lejano alcanzado por Cão y llegó a un lugar hoy llamado cabo Días. Ahí pasó por una fuerte tempestad que lo obligó a marchar hacia el Sur, lo quisiera o no. Tampoco pudo acercarse a la costa. Fue a donde lo llevó el viento y pudo considerarse afortunado de permanecer a flote.

Cuando pasó la tempestad Dias se encontró en mar abierto, sin divisar tierra por ninguna parte. Supuso que la costa africana estaba al Este, y hacia allí navegó, sin encontrar nada. Luego giró al Norte para rehacer la ruta por la que lo había cogido la tempestad y, el 3 de febrero de 1488, tocó tierra en lo que hoy es llamado Mosselbai. Para su asombro, la costa africana (suponiendo que lo era) corría al Este y al Oeste. En alguna parte debía haber terminado la dirección sur y la costa giró hacia el Este, y la tormenta le había impedido observar el punto del giro.

Empezó a navegar hacia el Este, a lo largo de la costa, y, después de atravesar 400 kilómetros, llegó al Great Fish River (como se lo llama hoy), y allí la costa ascendía claramente hacia el Noreste. Se convenció de que había llegado a las costas orientales de África, finalmente, y pensó que sólo tenía que navegar hacia el Norte y el Este para llegar a la India.

Dias tenía mucha razón, pero su tripulación estaba cansada y en rebeldía. Habían llegado más lejos que nadie anteriormente (si dejamos de lado el legendario viaje de los fenicios de dos mil años antes), y evidentemente habían cruzado el extremo meridional del continente. Eso era suficiente. Querían volver a su hogar, y Dias tuvo que ceder.

Siguieron la costa hacia el Oeste; Dias alcanzó el extremo de la línea este-oeste y halló el punto donde la línea costera gira, bastante abruptamente, de Norte a Sur. Era el punto que no había visto durante la tormenta, por lo que lo llamó el cabo de las Tormentas.

Pero cuando volvió e hizo su informe, Juan II se negó a aceptar ese nombre. El giro en ese punto le daba, finalmente, una buena esperanza de llegar a la India por vía marítima, y lo llamó el cabo de Buena Esperanza, nombre que lleva hasta hoy.

Juan II tenía razón en esto, pero, trágicamente, no vivió para ver el éxito final del gran proyecto suyo y de Enrique. En 1497, el navegante portugués Vasco da Gama completó la vuelta alrededor de África y llegó a la India.

En el viaje se evitó el mundo musulmán. Portugal procedió a crear un gran imperio colonial en África y el Lejano Oriente; otras naciones le siguieron; y Europa

se hizo cada vez más rica y poderosa, expandiéndose para poblar continentes hasta entonces desconocidos y dominar a antiguas naciones que no podían competir con el nuevo dinamismo de Europa. Portugal inició el dominio europeo de todo el mundo que duraría cuatro siglos y medio y sólo terminaría en nuestro propio tiempo.

Cristóbal Colón.

Pero las consecuencias del viaje de da Gama no nos conciernen inmediatamente en este libro. Las exploraciones portuguesas de la costa de África sólo nos interesan en la medida en que llevaron a intentar cruzar el océano Atlántico hacia el Oeste.

Después de todo, en el decenio de 1480-1489, poco antes del crucial descubrimiento por Dias del extremo meridional de África, Portugal había tratado de bordear África durante más de sesenta años y no lo había conseguido. Y si finalmente tenía éxito, ¿no sería la ruta enormemente larga y dificultosa? ¿No había otra alternativa más simple y más directa?

Es importante recordar que, al margen de las creencias de la gente inculta, todos los europeos instruidos y, ciertamente, todos los navegantes experimentados estaban firmemente convencidos de que la tierra es una esfera. Esto se creía ya en tiempos romanos, y ningún hombre culto dudaba de que, si se navegaba hacia el Oeste lo suficiente desde Europa, se llegaría a las Indias.

Solo se discutía sobre cuánto era «lo suficiente». Si Eratóstenes tenía razón y la Tierra posee una circunferencia de 40.000 kilómetros, los barcos tenían que navegar hacia el Oeste al menos 25.000 kilómetros desde Portugal para llegar a las Indias. Era imposible hacer un viaje ininterrumpido de tal extensión por mar abierto.

Sin duda, podía haber islas a lo largo del camino; y hasta grandes masas de tierra, ricas y deshabitadas, pero los escépticos navegantes portugueses lo dudaban. La circunferencia de la Tierra tal vez fuera menor de 40.000 kilómetros, pero ¿quién se hubiera arriesgado sobre tal base?

Además, los portugueses habían enviado varias expediciones secretas a sondear un poco el Oeste, para ver si encontraban algo, pero invariablemente esas expediciones encontraron vientos contrarios, pues, en las zonas templadas, los vientos tienden a soplar de Oeste a Este.

Por ello, los portugueses preferían con mucho la ruta africana, por larga y ardua que fuese. Allí, al menos, se podía atracar en la costa a lo largo de todo el camino; podían encontrarse refugios contra las tormentas; y, más aun, se podía obtener oro, marfil, especias y esclavos.

Pero había quienes, de todos modos, soñaban con la ruta del Oeste, y el más importante de ellos fue Cristóbal Colón.

Colón, hijo de un tejedor de lana, nació en Génova (Italia), alrededor de 1451, pero se duda de que se lo pueda considerar verdaderamente como de ascendencia italiana. Parece haber sido de cultura completamente ibérica; sólo hablaba y escribía en español, aun antes de ir a la Península. Se ha especulado sobre la posibilidad de que fuese de una familia judía española que se estableció en Génova poco antes de su nacimiento y que se había convertido al cristianismo. El mismo Colón, por supuesto, era cabalmente católico, en cuanto a religión.

Colón empezó a navegar en su adolescencia, según su propio relato, y, en 1476, participó en una batalla marítima frente a la costa de Portugal. Combatió del lado portugués y, cuando su barco fue incendiado, logró llegar a la costa a nado. Ocurrió que llegó a un punto muy cercano de donde había estado el centro para la navegación creado por el príncipe Enrique.

Pero no necesitó de esa coincidencia para soñar con las Indias. Había pensado en ellas desde hacía varios años y, a su manera de pensar, era la ruta del Oeste la que debía triunfar. Había consultado a un famoso geógrafo italiano de la época, Paolo Toscanelli, quien le había enviado un mapa en el que representaba sus propias teorías. Para Toscanelli, la Tierra sólo tenía una circunferencia de 29.000 kilómetros, y desde las Azores hasta las islas que están frente a la costa oriental de Asia (Toscanelli había aceptado la sobrestimación de Marco Polo del avance hacia el este de Asia) podía haber poco más de 5.000 kilómetros de mar abierto.

Según un relato (no aceptado universalmente), cuando Colón todavía era joven, visitó Islandia. Si fue así, debe de haber oído rumores sobre los viajes nórdicos de cinco siglos antes, y vagos cuentos sobre la tierra occidental de Vinland. Hay más certidumbre de que se estableció por un tiempo en Madeira, alrededor de 1479 o 1480, y allí oyó relatos sobre grandes trozos de madera y otros materiales a la deriva hacia el Este por el océano, que indicaban la presencia de tierras en algún punto del Oeste, quizá no muy al Oeste.

También, por supuesto, siguió con avidez los informes sobre los viajes portugueses a lo largo de la costa africana, y leyó y releyó los relatos de viajes de Marco Polo.

En 1483 Colón pidió a Juan II de Portugal barcos, hombres y dinero para emprender una expedición al Oeste, en busca de las Indias. Juan II, un hombre audaz y visionario, se sintió tentado. Pero la empresa suponía la inversión de una gran cantidad de dinero, y el viaje era arriesgado, muy arriesgado. Los mismos navegantes de Juan le aseguraron que el plan era descabellado. Con todo, no tomó una decisión hasta 1488, cuando llegaron a Lisboa las noticias del descubrimiento de Bartolomeu Dias. Con el cruce del cabo de Buena Esperanza, Juan II estaba exultante, seguro de que las Indias estaban al alcance de su mano, y abandonó toda idea de viajes al Oeste.

Pero Colón se aferró a su sueño. Si Portugal se negaba a ayudarlo, había otras

naciones marítimas que podían hacerlo. En verdad, del otro lado de la frontera de Portugal había una nueva nación a la que se podía instar a aventajar a Portugal.

La nación que lindaba con Portugal era Castilla, pero ésta estaba desapareciendo del mapa. Ocurrió del siguiente modo. En 1469, Isabel, la media hermana de Enrique IV de Castilla, se casó con Fernando, hijo de Juan II de Aragón. Fue un casamiento por amor, que tuvo un éxito completo.

En 1474 Enrique IV de Castilla murió sin dejar hijos varones, pero dejó una hija que se casó con Alfonso V de Portugal (padre del futuro Juan II). Castilla tenía que elegir entre dos princesas, cada una de las cuales estaba casada con un rey extranjero. Finalmente, eligió a Isabel, que fue Reina de Castilla como Isabel I.

Más tarde, en 1479 murió Juan II de Aragón, y su hijo subió al trono con el nombre de Fernando II de Aragón. Fernando e Isabel gobernaron unidos las dos naciones, Castilla y Aragón. Por entonces, parecía ser una mera unión de monarcas, mientras las naciones permanecían separadas. Pero resultó que las dos naciones han permanecido unidas desde entonces, de modo que, después del ascenso al trono de Fernando e Isabel, podemos hablar, no de Castilla o Aragón, sino sólo de España.

Con la fundación de España, toda la península Ibérica, excepto Portugal y el reino moro de Granada, estuvo bajo un gobierno unido. España, así aumentada y con la riqueza de dos reinos a su disposición, sencillamente estallaba de ambición y buscaba espacio por donde expandirse aun más.

La víctima obvia era Granada. En 1481, Granada le hizo a España el favor de iniciar una guerra. Durante once años, Fernando e Isabel llevaron una difícil campaña en las montañas meridionales. Granada, debilitada por las disensiones internas, gradualmente perdió terreno. En abril de 1491, la capital fue puesta bajo sitio y, el 2 de enero de 1492, fue tomada. La última parcela de dominio moro en España fue borrada, casi ocho siglos después de que los moros entrasen en la Península^[12].

Eliminada Granada, y con toda España llena del espíritu de la victoria y el triunfo, era natural que Fernando e Isabel mirasen a su alrededor en busca de nuevas grandiosas hazañas. A fin de cuentas, mientras España había estado absorbida por problemas internos y por la guerra con Granada, el reino vecino de Portugal, mucho menor que España, había hecho resonar al mundo con sus triunfos africanos y buscado nuevas tierras para adueñarse de ellas. ¿No podía España hacer nada para contrarrestar esto?

Colón quiso aprovechar este nuevo estado de ánimo en España, este espíritu de emulación. Había ido a España ya en 1484, y allí había usado un nuevo argumento. El hecho mismo de que los portugueses hubiesen establecido su completo dominio de la ruta africana hacía aconsejable para España hallar alguna alternativa. La ruta del Oeste no sólo era más práctica que la africana (decía Colón), sino que también ofrecía a España un modo de llegar a las Indias sin tener que competir con Portugal.

Varios españoles escucharon a Colón y se interesaron por sus argumentos. Abogaron a su favor ante Fernando e Isabel y, en 1486, lograron que los reyes recibiesen a Colón. Colón expuso sus argumentos de manera muy impresionante, e Isabel, en particular, se sintió atraída por la idea. Pero la real pareja no pudo por menos de percatarse de que el proyecto era muy arriesgado; que podía perderse el dinero invertido en él; y que todo céntimo que se pudiese recaudar era necesario para la guerra contra Granada.

Fernando e Isabel, pues, contemporizaron al modo habitual de los gobernantes: crearon una comisión para que estudiase las propuestas de Colón. Finalmente, la decisión a la que llegó dicha comisión fue poco entusiasta.

Colón estuvo detrás de los monarcas durante cuatro años, defendiendo su punto de vista. Logró ganar suficientes conversos a sus ideas como para mantener alto su propio espíritu y obtener una poderosa ayuda para mantener interesados a Fernando e Isabel.

En definitiva, lo que disgustaba a los monarcas españoles no era tanto la idea del viaje en sí como las exigencias de Colón de títulos y porcentajes de las ganancias. Colón (que era un hombre muy obstinado) no disminuía sus exigencias, y Fernando (que era un hombre muy tacaño) mantuvo su negativa. Fernando estaba asediando Granada en ese momento, y las Indias distantes no significaban mucho para él.

Finalmente, a comienzos de 1492, Colón renunció. Tenía que hacer su propuesta a otra nación, y se marchó a Francia.

Pero, apenas se marchó, Fernando empezó a reconsiderar la cuestión. La guerra había terminado, Granada había sido tomada y España estaba cubierta de gloria. Quizás era tiempo para otra gran aventura. Los que respaldaban a Colón siguieron insistiendo, y los monarcas finalmente capitularon. Se enviaron mensajeros tras el difícil y exigente soñador, y Colón, que casi había llegado a la frontera, volvió.

Las exigencias de Colón fueron aceptadas en su totalidad, pero el apoyo financiero no sería muy grande. Le dieron tres barcos pequeños, bastante desgastados, con un tonelaje total de apenas 190. La tripulación consistía en gran medida en hombres sacados de las prisiones a condición de que hicieran el viaje. Podían estar contentos de hallarse en libertad, pero esto no significaba que sintiesen entusiasmo por navegar hacia el lejano Oeste. Se ha calculado que el coste total de la expedición pudo estar comprendido entre los 16.000 y los 75.000 dólares, no mucho, ni siquiera para esa época.

Pero no debemos ser demasiado críticos con la real pareja. El riesgo era grande y pocos podían pensar, honestamente, que volverían a ver a Colón, sus barcos y su tripulación. Era una inversión muy incierta; pero se supone que Isabel era tan entusiasta del viaje que llegó a decir que empeñaría sus joyas, si era necesario, para proporcionar el dinero a Colón. (Pero no tuvo que hacerlo; el dinero fue reunido por

otros medios).

El más grande de los viajes.

El 3 de agosto de 1492, Colón, con una tripulación total de 90 hombres en sus tres barcos, zarpó de Palos, un puerto del sur de España, a 50 kilómetros al este de la frontera con Portugal.

Quienes observaron a los barcos perderse en el horizonte sudoccidental probablemente no se percataron de que estaban presenciando el comienzo del más grande viaje marino de todos los tiempos. Quizá Colón, pese a todo su fervor, tampoco se dio cuenta claramente de ello. Pero el hecho es que, como resultado de ese viaje que se iniciaba, Europa se vería obligada a salir de su concha para siempre.

El viaje llevó nuevos horizontes, un nuevo mundo y una nueva tierra a la conciencia de Europa, una nueva visión, nuevas esperanzas y nuevas hazañas. Después de ese viaje, los barcos europeos estarían familiarizados con todos los océanos, y los hombres y mujeres europeos explorarían todos los continentes y todas las islas.

El resultado es que muchos historiadores, en busca de una fecha que pudiera usarse convenientemente para dividir la Edad Media de los Tiempos Modernos, eligieron el año de 1492, y el viaje de Colón que se inició el 3 de agosto de ese año representó para ellos uno de los grandes hitos de la historia humana.

Colón navegó hacia las Islas Canarias, las únicas islas atlánticas en poder de España, y el 6 de septiembre de 1492 zarpó hacia lo desconocido. Fue una sagaz medida de su parte, pues había navegado hacia el Sur lo suficiente como para aprovechar los vientos alisios, que lo empujaron hacia el Oeste. (Los navegantes portugueses que habían tratado de avanzar hacia el Oeste en la latitud más septentrional de las Azores tuvieron en sus rostros los vientos prevalecientes del Oeste).

Durante siete semanas, los barcos de Colón navegaron continuamente hacia el Oeste. Sorprendentemente, fue una travesía totalmente tranquila, la más tranquila que se haya registrado. No hubo una sola tormenta en todas esas semanas, lo cual fue afortunado, en verdad, pues muy probablemente las tres carracas de Colón se habrían hundido en una verdadera tormenta.

Pero durante esas siete semanas no se vio más que mar, sin ningún signo de siquiera la más pequeña isla. Los kilómetros recorridos eran más de los previstos por Colón, y aunque llevaba un diario de a bordo falso que hacía aparecer la distancia menor de lo que realmente era, la tripulación se puso cada vez más nerviosa y rebelde. Sólo la indomable voluntad de Colón mantuvo los barcos navegando hacia el

Oeste.

Finalmente, el 12 de octubre de 1492, se avistó tierra. No eran las Indias, por supuesto. Ni siquiera era el continente americano. Sólo era una pequeña isla, pero que estaba a más de tres mil kilómetros al oeste de las Azores. Ningún europeo (dejando de lado los viajes olvidados de fenicios y nórdicos) se había aventurado antes tan al Oeste.

Era una isla habitada, y Colón, que estaba firmemente convencido de que había llegado a las Indias, llamó a los habitantes «indios», por esta razón. Este grotesco nombre erróneo ha persistido hasta hoy^[13].

El nombre indio de la isla en la que Colón había desembarcado se llamaba «Guanahani», o al menos así era como los españoles pronunciaban y escribían su nombre. Pero Colón aplicó de inmediato la idea europea de que ningún no-europeo tenía derechos que fuera menester considerar. Tranquilamente tomó posesión de la isla en nombre de España y la llamó San Salvador.

Más tarde ese nombre cayó en desuso y, sorprendentemente, se olvidó la identidad de la isla. Nadie sabe con certeza cuál fue la tierra que primero pisó Colón. Sin embargo, en nuestros días, San Salvador es identificada generalmente con la isla de Watling, nombre derivado del pirata inglés John Watling.

Esa isla, que forma parte de las Bahamas, se encuentra bien al este de ese grupo de islas, lo que hace razonable suponer que allí se produjo el primer desembarco de Colón.

De igual modo, a causa de la certidumbre de Colón de que las islas que descubrió en primer lugar formaban parte de las Indias, las islas situadas frente a la costa americana son llamadas hasta hoy «West Indies» («Indias Occidentales», nombre inglés de las Antillas). Las islas situadas frente a la costa sudoriental de Asia, que merecen mucho más ese nombre, deben distinguirse de ellas llamándolas «Indias Orientales», que constituyen la moderna nación de Indonesia.

Colón se apresuró a buscar mejores ejemplos de la riqueza de las Indias (pues San Salvador sólo era tres veces mayor que la isla de Manhattan y no mostraba signos de pertenecer al opulento Este). En busca de las tierras doradas, llegó a Cuba el 28 de octubre. Siguiendo su costa septentrional, pudo ver inmediatamente que se trataba de una tierra de considerables dimensiones y pensó que podía ser la «Cipango» de la que hablaba Marco Polo (la tierra que hoy llamamos Japón). Al este de ella, el 6 de diciembre, llegó a otra isla a la que llamó «La Española», ocupada hoy por las naciones de Haití y la República Dominicana.

Frente a La Española naufragó su barco más grande, la Santa María. Usó la madera del barco para construir un fuerte en la isla, que guarneció con treinta y nueve voluntarios. Este fue el primer intento de colonizar las nuevas tierras del Oeste. Luego, el 3 de enero de 1493, Colón dirigió sus dos barcos restantes hacia el Este y

emprendió el viaje de retorno.

Llegó a las costas del continente europeo el 4 de marzo, cerca de Lisboa. Entró al puerto de Lisboa con los indios que había llevado consigo (que eran la prueba viva de que realmente había llegado a nuevas tierras) y fue recibido con todos los honores por Juan II, indudablemente apenado pero con gran espíritu deportivo.

Colón después se dirigió a España y estuvo de regreso en Palos el 13 de marzo de 1493, ocho meses después de partir. Repentinamente, se convirtió en el hombre más famoso del mundo y admirado por el público, tanto como Lindbergh lo sería en nuestra época y por la misma razón: había realizado una hazaña que pocos juzgaban posible, y la había llevado a cabo con gran estilo. Fue estruendosamente aclamado en Sevilla y se le habría brindado un desfile triunfal, si eso hubiera sido posible. A fines de abril, Fernando e Isabel lo recibieron en Barcelona, y lo trataron como a un rey.

Inmediatamente se planeó un segundo viaje, y esta vez no hubo dificultades para hallar hombres y dinero. El 25 de septiembre de 1493, una flota de diecisiete barcos, con unos 1.500 hombres, zarpó de España. Este segundo viaje llevó nuevamente a Colón a las Antillas, donde descubrió Puerto Rico, en noviembre de 1493. Fue la primera vez que los europeos pusieron pie en tierras que hoy están bajo la bandera de los Estados Unidos.

Luego Colón visitó La Española, el 24 de abril de 1494, y halló que el fuerte construido un año antes estaba destruido y los hombres habían desaparecido, presumiblemente muertos por los indios. Se construyó un fuerte más poderoso, y entonces La Española se convirtió en la primera región de tierras occidentales en las que se establecieron en forma permanente hombres de ascendencia europea. Más aun, el destino del primer fuerte de Colón fue utilizado en lo sucesivo para Justificar el duro trato de los indios. Fue un precedente que iba a aplicarse en todas partes; todo intento de los indios de proteger sus propias tierras contra la invasión sería considerado una conducta atroz que merecía la más enérgica y punitiva réplica.

Pero hasta entonces, en los dos viajes de Colón, sólo se habían descubierto islas. Aún no había hecho pie en una costa continental. Esta situación cambió con el tercer viaje, que inició desde España el 30 de mayo de 1498 y en el cual se hizo una inversión considerablemente menor que en el segundo. Esta vez llegó lejos al Sur y descubrió la isla de Trinidad. En verdad, divisó la costa del continente inmediatamente al sur de Trinidad, pero la tomó por otra isla.

El 9 de mayo de 1502 emprendió su cuarto y último viaje, que lo llevó nuevamente a las islas. Después navegó hasta lo que hoy llamamos América Central, el estrecho istmo que une el continente septentrional y el meridional, y recorrió sus costas. Retornó a España el 7 de noviembre de 1504, después de haber sido abandonado en la isla de Jamaica durante más de un año.

Hasta el día de su muerte (ocurrida el 20 de mayo de 1506), Colón estuvo

convencido de que había llegado a las Indias.

En cuanto a los portugueses, se recuperaron del malestar que debieron sentir cuando Colón retornó de su primer viaje. A fin de cuentas, en 1497 Vasco da Gama había llegado a la India, la *verdadera* India, y Portugal estaba en camino de construir un imperio en África y Asia. En contraste con esto, los españoles sólo poseían unas pocas islas bárbaras y distantes, y, aunque las llamasen las Indias, no habían aportado ninguna prueba de la riqueza del Lejano Oriente.

De hecho, Portugal tuvo su parte en el mundo occidental. El 5 de marzo de 1500 un navegante portugués, Pedro Álvarez Cabral, zarpó hacia la India. Se le ocurrió que si bordeaba África en una curva mayor que la habitual, podía aprovechar los vientos alisios. Aunque la distancia fuese mayor, podía gozar de mejor tiempo.

Dio un rodeo tan amplio, en efecto, que tocó la masa oriental de América del Sur, el 22 de abril. No esperaba hallar un continente tan al Este y supuso que había divisado una isla, quizá la legendaria Hy-Brasil. Sea como fuere, las regiones que forman las tierras orientales del continente son llamadas Brasil hasta hoy, y siguieron siendo portuguesas por más de tres siglos.

Como resultado de los viajes de Colón y Cabral, y de otros que siguieron, toda la parte del mundo occidental situado al sur del río Grande (con excepciones poco considerables) es de habla española o portuguesa. Puesto que el español y el portugués pertenecen al grupo de lenguas romanas o latinas, todas las tierras al sur del río Grande aún son llamadas América Latina.

Pero ¿de dónde proviene el nombre de América? De un navegante italiano llamado Américo Vespucci. En su forma latinizada, el nombre es Americus Vesputius, y en español Américo Vespucio^[14].

Vespucio nació el mismo año que Colón y se hallaba en España cuando éste volvió de su primer viaje. Participó en los preparativos para el segundo y el tercer viaje. A partir de 1497, él mismo efectuó viajes al Oeste y, al parecer, exploró la costa de Sudamérica, primero al servicio de España y luego al de Portugal.

Sus viajes no fueron tan importantes como los de Colón, pero, mientras que Colón se aferró a la idea de que las tierras occidentales formaban parte de las Indias, Vespucio tenía otra opinión. En 1504 Vespucio sostuvo que lo que había en el Oeste era un continente nuevo y hasta entonces desconocido, un «nuevo mundo», como él lo llamó. Más aun, aceptó que la longitud de la circunferencia de la Tierra es de 40.000 kilómetros y fue el primero en sostener que había dos océanos entre Europa y Asia; uno, el Atlántico, conocido, y el otro, un mar desconocido al occidente del nuevo mundo.

Las ideas de Vespucio fueron aceptadas en 1507 por un geógrafo alemán, Martin Waldseemüller. Éste publicó un mapa en el que el nuevo continente aparecía separado, no como parte de Europa, África o Asia. Propuso que se le llamase

América en honor a Américo Vespucio, quien si bien no fue su descubridor (tampoco lo fue Colón, a fin de cuentas, como sabemos ahora), sí fue el primero en reconocer la naturaleza del descubrimiento. Waldseemüller incluyó el nombre en su mapa.

Dicho nombre se hizo inmediatamente popular y pronto tuvo un uso universal. Al principio se aplicó exclusivamente a la parte meridional del nuevo mundo, porque la parte septentrional podía estar unida a Asia. (Alaska, la primera región de las Américas descubierta por los indios, fue la última que descubrieron los europeos). Pero más tarde también se comprobó que la parte septentrional estaba separada de Asia. Se convirtió así en América del Norte, mientras que la parte meridional se convirtió, naturalmente, en América del Sur.

3. La exploración del Nuevo Mundo

Inglaterra hace caso omiso de la línea divisoria.

A fines del siglo xv Portugal y España estaban a horcajadas del mundo. Una había bordeado África y la otra había llegado a las tierras occidentales. Cada una reclamaba para sí todo el territorio pagano que había descubierto, y cada una se estableció donde pudo. Cada una trató de obtener toda la riqueza que pudo del mundo no cristiano. Pues bien, ¿llegaría a ser todo el mundo un monopolio ibérico, con España y Portugal dueñas, cada una, de la mitad?

Así parecía al principio, de hecho. Tan pronto como Colón retornó de su primer viaje, los monarcas españoles comprendieron que podía haber problemas con Portugal. Puesto que ambas naciones eran rígidamente católicas, España juzgó que la salida más sencilla era que el Papa legislase en la materia. Fernando e Isabel probablemente pensaron que podían confiar en un resultado favorable, pues el Papa de la época era Alejandro VI, español de nacimiento.

El 4 de mayo de 1493 el Papa trazó una línea desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, a unos 160 kilómetros al oeste de las islas de Cabo Verde, o sea, aproximadamente, por el meridiano 38° de longitud Oeste. Todas las tierras recientemente descubiertas que estuviesen al oeste de esa línea pertenecerían a España y las situadas al este pertenecerían a Portugal.

Desde nuestro punto de vista moderno, esta «línea demarcatoria» es bastante curiosa. En primer lugar, parecía suponer que los europeos podían dividir el mundo a su gusto, sin ninguna consideración por los no-europeos que viviesen en las diversas regiones, y que el Papa era el señor de la Tierra y podía efectuar tal división.

Además la línea divisoria se trazó solamente por la mitad del mundo, desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, a través del océano Atlántico. El Papa parecía olvidar que la Tierra es una esfera. Los españoles podían navegar al Oeste de la línea y se suponía que lo harían, pero navegando muy lejos al Oeste podían llegar a cualquier punto de Oriente, y los portugueses, navegando al Este, podían llegar a cualquier punto del Oeste. La división no era tal división en absoluto.

Pero los españoles y los portugueses probablemente se dieron cuenta de esto y dejaron las cosas como estaban, planeando usar esto unos contra otros en un momento apropiado. Pero Portugal se mostró descontento con la línea divisoria del Papa, pensando que no tenía espacio suficiente en su ruta alrededor de África. Para aprovechar los vientos deseaba poder describir una gran curva y no quería que España le reprochase constantemente que estaba transgrediendo los límites.

Por ello, el 7 de junio de 1494 las dos naciones firmaron un tratado en Tordesillas

(ciudad de España central situada a 100 kilómetros al este de Portugal). El principio de la línea divisoria fue mantenido, pero fue desplazada 1.100 kilómetros más al Oeste, al meridiano de 46° de longitud Oeste.

Lo que ninguna de las naciones sabía era que la nueva línea pasaba por las tierras orientales de Sudamérica (¿o Portugal lo sospechaba, gracias a algunas de sus exploraciones poco conocidas?). Así, cuando Cabral llegó a esa región estaba del lado portugués de la línea. Como resultado de ello, fue Portugal la que colonizó Brasil, y esta nación, la más grande de las naciones latinoamericanas, ahora habla portugués, mientras que las restantes hablan español.

Pero si España y Portugal pensaban realmente que podían dividirse entre ellas el mundo no cristiano, eran bastante ingenuas. Las otras naciones marítimas de Europa no lo permitirían. Consideremos a Inglaterra, por ejemplo... Durante el siglo xv Inglaterra había pasado por el trauma de una guerra con Francia, en la que al principio Inglaterra pareció obtener el triunfo, pero que finalmente perdió. Fue acompañada y sucedida por la experiencia aun peor de una serie de guerras civiles.

Finalmente, en 1485, en la batalla de Bosworth, las guerras civiles terminaron con la derrota del rey Ricardo III y el ascenso al trono de su sobrino tercero Enrique Tudor, que reinó como Enrique VII.

Enrique VII fue un rey capaz, aunque antipático, que gobernó firme y austeramente. Dio a Inglaterra un período de paz, que necesitaba mucho, y llenó sus arcas (aunque no sin pesados impuestos). Estaba interesado en volcar las energías inglesas en aventuras exteriores, aunque sólo fuese para que olvidara las pasiones partidistas de la guerra civil, pero no deseaba dilapidar su tesoro en el proceso. Por ello, no quería seguir el curso obvio de iniciar una guerra extranjera popular pero costosa.

¿Y por qué no dirigir el interés nacional hacia las exploraciones? Esto mantendría a los ingleses con pensamientos ajenos a los problemas internos y, si podían llegar a las Indias, el resultado podía ser muy provechoso. En 1488, mientras Cristóbal Colón trataba de persuadir a Fernando e Isabel a que respaldasen su aventura en el Oeste, el hermano del navegante, Bartolomé Colón, se hallaba en Inglaterra tratando de vender la idea a Enrique VII.

Tampoco fue Colón el único hombre que tenía esa idea en Inglaterra. Había otro navegante italiano en el país llamado Giovanni Caboto, pero que nos es más conocido por la versión españolizada de su nombre, Juan Caboto. (En los países de habla inglesa se lo conoce como John Cabot).

Caboto nació por la misma época que Cristóbal Colón y, quizá, como Colón, en Génova. Pero se trasladó a Venecia y se convirtió en ciudadano de esta ciudad en 1476. Viajó por el Este musulmán y estaba familiarizado con los relatos de Marco Polo. Como Colón, también especuló sobre la posibilidad de una ruta occidental

hacia las Indias. Pero Caboto pensaba que el lugar lógico para buscar apoyo era Inglaterra, no Portugal o España.

Primero, porque, de todas las naciones de Europa, Inglaterra era la que se hallaba más lejos de la ruta comercial del Este y, por tanto, debía pagar los precios más elevados por las especias y otros productos orientales deseables. En segundo lugar, Caboto tenía la idea de que la costa oriental de Asia avanzaba hacia el Noreste (como en realidad ocurre), de modo que la distancia desde Inglaterra hasta Asia por el Oeste sería más corta que la de España. Además, también en el norte de Europa abundaban los cuentos sobre tierras occidentales. Los irlandeses, los galeses y, por supuesto, los escandinavos, todos hablaban de ellas.

Caboto llegó a Inglaterra en algún momento del decenio 1480-1489 y se estableció en Bristol, el mayor puerto de la costa occidental del país. Allí obtuvo considerable apoyo local para su idea de una aventura en el Oeste, pues, si la idea tenía éxito, Bristol se hubiera convertido en el centro principal del comercio con las Indias y enriquecido rápidamente. Caboto, como Bartolomé Colón, bombardeó al rey con peticiones de apoyo.

Enrique VII vaciló. Se sentía atraído por la idea, pero no por el pensamiento de gastar dinero en ella. Mientras vacilaba, Colón navegaba hacia España y retornaba triunfalmente. Esto convenció a Enrique VII, desde luego; pero, naturalmente, ya no podía contarse con Bartolomé Colón. El rey se dirigió a Caboto, le otorgó el derecho de navegar bajo los auspicios reales, a gobernar las tierras que encontrase (bajo la soberanía del rey inglés) y a obtener los beneficios comerciales que pudiese, siempre que pagase un quinto de ellos a la corona.

El 2 de mayo de 1497 Caboto zarpó de Bristol en un barco, con una tripulación de 18 hombres. El barco bordeó Irlanda y luego puso proa hacia el Oeste. Tocó tierra el 24 de junio, después de cruzar el Atlántico en poco menos de siete semanas, lo que era muy rápido para esa latitud. La distancia que atravesó fue de unos 3.200 kilómetros, considerablemente menor que la recorrida por Colón, de modo que Caboto tenía razón en pensar que la ruta occidental era más corta por el Norte (en kilómetros, si no en semanas).

No se sabe con exactitud dónde desembarcó Caboto por primera vez, pero la mejor conjetura es que fue en, o cerca de, el extremo septentrional de Terranova, muy cerca, en verdad, de donde los nórdicos habían desembarcado unos siglos antes (aunque Caboto no lo sabía, claro está). Durante el mes siguiente recorrió de arriba abajo la costa oriental de la isla y la describió como una «tierra recientemente descubierta» («new-found land», en inglés). Y desde entonces el nombre de la isla en inglés ha sido *Newfoundland* («Terranova», en español).

Caboto informó de la riqueza pesquera que había frente a las costas de Terranova, y pronto todas las naciones marítimas de Europa enviaron barcos a pescar a lo largo

de esas costas. Desde 1500 en adelante los pescadores desembarcaron en sus costas y en las costas de lo que es hoy Nueva Escocia y Maine en el curso de sus actividades pesqueras. Pero durante un siglo no se hizo intento alguno de colonizar ningún punto de esas costas poco hospitalarias.

Cuando Caboto, el 6 de agosto de 1497, retornó a Inglaterra con su informe, Enrique VII le dio diez libras inmediatamente y le concedió una pensión de veinte libras al año. Ésta era una suma considerablemente mayor en aquellos días que ahora, pero, aun así, no era exactamente un ejemplo de desbordante generosidad.

Como Colón, Caboto estaba convencido de que había llegado a Asia y, aunque no había hallado ningún signo de la riqueza de las Indias, persuadió a Enrique a que le permitiera realizar un nuevo intento. En 1498 inició el segundo viaje con cinco barcos. Esta vez avistó, al parecer, Groenlandia (ahora vacía de sus colonos nórdicos), pasó al Labrador y navegó hacia el Sur, quizá hasta Nueva Inglaterra.

Si ignoramos los descubrimientos nórdicos, Juan Caboto fue el primer europeo que vio el continente norteamericano, y no sólo las islas situadas frente a sus costas.

Pero nuevamente retornó con las manos vacías y murió antes de que terminara ese año. No había señales del Este opulento en las boscosas costas que visitó.

Enrique VII perdió interés. Si no había signos de que pudiera obtenerse un comercio provechoso de esas aventuras, estaba dispuesto a dirigir su atención a otras cuestiones. Los viajes de Caboto, más tarde, darían a Inglaterra la excusa para reclamar tanto de América del Norte como pudiese retener, pero, por el momento, no hizo nada.

El hijo de Enrique, que reinó con el nombre de Enrique VIII a la muerte del viejo rey, acaecida en 1509, se metió cada vez más en controversias religiosas, y el Nuevo Mundo desapareció de la conciencia inglesa durante casi un siglo.

España se lanza al exterior.

España, entre tanto, estaba explorando las costas mucho más hospitalarias del Sur, moviéndose en todas direcciones desde la primera base que Colón había establecido en La Española. En 1508, Juan Ponce de León, que había acompañado a Colón en su segundo viaje, fundó una base permanente en Puerto Rico, la isla situada al este de La Española, y fue nombrado gobernador de ella en 1510. (La segunda ciudad de Puerto Rico se llama Ponce en su honor). Diego de Velásquez, que también había acompañado a Colón en su segundo viaje, inició la toma de posesión de Cuba, la isla situada al oeste de La Española, en 1511, y fundó La Habana en 1515.

En Puerto Rico, Ponce de León oyó rumores acerca de una fuente de la juventud (una fuente que restauraba la juventud cuando se bebían sus aguas o se bañaba uno en

ellas) en alguna pequeña isla del Noroeste. Resulta difícil creer que Ponce de León pudiera tomar en serio tal cosa, pero era una época de maravillas y un nuevo mundo podía ser el centro mismo de las maravillas. Además, dejando de lado la juventud, Ponce de León estaba haciendo fortuna en Puerto Rico como tratante de esclavos, y no le disgustaba hallar nuevas tierras cuyos habitantes pudiesen ser esclavizados^[15].

El 13 de marzo de 1513 Ponce de León navegó al Noroeste desde Puerto Rico y, el 11 de abril, durante la época de Pascua, llegó a un lugar que primero supuso una isla, pero que resultó ser tierra firme norteamericana. La Pascua se celebra en España como una fiesta de flores, por lo que es llamada *Pascua Florida*.

En honor al momento del descubrimiento y puesto que la nueva tierra parecía verde y llena de flores, Ponce de León la llamó Florida. En 1521 Ponce de León condujo una segunda expedición a la Florida, desembarcando esta vez en la costa occidental. Allí fue herido por los indios a los que trataba de capturar y esclavizar. Fue llevado de vuelta a Cuba y allí murió a causa de la herida.

Un descubrimiento más importante fue hecho poco después del descubrimiento de la Florida por el explorador español Vasco Núñez de Balboa. Éste se había establecido en La Española. Allí contrajo deudas y tuvo que pasar clandestinamente, y con grandes dificultades, a la costa sudamericana, cerca de lo que hoy es llamado el istmo de Panamá.

En 1510 Balboa fundó una colonia en la parte oriental del istmo (sin tener la menor idea de que estaba en un istmo, por supuesto). Más tarde oyó rumores de tribus que vivían al Oeste y poseían mucho oro. Como se hallaba nuevamente con dificultades financieras, decidió ir en busca de ese oro. El 1 de septiembre de 1513 partió con un destacamento hacia el Oeste, cruzando el istmo, y el 25 de septiembre trepó a una colina y se encontró frente a la ilimitada extensión de lo que parecía ser un océano. Lo llamó mar del Sur, porque en ese punto estaba al sur de la línea costera.

Balboa fue el primer europeo que vio el océano que se extiende al oeste de los continentes americanos y cuya existencia había sido predicha una década antes por Américo Vespucio. El descubrimiento dio fuerza a la afirmación de Vespucio de que las tierras descubiertas por Colón no eran las costas de Asia y de que debía haber un segundo océano entre ellas y la anhelada riqueza del Lejano Oriente.

Lo que cabía sospechar por el descubrimiento de Balboa fue demostrado de hecho por un navegante portugués, Fernando de Magallanes. Éste había servido bien a su país como navegante y luchado por su país contra los marroquíes. Fue herido en la guerra, en 1515, y quedó cojo de por vida. Sin embargo, fue acusado de comerciar con los marroquíes y en 1516 se le negó una pensión. Indignado por la injusticia ofreció sus servicios a España.

En ese momento había un nuevo rey español en el trono, al que había subido

después de la muerte de su abuelo Fernando II. El nuevo rey, Carlos I^[16], escuchó con interés a Magallanes cuando éste señaló algo que debía ser obvio: que navegando hacia el Oeste se llegaría al Este, el este de Portugal, sin cruzar la línea divisoria que sólo se había trazado en el Atlántico.

Carlos I accedió a apoyar el viaje hacia el Oeste. Magallanes abandonó España el 20 de septiembre de 1519. Llegó a la protuberancia oriental de América del Sur y empezó a navegar hacia el Sur en busca del extremo del continente, como los portugueses habían buscado antaño el extremo meridional de África.

El 21 de octubre de 1519 halló un estrecho de agua salada que comenzó a explorar. Podía tratarse de un estrecho que condujese, entre dos masas terrestres, al segundo océano que había avistado Balboa o podía ser el estuario de un río. Ya antes, mucho más al Norte, había entrado en una ensenada que sólo resultó ser un estuario (el río de la Plata, que, en los mapas modernos, está entre Argentina y Uruguay).

Durante más de cinco semanas Magallanes exploró el paso en medio de tormentas, y luego, el 28 de noviembre, dio con un océano y las tormentas cesaron. Como Magallanes siguió su travesía con buen tiempo, al mar recientemente descubierto lo llamó Océano Pacífico.

Pero el Océano Pacífico era mucho más grande de lo que nadie podía prever, y con escasas tierras. Durante noventa y nueve días los barcos navegaron sin ver más que agua, y los hombres sufrieron las torturas del hambre y la sed. Finalmente, llegaron a la isla de Guam, donde recobraron aliento, y luego navegaron hacia el Oeste, hasta las islas hoy llamadas Filipinas. Allí, el 27 de abril de 1521, Magallanes murió en una escaramuza con los nativos.

Pero la expedición continuó hacia el Oeste, y un solo barco, con dieciocho hombres a bordo, bajo el mando de Juan Sebastián El Cano, llegó finalmente a España, el 7 de septiembre de 1522. Esta primera circunnavegación del globo había llevado tres años y, dejando de lado la pérdida de vidas, el único barco que retornó llevó especias suficientes como para hacer del viaje un completo éxito financiero.

El viaje demostró fuera de toda duda, por fin, que la circunferencia de la Tierra es de 40.000 kilómetros, como había calculado Eratóstenes dieciocho siglos antes, y que las estimaciones que le atribuían un tamaño menor (aceptadas por Colón) eran equivocadas. Demostró, además, que la ruta a las Indias por el Oeste realmente no era práctica, al menos si se seguía el «paso del Sudoeste», por el estrecho que ha sido llamado desde entonces el estrecho de Magallanes^[17].

El viaje demostró muy vívidamente, asimismo, la necesidad de extender la línea demarcatoria entre España y Portugal al hemisferio oriental. El 22 de abril de 1529 se firmó un tratado, en la ciudad española de Zaragoza, que trazó la línea divisoria del Polo Norte al Polo Sur a, aproximadamente, 150° de longitud Este. Ahora la Tierra quedaba realmente dividida en dos, con alrededor del 45 por 100 para España y el 55

por 100 para Portugal, siempre que otras naciones respetasen la división..., lo cual, por supuesto, no hicieron.

Aunque España recibió la parte menor y menos civilizada del mundo, no tenía motivos para quejarse. Si bien, en conjunto, menos civilizadas que el Viejo Mundo, las Américas no estaban desprovistas totalmente de civilización, aun por patrones europeos. En 1517 el soldado español Francisco Fernández de Córdoba exploró el Yucatán y halló restos de ciudades y riquezas pasadas, una civilización que a la sazón estaba en ruinas.

Donde existió una civilización muerta de gran riqueza también puede existir una civilización viva. Cuando Velásquez, gobernador de Cuba, oyó las noticias de que había interesantes ruinas en Yucatán, encargó a Hernán Cortés el mando de una expedición para explorar el interior de la tierra que luego sería llamada México.

Cortés zarpó de Cuba, en febrero de 1519, con once barcos tripulados por 700 soldados. Halló que la civilización azteca estaba centrada en su capital, Tenochtitlan (Ciudad de México), en la que entró el 18 de noviembre de 1519. Los aztecas pensaban que los europeos eran dioses, y Cortés, aprovechándose de esto y de su posesión de caballos y artillería, de los que los aztecas carecían, se adueñó de México.

En años siguientes él y otros exploraron la región. El mismo Cortés divisó por vez primera la península que hoy llamamos Baja California y el Golfo de California. La civilización azteca fue borrada, los indios mexicanos fueron esclavizados y España, finalmente, obtuvo lo que deseaba: oro.

Una conquista aun más asombrosa fue la hecha por Francisco Pizarro, quien había estado con Balboa en la expedición que fue la primera en ver el Océano Pacífico. En sus exploraciones por América del Sur, Pizarro encontró la notable civilización inca, centrada en Perú y que se extendía por la región de las montañas de Los Andes. La destruyó con gran crueldad y más oro afluyó a los cofres de España.

La insensata destrucción de dos civilizaciones, el robo al por mayor de sus posesiones y la esclavización de sus pueblos no satisfizo a los españoles. Donde había dos podía haber más, y todo explorador español anheló repetir las hazañas de Cortés y Pizarro. Todas las costas y gran parte del interior de la América tropical estaban ahora ocupadas, y el lugar apropiado para buscar más oro era la mayor zona de tierras inexploradas que aún quedaba, la región situada al norte de México.

El primero de los exploradores del Norte en busca de oro fue Pánfilo de Narváez. Había prestado servicios bajo Velásquez en la conquista de Cuba, y Velásquez también lo envió a México cuando parecía que Cortés se estaba haciendo demasiado poderoso. Narváez fue derrotado en México por Cortés, y decidió ganar sus propios laureles en otra dirección.

En 1528 prosiguió el descubrimiento de la Florida por Ponce de León, explorando

la costa del golfo situada inmediatamente al oeste de esa península. Desde lo que es ahora Pensacola marchó tierra adentro en busca del tipo de civilización y el oro que se había encontrado en México no muchos años antes. Pero quedó defraudado y tuvo que volver penosamente a la costa. Allí construyó cinco barcos y trató de navegar por el golfo de México, pero se perdió en una tormenta.

Algunos de los hombres, conducidos por Álvar Núñez Cabeza de Vaca, que había sido el segundo jefe, sobrevivieron a la tormenta y fueron arrojados a la costa del golfo, en lo que hoy es Texas. Cabeza de Vaca fue prisionero de los indios durante seis años, pero finalmente escapó y deambuló por el norte de México, hasta que logró volver a Ciudad de México, en 1536.

A su retorno. Cabeza de Vaca relató coloridas historias de sus aventuras, describió grandes manadas de búfalos y repitió rumores acerca de grandes riquezas que había en algún lugar del Norte. Estos informes llegaron a oídos de Hernando de Soto, que había sido el segundo jefe de Pizarro en la conquista de Perú y ahora vivía retirado en España. Al leer relatos sobre las aventuras de Cabeza de Vaca, se despertaron en De Soto deseos de conducir una expedición al norte de la Florida, en busca de otro Perú dorado.

Habiendo recibido el permiso de Carlos I, De Soto desembarcó en la costa occidental de la Florida (cerca de lo que ahora es Tampa), el 25 de mayo de 1539. Al frente de un contingente formado por 500 hombres y 200 caballos, avanzó tierra adentro y atravesó los bosques de los que son ahora los Estados sudorientales de los Estados Unidos.

En algún punto de lo que constituye hoy el sudoeste de Alabama, libró una batalla con indios en la que él y la mayoría de sus hombres fueron heridos. Fue la primera batalla de indios contra europeos en lo que hoy son los Estados Unidos. Siguió hacia el Oeste y, el 18 de junio de 1541, él y sus hombres llegaron al río Mississippi, al que De Soto llamó, con razón, «Grande». Fueron los primeros europeos que contemplaron este río. El sitio en el que se hizo el descubrimiento no se conoce con certeza, pero probablemente fue unos kilómetros al sur de la moderna ciudad de Memphis, en Tennessee.

La expedición cruzó el río, avanzando aún hacia el Oeste y luego hacia el Sur, a la par que libraba escaramuzas con los indios y sufría nuevas pérdidas. El 21 de mayo de 1542 De Soto murió de una fiebre, en un momento en que la expedición había logrado volver al Mississippi, en un punto situado a 370 kilómetros de donde vieron por primera vez el río. De Soto fue enterrado en el río. El resto de sus hombres hizo botes, flotó aguas abajo y navegó de vuelta a México a través del Golfo.

Casi simultáneamente, otra expedición española exploraba lo que es hoy el sudoeste de los Estados Unidos. Esta expedición se hallaba bajo el mando de Francisco Vázquez de Coronado. También había escuchado los relatos de Cabeza de

Vaca sobre las ricas ciudades que, se rumoreaba, había al norte de México. (En realidad, se trataba de pueblos indios, que alojaban a hombres que vivían muy confortablemente, pero no eran en modo alguno ricos según patrones europeos, para los que las riquezas consistían en oro y plata).

Entre 1540 y 1542, Coronado y sus hombres vagaron por Texas y el Sudoeste. Entre otros hechos, uno de sus lugartenientes, García López de Cárdenas, descubrió el Gran Cañón, a lo largo de los tramos inferiores del río Colorado. (El Colorado fue así llamado por los españoles a causa del color rojizo de las rocas que formaban el cañón). Coronado siguió el curso del río Grande y luego se dirigió hacia el Norte, penetrando bastante en la región para ver y describir las cabañas de hierba de los indios wichitas, en lo que es hoy el Estado de Kansas.

Tal como estaban las cosas a mediados del siglo XVI, pues, España reclamaba todas las Américas (excepto las posesiones portuguesas en Brasil) y era, además, la única nación europea que estaba explorando y ocupando sistemáticamente América del Norte.

Los españoles aún consideraban a las Américas principalmente como un medio para enriquecerse, un ámbito para explotar, más que un lugar donde podían hacerse nuevos hogares y construirse nuevas naciones. Muchos españoles vivían en las Américas hacia 1560, pero pocas mujeres españolas fueron con ellos, y hubo mucho cruce, iniciándose así el amplio espectro de mezcla racial que caracteriza hoy en día a la población de América Latina.

Los centros de poder españoles en América del Norte, hasta mediados del siglo XVI, estaban en México y las Antillas. Aún no había verdaderos asentamientos en Florida o al norte del río Grande, pero el gobierno español no tenía ninguna duda de que la tierra situada al Norte había sido descubierta y explorada por españoles y, por lo tanto, pertenecían a España. Más aun, España estaba por entonces en el apogeo de su poder militar y no esperaba la interferencia de otras potencias europeas.

Los franceses se entrometen.

Una vez que España encontró el oro que había buscado en las Américas, se dispuso, satisfecha, a gobernar los continentes. Pero otras naciones europeas no estaban muy satisfechas. Aunque no osasen disputar la posesión de las Américas a los fuertes ejércitos españoles, ¿qué ocurría con las Indias, que estaban más allá de las Américas?

Sin duda, Magallanes había demostrado que la ruta por el Sudoeste a las Indias era poco práctica. Sudamérica era una sólida masa terrestre, con un paso marino por ella muy lejos, al Sur, y un océano increíblemente grande e ininterrumpido se hallaba

detrás de ese paso.

Pero ¿qué pasaba con Norteamérica? Podía haber un paso por ella que estuviese más cerca de Europa que el estrecho de Magallanes y más allá del cual hubiera un océano Pacífico más estrecho y lleno de islas. En resumen, si el paso sudoccidental de Magallanes no era práctico, podía haber un paso en el Noroeste que lo fuera. Otras naciones podían competir con España en la búsqueda de tal paso.

Estaba Francia, por ejemplo. El rey francés, Francisco I, que había llegado al trono en 1515, estaba empeñado en una enconada guerra con Carlos I de España, y se hallaba totalmente dispuesto a inmiscuirse (si podía hacerlo con seguridad) en los dominios españoles del Oeste.

Por ello, envió una expedición bajo el mando de Giovanni da Verrazano, un navegante italiano^[18], con instrucciones de buscar un paso por el Noroeste.

En enero de 1524 Verrazano navegó hacia el Oeste y el 1 de marzo desembarcó en la costa oriental del continente norteamericano en el cabo Fear (en lo que hoy es Carolina del Norte). No tenía sentido seguir la costa hacia el Sur porque allí estaban los españoles, con quienes no quería enfrentarse. Además, la costa del sur era conocida y se sabía que era sólida. Si había un paso por el Noroeste tenía que estar más al Norte.

Así, navegó hacia el Norte, explorando la costa, y el 17 de abril entró en lo que hoy se llama la bahía de Nueva York, pasando por el angosto estrecho que hay entre Brooklyn y Staten Island, donde ahora se encuentra el Puente de Verrazano.

Verrazano concluyó que la bahía no era la abertura del paso por el Noroeste y continuó rastreando la costa hacia el Norte. También juzgó inútil la bahía de Narragansett. Finalmente, llegó a Terranova y, habiéndose quedado sin provisiones, retornó a Francia, donde desembarcó el 8 de Julio, después de una ausencia de medio año.

El resultado del viaje de Verrazano era desalentador. La costa oriental de América del Norte parecía compacta a todo lo largo del camino hasta lo que hoy se llama Nueva Escocia. Si el paso del Noroeste existía, debía estar al norte de esta península.

Francisco I no pudo informarse enseguida de los detalles del viaje de Verrazano. En 1525 fue derrotado por España y tomado prisionero. Fue liberado al año siguiente, sólo después de hacer humillantes concesiones, y luego tuvo que librar otra guerra para tratar de recuperarse de sus pérdidas, pero no lo consiguió.

Sólo diez años más tarde Francisco I halló tiempo para pensar nuevamente en el paso por el Noroeste. Esta vez envió en la misión a un navegante francés, Jacques Cartier, para investigar qué había al norte de Nueva Escocia.

Cartier, con dos barcos y 61 hombres, abandonó Francia el 20 de abril de 1534 y llegó a Terranova, el 10 de mayo. Para entonces Terranova era bien conocida por todas las naciones europeas, aunque no había sido colonizada por ninguna de ellas.

En verdad, la costa continental situada al oeste de Terranova tenía, sorprendentemente, un nombre portugués. Al parecer, un navegante portugués, Gaspar Corterreal, había navegado a lo largo de esa parte de la costa en 1501, había recogido a un grupo de hombres de las tribus y se los había llevado como esclavos. Llamó a la costa «Terra del Laboratore» (Tierra de los Esclavos), y desde entonces ha sido llamada el Labrador.

Pero Cartier hizo algo que ningún navegante europeo había hecho antes (excepto, quizá, los nórdicos). Navegó por el angosto estrecho de Belle Isle, de sólo 16 kilómetros de ancho en su parte más estrecha, que separa Terranova del Labrador. Hecho esto, puso proa al Sur y navegó a lo largo de la hasta entonces inexplorada costa occidental de Terranova. El 10 de agosto de 1534 penetró en el gran brazo de mar que se halla al oeste de Terranova. Puesto que ése es el día dedicado a San Lorenzo, dicho brazo de mar fue llamado en su honor golfo de San Lorenzo.

Cartier tomó posesión en nombre de Francia de los territorios que tocó. Trató de descubrir cuál era el nombre del territorio interrogando a los indios locales, pues pensó, lleno de excitación, que ese gran brazo de mar podía ser el comienzo del estrecho que lo llevase al océano Pacífico. Pero los indios creyeron que les preguntaba qué eran ciertas pequeñas construcciones, ya que parecía señalarlas. Así, le transmitieron la palabra que usaban para «cabañas», que era algo similar a «cañada». Como resultado de ello, Cartier llamó a la región Canadá.

Cartier retornó a Francia con algunos indios cautivos y con las noticias de su descubrimiento de ese promisorio brazo de mar. Luego hizo otros dos viajes a la región, uno en 1535 y el segundo en 1541. En ambos navegó aguas arriba del río hoy llamado San Lorenzo hasta una colina a la que llamó «Mont Real» (Monte Real), cerca de la cual se fundaría más tarde la ciudad de Montreal.

Quedó claro para él que el San Lorenzo era un río, y no un estrecho, y que sólo podía conducir al interior del vasto continente y no al Pacífico. Evidentemente, si el paso del Noroeste existía, debía estar tan al Norte que debía pasar por mares polares bloqueados por los hielos. Francisco I, desalentado, perdió interés.

Pero algunos franceses siguieron interesados en el Nuevo Mundo por razones que no tenían nada que ver con el paso del Noroeste o la riqueza de las Indias. Había nuevas razones para abandonar Europa en busca de una costa lejana, pues Europa se había convertido en un campo de batalla religioso.

En tiempo de Colón toda Europa occidental reconocía al Papa romano como cabeza de la Iglesia y aceptaba su autoridad. Pero en 1517 un monje alemán, Martín Lutero, empezó a cuestionar tal autoridad y, en un lapso sorprendentemente corto, grandes partes de Alemania y Holanda, toda Escandinavia y la mayor parte de Inglaterra, se separaron de la Iglesia y sus habitantes se convirtieron en «protestantes» de una u otra clase.

Pero no se llegó a eso sin mucha controversia y, luego, la guerra. Alrededor de 1546 empezaron una serie de conflictos religiosos en Europa que proseguirían con creciente encono durante un siglo.

En Francia los protestantes eran llamados «hugonotes». Sólo eran una minoría de la población, aunque una minoría militante, y hubo una fricción cada vez mayor entre ellos y la mayoría católica. El más influyente de los jefes hugonotes era el almirante Gaspard de Coligny, a quien se le ocurrió que los hugonotes podían hallar un nuevo hogar en el cual poder efectuar el culto que deseaban.

Así, Coligny fue el primero en pensar en las Américas como un refugio, un lugar donde los colonos podían construir un hogar nuevo y mejor, un lugar donde escapar de las injusticias de Europa, y no ya un lugar donde buscar riquezas.

El joven rey francés Carlos IX (un hijo de Francisco I) le concedió el permiso para establecer colonias en las Américas. El rey sólo tenía diez años de edad a la sazón, pero su madre, Catalina de Medicis, que era quien realmente gobernaba, tenía sus propias razones para estar de acuerdo. Si los hugonotes querían marcharse, que se fueran, tanto mejor; ella no cedía nada, pues las Américas eran, teóricamente, territorio español.

Dos barcos cargados de hugonotes, bajo la conducción de Jean Ribaut, zarparon el 18 de febrero de 1562, y el 1 de mayo desembarcaron en el norte de la Florida. Se dirigieron hacia el Norte y finalmente llegaron a la costa de lo que es ahora Carolina del Sur. Fundaron una colonia que llamaron Port Royal. (Ese sitio está ahora ocupado por una ciudad que lleva el mismo nombre). A la región circundante la llamaron «Carolana», según la versión latina (Carolus) del nombre del rey francés Carlos.

Ribaut dejó a treinta hombres y volvió a Francia. Pero los colonos pronto empezaron a sentir una creciente nostalgia, encallados como estaban en el quinto infierno. Construyeron barcos y trataron de volver a Francia. Seguramente hubieran perecido de no haber sido hallados por un barco inglés que los llevó a Inglaterra.

Para entonces las fricciones entre hugonotes y católicos habían desembocado en una guerra civil, la primera de ocho que iban a extenderse a lo largo de un período de treinta y seis años. Los hugonotes consideraron más deseable que nunca establecer una colonia en América.

En 1564 hicieron un segundo y más elaborado intento 300 colonos que zarparon para América al mando de un lugarteniente de Ribaut. Esta vez los colonos desembarcaron en el río de San Juan, en la Florida septentrional. A unos kilómetros aguas arriba del río fundaron una colonia que llamaron Fort Caroline, nuevamente por el nombre del rey. Estaban en territorio español, por supuesto; pero a la sazón España no había creado asentamientos en la Península, y los colonos se sintieron seguros. En 1565 llegó el mismo Ribaut con nuevos colonos y las cosas parecieron marchar bastante bien para los hugonotes.

Pero los españoles estaban furiosos. Que fueran franceses era bastante malo para España, que estaba librando una prolongada guerra con Francia por entonces, pero que fuesen franceses protestantes era mucho peor. España era el país más fanáticamente católico de Europa, y tener protestantes viviendo en territorio que los españoles reclamaban como propios era intolerable.

Carlos I de España abdicó en 1556 y pasó a gobernar su hijo con el nombre de Felipe II. Éste se consideraba el jefe de las fuerzas del catolicismo en Europa, y emprendió la acción. Designó a Pedro Menéndez de Ávila gobernador de la Florida y le dio instrucciones específicas para que barriese a la colonia de hugonotes.

Menéndez zarpó hacia la Florida y, a fines de agosto de 1565, fundó San Agustín, un poblado situado sobre la costa, a unos sesenta y cinco kilómetros al sur de la colonia de los hugonotes. El sitio ha permanecido ocupado desde entonces, de modo que fue la primera ciudad creada por europeos en el territorio de los Estados Unidos continentales. (San Juan, en Puerto Rico, donde ondea la bandera norteamericana, es más antiguo, pues fue fundado en 1510).

Menéndez llevó sus barcos hacia el Norte contra los hugonotes. Fingiendo una acción naval para mantener a los barcos de Ribaut en el mar, Menéndez envió a tierra un contingente contra la colonia hugonote. Los españoles la tomaron y mataron a todos los franceses que encontraron, proclamando que lo hacían no porque fuesen franceses, sino porque eran protestantes. Más tarde los barcos de Ribaut fueron dañados por una tormenta, y el mismo Ribaut fue capturado por los españoles y muerto.

Así terminaron los intentos de los hugonotes de fundar una colonia en los Estados Unidos; la primera prueba de América como refugio religioso fue un fracaso. Su único resultado fue empujar a España a establecerse firmemente en la Florida y fortalecer el dominio español sobre el continente.

El botín inglés.

Pero España estaba extendiéndose demasiado. Puso a sus hombres y sus barcos en los océanos del mundo para constituir un enorme imperio que no sólo incluía a las Américas, sino también varias regiones de Europa y del Lejano Oriente. Siguió librando constantes guerras en todas partes, en un esfuerzo dirigido a aplastar el protestantismo, y fue llevada a la bancarrota.

Sin duda, mucha riqueza aparente, en forma de oro y plata, llegó a España de las minas de las Américas, pero esto sirvió de poco. Los metales que afluyeron a Europa sólo consiguieron elevar los precios, y el rey español, Felipe II, descubrió que cuanto más oro tenía, tanto más oro costaba todo.

Más aun, España no desarrolló la agricultura y la industria al ritmo de otras naciones de Europa. El resultado fue que el oro de América tenía que ser cambiado por los artículos que otras naciones podían suministrar a España; las naciones con barcos e industria se hicieron ricas.

Entre las naciones cada vez más prósperas en el siglo XVI se contaba Inglaterra. Alrededor de 1530 Enrique VIII de Inglaterra había roto con Roma, y en su reinado, como en el de su hijo Eduardo VI, quien le sucedió en 1547, Inglaterra se hizo oficialmente protestante.

Eduardo VI murió en 1553 y le sucedió su media hermana católica María I. Ésta se casó con Felipe II, y por un momento pareció que Inglaterra volvería a ser católica. Pero en 1558 María murió sin dejar hijos; la sucedió su media hermana protestante Isabel I. Inglaterra fue protestante para siempre.

Durante el largo reinado de Isabel hubo una creciente hostilidad contra España, pues Felipe II ansiaba librarse de Isabel por cualquier medio y colocar a su prima (otra María) en el trono. María era Reina de Escocia y católica. Había sido expulsada de su propio país por la nobleza protestante hostil y había buscado refugio en Inglaterra. Isabel la mantuvo en prisión, pero aun así era el centro de las conspiraciones antiprotestantes.

Isabel era una reina cautelosa que, al igual que su abuelo Enrique VII, no gustaba de gastar dinero o hacer la guerra, por lo que se abstuvo de tomar medidas concretas y bélicas contra España, por muy claras que fuesen la enemistad y las intrigas españolas. Por otro lado, no hizo nada para impedir que navegantes ingleses se enriqueciesen a expensas de España mediante acciones que equivalían a la piratería, prácticamente. Isabel siempre sostuvo ante los españoles que ella no era responsable de las acciones de sus marinos, pero los honró, los hizo caballeros y (lo más importante para ella) compartió sus botines y se deleitó en los pinchazos con que ellos desangraban y debilitaban al Imperio español.

Uno de esos navegantes fue John Hawkins. Su padre había estado en el comercio de esclavos, y él mismo siguió esa práctica. Obtenía esclavos negros en el África occidental por prácticamente nada y los llevaba a las Antillas, donde los vendía por grandes cantidades de mercancías útiles, como azúcar. Era una empresa muy provechosa, y tanto los portugueses en África como los españoles en las Antillas estaban furiosos, no por la inmoralidad de ese tráfico de seres humanos, sino porque deseaban los beneficios para ellos.

Hawkins encolerizó aun más a los españoles cuando, en 1565, donó suministros a los colonos hugonotes de Fort Caroline.

En 1567 Hawkins preparó seis barcos para hacer otra expedición comercial a las Antillas. Esta vez fue con él un pariente distante, Francis Drake, quien tenía alrededor de veinticinco años por entonces. Hawkins recogió sus esclavos, los vendió muy

provechosamente y el Joven Drake se enriqueció. Luego, cuando Hawkins navegaba de vuelta hacia Inglaterra, en el verano de 1568, fue cogido por una tormenta.

Los seis barcos lograron llegar a un puerto español de la costa de México (la moderna Veracruz). Se permitió a los barcos ingleses entrar y efectuar reparaciones, principalmente porque los españoles del lugar no tenían barcos con los cuales arriesgarse a emprender una acción hostil.

Pero mientras los barcos ingleses estaban en el puerto llegaron de España trece grandes barcos bien armados. A bordo de ellos estaba el nuevo gobernador de México (o Nueva España, como se lo llamaba). Los ingleses podían haber impedido a los españoles entrar en el puerto, pues podían controlar el paso con sus cañones. Pero no estaban ansiosos de combatir. Todo lo que querían era terminar sus reparaciones y volver seguramente a su país con su carga de riqueza. De modo que Hawkins parlamentó con los españoles de los barcos y les ofreció permitirles entrar si los españoles, a su vez, le permitían salir cuando las reparaciones estuviesen terminadas.

Los españoles aceptaron, pero una vez dentro debieron pensar que no era necesario cumplir con las promesas hechas a protestantes. Los atacaron. Los ingleses, sorprendidos y superados en número, fueron arrollados. Sólo escaparon dos barcos ingleses, uno al mando de Hawkins y otro al mando de Drake. Éstos se abrieron camino a Inglaterra con grandes dificultades y con pocos sobrevivientes. Y la riqueza que aún tenían en Veracruz desapareció.

Pero las consecuencias de estos sucesos fueron peores para España que para los ingleses. Hasta entonces Hawkins había estado interesado en el comercio pacífico, que tal vez les disgustase, pero que les era tan útil como a Inglaterra. Pero en adelante, Hawkins y, más aun, Drake, cobraron un odio inveterado hacia España y deseos de venganza.

Drake inició una campaña de hostigamiento a todo lo largo de las costas de la América española. En 1572 navegó hacia Panamá, donde destruyó barcos y saqueó colonias españolas. Tomó la ciudad de Nombre de Dios, en la costa septentrional de Panamá, y luego se abrió paso por el istmo, como había hecho Balboa medio siglo antes; el 3 de febrero de 1573 tuvo ante sus ojos el Pacífico.

La vista del océano inspiró a Drake la idea de saquear las costas occidentales de las Américas. Estaban menos expuestas y, por ello, menos defendidas. Comenzó a hacer planes, pues, para un viaje al Pacífico. Además del botín que podía proporcionarle, serviría para la búsqueda del extremo occidental de algún paso por el Noroeste a través de la América del Norte.

El 13 de diciembre de 1577, con tres barcos armados y dos barcos auxiliares, Drake zarpó de Plymouth, Inglaterra, con la intención de seguir el rastro de Magallanes. Los dos barcos auxiliares fueron abandonados al llegar a la parte meridional de América del Sur, pero los tres barcos restantes cruzaron el estrecho de

Magallanes y entraron en el océano Pacífico, el 6 de septiembre de 1578.

Esta vez el océano no tenía nada de pacífico. Una tormenta que duró un mes hizo naufragar a uno de los barcos de Drake y separó a los dos restantes. Uno de ellos renunció a seguir y volvió a Inglaterra, y Drake quedó solo con su barco, *The Golden Hind*.

La tormenta lo arrojó al Sur, a pleno mar del Sur abierto de la América del Sur. Fue Drake, pues, quien demostró que la tierra situada al sur del estrecho de Magallanes, la Tierra del Fuego, no era un continente, sino una isla de moderado tamaño. La parte del océano que está entre esa isla y la punta de la Antártida es aún llamada el estrecho de Drake en su honor.

En noviembre el océano, finalmente, se calmó y Drake hizo que *The Golden Hind* se dirigiera hacia el Norte, a lo largo de la costa sudamericana, apoderándose de barcos españoles y confiscando sus cargamentos. Cuando llegó a América del Norte había capturado tanto oro y otras cosas valiosas que no se atrevió a apoderarse de más. Sencillamente, no tenía más lugar.

Drake remontó la costa occidental de Norteamérica y fue el primer inglés que vio la costa de California^[19]. Entró en la bahía de San Francisco y después siguió navegando hacia el Norte hasta la costa de lo que es ahora Oregon antes de decidir que no continuaría buscando el extremo occidental de ningún paso por el Noroeste. Tomó posesión del territorio en nombre de Inglaterra, lo llamó Nueva Albion y, luego, en Julio de 1579, puso proa hacia el Oeste y atravesó el Océano Pacífico. Llegó a las Indias Orientales y luego bordeó África y retornó a Europa.

Llegó a Plymouth el 26 de septiembre de 1580, casi tres años después de su partida. Fue el segundo hombre, y el primer inglés, que circunnavegó el mundo. También llevó en su único barco un cargamento cuyo valor era de más de medio millón de libras, lo cual deleitó tanto a la reina Isabel que lo hizo caballero a bordo de su propio barco, el 4 de abril de 1481.

Esto hizo difícil para ella sostener ante los españoles que no tenía nada que ver con el viaje de Drake y que deploraba sus acciones de saqueo, pero lo hizo impávidamente. Por supuesto, nunca devolvió nada de lo saqueado.

4. La base inglesa

Primeros intentos.

Mientras Drake hacía su viaje alrededor del mundo, en parte para buscar el extremo occidental del paso del Noroeste, otros navegantes ingleses reanudaron la búsqueda una vez más por el extremo oriental, búsqueda abandonada desde la época de Cartier, una generación antes. Ahora era seguro que el paso, si existía, tenía que estar al norte del Labrador.

El navegante inglés Martín Frobisher navegó, pues, hacia el Norte. Había navegado con Hawkins contra los españoles y era un consumado marino. En junio de 1576 zarpó hacia las Américas, exploró la costa del Labrador y, por primera vez, se aventuró más allá, hacia el Polo.

Atravesó un estrecho y llegó a una gran isla, la quinta del mundo en tamaño, de hecho. Tanto el estrecho (el Estrecho de Hudson) como la isla (la Isla de Baffin) llevan ahora los nombres de los exploradores ingleses que los recorrieron una generación después de Frobisher. Sin embargo, Frobisher penetró, por el Sur, en dos grandes ensenadas de la costa occidental de la isla de Baffin (con la esperanza de que éste fuese el paso del Noroeste) y lo llamó estrecho de Frobisher. (En verdad, no es un estrecho, pero aún lo llamamos bahía de Frobisher en memoria de éste).

Retornó a Inglaterra el 9 de octubre de 1576, pero no con las manos vacías. Llevó consigo algo que llamó «mineral de oro» y lanzaba destellos amarillos, pero sólo se trataba de piritas de hierro, también llamadas en inglés *fool's gold*, o sea, «el oro de los tontos». Pero esas piedras sin valor fueron suficientes para permitirle obtener el apoyo necesario para efectuar otros dos viajes. En el segundo viaje llevó de vuelta no menos de 200 toneladas de piritas de hierro; y durante el tercer viaje, el 20 de junio de 1578, divisó la punta meridional de Groenlandia, como Caboto un siglo antes.

Esta vez (un siglo y medio después de que se marchasen los últimos colonos nórdicos) la glacial isla nunca volvió a perderse de vista^[20].

Otro navegante inglés, John Davis, reanudó la búsqueda del paso del Noroeste allí donde la había abandonado Frobisher. En 1585 navegó a la isla de Baffin y entró en la más septentrional de las dos ensenadas, que también resultó ser un callejón sin salida. En otro viaje, en 1587, remontó la costa occidental de Groenlandia, a través del estrecho paso oceánico que la separa de la isla de Baffin. Ése aún es llamado estrecho de Davis en su honor. Llegó a 73° de latitud Norte, todo un récord para esa época.

Pero otro inglés de la época, Humphrey Gilbert, que también había combatido contra los españoles y también estaba interesado en el paso del Noroeste, se interesó

por otro aspecto del Nuevo Mundo. Su entusiasmo por las Américas como fuente de riquezas a corto plazo se desvaneció con el fiasco del «mineral de oro» de Frobisher, que fue usado para reparar caminos. Gilbert empezó a buscar mejores objetivos y, como Coligny un cuarto de siglo antes, empezó a pensar en la colonización, en nuevos hogares.

Persuadió a la reina Isabel a que le permitiese iniciar una aventura de colonización. La reina, para no tener problemas con España, estipuló que sólo podían ser colonizadas tierras paganas —nadie se preocupaba por los paganos— y no tierras que estuviesen ya ocupadas por una potencia cristiana.

El 11 de junio de 1583 Gilbert abandonó Southampton y navegó por el Atlántico hacia regiones situadas muy al norte de los puestos españoles. Quería llegar a Terranova, donde había desembarcado Juan Caboto casi un siglo antes y cuyos puertos y costas habían sido usados libremente por los pescadores desde entonces. Pero no había colonias en ella, lo cual no es de sorprender porque su clima no era en modo alguno atractivo.

Gilbert, en su intento de colonización, desembarcó y proclamó que toda la isla era una posesión inglesa. Aunque iba a transcurrir todo un siglo antes de que se crease en la isla una colonia digna de este nombre, ha sido una posesión inglesa desde entonces y fue la primera colonia inglesa de ultramar (si no contamos las posesiones medievales de partes de Francia o el dominio inglés sobre la vecina isla de Irlanda).

El destino del propio Gilbert fue triste. Su exploración de la isla no reveló que fuese muy adecuada para su colonización; en el viaje de vuelta su barco se hundió durante una tormenta frente a las Azores y Gilbert murió. Se lo vio por última vez envuelto en la lluvia y gritando: «Estamos tan cerca de Dios en el mar como en tierra».

Gilbert murió, pero no su sueño. Tenía un medio hermano, Walter Raleigh, que había combatido junto a él en Irlanda y había navegado con él en algunos de sus viajes contra los españoles. Por la época en que Gilbert estaba navegando hacia Terranova, Raleigh era el principal favorito de la reina Isabel y se había convertido en un hombre rico por los privilegios que ella volcó sobre él.

Cuando Gilbert murió, Raleigh heredó su permiso para la colonización de Norteamérica. Pero a diferencia de su hermano, Raleigh no fue allí él mismo (la reina no le permitía arriesgar su vida), pero equipó barcos y los envió. Más aun, quería que se llegase más al Sur, donde era de esperar que hubiese un clima mejor. En verdad, deseaba que se llegase tan al Sur como fuese posible sin dar con los españoles.

El 27 de abril de 1584 zarparon dos barcos que llegaron a la costa de lo que es hoy Carolina del Norte. La exploraron y retornaron con entusiastas informes. Complacido, Raleigh llamó a la región Virginia en honor de Isabel, la «Reina Virgen». (Ella se sintió suficientemente halagada como para hacerlo caballero por

esto). El nombre fue aplicado con amplitud por la época y cubría lo que hoy sería toda la costa Este de los Estados Unidos al norte de Florida.

Se supone que los exploradores llevaron de vuelta patatas, como producto típico de la flora nativa. Raleigh, ansioso de elevar el valor de las nuevas tierras, estimuló la plantación de patatas en Europa, y pronto el nuevo alimento alcanzó una popularidad que nunca ha perdido.

El primer grupo de verdaderos colonos llegó a la Isla Roanoke, frente a la costa de Carolina del Norte, a unos 650 kilómetros al noreste de la colonia de Port Royal fundada por los hugonotes (y por ende a 650 kilómetros de los españoles). Pero pronto añoraron su tierra y fueron recogidos, en junio de 1586, por Francis Drake, quien acababa de dar un nuevo golpe contra España saqueando San Agustín, en la Florida. Se llevó de vuelta a los colonos y también algunas plantas de tabaco. Raleigh, aún dedicado a demostrar el valor de la costa americana, logró popularizar también esta planta, por lo que cabe asignarle una pesada responsabilidad por aficionar a los europeos a la perjudicial costumbre de inhalar el humo de hojas que arden.

En 1587 bajo el mando de John White, un grupo de cien hombres, más veinticinco mujeres y niños, se estableció en la Isla Roanoke, en un segundo y más serio intento de colonización. Allí, el 8 de agosto de 1587, nació una criatura. Era nieto de White y fue llamado Virginia Dare. Fue el primer vástago de padres ingleses que nació en el territorio de lo que es hoy los Estados Unidos.

White retornó a Inglaterra en busca de suministros. Sufrió un retraso porque Inglaterra y España estaban en guerra. Finalmente, cuando volvió a la Isla Roanoke, el 15 de agosto de 1591, la colonia había desaparecido. No había ni una sola persona viva. Nadie sabe lo que ocurrió, pero, presumiblemente, todos fueron muertos o llevados prisioneros por los indios.

Los competidores.

Cuando llegamos a comienzos del siglo XVII, pues, parecería que España aún triunfaba. Un intento francés de colonización de las costas norteamericanas al norte de Florida había sido barrido por la acción española directa. Un intento posterior, más al Norte, hecho por Inglaterra, también había sido barrido, aunque no por los españoles.

Los españoles eran todavía los únicos europeos que tenían verdaderas colonias en América del Norte, y su dominio de México, la Florida y las Antillas parecía más fuerte que nunca^[21].

Los españoles ya ni siquiera tenían que enfrentarse con la competencia de los

portugueses. En 1580 el linaje real de Portugal se extinguió, y de los diversos pretendientes al trono Felipe II de España fue el que tuvo éxito (mediante una acción militar). España dominaba a Portugal y a su imperio, y todos los continentes americanos eran españoles o no estaban colonizados.

Y los españoles siguieron expandiéndose por la parte no colonizada. Exploraron asiduamente la costa de California, por ejemplo. Luego, en 1598, el explorador español Juan de Oñate (casado con una nieta de Cortés) avanzó al norte del río Grande. Como los colonos españoles a México (un nombre nativo) lo llamaron Nueva España, así, a la extensión septentrional del territorio español más allá del río Grande la llamaron Nuevo México. En 1610 fue fundada Santa Fe, que se convirtió en la capital de Nuevo México.

España nunca pareció estar tan cerca de gobernar el mundo como cuando su bandera ondeaba sobre todo el Nuevo Mundo y sobre grandes extensiones del Lejano Oriente. En la misma Europa, el Imperio alemán y gran parte de Italia estaban gobernados por otros miembros de la familia de Felipe II. En Europa occidental, sólo Francia e Inglaterra estaban fuera de la órbita española, pero ¿por cuánto tiempo?

Sin embargo, en gran medida la potencia española era una ilusión. Su economía era débil, su población estaba empobrecida, su fuerza militar dispersa y la mano asfixiante del conformismo socavaba su vigor. Cuando comenzó el siglo XVII, algunos podían pensar que España no podría mantener por mucho tiempo su monopolio de las Américas. Había anhelantes competidores en el escenario.

Inglaterra era uno de ellos, por supuesto, y fue en la lucha contra Inglaterra cuando los límites de la potencia española se hicieron evidentes.

En 1587 la reina Isabel I, cansada de las conspiraciones, accedió a los pedidos de sus consejeros y ordenó la ejecución de María de Escocia. Para Felipe II de España eso fue el colmo. Los marinos ingleses que habían estado saqueando sus propiedades americanas y secuestrando sus barcos sólo habían sido soportados porque había esperado constantemente el derrocamiento de Isabel por un levantamiento interno. Desaparecida María de Escocia, el centro mismo de las esperanzas anti-isabelinas, Felipe II decidió que el levantamiento debía ser apoyado por una ayuda militar del exterior.

Envió a Inglaterra una enorme flota, que llevaría un ejército español desde las posesiones continentales de España al otro lado del Canal de la Mancha, a la misma Inglaterra. Ese ejército apoyaría a un levantamiento católico en la isla, establecería un gobierno amigo de España y pondría fin a la piratería inglesa.

La flota española (llamada la Armada Invencible), sin embargo, estuvo acosada por el infortunio desde el principio y nunca logró sus objetivos. Contra ella estaban los barcos conducidos por los veteranos ingleses endurecidos en las batallas y experimentados: Hawkins, Drake, Frobisher y los demás. También las tormentas

vapulearon a la Armada, que finalmente se disgregó y fue casi totalmente destruida. El prestigio español nunca se recuperó totalmente y la confianza en sí mismo de los ingleses se elevó mucho.

En 1598 Felipe II murió, y aunque el Imperio español parecía tan extenso como siempre en el mapa y tan rico como siempre en teoría, las mal aconsejadas políticas de Felipe lo habían agotado. España estaba exhausta, y cada año que pasó después de la muerte de Felipe se hizo cada vez más débil y cayó cada vez más bajo.

También Francia, el otro posible competidor de España, estaba entrando en un período de creciente auto-confianza y poderío. Las guerras civiles de religión habían terminado. El jefe hugonote Enrique de Navarra era el rey legítimo, era Enrique IV de Francia. En 1593 convino en aceptar el catolicismo. Esto lo hizo aceptable para la mayoría francesa. Dispuso que se permitiera a los hugonotes la libertad de culto y en su reinado el poder de Francia empezó a crecer rápidamente.

Había una tercera región de Europa que tenía interés en las actividades de ultramar y que por primera vez estaba haciendo sentir su presencia. Eran los Países Bajos, así llamados porque su territorio es la llanura de muy baja elevación que rodea a la desembocadura del Rin, directamente al Este, del otro lado del mar del Norte, con respecto a la Inglaterra meridional.

Durante el período medieval, los Países Bajos (que no sólo incluían lo que hoy llamamos los Países Bajos, sino también Bélgica y el extremo septentrional de Francia) eran muy avanzados en cultura y muy ricos. Constituían la región más urbanizada de Europa, aparte de Italia, y sus ciudades, llenas de hábiles artesanos y prósperos comerciantes, se resistieron firmemente contra la dominación extranjera.

A comienzos de los tiempos modernos, los Países Bajos formaban parte del Sacro Imperio Romano y, por lo tanto, eran parte de los dominios del emperador Carlos V (quien también gobernaba España como Carlos I). Cuando Carlos V abdicó, en 1556, un hijo, Felipe, recibió España, mientras que un hijo menor, Fernando I, fue hecho emperador.

Pero Carlos había pasado su vida luchando con Francia, y no quería que ésta se beneficiase con la división. Por ello entregó las partes de Alemania y de Italia que lindaban con Francia a Felipe II de España. De este modo esperaba mantener a Francia rodeada por fuerzas que obedecían a una sola voluntad. Una de las regiones entregadas a Felipe II eran los Países Bajos.

Pero esto acarreó problemas, no a Francia, sino a España. Las partes septentrionales de los Países Bajos se habían vuelto protestantes, y esto era aborrecible para el ultra-católico Felipe II. Éste trató de imponer el catolicismo a la población de los Países Bajos, pero sólo consiguió empujarla a la revuelta declarada. Durante casi todo su reinado, Felipe luchó tenazmente en los Países Bajos, sin lograr nunca aplastar definitivamente a los rebeldes.

Desesperadamente, los rebeldes crearon una flota que les permitió controlar las costas de los Países Bajos. Entre esta flota y una ocasional ayuda de Inglaterra los rebeldes mantuvieron la lucha. Por la época de la muerte de Felipe II, España seguía combatiendo; pero las provincias septentrionales de los Países Bajos eran prácticamente independientes y siguieron siéndolo.

Hoy el nombre de «los Países Bajos» está limitado a esas provincias septentrionales que obtuvieron su independencia. La principal de esas provincias, la más poderosa y más rica, con la gran ciudad de Amsterdam como capital, es Holanda, y este nombre a veces es aplicado incorrectamente a toda la nación.

Las provincias meridionales, que permanecieron en poder de España durante todo el siglo XVII, eran llamadas «los Países Bajos Españoles».

Bajo la presión de la larga y desgarradora guerra con España, los Países Bajos habían creado una flota mercante que era la mejor del mundo. Los barcos neerlandeses estaban en todos los océanos, en todas partes había empresas neerlandesas; la industria neerlandesa era floreciente. Mientras España entraba en la decadencia, los Países Bajos se estaban convirtiendo en una gran potencia.

En 1600, pues, las tres potencias Inglaterra, Francia y los Países Bajos, estaban dispuestas a colonizar la costa oriental de América del Norte en aquellas regiones situadas al norte de la Florida en las que España ya no era suficientemente fuerte como para emprender la acción. Cada una de ellas tuvo éxito, y las consideraremos por turno, empezando por Inglaterra.

Virginia.

La reina Isabel murió en 1603. Su sucesor, Jacobo I de la Casa de Estuardo, había sido rey de Escocia como Jacobo VI (era hijo de la ajusticiada María de Escocia), de modo que ahora Inglaterra y Escocia estuvieron unidas bajo un solo monarca^[22].

Jacobo I era un hombre pacífico y se apartó de la política exterior bastante agresiva de Isabel. Desde la derrota de la Armada Española, España ya no era muy de temer, pero, con todo, Jacobo buscó su amistad. Puesto que España persistía en reclamar todos los continentes americanos, una verdadera amistad habría significado que Inglaterra abandonara los esfuerzos para colonizar Norteamérica. Pero esto no ocurrió.

En verdad, el impulso de la colonización se hizo cada vez más fuerte bajo Jacobo, a medida que la vida, en la metrópoli, se hizo cada vez más difícil. El coste de la vida estaba aumentando y el cambio de la agricultura a la cría de ovejas, aunque provechosa para los grandes terratenientes, empobreció a muchos pequeños granjeros. Hubo una cantidad creciente de ingleses dispuestos a olvidar el trágico

destino de la colonia de Roanoke, a lanzarse al océano y las soledades y a abrigar esperanzas en la posibilidad de iniciar una vida nueva y mejor en un nuevo mundo.

La presión hacia la colonización dio origen a la formación de compañías privadas que pretendían controlar y explotar el movimiento para su (esperado) beneficio. Tales compañías privadas habían tenido éxito en el pasado. En 1553 un grupo de comerciantes londinenses había formado la Compañía de Moscovia, que pretendía organizar el comercio en pieles con Rusia a través del puerto ártico de Arjánguensk. En 1600 la Compañía de las Indias Orientales fue formada para explotar las posibilidades del comercio con el Lejano Oriente. Habían dado beneficios. ¿Por qué no crear, pues, compañías para colonizar América del Norte?

El 10 de abril de 1606 dos grupos de ingleses, uno que vivía en Londres, el otro en Plymouth (y llamados, por lo tanto, la Compañía de Londres y la Compañía de Plymouth), obtuvieron permiso oficial para colonizar la costa oriental de América del Norte entre los paralelos 34° y 45° de latitud Norte (esto es, desde lo que es ahora Carolina del Norte hasta Maine).

Las compañías estuvieron al principio relacionadas, aunque se esperaba que la Compañía de Londres se concentraría en la mitad meridional de la región y la de Plymouth en la mitad septentrional. Los accionistas debían proporcionar los colonos y el capital y a cambio de ello decidirían la política de las futuras colonias, designarían al gobernador y se reservarían una parte justa de todo ingreso que pudiera obtenerse de la colonia.

La Compañía de Londres envió su primer embarque de colonos el 19 de diciembre de 1606. El 26 de abril de 1607 llegaron a la entrada de la bahía de Chesapeake. A la tierra del norte de la bahía la llamaron cabo Carlos y a la tierra del sur, cabo Enrique, por los hijos del rey Jacobo. Navegando por la bahía derechamente al Oeste dieron con la vasta desembocadura de un río al que llamaron río Jacobo, en homenaje al mismo rey.

Hicieron un reconocimiento del río y, finalmente, el 13 de mayo, eligieron el lugar para establecer una colonia sobre la orilla septentrional del río, a unos 40 kilómetros aguas arriba. Llamaron a la colonia «Jamestown» (Ciudad de Jacobo), nuevamente, en honor al rey. Constituyó el núcleo de la colonia de Virginia (persistió el uso del nombre que le dio Raleigh) y fue la primera colonia inglesa permanente en América del Norte.

Pero durante el primer año de su existencia Jamestown no mostró signos de ser permanente. Parecía destinada a no tener mayor éxito que la colonia de Roanoke, lo cual no es sorprendente, pues las dificultades eran muchas.

A fin de cuentas, los ingleses, en América del Norte, estaban tratando de crearse un hogar en medio de una soledad que no se parecía en nada a lo que estaban acostumbrados ni a lo que podían imaginar. Más aun, había una enorme extensión de

agua entre ellos y su país, extensión que, en términos modernos, sólo puede compararse con la distancia entre la Luna y la Tierra. En verdad, los astronautas que fueron a la Luna, en constante comunicación con la Tierra y capaces de volver en tres días, estaban menos aislados y más cerca de su país que los primeros colonos de Virginia.

Además, se había hecho una propaganda excesiva de América. Los primeros colonos estaban convencidos de que iban a una fructífera tierra en la que los alimentos podían tomarse de los árboles y donde el hombre podía descansar en un edén moderno. El cuadro de Virginia, para el inglés de 1607, era similar al cuadro de una isla del mar del Sur para un americano expuesto al tipo de películas que Hollywood producía antes de la Segunda Guerra Mundial.

No cabe sorprenderse, pues, que entre los primeros colonos hubiese muchos hombres de buena posición que no tenían ninguna experiencia de trabajos manuales y los consideraban indignos de ellos. No habían imaginado que fuese necesario hacer trabajos manuales.

Cuando se vio que, para el éxito de Jamestown, era necesario trabajar duramente construyendo casas y sembrando cultivos, hubo mucha desilusión. Por supuesto, los colonos podían haber evitado el trabajo agrícola si hubiesen estado dispuestos a cazar y pescar, al estilo indio, pero no podían o tampoco querían hacerlo.

Durante meses, pues, se sentaron sin hacer nada, y a los seis meses, de los cien colonos, la mitad estaban muertos de hambre y enfermos. El hecho de que los demás no cediesen y de que Jamestown no fue un fracaso más se debió a un hombre que llevaba el opaco nombre de John Smith (quizás el más importante John Smith de la historia). Tenía veintiocho años en la época de la fundación de Jamestown y ya había estado rodando por el mundo durante doce años. Había prestado servicio en las guerras contra los turcos, según sus propios relatos, y (también según sus relatos) había tomado parte en una serie de temerarias hazañas y hechos de aventuras.

Era un hombre obstinado, sin mucho tacto y, además, siendo de humilde origen, no se llevaba bien con los hombres bien nacidos que había entre los colonos de Jamestown. Pero cuando las provisiones empezaron a escasear y todos los caballeros de Jamestown resultaron inútiles para toda tarea que no fuese la de comer, John Smith tuvo que hallar alimentos.

Para ello se necesitaba la ayuda de los indios, y Smith trató de persuadir a los indios a que les proporcionasen los víveres necesarios. Inició tratos con Powhatan, quien gobernaba una confederación formada por unos 9.000 indios de 128 aldeas esparcidas sobre lo que ahora está constituido por los Estados de Virginia y de Maryland. Powhatan proporcionó los alimentos que mantuvieron viva a la colonia^[23].

La más famosa historia sobre John Smith es una que él mismo contó más tarde y de la que podemos estar seguros de que era verdadera. En diciembre de 1607, decía,

Powhatan iba a hacerlo ejecutar por haber matado a un indio en una escaramuza. Cuando el verdugo elevó el hacha de piedra con la que iba a hacer pedazos la cabeza de Smith, la joven hija de Powhatan, Pocahontas, de sólo doce años de edad a la sazón, intervino. Al parecer, le había contado interesantes cuentos sobre Europa y la había intrigado con los extraños objetos que llevaba. La niña puso su cabeza sobre la de Smith y pidió a su padre que impidiese la ejecución. El «salvaje» indio mostró una piedad que un inglés no habría tenido en su lugar, y Smith salvó su vida. (Pocahontas más tarde se convirtió al cristianismo y adoptó el nombre de Rebeca, aunque, misericordiosamente, sólo se la conoce por el nombre de Pocahontas).

Smith mantuvo funcionando la colonia hasta que llegaron nuevos suministros y colonos, en enero de 1608. Para entonces, sólo 38 de los colonos originales seguían con vida; dos tercios de ellos habían muerto.

Pasado el invierno, Smith efectuó una exhaustiva exploración de la bahía de Chesapeake y de los tramos inferiores de los ríos que se vuelcan en ella. En la primavera, también obligó a los colonos a plantar cereales, usando técnicas aprendidas de los indios.

Permaneció al frente de la colonia hasta el otoño de 1609, aunque era atacado por los comerciantes lejanos de la Compañía de Londres, que ahora se llamaba la Compañía de Virginia, quienes estaban descontentos porque la colonia no había resultado ser muy provechosa. Finalmente, después de ser herido por una explosión de pólvora, el 5 de octubre de 1609 John Smith fue obligado a renunciar a su puesto y a retornar a Inglaterra.

Aunque ahora Jamestown parecía marchar bien, una vez recogida la cosecha, la desaparición de la mano fuerte de Smith llevó a un completo desastre. El invierno de 1609-1610 fue llamado «la época del hambre». Una expedición conducida por Thomas Gates que debía llegar con suministros y hombres halló en su travesía un huracán. Algunos barcos capearon el temporal, pero otros naufragaron frente a las Bermudas. Los sobrevivientes estuvieron allí durante casi un año, antes de lograr construir un par de barcos que los llevasen a Jamestown. (Se supone que el relato de este naufragio y la reaparición de muchos de la expedición que habían sido dados por muertos inspiró algunos detalles de la última obra de Shakespeare, *La tempestad*).

Cuando llegó Gates, aquellos de los colonos que subsistían (sólo sesenta) se hallaban en un estado tan deplorable que, al parecer, lo único que se podía hacer con ellos era embarcarlos de vuelta a Inglaterra, admitiendo que todo el proyecto de colonización había sido, una vez más, un fracaso.

Pero el 8 de junio de 1610, justamente cuando los hombres de retorno estaban por atravesar la entrada de la bahía de Chesapeake para entrar en el océano abierto, se encontraron con tres barcos que llegaban de Inglaterra con trescientos nuevos colonos y grandes cantidades de toda clase de provisiones. Los viejos colonos se volvieron, y

Jamestown fue nuevamente una empresa en marcha, después de escapar por un pelo al abandono.

El hombre que estaba al mando de la nueva flotilla era Thomas West, Lord De La Warr, quien había sido nombrado por la compañía gobernador de la colonia. El capitán de los barcos era Samuel Argall. Ese mismo año hizo viajes a varios puntos de la costa, en busca de suministros, y divisó otra bahía al norte de la de Chesapeake. Al extremo de la tierra situada al sur de la bahía lo llamó cabo De La Warr, en honor del gobernador. Este nombre no perduró, pero «De La Warr», habitualmente escrito «Delaware» fue más tarde aplicado a la misma bahía, al río que desemboca en ella y, finalmente, a la tierra que se extiende por la costa occidental de la bahía.

El 28 de mayo de 1611 De La Warr retornó a Londres en busca de nuevos colonos y suministros y permaneció allí durante un año; murió antes de que pudiese volver. Durante su ausencia, la tarea de gobernar la colonia recayó en sir Thomas Dale, quien llegó el 10 de mayo de 1611 y fue subgobernador.

Por primera vez desde la partida de Smith hubo una mano fuerte que dominó la colonia. En verdad, Dale trató a los colonos implacablemente, obligando a todos a colaborar. No se dio alimento a quienes no hacían su parte de la labor.

Un colono llamado John Rolfe introdujo una importante modificación. Aprendió los métodos indios para cultivar tabaco, mezcló una cepa de tabaco nativo con variedades importadas de las Antillas y, en 1612, obtuvo un producto que era superior a todo lo conseguido antes. Había gran demanda de tabaco en Inglaterra, pese al hecho de que el rey Jacobo odiaba mortalmente el hábito de fumar; y, en 1614, cuando llegaron los primeros envíos de la mezcla de Rolfe, fueron vendidos inmediatamente a elevados precios. Finalmente, Virginia había encontrado su fuente de riqueza.

Rolfe, que era viudo, sirvió a Virginia también de otra manera. El 5 de abril de 1614 se casó con Pocahontas y, de este modo, se aseguró la permanente amistad de Powhatan^[24].

Entre la conducción de Dale y el tabaco de Rolfe, la colonia comenzó a expandirse a lo largo de las orillas del río James. Aunque más de diez mil colonos habían llegado y muerto allí, los sobrevivientes ascendían al menos a mil en 1617. Sin duda, el invierno siempre se cobraba sus bajas, pero ahora la población era suficientemente elevada como para asegurar la supervivencia, excluyendo catástrofes extraordinarias.

En 1619, sir George Yeardley fue gobernador de la colonia, y bajo su gobierno se hizo un notable progreso. La población era lo bastante grande y extendida como para hacer difícil el gobierno de un solo hombre. En Gran Bretaña existía la tradición de la colaboración de representantes electos de la población con el rey, y Yeardley recibió instrucciones de la compañía para establecer una colaboración similar en Virginia.

Cada uno de los once distritos de la colonia debía elegir dos representantes (eran llamados *burgesses*, una vieja palabra inglesa que significa «hombres libres») para que actuasen como una especie de parlamento local. El 30 de julio de 1619 los veintidós *burgesses* así elegidos se reunieron en una iglesia de troncos para constituir la Cámara de los Burgesses, que fue la primera asamblea electiva y representativa que hubo en una colonia inglesa de ultramar. En los dos meses que duraron sus sesiones aprobó leyes e hizo recomendaciones para introducir cambios en las viejas leyes, con lo que sentó el precedente.

Hasta 1636 la Cámara de los Burgesses fue elegida por el voto de todos los adultos varones; pero, a medida que se desarrolló la colonia, se formó una especie de estratificación social. Había quienes tenían tierras y quienes no las tenían, y el voto fue restringido a los que poseían cierta cantidad de tierra. Como los terratenientes eran conservadores, habitualmente, y estaban de acuerdo con el gobernador y con los que estaban en el poder en Inglaterra, a menudo la Cámara de los Burgesses era un organismo títere de ninguna importancia. Sin embargo, su existencia, por muy lejos que estuviese de la perfección democrática, simbolizaba la transferencia del gobierno representativo de Inglaterra a las colonias, y éste fue, en algunos aspectos, el mayor don que la madre patria podía haber dado a los futuros Estados Unidos.

También, en 1619 empezaron a llegar a Virginia jóvenes mujeres, enviadas con el preciso propósito de que fuesen esposas de los colonos. En ese mismo año se creó una fundición de hierro en Virginia, un pequeño signo de la industrialización futura.

Finalmente, en ese año decisivo se produjo un suceso significativo. El crecimiento de las plantaciones de tabaco aumentó la necesidad de mano de obra en los campos. Los ingleses que llegaban a Virginia no bastaban para tal fin, y muchos de ellos no estaban dispuestos a realizar el duro trabajo que se necesita para el cultivo del tabaco. ¿Por qué no llevar esclavos negros, pues, a quienes obligar a hacer ese trabajo por la fuerza?

En agosto de 1619 un barco holandés llevó unos veinte negros a Virginia. Otros fueron llegando poco a poco, más tarde. Fue el trabajo barato de los negros lo que hizo que los campos de tabaco (y más adelante los campos de algodón) fuesen más provechosos que nunca, y fue la esclavitud negra lo que aferró a los Estados Unidos a una institución que haría un daño infinito y cuyos males han persistido, aún después del fin de la esclavitud misma, hasta el presente.

Mientras tanto, se gestaban problemas con los indios. A medida que las colonias se expandieron por el río James, los indios comprendieron que no había límites razonables para la expansión europea (y, ciertamente, nunca se les ocurrió a los colonos ingleses que la presencia de los «paganos» fuese un obstáculo para la explotación de esas tierras). Mientras vivió Powhatan, éste mantuvo la paz; pero murió en 1618, y le sucedió su hermano Opechancano.

Opechancano tenía cerca de ochenta años a la sazón, pero abrigaba un rencor contra los colonos que se remontaba a la época en que había sido capturado por John Smith y tratado con el desprecio reservado para los que eran considerados como salvajes ignorantes y paganos. Opechancano no olvidó.

Ahora planeó cuidadosamente una ofensiva para expulsar a los colonos de Virginia. En un ataque sorpresivo, el 22 de marzo de 1622, fueron muertos 347 europeos, un tercio de la población total. El resto logró rechazar el ataque. Llegaron más armas y los colonos buscaron la venganza, efectuando tres incursiones al año en las que mataban indios y destruían sus cosechas. En 1625 lograron sorprender un poblado indio y mataron a mil indios.

Después del primer ataque indio los colonos ya no estuvieron en peligro. Sólo los indios sufrieron, y, en 1636, Opechancano se vio obligado a convenir la paz en términos muy desfavorables para los indios.

Esto sentó el precedente para los dos siglos y medio de historia india que seguirían. Primero, se producía una constante invasión de los blancos. Los indios, acosados, respondían del único modo que podían, dada su inferioridad en armas: con un ataque por sorpresa. Tal ataque, invariablemente llamado una «matanza» en nuestros libros de historia, era rechazado después de sufrir grandes bajas. Luego venía el contraataque, que era llevado a cabo sin remordimientos y causaba muchas más bajas entre los indios. Los indios mataban mujeres y niños, lo cual era cuidadosamente anotado con detalle en las historias. Los blancos mataban mujeres y niños también, pero esto raramente era mencionado.

El resultado de todo esto fue que los indios quedaron debilitados y retrocedieron —cada vez más— en todos los conflictos. Finalmente, toda la tierra quedó en manos de los colonos europeos y sus descendientes.

El ataque indio de 1622 dio a Jacobo I una oportunidad. Desaprobaba que Virginia fuese gobernada por una compañía privada, pues sostenía unas exaltadas teorías sobre la realeza, y le inquietaban las crecientes pretensiones del pueblo inglés, expresadas a través del Parlamento. Además, España protestaba constantemente por la existencia misma de Virginia, y Jacobo, ansioso de paz, pensó que podía tener que retirar a los colonos y quiso tenerlos bajo su control.

Así logró arrancar Virginia del control de la compañía. El 16 de Junio de 1624 dejó de ser una «colonia propietaria», esto es, una colonia controlada por propietarios privados. En cambio, se convirtió en una «colonia real», bajo el control directo del rey, a quien en lo sucesivo el gobernador debía dar cuenta. Pero Jacobo no trató de poner fin a la institución de la Cámara de los Burgesses, de modo que las consecuencias sobre el desarrollo interno de Virginia como resultado de este cambio de gobierno fueron escasas. De hecho, los Burgesses fueron aun más poderosos bajo el rey de lo que habían sido bajo la compañía.

La colonia siguió expandiéndose. La pérdida de población por el ataque de Opechancano de 1622 fue rápidamente compensada por la constante afluencia de colonos, de los que en 1630 había 3.000 en Virginia. Las plantaciones y las ciudades siguieron extendiéndose por las márgenes del James y luego por las del río York también, que estaba a dieciséis kilómetros al norte del James y seguía un curso paralelo hasta la bahía de Chesapeake.

Toda la península comprendida entre los cursos inferiores de los ríos James y York fue cercada para protegerla de los indios, y la región ocupada fue dividida en colonias.

Opechancano, que aún gobernaba a los indios y no había cedido realmente, trató nuevamente de detener la expansión. El 18 de abril de 1644 este indio notable (que tenía ya cerca de cien años) lanzó otro ataque por sorpresa que, se supone, dio muerte a unos 500 colonos. Murieron más que en el primer ataque de un cuarto de siglo antes, pero también la población era mayor, de modo que fueron más los que quedaron vivos para lanzar un contraataque, que fue más sangriento que el anterior.

Opechancano fue capturado y muerto, y el poder indio en Virginia oriental se derrumbó definitivamente. Los colonos ingleses se expandieron al Norte, hasta el río Potomac, a unos cien kilómetros al norte de Jamestown.

Pero la región situada al norte del Potomac ya no era Virginia, y para explicar cómo ocurrió esto debemos volver a Inglaterra.

Maryland.

La religión oficial de Inglaterra, establecida por Enrique VIII y reforzada por su hija Isabel II, era la Iglesia de Inglaterra (o «anglicanismo»), una forma suave de protestantismo no muy diferente del catolicismo. La mayor diferencia particular era que aquella no reconocía la supremacía del Papa y el jefe de la Iglesia era el monarca inglés. Muchos ingleses pensaron que era menester resistir contra esto y siguieron siendo católicos.

No se hizo ningún intento en Inglaterra para desarraigar por la fuerza el catolicismo. Sin embargo, el gobierno sentía considerables recelos contra los católicos, porque, al defender al papa contra el rey (o la reina), parecían estar siempre al borde de la traición. Por ello, les puso muchos obstáculos legales.

Pero, en general, la fuerza del protestantismo entre la población inglesa aumentó a medida que avanzó el siglo XVI, y muchos hallaron el anglicanismo demasiado suave para su gusto, demasiado parecido al catolicismo.

Jacobo I se halló más enfrentado con los protestantes extremos, quienes dominaban en forma creciente un Parlamento al que los católicos no podían ser

elegidos. Eran los protestantes extremos, pensaba Jacobo, quienes cuestionaban las prerrogativas reales a las que él se aferraba fuertemente. Entre su disgusto por los protestantes radicales y su deseo de mantener la amistad con España, Jacobo I tendió a adoptar una actitud amistosa hacia los católicos.

Y algunos de sus consejeros eran aun más cordiales con el catolicismo que el rey. George Calvert, por ejemplo, era un importante miembro del gobierno y gozaba mucho del favor de Jacobo. En 1625 anunció que se había convertido al catolicismo. Esto significó que debió renunciar a todos sus cargos oficiales.

Pero eso no le enajenó la amistad de Jacobo. Calvert tenía grandes propiedades en Irlanda, una de las cuales era llamada Baltimore. Jacobo lo nombró par con el título de Barón de Baltimore. Jacobo murió ese mismo año, pero la posición de Baltimore no se vio afectada. Jacobo fue sucedido por su hijo, quien reinó como Carlos I. Éste fue aun más favorable al catolicismo que Jacobo. Se había casado con Enriqueta María, hija del rey Enrique IV de Francia (cuyo hijo reinaba ahora en Francia como Luis XIII); ella era católica y aprovechó toda oportunidad para influir sobre su marido a favor del catolicismo.

Lord Baltimore había sido miembro de la Compañía de Virginia, y ahora se le ocurrió que podía establecerse en América una colonia donde los católicos pudieran asentarse y gozar de libertad. (Era la inversa de la idea de Coligny, de más de medio siglo atrás).

Su primera idea fue fundar tal colonia en Terranova, que aún era territorio no ocupado. Hasta puso colonos allí en 1621, pero el intento fracasó rápidamente porque el clima de la isla era sumamente inhóspito. Baltimore visitó Terranova en 1627 e invercó allí, de modo que pudo comprobarlo por sí mismo. Pasó a Virginia en 1628, halló el clima mucho más benigno, por supuesto, y volvió a Inglaterra en 1629 decidido a formar una colonia católica en el Sur.

Pidió a Carlos I que le asignara tierras en la región de Virginia. No ocultó el hecho de que tenía intención de establecer a católicos allí, pero, puesto que trataba de obtener el permiso de un gobierno protestante, dejó en claro que también los protestantes serían bienvenidos y no sufrirían discriminaciones políticas. Así, desde el comienzo, tal colonia fue concebida como un lugar de cierto grado de tolerancia religiosa.

Carlos estaba bien dispuesto, pero, el 20 de junio de 1632, poco antes de que se diera término a las formalidades, Lord Baltimore murió. Su hijo, Cecil Calvert, segundo barón de Baltimore, reasumió la tarea. Se le otorgó para su colonización la parte de Virginia que estaba al norte del río Potomac, que todavía no estaba ocupada.

En noviembre de 1633, bajo la conducción de Leonard Calvert, hermano menor de Cecil, unos 220 colonos (protestantes tanto como católicos) abandonaron Inglaterra en dos barcos. Tres meses más tarde llegaron al promontorio que está

inmediatamente al norte de la desembocadura del Potomac.

A la nueva colonia, que tenían intención de administrar independientemente de Virginia, la llamaron Maryland, en honor de la Virgen María y de la reina católica, Enriqueta María. Al poblado que fundaron, el 27 de marzo de 1634, en el lugar del desembarco, lo llamaron Saint Mary's City. Iba a ser la capital de la colonia por el resto del siglo^[25].

Maryland tenía las ventajas y las desventajas de la existencia de Virginia al Sur. La población original de Jamestown tenía ya más de un cuarto de siglo, y Maryland podía aprovechar la lección de los problemas de Virginia. Los colonos de Maryland no padecieron los desastres del hambre y las enfermedades. Además se beneficiaron de la victoria de Virginia sobre los indios.

Por otro lado, los colonos de Virginia no estaban en modo alguno complacidos por la fundación de una nueva colonia al Norte que se consideraba independiente y, por añadidura, había sido fundada bajo auspicios católicos. Un virginiano, William Claiborne, había establecido un puesto comercial en la Isla de Kent, en el norte de la bahía de Chesapeake, en 1631, y comerciaba provechosamente con los indios. Ahora su isla estaba repentinamente en el territorio de Maryland, y él se negó a aceptar esto. Impuso su negativa por la fuerza y sus barcos, en efecto, combatieron con los de Maryland. También hizo un viaje a Inglaterra para hacer anular la concesión de tierras hecha a los de Maryland y estuvo a punto de lograrlo.

Los de Maryland se aferraron a su colonia, pero su catolicismo los hacía especialmente vulnerables, sobre todo porque los protestantes radicales se estaban haciendo cada vez más fuertes en Inglaterra. Los propietarios católicos de la colonia no podían impedir la inmigración protestante a Maryland, y una década después de la fundación de la colonia los católicos se hallaban en minoría en ella.

Los protestantes se dieron cuenta de su fuerza. Saquearon Saint Mary's en 1646, y Leonard Calvert tuvo que huir a Virginia por un tiempo. Allí recibió la ayuda del gobernador de Virginia (como colega, no como correligionario, pues aunque el gobernador de Virginia era protestante, no quería que se debilitase la autoridad del cargo de gobernador) y pronto volvió a Maryland.

Era claro que, para sobrevivir, Maryland debía evitar los conflictos religiosos. Específicamente, la colonia debía tolerar a los protestantes, con la esperanza de que ello estableciese un ejemplo de tolerancia en mayor escala del cual poder beneficiarse.

Por ello, el 21 de abril de 1649 Maryland aprobó una ley popularmente llamada el «Acta de Tolerancia», por la cual todas las personas que aceptasen la Trinidad gozarían del libre ejercicio de su religión. No era una tolerancia total, pues extendía la libertad sólo a los cristianos y excluía a los judíos, por ejemplo.

Que hubiera motivos egoístas detrás del Acta es algo que importa poco. El hecho

es que los católicos de Maryland establecieron el primer ejemplo oficial de amplia tolerancia religiosa en las colonias inglesas de América, y esto sirvió como precedente para la libertad religiosa en los Estados Unidos.

Pero, al admirar la política de tolerancia de Maryland, no debemos olvidar que la existencia misma de la colonia fue un testimonio de un anterior ejemplo de tolerancia religiosa: la de la misma Inglaterra. La colonización católica de una parte de las Américas no sólo fue permitida, sino que hasta fue alentada por la Inglaterra protestante. Esto se hallaba en agudo contraste con la política de la España católica, que nunca permitió otra religión que no fuese el catolicismo en ninguna parte de los continentes americanos que dominaba.

5. Al norte de Virginia

Nueva Inglaterra.

Mientras Virginia y Maryland luchaban para sobrevivir, sucesos que ocurrieron más al Norte hicieron aparecer nuevas y vigorosas colonias en el mapa de América del Norte. Surgieron, como Maryland, de conflictos religiosos en Inglaterra, aunque por razones opuestas.

Había protestantes en Inglaterra que estaban insatisfechos con la Iglesia de Inglaterra y hallaban que su ritual era demasiado católico para su gusto. Hablaban una y otra vez de la necesidad de purificar la Iglesia del ritual católico y, en tiempos de Isabel I, quienes se oponían a ellos los llamaron «puritanos», en son de burla. El término (como sucede con frecuencia en tales casos) fue orgullosamente adoptado por aquéllos de quienes se pretendía hacer burla.

En general, los monarcas ingleses se oponían a los puritanos, pues éstos estaban siempre dispuestos a usar sus conciencias como excusa para enfrentarse con el rey. Los reyes preferían una iglesia que estuviese totalmente sometida a ellos, y Jacobo I no hizo ningún secreto de sus intenciones de aplastar a los puritanos. Debían abandonar las creencias que él juzgaba indeseables o los expulsaría del país.

Algunos puritanos desesperaron de imponer alguna vez sus ideas a la Iglesia de Inglaterra. Pensaban que la única solución era separarse totalmente de la Iglesia y establecer su propia forma de culto. Eran llamados «separatistas». Un grupo de estos separatistas vivía en Scrooby, en Nottinghamshire.

Acosados por los funcionarios y los eclesiásticos locales, los separatistas de Scrooby finalmente adoptaron el desesperado recurso de abandonar Inglaterra; su destino era los Países Bajos.

Por entonces, los Países Bajos prácticamente habían conquistado su independencia de España. Habiendo descubierto que el comercio y la industria son la clave de la prosperidad y que el entusiasmo religioso parecía contar poco a este respecto, establecieron la tolerancia religiosa, por indiferencia más que por convicción. Hasta a los judíos se les permitió vivir y practicar su religión libremente, algo que había sido inaudito en la Europa cristiana durante muchos siglos.

Indudablemente también los separatistas podían hacer allí lo que quisieran, de modo que, en 1607 y 1608, los separatistas de Scrooby se marcharon a los Países Bajos. Se establecieron en Leiden y por un tiempo las cosas les fueron bien.

Sin embargo, con el paso de los años se sintieron cada vez más desdichados. En primer lugar eran inmigrantes en una tierra extraña, y se sentían extranjeros. Hasta sus hijos les creaban problemas, pues éstos aprendían el neerlandés y se estaban

convirtiéndose visiblemente en neerlandeses, no en ingleses. Además, ¿qué ocurriría si la guerra con España (suspendida sólo por una tregua) se reanudaba? Esa guerra se había señalado por muchas atrocidades y los separatistas no se sentían seguros.

Mientras esas dudas y preocupaciones aumentaban, se hizo obvio que la colonia de Jamestown, en Virginia, era una empresa en marcha. Los separatistas empezaron a considerar seriamente si no sería mejor marcharse a América y estar en una tierra propia (nadie tomaba en cuenta a los indios, desde luego), donde pudieran vivir como ingleses y como puritanos. La mayoría de los separatistas se acobardaron ante la idea de efectuar un largo viaje y las incertidumbres de las soledades, pero algunos empezaron a pedir permiso al rey Jacobo para ir a Virginia.

Jacobo, finalmente, lo otorgó, y los separatistas que deseaban marcharse iniciaron la larga y dura tarea de reunir fondos y obtener barcos y suministros. Consiguieron dos barcos, uno de los cuales resultó ser inadecuado para el viaje, de modo que finalmente zarparon de Plymouth, el 16 de septiembre de 1620, en un solo barco, el *Mayflower*^[26].

Había a bordo treinta y cinco separatistas de Leiden. Otros sesenta y seis (en su mayoría no separatistas) de Londres y regiones vecinas se les unieron. En teoría iban todos a alguna parte de Virginia, pero los cabecillas no deseaban ir a una tierra ya ocupada por colonos que no eran puritanos. Deliberadamente (e ilegalmente) se dirigieron más al Norte.

La costa situada al norte de Virginia había sido explorada por tempranos exploradores como Caboto y Verrazano, pero los hombres del *Mayflower* no tenían que depender de eso. En las dos décadas anteriores un explorador tras otro había recorrido la costa septentrional.

En 1602, por ejemplo, el navegante inglés Bartholomew Gosnold (quien más tarde sería el segundo jefe de la flota que llevó a los primeros colonos a Jamestown) había explorado dicha costa. El 15 de mayo de 1602 llegó a una estrecha y curvada península cuyas aguas vecinas eran ricas en bacalao (*codfish*, en inglés). La llamó cabo Cod, y luego exploró las costas de una isla situada al Sur a la que llamó *Martha's Vineyard* (La Viña de Marta).

Dos años más tarde otro navegante, George Weymouth, exploró esa parte de la costa y volvió con entusiastas informes.

Luego, en 1614 John Smith, famoso por Jamestown, había conducido una expedición a esa parte de la costa americana. Estudió cuidadosamente la línea costera, hizo un mapa de ella y quedó suficientemente sorprendido por la semejanza de clima y de apariencia de esa tierra con su patria como para llamar a la región Nueva Inglaterra, nombre que ha mantenido desde entonces.

Pero quizá el informe que más influyó sobre los separatistas fue el de un explorador holandés, Adriaen Block, quien, en 1614, volvió a Amsterdam con

entusiastas informes sobre la parte meridional de la costa de Nueva Inglaterra. Una isla situada a 65 kilómetros al oeste de Martha's Vineyard aún es llamada isla de Block en su honor.

El 9 de noviembre de 1620 cuando el *Mayflower* finalmente llegó a América, los hombres de a bordo se encontraron en la punta del cabo Cod, bastante más al Norte de donde habían querido ir. Era una mala época del año, y el cabo Cod presentaba un aspecto desolador; pero el viaje había sido largo y difícil, y no estaban con ánimo para ir mucho más lejos.

Navegaron hasta pasar la punta del cabo y empezaron a explorar la línea costera más allá, en busca de algún lugar que no tuviese demasiado mal aspecto. Finalmente, localizaron un puerto y, el 16 de diciembre, el *Mayflower* ancló allí. John Smith ya había dado a esa parte de la línea costera el nombre de Plymouth, y los pasajeros del *Mayflower* aceptaron el nombre en honor del puerto inglés del cual habían partido.

Pero los pasajeros estaban en una situación peculiar, ya que se hallaban fuera de los límites de la tierra controlada por la Compañía de Virginia, bajo cuyos auspicios, en teoría, habían zarpado. La Compañía de Virginia no podía legalmente nombrar un gobernador en ese sector de la costa, y tuvieron que gobernarse a sí mismos.

Los separatistas entre los colonos, para tomar esto en cuenta y también para evitar problemas con el contingente no separatista, prepararon un acuerdo por el cual prometían obediencia a las leyes elaboradas por los habitantes de la nueva colonia. Este «pacto del *Mayflower*», firmado el 21 de noviembre, fue una suerte de prelude de las famosas «sesiones del ayuntamiento» de Nueva Inglaterra y el primer paso hacia el autogobierno de las colonias inglesas.

Tan pronto como los separatistas desembarcaron eligieron a John Carver, uno de ellos, como gobernador.

Pero era todavía la mala época del año, y los colonos tuvieron que enfrentarse con el invierno sin estar preparados. La mitad de los pasajeros del *Mayflower* murieron de hambre y de enfermedades antes de la primavera, entre ellos el gobernador Carver. Los supervivientes persistieron tenazmente y eligieron a William Bradford como nuevo gobernador. (Iba a ser gobernador, de tanto en tanto, durante treinta y cinco años).

El pequeño grupo de colonos no habría sobrevivido, ciertamente, a la enemistad de los indios; pero en Plymouth, como en otras partes, los indios se mostraron amistosos desde el principio. En verdad, en este caso particular, no tenían otra opción. Una epidemia de la peste, en 1617, se había llevado a la mayoría de los indios de la zona, y los sobrevivientes no estaban con ganas de buscarse problemas.

Cuando llegó la primavera de 1621, los colonos se dispusieron a plantar sus primeros cultivos en campos indios abandonados. Un indio, llamado Squanto, que había aprendido inglés durante su estancia en Londres (adonde había sido llevado por

marinos ingleses que lo habían raptado casualmente), ayudó a los colonos instruyéndolos en los métodos agrícolas indios. Otro indio amigo, Samoset, arregló una reunión con Massasoit, jefe de las tribus locales, y se establecieron formalmente relaciones pacíficas entre los indios y los colonos.

Por la época en que el invierno de 1621 empezó a acercarse, los colonos tuvieron una buena cosecha de otoño para mantenerse, y proclamaron una celebración de tres días para dar gracias a Dios^[27]. Massasoit y noventa indios se unieron a la fiesta.

Era evidente que Plymouth sobreviviría. Siguió siendo una pequeña colonia, cuyos efectivos sólo ascendían a 180 colonos en 1624, pero era vigorosa. En 1626 reunieron las 1.800 libras para pagar a los comerciantes que habían invertido en la aventura inicial, y los residentes de Plymouth fundaron otras pequeñas colonias a lo largo de la costa.

Otros colonos empezaron a llegar a diversas partes de la costa en viajes que provenían directamente de Inglaterra. La segunda ciudad importante que apareció en el mapa fue Salem, fundada en 1626, a unos 65 kilómetros al norte de Plymouth.

Pero lo que realmente puso a Nueva Inglaterra en el mapa fue la actividad de John Winthrop, un influyente puritano con educación y medios. Reunió una partida de puritanos, en 1629, y empezó a planear una expedición muy bien organizada a Nueva Inglaterra, que estaría respaldada por una subvención real.

A Carlos I, quien ahora gobernaba Inglaterra, no le disgustaba librarse de la mayor cantidad posible de puritanos, de modo que otorgó el permiso para crear la Compañía de la bahía de Massachussets^[28]. Carlos olvidó especificar que la compañía efectuase sus reuniones anuales en Londres, donde podía ser controlada fácilmente. Por ello, los colonos se llevaron consigo a Nueva Inglaterra a la compañía y al gobierno. Fue otro paso, aunque producto de la inadvertencia, hacia el autogobierno de las colonias.

En 1630 diecisiete barcos, que transportaban casi a mil hombres, zarparon para Nueva Inglaterra, con Winthrop a bordo como gobernador de la futura colonia. Desembarcaron en la bahía de Massachussets, de modo que la colonia primero fue llamada por este nombre y luego sencillamente Massachussets.

Una ciudad, fundada ese año de 1630, sobre una lengua de tierra que avanzaba sobre la bahía, fue llamada Boston, por la ciudad inglesa de la que provenía un grupo de los colonos. El río en cuya desembocadura fue fundada Boston fue llamado el río Carlos en honor al rey.

Se crearon otras ciudades alrededor y cerca de Boston, y la bahía de Massachussets floreció desde el principio, y Winthrop siguió siendo gobernador, de tanto en tanto, durante veinte años.

En los doce años siguientes los puritanos (y algunos que no lo eran) se volcaron en grandes cantidades en Massachussets, pues el gobierno de Carlos I seguía siendo

hostil a sus creencias. Desembarcaron unos 20.000 colonos en 200 barcos, y por un tiempo Nueva Inglaterra fue mucho más populosa que la colonia, más antigua, de Virginia. En 1640 Nueva Inglaterra tenía una población de 22.500 habitantes, frente a los 5.000 de Virginia y Maryland.

En particular, la nueva colonia de Massachussets superó en mucho a la colonia anterior de Plymouth, que, por la época de la fundación de Boston, sólo tenía una población de 300 habitantes. Sin embargo, Plymouth mantuvo inquebrantablemente su independencia e iba a seguir haciéndolo por otros sesenta años.

Los nuevos colonos no eran los sencillos artesanos que habían navegado en el *Mayflower*. Muchos eran graduados universitarios que se preocupaban de que sus hijos creciesen con los beneficios educativos de que ellos habían gozado.

Por ello, el 28 de octubre de 1636 se fundó una escuela inmediatamente al norte del río Carlos, en lo que es ahora la ciudad de Cambridge. Los colonos votaron a tal fin un presupuesto de 400 libras. Por entonces, un pastor de treinta años estaba muriendo de tuberculosis. Legó a la nueva escuela unas 700 libras y su biblioteca de 400 libros, donación enorme para aquella época y aquel lugar. El nombre del pastor era John Harvard, y el 13 de marzo de 1639, medio año después de su muerte, la escuela mostró su gratitud adoptando el nombre de Colegio de Harvard. Fue la primera institución de enseñanza superior que se creó en las colonias inglesas.

Otro avance intelectual se produjo en 1639, cuando se estableció una imprenta en Cambridge. Fue la primera que hubo en las colonias inglesas. Esta imprenta publicó una edición de un libro de salmos, en 1640, que fue el primer libro publicado en las colonias inglesas.

Otras partes de Nueva Inglaterra también fueron colonizadas. Un inglés llamado Ferdinando Gorges (que había luchado contra la Armada Española) había tratado desde hacía tiempo de colonizar la parte septentrional de Nueva Inglaterra. Ya en 1607 había intentado fundar una colonia bajo los auspicios de la Compañía de Plymouth, en un punto situado a unos 220 kilómetros al norte del que más tarde sería el asiento de Boston. No pudo sobrevivir al invierno y los pocos de los 120 colonos que quedaron con vida retornaron a Inglaterra en 1608. Fue un golpe costoso para la Compañía de Plymouth, tanto más duro cuanto que la Compañía de Londres había tenido más suerte en Jamestown. Tampoco tuvo éxito posteriormente la Compañía de Plymouth, pues Nueva Inglaterra fue colonizada sin ella.

El 10 de agosto de 1622 Gorges y John Mason (quien había sido gobernador de la aún no colonizada Terranova y hecho el primer mapa completo de todas sus costas) recibió la aprobación real para tratar de colonizar nuevamente la franja septentrional de la costa de Nueva Inglaterra. La parte del Norte fue llamada Maine al principio, porque era habitual hablar de la costa como lo «principal» (*main*, en inglés) con respecto a las muchas islas que había frente a ella. Gorges y Mason dividieron sus

posesiones en 1629, y Mason llamó a su parte meridional de la costa New Hampshire, por el condado inglés de Hampshire, donde había pasado la mayor parte de su vida (aunque no había nacido allí).

A mediados del decenio de 1630-1639 surgieron colonias a lo largo de las costas de New Hampshire y Maine que fueron contempladas con el más profundo recelo por los puritanos de Massachussets. Gorges y Mason no eran puritanos, a fin de cuentas, y defendían el control de las colonias por la corona. Un ejemplo semejante tan cerca hacía peligrar el autogobierno que se daba Massachussets y que valoraba mucho.

Por ello, Massachussets hizo todo lo posible para que toda la costa de Nueva Inglaterra situada al Norte cayese bajo su jurisdicción. Algunas de las ciudades de Maine reconocieron la soberanía de Massachussets y, en 1677, ésta compró todos los derechos de la familia Gorges. Maine formó parte de Massachussets durante un siglo y medio.

Massachussets también logró dominar a New Hampshire de vez en cuando, pero ésta conservó su independencia a la larga y se mantuvo como colonia separada. No pasó mucho tiempo antes de que los mismos colonos de Massachussets se expandieran en busca de nuevas tierras. En 1632 exploraron el valle del río Connecticut (de palabras indias que significan «junto al largo río en el que penetran las mareas»). En octubre de 1635 emigrantes de las ciudades de Massachussets avanzaron ciento treinta kilómetros al Oeste y fundaron Windsor, Hartford y Wethersfield a lo largo de ese río. Esto fue el núcleo de lo que sería la colonia de Connecticut^[29] y constituyó la primera migración terrestre en gran escala hacia el Oeste, proceso que iba a continuar (y, en cierto modo, todavía continúa hoy).

En 1638 un nuevo grupo de puritanos llegó de Inglaterra, permanecieron brevemente en Boston y luego partieron para fundar una colonia en la costa al oeste del río Connecticut el 15 de abril de ese año. Llamaron a la colonia New Haven.

Nuevas colonias surgieron también del deseo de libertad religiosa, pues aunque los puritanos habían llegado a Massachussets en busca de la libertad de culto, no estaban en modo alguno interesados en conceder a otros el mismo privilegio.

Esto le acarreó problemas a Roger Williams, un puritano que llegó a Boston en 1631. Entró en conflicto con los cabecillas de la comunidad porque era más radical que ellos y se había convertido en separatista que no quería vinculación alguna con la Iglesia de Inglaterra. En verdad la lógica obligó a Roger Williams a adoptar la idea de que era tan difícil determinar cuál era la religión verdadera y obligar a otros a practicarla que era inútil tratar de imponer una sola forma de religión legítima. Por ello, empezó a creer cada vez más en la total libertad religiosa como único modo práctico de actuar ante los seres humanos.

Esto era bastante malo para los líderes de Massachussets, pero las ideas de Williams con respecto a la propiedad territorial eran aun peores. Williams sostenía

que el rey de Inglaterra no poseía América y no podía hacer concesiones de tierras a los colonos. La única manera como un colono europeo podía poseer tierras en América, pensaba, era comprándoselas a sus propietarios indios.

Esto era demasiado para las autoridades de Massachussets. El 9 de octubre de 1635 Williams fue desterrado de Massachussets. Se le permitió permanecer allí durante el invierno, pero luego tuvo que marcharse al Sur y, finalmente, llegó a la bahía de Narragansett. Allí, a sesenta y cinco kilómetros de Boston, compró tierras a los indios y, en junio de 1636, fundó la colonia de Providence.

La colonia se expandió hasta abarcar las costas de la bahía de Narragansett y las islas que hay dentro de ella. Se pensaba que la mayor de esas islas era aquella a la que se había referido Verrazano, en sus exploraciones de un siglo y cuarto antes, cuando dijo que le recordaba la isla mediterránea de Rodas (*Rhodes*, en inglés). Por eso fue llamada Rhode Island. Más tarde la colonia de Williams fue llamada Rhode Island y Plantaciones de Providence^[30], aunque por lo común se la llama sencillamente Rhode Island.

Bajo la conducción de Williams, Rhode Island practicó la plena tolerancia religiosa (aun hacia los judíos), si bien, a diferencia de la posterior Acta de Tolerancia de Maryland, aquella tolerancia no representaba una acción gubernamental legal, pues Williams no tenía carta ninguna que lo autorizase a gobernar la región. Aun así, esa tolerancia bastaba para hacer odiosa a Rhode Island para las otras colonias de Nueva Inglaterra, que no querían saber nada de ese foco de radicalismo.

Anne Hutchinson, quien llegó a Boston en 1634 y fue la primera mujer de nota de la historia norteamericana, fue otra rebelde religiosa. Tenía algo de militante por la «liberación de la mujer», pues pretendía practicar la religión tal como ella la concebía, negando la autoridad de los jefes religiosos. Organizó a otras mujeres bajo su liderazgo y mantuvo con vigor la creencia en una especie de democracia religiosa, en la que cada hombre o mujer elegía su propio camino. Por fin, fue llevada a juicio y, el 8 de noviembre de 1637, exiliada. Halló refugio en Rhode Island por un tiempo, y luego se marchó a lo que es hoy el Condado de Westchester, en Nueva York. En 1644 fue muerta durante un ataque de los indios.

Por supuesto, tenía que haber problemas con los indios, pues los colonos, que afluían en enjambre, ocupaban las tierras con inhumano desprecio hacia los indios. Roger Williams fue uno de los pocos idealistas que trató a los indios con justicia, como si tuvieran toda la valía y los derechos de los europeos; en retribución, también los indios siempre lo trataron bien.

Pero no todos los hombres eran como Roger Williams. En 1637 un arrogante comerciante blanco se granjeó el odio de la tribu Pequot, que ocupaba Connecticut, y fue muerto por uno de ellos. Esto significó la guerra, guerra que siguió su curso habitual.

Una partida de indios incendió la naciente Villa de Wethersfield y mató a algunos colonos, y ésta fue la matanza inicial. Luego llegó el mortal contraataque. El 26 de mayo de 1637 un grupo de colonos armados encerró a 600 hombres, mujeres y niños pequots en su baluarte aldeano cerca del río Mystic, en el sudeste de Connecticut, le prendieron fuego y los quemaron a todos. El poder indio, al menos en Connecticut, quedó destruido.

La «Guerra Pequot», aunque terminó con la victoria de los colonos, volvió inseguros a los blancos. En 1643 Massachussets, Plymouth, Connecticut y New Haven se unieron en una Confederación de Nueva Inglaterra para presentar un frente único a los indios y dirimir las disputas por límites entre ellos mismos. (La radical Rhode Island fue ignorada). Esta unión, que duró toda una generación, fue el primer intento de unirse a fin de abordar problemas comunes.

Pero a medida que avanzaba el decenio de 1640-1649, el empuje de la colonización británica de América empezó a disminuir. Esto obedeció, principalmente, a problemas internos.

Los puritanos, cada vez más fuertes en el populoso sudeste industrial de Inglaterra, dominaron en forma creciente el Parlamento y se hicieron cada vez más hostiles a Carlos I. Éste retribuyó la hostilidad y, de 1629 a 1640, se negó a convocar sesiones parlamentarias.

Sin Parlamento a Carlos le resultó difícil recaudar dinero. Se vio obligado a apelar a todo género de expedientes dudosos que, sencillamente, aumentaron su impopularidad. Luego, en 1639, los escoceses se rebelaron. Carlos tenía tanta necesidad de dinero que, muy contra su voluntad, tuvo que convocar al Parlamento. Éste trató de utilizar su control de las finanzas para obligar a Carlos I a hacer concesiones y el conflicto se precipitó.

En 1642 estalló una verdadera guerra civil, y el rey y el Parlamento reclutaron ejércitos para librar batallas. Un terrateniente puritano, Oliver Cromwell, luchó del lado del Parlamento y demostró ser un general excepcionalmente capaz. En 1645 estaba claro que el rey había sido derrotado, y el 30 de enero de 1649 fue decapitado. Inglaterra permaneció sin rey durante once años para gran horror del resto de Europa.

La guerra civil inglesa fue de gran importancia para la evolución de las colonias. Mientras Inglaterra estaba ocupada por sus problemas internos, las colonias manejaron sus propios asuntos. Hasta a Virginia, una colonia real, se le permitió que eligiera a su propio gobernador. Más tarde este hábito de autogobierno no pudo ser deshecho del todo, de modo que se dio otro paso más hacia la libertad.

MAPA II

Colonias Europeas alrededor de 1650



Los puritanos de Nueva Inglaterra, desde luego, estaban de todo corazón con el Parlamento puritano. Virginia, en cambio, estaba de parte del rey y, después de 1649, muchos de los partidarios de Carlos emigraron a esa colonia.

La hostilidad entre los dos sectores de la costa angloamericana casi pareció reflejar la guerra civil inglesa. La Confederación, de Nueva Inglaterra rompió las relaciones comerciales con Virginia por un tiempo, y si las dos partes hubiesen estado más cerca hasta podía haber estallado una guerra entre ellas.

Los sucesos del decenio de 1640-1649 fueron una temprana evidencia de las diferencias entre el Norte y el Sur, diferencias que iban a convertirse posteriormente en una grave crisis y que todavía hoy no han desaparecido. Era el Norte contra el Sur; el Parlamento contra el rey; los puritanos contra los anglicanos; el pueblo contra la aristocracia.

Pero en el decenio de 1640-1649, al menos, las dos partes sólo podían mirarse mutuamente con furia a través de una parte de la costa que no era inglesa en absoluto, sino holandesa.

Nueva Holanda.

En el curso de la gran guerra civil contra España, los Países Bajos habían construido una gran flota y creado un sistema mundial de intercambio y comercio. Los Países Bajos fueron, para su tamaño, la nación más rica del mundo y hasta podían ser considerados como una gran potencia.

A medida que aumentó su fuerza, los Países Bajos llevaron la guerra contra España allende los mares. Las posesiones portuguesas en el Lejano Oriente eran particularmente vulnerables, pues, como Portugal había caído bajo la dominación española, su imperio había decaído.

En 1602 un grupo de comerciantes fundaron la Compañía Holandesa de las Indias Orientales para impulsar el comercio con el Lejano Oriente y apoderarse de todos los territorios portugueses que fuera posible. Firmemente se establecieron en las grandes islas del sudeste de Asia. Más tarde se las llamó las Indias Orientales Neerlandesas (y, después de la Segunda Guerra Mundial, esa región conquistó su independencia y es ahora la nación de Indonesia). Ya en 1619 los neerlandeses fundaron en Java una ciudad que llamaron Batavia, por el viejo nombre latino de la región de Europa en que se hallaban los Países Bajos. (Batavia ha sido rebautizada con el nombre de Yakarta y es la capital de Indonesia). Los neerlandeses también arrebataron a los portugueses la isla de Ceilán y se establecieron en África del Sur, donde los portugueses habían estado desde la época de Dias, siglo y medio antes. Con todo esto los comerciantes neerlandeses estaban haciendo fortuna.

En 1609 España, agotada, finalmente aceptó una tregua temporal con los Países Bajos (España no reconocería la independencia de la región durante cuarenta años más), y las energías neerlandesas aumentarían aun más. Mientras sus esfuerzos en el Lejano Oriente estaban teniendo éxito, empezaron a soñar con intentos similares en el Lejano Occidente.

¿Qué pasaba con el paso del Noroeste que había sido buscado desde hacía tanto tiempo y tan vanamente? Frobisher y Davis habían fracasado un cuarto de siglo antes, pero había un navegante inglés que, en la primera década del siglo XVI, aún estaba explorando las aguas árticas en busca de rutas navegables. Era Henry Hudson, quien, en 1607, había explorado las aguas árticas del norte de Europa al servicio de la Compañía de Moscovia inglesa. Hudson se había aventurado hasta Spitzbergen y más allá, y había descubierto la que ahora es llamada isla de Jan Mayen, a mitad de camino entre Spitzbergen e Islandia.

En 1608 los neerlandeses le encargaron que hiciera exploraciones para ellos. El 6 de abril de 1609 zarpó en el barco *La Media Luna*. Empezó dirigiéndose nuevamente al Noreste, hasta pasar Spitzbergen, pero el descontento de la tripulación lo obligó a poner rumbo al Oeste.

Hudson cruzó el Atlántico hasta América del Norte en una época en que la colonización inglesa de la costa estaba apenas en sus comienzos y cuando Jamestown pendía de un pelo.

Hudson recorrió la costa americana y exploró la bahía de Delaware un año antes de que ningún inglés la viera. Luego, el 3 de septiembre de 1609, su barco penetró en el puerto de Nueva York. Otros lo habían precedido allí, en particular Verrazano; pero Hudson, ante la mera posibilidad de que fuese la entrada del paso del Noroeste, fue el primero en entrar en el ancho río que desemboca en la bahía. El 12 de septiembre empezó a navegar aguas arriba.

Remontó el río unos doscientos cincuenta kilómetros, hasta que la gradual disminución de la profundidad del agua lo convenció de que era realmente un río, y no un estrecho, por lo que nuevamente navegó, defraudado, aguas abajo.

Posteriormente, los neerlandeses llamaron a esa corriente río del Norte, y al que desembocaba en la bahía de Delaware, más al Sur, río del Sur. Este luego fue llamado río Delaware, pero el primero recibió justamente el nombre de río Hudson.

Cuando volvía a los Países Bajos con su informe, Hudson fue detenido en Inglaterra y se le impidió seguir trabajando para los neerlandeses.

En 1610 Hudson hizo un nuevo intento, más al Norte esta vez y nuevamente pagado por los ingleses. En junio de ese año navegó al sur de la Isla de Baffin, por el angosto paso marino que hay entre ella y tierra firme, paso ahora llamado Estrecho de Hudson. El 3 de agosto entró en una gran bahía que penetra hacia el sur del continente norteamericano y que hoy es llamada bahía de Hudson.

Parecía que finalmente había bordeado el continente norteamericano y podía navegar derechamente hacia las Indias. Pasó tres meses en la bahía, explorando la costa oriental, y llegó a la parte meridional (una cala llamada bahía de James (Jacobo), por Jacobo I de Inglaterra) en noviembre.

Allí quedó bloqueado por los hielos durante seis deprimentes meses. Cuando los hielos se deshicieron, en junio de 1611, quiso seguir explorando la costa occidental de la bahía, pero su tripulación ya estaba harta. Hudson fue abandonado a la deriva con su hijo y siete miembros leales de su tripulación; presumiblemente, todos murieron de frío y de hambre. Los amotinados, que sobrevivieron a un ataque de los esquimales, lograron volver a Inglaterra.

Los neerlandeses siguieron su avance hacia el Oeste aun sin Hudson. En algunos aspectos, sus más asombrosos éxitos se produjeron en América del Sur, donde, después de expirar la tregua con España, siguieron apoderándose de partes del imperio portugués. En 1623 los neerlandeses tomaron la ciudad de Pernambuco, en la parte más oriental de Brasil. Extendieron sus conquistas y, por un momento, pareció que habría un gran imperio holandés en América del Sur. Sin embargo, en 1640, después de sesenta años de sujeción a España, Portugal recuperó su independencia, y esto tuvo importantes consecuencias. Un levantamiento, que se inició en 1645, de los colonos portugueses terminó con la expulsión de los neerlandeses de Brasil.

Conquistas más permanentes se hicieron en las pequeñas islas que bordean el mar Caribe. Tales islas, como San Martín y Saba, al este de Puerto Rico, y Curacao, inmediatamente al norte de la tierra firme sudamericana, se hicieron neerlandesas y siguieron siéndolo hasta hoy^[31].

Pero los neerlandeses no olvidaron la costa de Norteamérica, la extensión que iba del río del Norte al río del Sur. En 1614 Adriaen Block empezó con el río Hudson y exploró en dirección al Este. Navegó alrededor de Manhattan y Long Island (demostrando que ambas eran islas) y exploró la costa de Connecticut, descubrió el río Connecticut y entró en él. En el mismo año Cornelis May exploró la costa al sur del Hudson, y el cabo May, en el extremo meridional de lo que es ahora Nueva Jersey, lleva ese nombre en su honor.

También en 1614 los neerlandeses levantaron un fuerte aguas arriba del Hudson, en el punto en que la exploración de este río había llegado a mayor distancia, y lo usaron para comerciar en pieles con los indios. Lo llamaron primero Fort Nassau, por su gobernante Mauricio de Nassau, y luego Fort Orange, por el apellido de la casa gobernante de los Países Bajos. En 1624 también se fundó una pequeña colonia en una isla situada en la desembocadura del río Hudson, llamada Manhattan, por el nombre de la tribu india que allí vivía.

Por entonces comerciantes neerlandeses habían creado la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales (el 3 de junio de 1621), para organizar las colonias

occidentales más eficientemente y asegurar el buen funcionamiento de lo que se estaba empezando a llamar Nueva Holanda. Para tal fin se necesitaba una base fuerte en la desembocadura del río Hudson.

Peter Minuit fue nombrado director general de Nueva Holanda por la Compañía y fue enviado a América para establecer esa base. El 4 de mayo de 1626 desembarcó en Manhattan y realizó lo que, retrospectivamente, es el más asombroso negocio en bienes raíces de la historia. Compró la isla de Manhattan a los indios por baratijas que valían sesenta florines, suma habitualmente traducida a dinero americano como 24 dólares.

En el extremo meridional de la isla, la colonia, que contaba a la sazón con 300 hombres, fue llamada Nueva Amsterdam, en honor a Amsterdam, entonces como ahora la mayor ciudad de los Países Bajos.

Por entonces la colonia inglesa de Virginia había tenido un claro éxito y los ingleses estaban empezando a desembarcar en las costas de Nueva Inglaterra. Los Países Bajos, viendo que su nueva colonia estaba cercada al Norte y al Sur, estaban ansiosos de reforzarla llenándola de colonos. No había suficientes neerlandeses que pareciesen dispuestos a ir espontáneamente, y por ende los Países Bajos aceptaron de buena gana colonos de cualquier otra parte de Europa. En 1643 un sacerdote jesuita que visitó la colonia dijo que había contado dieciocho lenguas que se hablaban en las calles de Nueva Amsterdam, con lo que adquirió un carácter polígloto que nunca ha perdido desde entonces.

Los neerlandeses tomaron medidas para estimular la inmigración. El 7 de junio de 1629 crearon el sistema *patroon*. Los hombres que se comprometían a llevar a más de cincuenta colonos recibían grandes extensiones a lo largo del río Hudson, veintiséis kilómetros a lo largo de una orilla o trece kilómetros a lo largo de ambas orillas. Esos hombres, llamados *patroons*, recibían derechos casi soberanos sobre sus tierras. Así este sistema semifeudal logró abrir el río Hudson a la colonización europea con gran rapidez, pero también mantuvo en Nueva Holanda una cerrada oligarquía gobernante.

El fundador del sistema *patroon* fue Kiliaen Van Rensselaer, un comerciante en diamantes de Amsterdam que había sido uno de los accionistas originales de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. Aunque él no fue a Nueva Holanda, sus hijos sí lo hicieron en 1630. Poseyeron una gran parte del Hudson superior, y todavía hoy un condado de la margen oriental del río, frente a Albany, es llamado Rensselaer.

La colonia se expandió. Un inmigrante danés, Jonas Bronck, se estableció en tierra firme al norte de Manhattan, y aún llamamos a esa zona el Bronx. Un colono neerlandés con el título de *jonker* (el equivalente del *Junker* prusiano, más conocido) se estableció más al Norte, en la zona que llamamos Yonkers.

Staten Island fue colonizada (y se la llamó así por los Estados Generales, la

legislatura de los Países Bajos). Lo mismo Long Island y lugares como Brooklyn y Harlem fueron así llamados en honor a ciudades neerlandesas. Los neerlandeses también se expandieron a lo largo de la costa de Connecticut y Nueva Jersey. En 1633 construyeron Fort Good Hope (Fuerte de Buena Esperanza), en el actual sitio de Hartford, antes de que llegasen los colonos de Nueva Inglaterra. Más tarde, cuando los ingleses se establecieron a lo largo del río Connecticut y en New Haven, los neerlandeses protestaron vigorosamente y lo consideraron una invasión de su tierra.

En todo este proceso los neerlandeses habían tenido que entrar en tratos con los indios. Peter Minuit y los Rensselaer trataron con justicia a los indios, y lo mismo Wouter Van Twiller, un sobrino de Van Rensselaer que se convirtió en gobernador de Nueva Holanda en 1633. No tuvieron problemas.

Pero luego, en 1637, fue nombrado gobernador Wiliem Kief, quien era de los que tenían la firme opinión de que no era menester tener en cuenta para nada a los indios y de que matar a unos pocos de ellos tendría un buen efecto sobre los restantes. Así, mató a algunos, y pronto se halló en guerra con los indios.

Kief tuvo que construir una empalizada a través del extremo meridional de Manhattan (el origen de Wall Street, Calle de la Muralla) para proteger a Nueva Amsterdam. En 1644 hubo batallas en Westchester, en una de las cuales fue muerta Anne Hutchinson, y los neerlandeses apenas pudieron mantenerse.

Naturalmente los colonos trataron de librarse del incompetente Kief y, en 1647, Nueva Holanda recibió un nuevo gobernador, Peter Stuyvesant. Éste fue, sin duda alguna, el hombre más capaz de la historia de la América neerlandesa. Había sido herido, en 1644, en una batalla en el Caribe y fue necesario amputarle una pierna. En lo sucesivo usó una pata de palo que decoró con cintas plateadas.

No era un hombre amable y gobernó duramente, pero también con eficiencia. Las cosas no fueron fáciles para él. Al Norte y al Este estaban los eternos intrusos, los colonos de Nueva Inglaterra, y al Sur apareció una amenaza inesperada: un pequeño grupo de suecos, los menos recordados de todos los grupos nacionales que establecieron las primeras colonias en la costa norteamericana.

Nueva Suecia.

Suecia no entró realmente en el escenario de la historia europea hasta después del descubrimiento de América. Durante gran parte de la Edad Media había estado bajo la dominación de Dinamarca, pero en 1523 conquistó su independencia bajo Gustavo Vasa, quien reinó como Gustavo I. Luego se expandió por la región báltica y llegó al apogeo de su poder bajo un notable monarca guerrero, Gustavo II Adolfo.

En 1630 Gustavo Adolfo intervino en la ruinosa Guerra de los Treinta Años que

por entonces convulsionaba a Alemania y, en el curso de los dos años siguientes, ganó brillantes victorias que elevaron a Suecia al rango de gran potencia, rango que iba a mantener por un siglo. No es sorprendente que Gustavo Adolfo, ansioso de colocar a Suecia a la par las potencias más viejas de Europa, diese oídos a proyectos de colonización de la costa oriental de América. En esto fue estimulado por neerlandeses que habían sido expulsados (injustamente, según ellos) de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales.

Gustavo Adolfo murió en batalla en 1632, pero los planes suecos siguieron adelante. Se organizó en 1637 la Compañía de la Nueva Suecia, para que hiciese por Suecia lo que la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales había hecho por los Países Bajos. De hecho fue Peter Minuit, el comprador de Manhattan, uno de los promotores de la nueva aventura. Y en 1638, cuando partió para América el primer grupo de colonos suecos, Minuit estaba a su frente.

La expedición se detuvo en Jamestown por diez días, luego navegó hacia el Norte, a la bahía de Delaware, y el 29 de marzo de 1638 fundó una colonia cerca del sitio donde está hoy la ciudad de Wilmington. La llamaron Fuerte Cristina, por la hija de Gustavo Adolfo, Cristina, quien, a la muerte de su padre, sucedió a éste en el trono.

Los colonos suecos se extendieron aguas arriba del Delaware, hasta la vecindad de lo que es hoy Filadelfia, donde establecieron su capital. Pero aún aguas más arriba estaban los hostiles neerlandeses, que consideraban a Delaware territorio suyo. Nueva Suecia, como fue llamada, mantuvo la paz con los indios; y bajo Johan Bjornsson Printz, un hombre enormemente gordo que había combatido bajo Gustavo Adolfo, la colonia floreció, aunque siempre fue pequeña. Un par de cientos de suecos y finlandeses fueron el núcleo de su población, que nunca creció mucho más.

Los suecos llevaron a América algo que luego sería inseparable de las leyendas sobre los pioneros americanos. Era la cabaña de troncos, inventada en el norte de Escandinavia, la cual, por la facilidad de su construcción y por el calor que conservaba en los inviernos duros, era muy superior a cualquier otro tipo de construcción de las colonias. Ciertamente era superior a las casas de madera inglesas que construían los colonos de Nueva Inglaterra.

La cabaña de troncos fue gradualmente adoptada a lo largo de toda la frontera norteamericana.

Nueva Francia.

Tampoco Francia quedó atrás en la carrera por la colonización de América. Una vez que Enrique IV se convirtió en rey y las guerras civiles religiosas terminaron, Francia

reanudó la exploración de América allí donde Cartier la había dejado, en sus viajes por el río San Lorenzo.

Los franceses habían mantenido contactos con la región en relación con el comercio de pieles. Las pieles de castor, de las que Canadá era rico, adquirieron gran popularidad en la manufactura de sombreros; y el comercio de pieles, que necesitaba una base terrestre, se había vuelto más provechoso que la pesca frente a la costa. Por ello, Enrique IV fue persuadido a que tratase de afirmar allí la presencia francesa. Para tal fin nombró a Samuel de Champlain geógrafo real, con instrucciones de explorar la región.

Champlain no era ningún principiante. Había combatido bajo Enrique IV cuando éste trataba de ser elegido rey y, más tarde, al servicio de España, había tenido muchas y variadas experiencias en el mar y en Nueva España.

Ya había hecho dos viajes a América. En 1603 había entrado en el río San Lorenzo. Luego en 1604 exploró las costas de Nueva Inglaterra antes de que se bautizase con este nombre a la región. En una península situada más al Norte y que los franceses llamaron Acadie (Acadia, en inglés), de una palabra india que significa «rico», ayudó a fundar una colonia llamada Port Royal.

En 1608, bajo patrocinio real, zarpó de Francia para efectuar su tercer viaje a Canadá. Nuevamente remontó el río San Lorenzo y el 3 de julio de 1608 fundó una colonia a 650 kilómetros aguas arriba, en un punto donde el río se estrecha y donde las empinadas márgenes facilitaban la defensa de la colonia. Fue la ciudad de Québec, fundada un año después que Jamestown.

Québec pasó por tiempos difíciles al principio. El duro invierno septentrional cayó sobre la colonia y de los veintiocho colonos originales sólo ocho seguían vivos cuando llegó la primavera. Sin embargo, Québec se mantuvo en existencia y fue el núcleo de lo que se llamaría Nueva Francia.

Para su comercio de pieles los franceses dependían de los indios locales, que pertenecían a tribus llamadas huronas y algonquinas. Éstos se hallaban en guerra con los iroqueses, una confederación de tribus indias cuyas tierras estaban en lo que es hoy el Estado de Nueva York. Los iroqueses habían formado su confederación en 1570, bajo el liderazgo (entre otros) del semilegendario Mohawk Hiawatha. Esto dio cierta paz y unidad a cinco tribus hasta entonces en guerra. Como resultado de ello se convirtieron en el más fuerte grupo de indios de todo el territorio costero colonizado por las naciones europeas.

En verdad, los iroqueses fueron quizá los más notables guerreros indios de las Américas. La tribu nunca se jactó de tener más de 2.300 combatientes, pero éstos, indefectiblemente bravos e increíblemente sadomasoquistas en su capacidad para torturar y para sufrir tortura, habían convertido en un arte refinado la técnica de las incursiones de tipo comando. Conquistaron a las tribus indias vecinas y dominaron

gran parte de lo que es hoy el nordeste de los Estados Unidos.

Champlain no sabía nada de esto. Solamente estaba ansioso de explorar el Sur y deseaba ayudar a los indios de quienes dependía para obtener pieles. Cuando se desplazaba hacia el Sur, desde el San Lorenzo, en julio de 1609 descubrió un extenso lago que todavía hoy es llamado Lago Champlain en su honor. En el extremo meridional de ese lago, el 30 de Julio, los indios algonquinos a los que Champlain acompañaba se encontraron con un grupo de iroqueses.

Inmediatamente entraron en combate con tomahawks y flechas. Los iroqueses estaban venciendo, de modo que Champlain y sus hombres intervinieron. Con sus mosquetes descargaron una andanada contra los iroqueses. Desconcertados por la nueva arma que tronaba y mataba misteriosamente los iroqueses se volvieron y huyeron.

La intervención de Champlain fue probablemente el acto más importante de su vida. Los iroqueses, humillados por haber tenido que retirarse con pánico, nunca olvidaron ni perdonaron. Desde ese momento las tribus fueron consecuentemente hostiles hacia los franceses y fueron aliados, primero, de los neerlandeses y, luego, de los ingleses.

De los neerlandeses obtuvieron armas de fuego, y en 1640 fueron los primeros indios que usaron armas de fuego en sus guerras. Más de una vez los vengativos iroqueses llevaron a la Nueva Francia al borde de la extinción. Sin la ayuda de los iroqueses, a la larga tal vez ni los neerlandeses ni los ingleses hubiesen podido resistir contra los franceses en esa región decisiva. Si los franceses hubiesen logrado introducir una cuña entre Nueva Inglaterra y Virginia, las dos zonas de colonización inglesa, la historia futura del continente norteamericano podía haber sido enormemente diferente.

Después de retornar a Francia en busca de más colonos, Champlain volvió a América por cuarta vez en 1610, y en 1611 fundó una colonia a 240 kilómetros aguas arriba de Québec. La llamó Place Royale y fue el núcleo de la posterior Montreal. En 1613 hizo una expedición hacia el Oeste y en 1615 llegó a la bahía Georgiana, la extensión septentrional del Lago Hurón. Fue el primer europeo que llegó a los Grandes Lagos.

Cuando volvió a Francia, Enrique IV había sido asesinado en 1610, y siguieron catorce años de relativa debilidad bajo su hijo menor de edad Luis XIII. Aunque Champlain fortificó Québec en 1620, no era más que una pequeña colonia y no pudo resistir un ataque naval de los ingleses en 1629. Champlain, que era ahora gobernador de Nueva Francia, se vio obligado a rendirse y estuvo prisionero tres años. Los ingleses también tomaron las colonias francesas de Acadia. Pero tanto Québec como Acadia fueron devueltos en 1632.

En el ínterin, en 1624, el capaz cardenal Richelieu había asumido el gobierno

como primer ministro de Luis XIII. Bajo su mano firme Francia revivió rápidamente. En 1627 organizó una compañía destinada a estimular la colonización de Canadá. Obtuvo de Inglaterra la devolución de las posesiones francesas y, año tras año, Nueva Francia se hizo cada vez más fuerte. El río que lleva las aguas del Lago Champlain al Norte, al río San Lorenzo, es llamado río Richelieu en su honor.

Pero el número de colonos franceses siguió siendo pequeño, considerando el tamaño del territorio que Francia dominaba. Había muchas razones de ello. El clima era duro y los franceses estaban más interesados en el comercio de pieles y en obtener beneficios que en construir un nuevo hogar para los franceses en ultramar. Para asegurarse un comercio provechoso, el gobierno francés, que era autocrático interiormente, mantenía un despótico control sobre los colonos y no hacía de Canadá un lugar atractivo para quienes esperaban escapar de las durezas internas.

Finalmente, los franceses más proclives a buscar asilo en ultramar eran los hugonotes, los protestantes franceses, que sufrían los infortunios de ser una minoría de la que se desconfiaba internamente. Pero el gobierno francés tenía intención de que Nueva Francia siguiese siendo completamente católica y no permitía a los hugonotes penetrar en territorio francés en América. Por ello, los hugonotes emigraban a las colonias inglesas, donde eran bienvenidos y contribuían a fortalecer al enemigo de Francia.

Mientras tanto, en la misma Europa, Francia dio el toque final a la declinación de España. Los españoles protestaban por la colonización de la costa oriental de Norteamérica por otras naciones, pues sostenían tercamente que todo el continente norteamericano era suyo por derecho de descubrimiento y exploración. (El descubrimiento y la exploración por los indios no contaban).

Pero España no pudo hacer más que protestar, pues su decadencia continuó constantemente durante la primera mitad del siglo XVII. Considerándose aún la campeona del catolicismo, se embrolló en la Guerra de los Treinta Años, luchando contra alemanes, daneses, suecos y franceses.

En 1642, en Rocroi, sobre la frontera de los Países Bajos españoles, un ejército español fue totalmente derrotado por fuerzas francesas. Esto señaló el fin de la supremacía militar española en el continente, después de un siglo y medio durante el cual los ejércitos españoles prácticamente nunca habían sido derrotados.

En 1648 la Guerra de los Treinta Años terminó con un acuerdo de paz que era claramente una derrota para España. Hasta se vio obligada, después de ochenta tenaces años de fracaso, a reconocer la independencia de los Países Bajos. Pero la guerra entre España y Francia continuó hasta 1659, cuando finalmente se concertó la paz, nuevamente en desventaja de España. Por entonces España desapareció de las filas de las grandes potencias y desde ese momento ha sido una potencia secundaria.

Sin embargo, aunque el dominio español en las Américas cesó de expandirse, y

aunque perdió puestos avanzados menores en las islas para beneficio de otras naciones, España, en general, mostró una notable tenacidad. Mantuvo su dominio sobre México, Nuevo México, Texas y Florida, tanto más férreamente cuanto que los necesitaba como amortiguadores entre las vigorosas nuevas potencias colonizadoras del Norte y el rico núcleo de su propio imperio en México.

6. Los ingleses se expanden

El fin de Nueva Holanda.

Hacia 1650, pues, las colonias de cinco naciones se alineaban a lo largo de la costa oriental de América del Norte; la identidad de las naciones se reflejaban en sus nombres. Estaba Nueva Francia a lo largo del río San Lorenzo; Nueva Inglaterra, centrada alrededor de la región de la bahía de Massachussets; Nueva Holanda, a lo largo del río Hudson; Nueva Suecia, a lo largo del río Delaware; Maryland y Virginia (inglesas), a lo largo de los ríos Potomac y James, y Nueva España, en Florida y la región al sur de ésta.

No era un arreglo amistoso, por supuesto. España reclamaba todo y había ocasionales riñas entre neerlandeses e ingleses en Connecticut, entre franceses e ingleses en Canadá, etc. Pero hasta entonces había habido espacio suficiente para impedir guerras serias entre los colonos.

Pero el espacio estaba menguando. En 1650, al expandirse cada grupo de colonos, empezaron a producirse colisiones, y durante el siglo siguiente hubo una competición cada vez más intensa para decidir qué nación europea iba a heredar el continente norteamericano^[32].

Nueva Holanda sintió agudamente el apiñamiento. Bajo el severo Peter Stuyvesant seguía floreciendo y se hacía cada vez más cosmopolita. En 1654 llegó la primera partida de judíos; veintitrés hombres, mujeres y niños provenientes de Brasil, huyendo de la declinación del poder neerlandés allí y el restablecimiento del dominio de los inflexibles portugueses católicos. Luego, en 1655, llegaron esclavos negros, y la institución de la esclavitud apareció en la parte septentrional de lo que llegaría a ser Estados Unidos.

Pero Nueva Inglaterra también se estaba expandiendo, y más vigorosamente aun. Connecticut se hacía más inglesa cada año, y aunque los neerlandeses habían sido los primeros en llegar allí, tenían que aceptar la realidad. El 29 de septiembre de 1650 Stuyvesant firmó un tratado en Hartford concediendo a Connecticut su actual límite occidental y también la mitad oriental de Long Island. El Tratado de Hartford fue una humillante derrota para Stuyvesant, que buscó la venganza en otra parte.

A tal fin mantuvo una constante y férrea vigilancia sobre las colonias suecas del río Delaware. Cuanto más prosperaban los suecos bajo Printz, tanto más aumentaba la cólera de Stuyvesant. En 1651 Stuyvesant envió doscientos hombres a la bahía de Delaware y fundó Fuerte Casimir, a unos diez kilómetros al sur de Fuerte Cristina. A partir de ese momento los suecos sabían que vivían bajo la amenaza de un hacha, y cuando Stuyvesant lo quisiese el hacha caería sobre ellos.

Printz trató desesperadamente de alentar la llegada de nuevos colonos, pero finalmente abandonó esa lucha claramente imposible y dejó la colonia en 1653. Al año siguiente los suecos, desesperados, atacaron Fuerte Casimir y lo tomaron. Ante esto Stuyvesant estalló; envió siete barcos con 600 hombres (el doble de la población total de Nueva Suecia) aguas arriba del río Delaware y dejó caer el hacha. Nueva Suecia fue obligada a rendirse y su existencia llegó a su fin el 26 de septiembre de 1655. Nueva Holanda ahora se extendía desde el Hudson hasta el Delaware y estaba en el apogeo de su poder.

Pero su perdición estaba próxima, a causa de sucesos que se estaban produciendo en Europa.

Después de la ejecución de Carlos I, Gran Bretaña cayó en forma creciente bajo el duro pero eficiente gobierno de Oliver Cromwell. Era intención de Cromwell llevar nuevamente a la nación al rango de gran potencia marítima que había alcanzado bajo Isabel I.

Pero se alzaban en su camino los neerlandeses, que a la sazón controlaban la mayor parte del comercio marítimo del mundo. Por ello, el 9 de octubre de 1651 Cromwell hizo que el Parlamento aprobase el Acta de Navegación. Por esta nueva ley todos los productos que entrasen en Inglaterra por mar debían ser transportados en barcos ingleses (con propietarios ingleses, capitanes ingleses y tripulaciones inglesas) o en barcos de las naciones que producían los artículos. La finalidad de esto era suprimir al intermediario neerlandés, que compraba artículos a una nación y los vendía a otra, cobrando una buena suma por su servicio.

Naturalmente, lo que se aplicaba a Inglaterra se aplicaba también a las colonias inglesas, y esto significó que los colonos de América tenían que usar barcos ingleses, aunque eran más baratos los barcos y capitanes neerlandeses, más numerosos y más competentes. Lo que era bueno para Inglaterra era perjudicial para las colonias, pero esto no inquietó al gobierno inglés. Por entonces, se daba por sentado que las colonias eran fundadas y mantenidas principalmente para beneficio de la metrópoli.

Lo único que los colonos podían hacer con el Acta de Navegación era ignorarla, y procedieron a comerciar como se les antojase y a usar los barcos que eligiesen. Así empezó la larga tradición de contrabando por parte de los colonos ingleses, en su esfuerzo para eludir las desventajas que les imponía la metrópoli.

Los ingleses descubrieron que poco podían hacer para impedir el contrabando. Estaban demasiado lejos. En aquellos días cinco mil kilómetros de aguas oceánicas eran un excelente aislador. Se necesitaban tres meses para hacer el viaje de ida y vuelta.

Pero el fracaso del Acta de Navegación en las colonias fue atribuido por los ingleses a sus excesivas omisiones. Por esta razón el Acta fue continuamente reforzada, aun después de la época de Cromwell. En 1660 se decretó que los barcos

que comerciasen con Inglaterra fuesen construidos en Inglaterra o en las colonias. En 1663 se ordenó que todo barco de cualquier otra nación que llevase artículos de esta nación a las colonias debía primero detenerse en Inglaterra (permitiendo así que Inglaterra obtuviese los beneficios del intermediario, a expensas de elevar los precios para los colonos). Además, se aumentó continuamente el número de productos específicamente sometidos al Acta de Navegación, y las colonias tuvieron que vender mercancías tales como azúcar, tabaco, arroz, melaza, pieles, etcétera, sólo a Inglaterra (y por ende al precio que quisieran pagar los comerciantes ingleses).

Y cuanto más se apretaba el tornillo, tanto más apelaban los colonos al contrabando. Inglaterra nunca aprendió que el intento de exprimir a los colonos a cinco mil kilómetros de distancia no podía tener éxito y que habría sido más provechoso dejar que las colonias se desarrollasen libremente. El fracaso en aprender esta lección, con el tiempo, costaría caro a Inglaterra.

Pero si los colonos no podían hacer más que desobedecer, los neerlandeses, que eran los otros afectados por el Acta de Navegación, podían emprender una acción directa. En 1652 estalló una guerra naval entre los Países Bajos e Inglaterra. Durante dos años arreció la guerra, con doce batallas navales en total. La guerra no fue decisiva, pero terminó en 1654; los neerlandeses llevaron en general la peor parte.

El aspecto importante de esa guerra fue que puso fin a la amistad entre las dos naciones, amistad que se había mantenido durante toda la larga revuelta neerlandesa, cuando ambas naciones estaban unidas por su temor a la gran potencia católica, España. La nueva enemistad se extendió a América, desde luego, y aumentó aun más la hostilidad entre Nueva Holanda y las colonias inglesas del Norte y el Sur.

En 1658 murió Cromwell, y con su muerte brillaron las perspectivas de una restauración de la monarquía. En 1660 el hijo exiliado de Carlos I fue llamado de vuelta a Gran Bretaña y empezó a gobernar como Carlos II.

Con Carlos II volvieron muchos exiliados realistas cuyas propiedades habían sido confiscadas por el régimen de Cromwell. Naturalmente, deseaban que les devolviesen sus propiedades, y con beneficios adicionales como recompensa de su lealtad.

Pero Carlos II no pudo hacer eso. Era un hombre muy sensato y sabía que si trataba de arrancar las tierras a gente que las poseía desde hacía una década o más, sencillamente provocaría una nueva guerra civil y se vería obligado a exiliarse una vez más. De modo que asignó tierras a sus adeptos en América, cosa que podía hacer sin problemas.

Carlos II no sentía afecto alguno por los neerlandeses, quienes lo trataron de manera poco amable durante los años de su exilio, y se estaba acercando una nueva guerra. Por consiguiente, una de sus primeras medidas fue otorgar el territorio de Nueva Holanda (que no era suyo, por supuesto) a alguien a quien consideraba digno: su hermano menor Jacobo, Duque de York y de Albany.

Parecía un buen golpe político. Si los ingleses podían tomar Nueva Holanda, toda la costa, desde Massachussets hasta Virginia, sería ininterrumpidamente inglesa. Más aun, los ingleses podían adueñarse de los beneficios que los neerlandeses obtenían del comercio de pieles y, quizá, si los neerlandeses desaparecían del escenario americano, sería más fácil aplicar el Acta de Navegación.

Fue así como el duque de York equipó una flota de cuatro barcos. Bajo el mando de uno de sus subordinados, Richard Nicolls, los barcos cruzaron el Atlántico y el 29 de agosto de 1664 entraron en el puerto de Nueva Amsterdam y exigieron su rendición.

El viejo Peter Stuyvesant fue cogido por sorpresa. Se le había hecho creer que los barcos se dirigían a Nueva Inglaterra, donde los colonos puritanos mostraban una terca renuncia a aceptar el gobierno de Carlos II.

Enfrentado con los ingleses sin preparativos para la defensa, Stuyvesant, que ya tenía más de setenta años, llamó energicamente a la resistencia. Pero llamó en vano. En total vivían en Nueva Amsterdam 1.600 personas y quizá 8.000 en toda Nueva Holanda. En un combate seguramente serían aplastados por la población, mucho más numerosa, de Nueva Inglaterra. Además muchos, si no la mayoría, de los habitantes de Nueva Amsterdam no eran neerlandeses y no sentían mucho fervor patriótico. Sencillamente, se negaron a resistir.

Nueva Amsterdam se rindió sin disparar un tiro el 7 de septiembre de 1664. El 20 de septiembre también se rindió Fort Orange, sobre el Hudson superior, y el 10 de octubre se rindieron los holandeses que estaban a lo largo del río Delaware.

Toda Nueva Holanda se convirtió en colonia inglesa y el nombre de la parte de ella que está sobre el río Hudson fue cambiado por el de Nueva York, en honor de Jacobo. Nueva Amsterdam se convirtió en New York City y Fort Orange en Albany, en homenaje al otro título de Jacobo.

Pero la verdadera guerra con los Países Bajos se produjo al año siguiente. Según los términos de la paz, firmada en Breda, en los Países Bajos, el 21 de julio de 1667, los Países Bajos renunciaban formalmente a toda pretensión sobre lo que era ahora Nueva York. A cambio, Inglaterra reconoció los derechos neerlandeses a lo que es ahora la Guayana Neerlandesa (hoy Surinam), en la costa del Caribe de América del Sur. Fue un intercambio notablemente pobre para los Países Bajos, como podemos comprobar hoy, pero en la época no parecía tan malo.

Los ingleses, con su habitual sensatez, no hicieron ningún intento de despojar a los neerlandeses o de cambiar su modo de vida. Dejaron que practicasen libremente su religión y usasen su lengua. Hasta conservaron el sistema *patroon*. Solamente introdujeron también costumbres inglesas y estimularon la afluencia de colonos ingleses.

Peter Stuyvesant al retornar a los Países Bajos, fue culpado de la pérdida de la

colonia. Encolerizado, retornó a Nueva York y pasó sus últimos años en paz bajo la bandera inglesa. Vivió en su granja de New York City, Bouwerie, que dio su nombre a la parte hoy llamada el Bowery.

Stuyvesant murió en 1672; no vivió lo suficiente para ver a los neerlandeses retornar a Nueva York, cuando estalló una nueva guerra con Inglaterra. El 30 de julio de 1673 una flota neerlandesa tomó la ciudad de Nueva York por sorpresa; pero poco más de un año después la guerra terminó y los neerlandeses devolvieron la ciudad a Inglaterra el 10 de noviembre de 1674. Pero no toda Nueva Holanda se convirtió en Nueva York. La parte meridional de las posesiones neerlandesas, entre el río Delaware y el mar, fue cedida por Jacobo de York a dos de sus amigos el 24 de junio de 1664, antes de ser tomada Nueva Holanda.

Uno de ellos era George Cartaret. Había nacido en la isla anglonormanda de Jersey y, después de ser decapitado Carlos I, retuvo Jersey por dos años contra Cromwell, antes de verse obligado a exilarse en Francia. Mientras aún conservaba Jersey, había sido visitado por el hijo de Carlos, el futuro Carlos II, quien le prometió tierras en América como recompensa, tierras que recibirían el nombre de Nueva Jersey. Ahora, quince años después, se cumplió la promesa. Con Cartaret estaba asociado Juan, Lord Berkeley, quien también había luchado por Carlos I.

Las donaciones de Carlos II.

Así, cuando Carlos II empezó su reinado, la costa oriental de Norteamérica era sólidamente inglesa, desde Maine hasta Virginia.

Al sur de Virginia había aún un vacío no colonizado de unos 800 kilómetros. Se había evitado cuando España todavía era fuerte, pero España se hacía cada vez más débil. El 24 de marzo de 1663, cuando aún no se había conquistado Nueva Holanda, Carlos II otorgó esa extensión de tierras a ocho de sus leales cortesanos (incluidos Cartaret y Berkeley, que recibirían Nueva Jersey el año siguiente).

Toda la región fue llamada Carolina en honor al rey, de la forma latina de Carlos («Carolus»). Fue en esa región donde se había fundado la primera colonia hugonota, un siglo antes, y los franceses la habían llamado «Carolana» —casi el mismo nombre— en homenaje a su rey, Carlos IX.

En 1670 un grupo de colonos patrocinados por los ocho propietarios llegó a Carolina, estableciendo sus granjas a lo largo de una profunda cala que fue llamada Albemarle Sound, por el nombre del General Monk, uno de los propietarios. Había sido el principal agente en la restauración de Carlos II, y fue nombrado duque de Albemarle como recompensa.

La región estaba a sólo 130 kilómetros al sur de Jamestown, y los virginianos

habían estado colonizando la zona desde hacía quince años. Por ello hubo muchas fricciones entre Virginia y Carolina durante algunas décadas, como antes entre Virginia y Maryland. (En ambos casos, Virginia finalmente perdió y sus límites fueron fijados en el río Potomac, al Norte, y a 31° de latitud Norte, en el Sur).

Por la misma época, otro grupo de colonos desembarcó en la parte meridional de la colonia de Carolina. En verdad, desembarcaron tan cerca como se atrevieron de los dominios españoles, a unos 530 kilómetros al sudoeste de Albemarle Sound y a sólo 400 kilómetros al norte de San Agustín. Allí, en abril de 1670, fundaron Charles Town (Ciudad de Carlos), que luego se transformaría en Charleston, así llamada también en honor a Carlos II.

Sólo en 1683 los colonos osaron fundar Port Royal, sesenta y cinco kilómetros más al sur (donde antaño los hugonotes habían tratado vanamente de establecerse), y aun en esa fecha tardía España halló fuerzas para expulsarlos, el 17 de agosto de 1686.

Durante un cuarto de siglo, las colonias de Carolina se fortalecieron, unas en el Norte, otras en el Sur, y con escasas colonias entre unas y otras. Tan dispares eran los grupos —cultivo del tabaco y pequeños granjeros en el Norte, cultivo de arroz y propietarios de plantaciones en el Sur— y tan grande el vacío entre ellos que pronto se vio la inutilidad de tratar de gobernar a toda la región como una unidad. El gobernador permaneció en Charleston, y se estableció a un vicegobernador en la región de Albemarle.

Otra colonia fundada bajo los auspicios de Carlos II tuvo su origen como Maryland y Nueva Inglaterra, en la huida de la persecución religiosa. Involucraba a una secta que se remontaba a los tiempos de Cronwell.

En aquellos días un predicador puritano llamado George Fox había reunido a su alrededor discípulos tan plenamente convencidos de la cercanía entre Dios y el hombre que no veían necesidad alguna de iglesias o sacerdotes.

Fox y sus discípulos eran pacifistas y no aceptaban más autoridad que la de Dios. No se quitaban el sombrero como gesto de respeto hacia ninguna autoridad terrenal y usaban solamente el singular de la segunda persona («thee» y «thou»), porque el uso del plural «you» era en su origen un signo de respeto. Sólo llamaban a toda persona por el nombre de «amigo». Por esa razón se llamaban a sí mismos Sociedad de Amigos. Pero, como Fox solía instar a la gente a «temblar ante el poder de Dios» (en inglés: *quake at the power of God*), sus discípulos fueron llamados burlescamente *quakers*, cuáqueros en español. El nombre fue aceptado y ahora se usa comúnmente para designarlos.

Hoy, para nosotros, los cuáqueros parecen un grupo particularmente inofensivo, pero en el siglo XVII parecían peligrosos radicales y, por su rechazo del ritual y de la organización eclesiástica, hasta ateos. Se los persiguió mucho y muy duramente, y

tres mil de ellos fueron llevados a prisión cuando Carlos II recuperó su trono.

Poco después de aparecer el cuaquerismo, los cuáqueros empezaron a abandonar Inglaterra para marcharse a las colonias americanas, en parte con la esperanza de eludir la persecución y en parte para convertir a otros a sus doctrinas. Pero también allí hallaron una dura oposición y, entre 1659 y 1661, cuatro cuáqueros fueron ahorcados en Boston por quienes pensaban que sólo ellos gozaban de la atención de Dios.

Sin embargo, el cuaquerismo se difundió en las colonias y hasta halló cierto refugio en Nueva Jersey. Berkeley y Cartaret se habían dividido la colonia; el primero tomó la mitad occidental, y el segundo la oriental. El 18 de marzo de 1674, Berkeley vendió su parte de la colonia a dos cuáqueros por mil libras, y, en 1675, se estableció allí la primera colonia cuáquera. El 1 de julio de 1676 la colonia fue dividida oficialmente en dos; la mitad cuáquera fue llamada Jersey Occidental, y a la otra mitad, que aún era de Cartaret, Jersey Oriental. Las dos mitades fueron administradas separadamente.

Entre tanto, el cuaquerismo había logrado un notable converso, en 1666, con William Penn. Era hijo de sir William Penn, almirante británico y hombre de fortuna, que había luchado contra Carlos I y, bajo Cromwell, contra los neerlandeses.

Pero el viejo Penn empezó a simpatizar con la causa realista en el decenio de 1650-1659, y fue uno de los más activos en la restauración de Carlos II en el trono. Más importante aun fue que adelantó 16.000 libras a Carlos. Éste no lo olvidó y se mostró agradecido, no sólo con el padre, sino también con el hijo, aunque el hijo hizo algo tan socialmente torpe como convertirse en cuáquero.

El joven Penn se comprometió a fondo con los intentos hechos por los cuáqueros para convertir a Nueva Jersey en un refugio. Después de la muerte de Cartaret, en 1680, Penn negoció la compra de los derechos sobre Jersey Oriental a sus herederos, el 1 de febrero de 1681. Pero el problema de Nueva Jersey era que se hallaba demasiado cerca de Nueva York, la cual trataba de dominarla como había hecho Nueva Holanda en tiempo de los neerlandeses. Esto originó complicaciones, y Penn consideró que las cosas irían mejor si lograba hallar un territorio virgen, que sólo los cuáqueros colonizasen y dominasen.

Ya había solicitado a Carlos, en 1680, el derecho a colonizar la tierra no ocupada que se halla al oeste del río Delaware. Carlos estaba dispuesto a hacer la concesión a cambio de la cancelación de su deuda con la familia Penn y, el 4 de marzo de 1681, la cuestión quedó arreglada.

Penn propuso llamar a la nueva colonia Sylvania, por la voz latina que significa «región boscosa». Carlos II, que tenía un malicioso sentido del humor^[33] cambió el nombre por el de Pennsylvania. Penn, como cuáquero se horrorizó de que le hiciese parecer tan arrogante como para dar su nombre a la colonia y se negó a aceptarlo.

Carlos, sonriendo, insistió aduciendo que el nombre estaba destinado a honrar a su amigo sir William Penn, que no era cuáquero. Penn ya no pudo negarse.

Penn luego se dispuso a fundar la nueva colonia de un modo muy poco común. Publicó un prospecto sobre la nueva colonia, en el que no hacía ningún intento de engañar a nadie. Describía la región y sus perspectivas con apacible exactitud. Él mismo fue a la colonia, en 1682, y, como Roger Williams antes que él, compró tierras a los indios y los trató con escrupulosa equidad. Y, como Roger Williams, nunca tuvo problemas con los indios, quienes respondieron al trato justo con un trato justo.

En verdad hizo un tratado con los indios al cual, por ser un cuáquero, no dio carácter solemne mediante juramentos, sino sencillamente con su palabra. Más tarde, el escritor francés Voltaire señaló que, de todos los tratados concertados entre los ingleses y los indios, el de Penn fue el único que no se juró con solemnidad religiosa, y también el único que no fue roto rápidamente por los ingleses.

A la concesión que Penn había recibido de Carlos II se añadieron los tramos inferiores del río Delaware, que antaño habían sido Nueva Suecia y por breve tiempo habían formado parte de Nueva Holanda. Esta Penn la compró a Jacobo de York (quien la poseía desde la caída de Nueva Holanda), el 24 de agosto de 1682.

Sobre el Delaware inferior, cerca de donde había estado la capital de Nueva Suecia, Penn ordenó la fundación de una nueva ciudad, en 1681, aun antes de que él mismo llegase allí. La hizo construir de clara forma rectangular, con calles todas rectas y cruzándose en ángulo recto. Llamó a la ciudad Filadelfia, tanto porque este nombre significa «amor fraterno» en griego como porque, en el «Libro del Apocalipsis» (3:8), la iglesia de Filadelfia (una ciudad de Asia Menor) es elogiada: «teniendo poco poder, guardaste, sin embargo, mi palabra y no negaste mi nombre». Penn fue también el primero que dio al río del límite oriental de la colonia el nombre de Delaware.

Penn no trató de establecer un gobierno autoritario como hicieron otros propietarios, sino que, desde el comienzo, permitió que una asamblea electiva participase en la elaboración de leyes. También estableció una legislación penal humanitaria y adoptó una política de tolerancia religiosa.

Como resultado de todo esto, afluyeron a la nueva colonia inmigrantes de todas partes. En particular, los alemanes que eran miembros de sectas con tendencias cuáqueras acudieron en gran número y fundaron la colonia de Germantown al norte de Filadelfia. Ésta fue la primera entrada en las colonias de cantidades importantes de personas que no eran de habla inglesa. (No podemos contar a los neerlandeses y suecos que estaban en diversas partes del país antes de que llegasen los ingleses).

Filadelfia floreció, su población aumentó y su vida intelectual se expandió. La primera imprenta de las colonias inglesas, fuera de Nueva Inglaterra, se estableció en Filadelfia alrededor de 1690.

Problemas en Nueva Inglaterra.

La caída del gobierno puritano en Inglaterra y la restauración de una monarquía anglicana fue el anuncio de problemas para la puritana Nueva Inglaterra.

Carlos II no era un hombre de temperamento fanático que hubiese juzgado encomiable tratar de suprimir la religión de Nueva Inglaterra, aun en el caso de que hubiese sido bastante loco como para pensar que ello era posible. Sin embargo, consideró aconsejable hacer lo posible para impedir que los puritanos se hiciesen demasiado fuertes. Entre otras medidas, podía dividir la región en colonias separadas. La mutua hostilidad podía mantenerlas débiles a todas, con ventaja para los realistas.

Por esa razón, Carlos otorgó a Connecticut una carta separada, el 23 de abril de 1662, y a Rhode Island otra, el 8 de julio de 1663. Luego, cuando Nueva Holanda se convirtió en Nueva York, la colonia de New Haven, que hasta entonces se había autogobernado, empezó a temer su absorción por una Nueva York que aún tenía un carácter fuertemente neerlandés. Por ello, el 5 de enero de 1665, New Haven consintió en unirse a Connecticut.

De este modo, Connecticut y Rhode Island recibieron los límites que luego mantendrían durante toda su historia.

Si Massachussets consideró la pérdida de la parte más meridional de Nueva Inglaterra (sobre la que hasta entonces había mantenido cierta débil pretensión) como un desastre, los indios le reservaban uno mucho peor.

Naturalmente, a medida que el número de colonos aumentaba, se expandían cada vez más, ocupando más y más tierras. Si tenían algún trato con los indios en este proceso, ése consistía en la compra de la tierra por sumas triviales. Los indios suponían que vendían derechos al uso de la tierra, como una especie de alquiler que no disminuía en nada sus derechos de propiedad. Se horrorizaron y se sintieron profundamente resentidos cuando fueron expulsados de las tierras como intrusos, después de la venta.

Algunos colonos también trataron de convertir a los indios. El principal de ellos fue John Eliot, quien llegó a Massachussets en 1631 y fue misionero muchos años; a este respecto, inició su acción entre los indios que vivían en lo que es ahora la ciudad de Newton. Hasta publicó una Biblia traducida a una lengua indígena, en 1633, la primera Biblia impresa en América del Norte.

Eliot y otros misioneros tuvieron considerable éxito. Fueron convertidos 4.000 indios del sur de Nueva Inglaterra. Pero esto hizo que la mayoría de los indios, aún no convertidos, se inquietasen aun más por la intrusión de costumbres extrañas para ellos. Esto era particularmente así porque los puritanos (con la habitual insensibilidad de quienes están demasiado seguros de su propia rectitud) aplicaban sus leyes

religiosas hasta a los indios no convertidos, a quienes multaban por la inobservancia de los domingos, cosa que ellos no comprendían.

Mientras Massasoit vivió, hubo paz. Acogió a los peregrinos en Plymouth, cuando éstos llegaron, y vivió cuarenta años más. Llevó orgullosamente a Plymouth a sus dos hijos para que recibieran nombres ingleses. Los hombres de Plymouth, pensando en los grandes guerreros de la antigua Macedonia —y en parte por burla—, llamaron Alejandro al hijo mayor y Filipo al hijo menor.

Cuando Massasoit murió, en 1661, Alejandro le sucedió y pronto fue obligado a acudir a Plymouth para jurar lealtad, en condiciones que eran humillantes para él. No gobernó por mucho tiempo, y fue sucedido por su hermano Filipo (el rey Filipo, para los burlones colonos). Filipo, dolido por los insultos que él y sus indios tenían que soportar, planeó vengarse. Sabía que debía hacerlo pronto, pues ya había 40.000 colonos blancos en Nueva Inglaterra y sólo 20.000 indios, y cada año aumentaba el número de los colonos.

Filipo formó gradualmente una liga de tribus indias de toda Nueva Inglaterra y, el 24 de junio de 1675, lanzó un ataque contra Swansea, Rhode Island, que señaló el comienzo de la más sangrienta y feroz guerra india de la historia colonial.

Empezó, como siempre empezaban las guerras indias, con ataques sorpresivos de los indios en los cuales los colonos sufrían sangrientas pérdidas. Pero, como siempre, los indios tenían debilidades fatales, y éstas aparecieron en la Guerra del rey Filipo, como se la llamó más claramente que nunca.

En primer lugar, los indios no combatían durante el invierno y no apostaban centinelas nocturnos. Entre ellos, ésta era una regla general y no obstaculizaba la lucha. Cuando los colonos comenzaron a efectuar ataques por sorpresa en los amaneceres del invierno, la derrota india era segura.

Además, los indios nunca aprendieron a construir puestos bien fortificados, ni a establecer líneas de suministros ni almacenes de alimentos. Nunca podían montar sitios por largo tiempo ni resistir asedios, pues siempre tenían necesidad de cazar para mantenerse de un día para otro.

Aunque aprendieron a usar armas de fuego (y los indios de Nueva Inglaterra las usaron, efectivamente, por vez primera en la Guerra del rey Filipo), nunca crearon una base industrial, de modo que no las podían fabricar, sino que dependieron siempre de sus enemigos para obtener armas y municiones.

Por otro lado, los indios jamás se concertaban para presentar a los colonos blancos un frente unido, excepto temporalmente, y aun así, sólo en parte. Siempre había individuos y tribus que luchaban del lado de los blancos, pero prácticamente nunca hubo blancos que luchasen de parte de los indios.

En el caso de la Guerra del rey Filipo, los colonos podían contar con los indios convertidos al cristianismo, los llamados «indios orantes», para que les sirviesen

como espías y como guías.

Los primeros ataques de los indios, en la Guerra del rey Filipo, causaron grandes daños entre los colonos, y, a fines de 1675, la mayor parte de las colonias más occidentales habían sido destruidas. Nueva Inglaterra tampoco pudo obtener ayuda externa. Inglaterra estaba demasiado lejos y era indiferente. La única colonia cercana, Nueva York (que acababa de ser devuelta a los ingleses por los neerlandeses, después de adueñarse temporalmente de ella), tampoco estaba en condiciones de hacer mucho. En verdad, su gobernador, Edmund Andros parecía más interesado en usar los problemas de Nueva Inglaterra como una oportunidad para arrancar una parte de Connecticut e incorporarla a su colonia (en lo cual fracasó).

Los habitantes de Nueva Inglaterra tuvieron que combatir sin ayuda. La Confederación de Nueva Inglaterra mostró ahora su utilidad, cuando los colonos se unieron en una alianza. En diciembre de 1675, lograron organizar una contraofensiva y atacar un baluarte indio en un pantano de Rhode Island.

Mil colonos, conducidos por un indio orante, penetraron en las ciénagas hasta la base, y allí, después de una salvaje lucha, el 19 de diciembre (Batalla del Gran Pantano), los indios fueron totalmente derrotados. Dos tercios de ellos fueron muertos. También recibieron la muerte ochenta colonos, y los supervivientes sufrieron graves pérdidas durante el invierno siguiente.

La victoria de Rhode Island señaló un cambio, y en lo sucesivo los colonos predominaron y marcharon inexorablemente hacia la victoria final. El viejo Roger Williams, aún vivo, intentó llegar a una paz que fuese justa para ambas partes, pero las pasiones habían llegado demasiado lejos. Era una guerra a muerte.

Finalmente, en agosto de 1676 los indios fueron rechazados hasta su último baluarte. El rey Filipo fue rodeado y muerto el 12 de agosto, por otro indio. La guerra terminó y el poder indio en Nueva Inglaterra se derrumbó para siempre.

Pero había costado mucho a Nueva Inglaterra. Entre los colonos capaces de portar armas habían sido muertos uno de cada dieciséis. De las noventa colonias de Nueva Inglaterra, doce habían sido destruidas totalmente y otras cuarenta habían sufrido daños en grados diversos. Pasó casi medio siglo antes de que los colonos se expandieran hasta donde habían llegado antes de la guerra.

Y después de ella los esfuerzos dirigidos a convertir a los indios cesaron. Fueron considerados como inveterados enemigos cuyo único destino posible era su alejamiento y eventual exterminio. (La cabeza del rey Filipo fue expuesta en una estaca en Plymouth durante veinte años, como recordatorio para los indios del precio de oponerse al hombre blanco).

Lejos de tratar de ayudar a la vapuleada Nueva Inglaterra, los ingleses de la metrópoli consideraron la situación debilitada de la región como una buena oportunidad para fragmentarla aun más. El 24 de julio de 1679, New Hampshire

recibió una carta por la que se la reconocía como una colonia separada. Massachussets, que acababa de lograr la compra de los derechos sobre Maine a los herederos de Gorges, pudo conservar esta parte de Nueva Inglaterra.

Como cada parte recientemente separada de Nueva Inglaterra estaba ansiosa de autogobernarse, y como la amenaza india prácticamente había desaparecido con la muerte del rey Filipo, la Confederación de Nueva Inglaterra, que tan útil había sido para la región en la Guerra del rey Filipo, fue perdiendo vigencia. El 5 de septiembre de 1684, la Confederación realizó su última reunión en Hartford.

Ni siquiera esto fue suficiente para Inglaterra. Mientras Massachussets continuase bajo la carta que había recibido en 1630, que le otorgaba prácticamente un completo autogobierno, sería una peste puritana para la madre patria. Entre otras cosas, Massachussets ignoraba el Acta de Navegación y llevaba a cabo un intenso contrabando; y puesto que el gobierno colonial se negaba a tomar medida alguna, no había nada que hacer.

Por ello el 23 de octubre de 1684, Inglaterra simplemente anuló la carta de Massachussets. La colonia fue convertida en dominio real, en el que todos los funcionarios eran responsables ante el rey. El 6 de febrero de 1685, Carlos II murió y su hermano Jacobo de York subió al trono como Jacobo II (que inmediatamente convirtió también a Nueva York en colonia real).

Jacobo II era católico, el primer monarca católico que gobernó en Londres desde la época de María I, un siglo y cuarto antes. Peor aun, era una persona estrecha y sin tacto, a quien no se podía hacer entender que, al aferrarse demasiado ciegamente a sus ideas, en realidad las debilitaba.

Naturalmente, la actitud de Jacobo hacia la puritana Massachussets fue aun más dura que la de su hermano. Ahora que él mismo gobernaba la región por el nuevo sistema, no había ninguna razón para fragmentarla en colonias separadas. Podía lograrse mayor fortaleza contra los indios y mayor facilidad de administración si se formaba una sola colonia en vez de muchas. Así, Jacobo creó el Dominio de Nueva Inglaterra, que incluía seis colonias: New Hampshire, Massachussets, Connecticut, Rhode Island, Nueva York y Nueva Jersey.

Para que gobernase el dominio en su nombre, Jacobo II eligió a Andros, quien había gobernado a Nueva York durante la Guerra del rey Filipo y no había hecho ningún esfuerzo para ayudar a Nueva Inglaterra. Si las diversas colonias se resintieron por la pérdida de su autonomía, aun más se resintieron por la elección de este gobernador.

La idea de una gran colonia unificada era buena en muchos aspectos, y algunas de las acciones de Andros fueron beneficiosas, según patrones modernos. Por ejemplo, trató de poner fin a la rígida intolerancia religiosa de Massachussets, permitió otras formas de culto protestante y estableció una Iglesia Anglicana en Boston, el 15 de

marzo de 1687.

Pero Andros, como su real amo, carecía totalmente de tacto. Todo lo que hizo encontró una hosca y tenaz resistencia. Andros se dispuso a obligar a las colonias a aceptar su gobierno de una manera formal y a imponerles el abandono de sus anteriores cartas. El 12 de enero de 1687 puso en vereda a Rhode Island.

Luego, el 31 de octubre de 1687 marchó a Hartford para exigir la entrega de la vieja carta de Connecticut, la cual, de todos modos ya había sido anulada. Los colonos de Connecticut, que no reconocían la anulación se negaron a entregar el testimonio escrito de sus derechos.

Hubo una ruidosa y agria disputa durante la noche y, repentinamente se apagaron las velas. Cuando se las encendió nuevamente, la carta, que Andros había ordenado llevar allí, había desaparecido. Según la tradición, la carta fue ocultada en el hueco de un viejo roble (luego llamado el Roble de la Carta) por un capitán llamado William Wadsworth, para ser conservada allí hasta el momento en que pudiera ser recuperada para constituir la base del gobierno de Connecticut.

A pesar de esto Andros disolvió el gobierno de Connecticut, el 1 de noviembre de 1687.

Pero en 1688 Jacobo II fue expulsado del trono y, en su lugar fue puesta su hija María II, junto con su marido Guillermo III (quien era también rey de los Países Bajos).

Las noticias de la caída de Jacobo llegaron a Nueva Inglaterra el 4 de abril, e inmediatamente se produjo un alegre levantamiento. Andros fue arrestado el 18 de abril y enviado de vuelta a Inglaterra (posteriormente fue gobernador de Virginia y Maryland). Las colonias que habían constituido el Dominio de Nueva Inglaterra, de corta vida, volvieron a sus existencias separadas al mes de la deposición de Andros.

Massachussets recibió una nueva carta el 7 de octubre de 1691, por la cual absorbía la colonia de Plymouth, de setenta años de antigüedad. Pero no todo podía ser igual que antes. Por la nueva carta, Massachussets debía otorgar la libertad religiosa a todas las sectas protestantes.

Problemas en Virginia.

Cromwell y la Restauración tampoco supusieron tiempos tranquilos para Virginia.

En 1642 sir William Berkeley (hermano del Berkeley a quien, veinte años más tarde, Carlos II iba a conceder Nueva Jersey) fue nombrado gobernador real de Virginia. Como gobernador adquirió popularidad. En primer término estimuló la manufactura colonial y las plantaciones de cultivos distintos del tabaco; en conjunto, Virginia prosperó. Además, adoptó una posición firme contra los indios y en 1644

aplastó el levantamiento de Opechancano.

La guerra civil inglesa estaba empezando cuando se convirtió en gobernador, y su firme posición realista coincidía con los sentimientos de los colonos en general, y contribuyó a darle popularidad. Empleó mano dura contra los puritanos y, cuando Carlos I fue decapitado, inmediatamente reconoció a su hijo, Carlos II. Los refugiados pro-realistas afluyeron en gran número a Virginia, afín a ellos, y la población de la colonia empezó a aumentar por primera vez desde su fundación medio siglo antes.

Pero, al mantenerse en el poder el régimen de Cromwell, el peso de éste se hizo sentir. Berkeley fue obligado a retirarse, en 1652, y simpatizantes de los puritanos se adueñaron de Virginia. También se apoderaron de Maryland, en 1654, y expulsaron a los Baltimore, revocaron el Acta de Tolerancia y proscribieron a los católicos.

Pero eso no podía durar y, al morir Cromwell, las cosas rápidamente volvieron a la normalidad. En 1659 Virginia se anticipó a la Restauración en un año, proclamó rey a Carlos II y recibió nuevamente a Berkeley como gobernador. En 1662 el gobierno de éste se extendió también a Maryland.

La reacción realista implicó la elección de una Cámara de los Burgesses, en 1661, tan sumisa a Berkeley que éste pudo gobernar casi sin consultarla. En verdad estaba tan satisfecho con la elección que por quince años no permitió otra.

Pero estaba envejeciendo y la era de Cromwell lo había amargado hasta tal punto contra la influencia del sentir popular en el gobierno que comenzó a valorar la ignorancia. En una época en que la población de Virginia había llegado a los 45.000 habitantes (incluidos 2.000 esclavos negros), Berkeley se regocijó abiertamente, en 1671, de que no hubiese escuelas ni imprentas en la colonia, pues consideraba que unas y otras eran agentes de subversión.

Su creciente autocracia e irascibilidad en su trato con la gente empezó a socavar su popularidad. Además, surgieron dificultades económicas. Pese a los esfuerzos de Berkeley, Virginia siguió siendo demasiado dependiente del tabaco. Cuando el crecimiento entusiasta originó un exceso de producción y cuando el Acta de Navegación y las guerras entre Inglaterra y los Países Bajos pusieron trabas al comercio, se produjo una seria depresión.

Además hubo problemas con los indios. Berkeley trató de proteger a los indios contra el bandolerismo y el asesinato, y favoreció la creación de un sistema defensivo de fuertes contra los ataques indios. Los colonos occidentales no querían saber nada de esto, pues habría sido demasiado caro. Ellos eran partidarios de la exterminación lisa y llana de los indios en todas partes, y acusaron a Berkeley de favorecer a los indios por sus propias inversiones en el comercio de pieles.

Entonces apareció en la escena un joven llamado Nathaniel Bacon (un pariente distante de Francis Bacon, el famoso estadista y filósofo inglés).

En 1674, después de una serie de problemas familiares y de algunas malhadadas aventuras financieras, Bacon fue enviado a Virginia por su padre. En Virginia, Bacon tenía un primo que poseía influencia sobre el gobierno, y la esposa de Bacon estaba emparentada con la esposa del gobernador. Con tales relaciones, el joven se desenvolvió bien. Fue nombrado para el Consejo del gobernador, aunque sólo tenía veintiocho años; y pudo comprar dos plantaciones de considerable tamaño.

Cuando uno de los capataces de Bacon fue muerto por los indios, en 1676, Bacon reaccionó violentamente y de pronto se halló a la cabeza de esos hombres de la frontera que deseaban la guerra contra los indios. (Por entonces estaba arreciando la Guerra del rey Filipo en Nueva Inglaterra, y los sentimientos adversos a los indios eran mayores que lo habitual). Incapaz de resistir a la lisonja de ser proclamado un líder, Bacon condujo ilegalmente a los granjeros armados contra los indios más cercanos (que eran amistosos, pacíficos y estaban desarmados, inermes) y, el 20 de abril de 1676 mató a unos pocos sin hallar resistencia alguna.

Esto lo convirtió en un héroe e inmediatamente pidió una completa reforma del gobierno y la elección de una Cámara de los Burgesses que adoptase una posición más dura contra los indios. Berkeley, furioso, se vio obligado a permitir la elección; y Bacon fue uno de los elegidos. Cuando Bacon iba a ocupar su asiento, Berkeley lo hizo arrestar; pero luego se vio obligado a ponerlo en libertad.

Bacon volvió aguas arriba, reunió un séquito armado y marchó sobre Jamestown. Berkeley partió apresuradamente hacia la costa este de la colonia, dejando a Bacon que tomase Jamestown, el 18 de septiembre, y que la incendiase al día siguiente. Durante un momento, Bacon dominó casi toda Virginia y se dispuso a instaurar las reformas que propiciaba.

Lamentablemente para él, tuvo demasiado éxito. Para muchos de los habitantes de Virginia y Maryland empezó a parecerles una especie de Cromwell, y se inició un movimiento de retorno a Berkeley. Cuando el oleaje empezaba a volverse contra él, Bacon murió de disentería el 26 de octubre de 1676.

Para enero de 1677, Berkeley dominaba plenamente la situación de nuevo y tuvo una reacción extrema. Colgó a veintitrés hombres que habían participado en lo que es llamada la Rebelión de Bacon. Y habría colgado a más si los hubiese atrapado. Esto encolerizó a Carlos II, quien señaló que Berkeley se había tomado una venganza más dura por un motín pasajero de escasa importancia que el mismo Carlos por la ejecución de su padre. Berkeley fue llamado de vuelta y murió poco después de llegar a Inglaterra.

La Rebelión de Bacon, aunque fue sofocada logró introducir cambios. La mayoría de las reformas que él había defendido, dirigidas a hacer menos autocrático el gobierno, pronto fueron adoptadas.

Y algo más. El incendio de Jamestown fue, en cierto modo el fin de esta ciudad,

la primera colonia inglesa permanente en América del Norte. Nunca se recuperó y, en 1692 la capital de Virginia fue trasladada a Williamsburg, que recibió este nombre en homenaje a Guillermo III (*William III*, en inglés), el rey que había sucedido al depuesto Jacobo II.

Al año siguiente, el 8 de febrero de 1693 se creó allí el Colegio de Guillermo y María, así llamado por el rey y la reina. Fue la segunda institución de enseñanza superior que se creó en las colonias inglesas, sólo veintiún años después del expreso regocijo de Berkeley por la ausencia de escuelas en Virginia.

7. Los franceses se expanden

Más allá de Los Grandes Lagos.

Durante los reinados de Carlos II y Jacobo II, mientras las colonias inglesas se expandían a lo largo de la línea costera. Nueva Francia también estaba expandiéndose. Pero, conducidos por misioneros y comerciantes en pieles se expandían lejos, por el interior.



En los decenios de 1650-1659 y 1660-1669, los franceses adquirieron mayor conocimiento de la región de los Grandes Lagos y reforzaron su dominio de ella. Cuatro de estos lagos más tarde recibieron nombres indios: el Hurón, el Michigan, el Erie y el Ontario. El Lago Superior fue así llamado porque era el más septentrional y, por ende, en los mapas, según la orientación que reciben habitualmente, estaba arriba de todos. El nombre también es apropiado, en el sentido inglés de la palabra, porque es también el mayor de los Grandes Lagos.

Jean Nicolet, un subordinado de Champlain, en ese año había cruzado el Lago Hurón y el Michigan y descubierto Green Bay, la extensión occidental con forma de pulgar de este último lago. Luego exploró lo que es hoy el Estado de Wisconsin (donde abrigó la persistente esperanza de poder encontrar chinos) y llegó casi al río Mississippi, pero cedió demasiado pronto, por su ansiedad de volver rápidamente con sus informes.

Su labor fue proseguida con mucho mayor detalle por el misionero jesuita francés Claude Jean Allouez, quien, interesado en la conversión de los indios más que en la exploración en sí, viajó por todas las tierras que rodean a los Grandes Lagos. Fundó una misión, en 1666, en un lugar situado entre el Lago Superior y el Michigan. Otro misionero jesuita, Jacques Marquette fundó otras misiones en las costas de los lagos, en 1668 y 1671.

En 1672, Louis de Buade, Conde de Frontenac, fue nombrado gobernador de Nueva Francia. Aunque pendenciero y egotista, era una persona capaz, con imaginación y empuje. Anhelaba impedir que Nueva Francia fuese totalmente dominada por los jesuitas y quería que hubiese más que misioneros en los Grandes Lagos. En 1673, por ejemplo, fundó Fort Frontenac, en el punto en que el San Lorenzo nace del Lago Ontario. (Durante un tiempo, el Lago Ontario fue llamado Lago Frontenac por los franceses).

Además, era claro para él que, al pasar del océano Atlántico al Lago Superior, se penetraba profundamente en el interior de América del Norte. Si los ríos que, según los informes de Nicolet, había a corta distancia más allá del lago Michigan desembocaban en el Pacífico (y, ciertamente, fluían hacia el Oeste), entonces debía haber un paso acuático por el Continente a sólo una corta distancia terrestre al oeste del lago Michigan. Era algo que valía la pena investigar.

A tal fin recurrió a un trampero, Louis Joliet, quien ya había explorado totalmente los Grandes Lagos. Joliet sintió necesidad de alguien que conociese a los indios occidentales y pidió al padre Marquette que fuera con ellos. En mayo de 1673 iniciaron su viaje de exploración. Siguieron los pasos de Nicolet, de casi cuarenta años antes hasta Green Bay, aguas arriba del río Fox y luego hacia el Oeste, por tierra, hasta el río Wisconsin.

Allí no retrocedieron sino que pasaron por el río Wisconsin más allá del punto al

que había llegado Nicolet, y, el 17 de junio de 1673 entraron en el gran río en el que aquél vuelca sus aguas. Joliet y Marquette fueron los primeros europeos que llegaron a los tramos superiores de ese gran río y le dieron el nombre indio de Mississippi (que significa «gran río»). Luego viajaron por unos 1.100 kilómetros aguas abajo, hasta el punto en el que penetra en el Mississippi el río Arkansas. Allí se volvieron porque se estaban aproximando a la región de influencia española, y temían ser capturados y perder los informes de su exploración. Además, ya habían realizado su tarea. Era claro que las corrientes que estaban más allá de los Grandes Lagos conducían al golfo de México, y no al Pacífico. No eran el paso a través del Continente.

Un hombre que aún no estaba convencido de ello era Rene Robert Cavelier, señor de La Salle, un favorito de Frontenac. La Salle era un hombre exaltado y excéntrico y un infatigable explorador. Su sueño era encontrar una ruta hacia China, y hablaba tanto de ello que su finca a orillas del río San Lorenzo fue llamada burlescamente «La Chine» (China). La ciudad que ha crecido en ese lugar aún hoy es llamada Lachine.

La Salle exploró incansablemente las tierras situadas al sur de los Grandes Lagos que hoy forman el Estado de Ohio. En 1677 obtuvo permiso para explorar hacia el Oeste, con el derecho de explotar el comercio de pieles en las regiones que abriera. La Salle siguió las huellas de Joliet y exploró el Mississippi, tanto aguas arriba como aguas abajo.

En 1682, La Salle llegó a la desembocadura del río Mississippi, pasando sin inconveniente por el territorio meridional, reclamado por España. El 9 de abril, sobre la costa del Golfo de México, declaró formalmente territorio francés todas las tierras regadas por el Mississippi y sus tributarios. Llamó a toda esa vasta región (que constituía prácticamente todos los Estados Unidos entre los Montes Apalaches y las Montañas Rocosas) Luisiana, en honor a Luis XIV de Francia.

Por entonces, Frontenac había sido relevado de su puesto, y La Salle entró en conflicto con el nuevo gobernador. Marchó a Francia, donde Luis XIV lo confirmó como gobernador de Luisiana y le dio permiso para la fundación de una colonia en la desembocadura del Mississippi.

En 1684, La Salle partió de Francia con esa misión. Su nueva expedición estuvo desde el principio bajo el infortunio, y La Salle, más voluble que nunca, riñó con todo el mundo. Finalmente, cuando llegó a las costas septentrionales del golfo de México, no pudo hallar la desembocadura del Mississippi y desembarcó en las costas de Texas, al oeste. Trató de abrirse camino hacia el Este, pero fue asesinado por sus propios hombres, el 19 de mayo de 1687.

Sin embargo, Luisiana siguió siendo francesa. Así, cuando el siglo XVII se acercaba a su década final, quienquiera que mirase el mapa de América del Norte podía pensar que el dominio inglés sobre la costa era aún precario, pues las vastas

extensiones del Continente estaban en manos de otras potencias.

España todavía estaba atrincherada en México y la Florida, y reclamaba gran parte de lo que es hoy el sudoeste de los Estados Unidos. De hecho, en el Oeste, donde había escasa competencia de otras potencias europeas, aún actuaba con vigor. Así, cuando los indios Pueblo se rebelaron, en 1680, y obligaron a los españoles a evacuar Santa Fe, éstos lucharon reñidamente hasta que los Pueblo fueron derrotados y Santa Fe retomada, en 1692.

Mientras tanto, los españoles sobrevivientes de la revuelta de los indios Pueblo habían construido El Paso, sobre el río Grande, y, después del inútil intento de La Salle de colonizar la costa del golfo, los españoles se extendieron más a Texas para impedir nuevos intentos. Al terminar el siglo XVII, los españoles estaban explorando el norte de la costa de California y empezando a establecer colonias allí.

Pero las empresas de España en el Lejano Oeste no preocupaban a las colonias inglesas. Era Francia, con posesiones mucho más cercanas y un programa mucho más vigoroso, la que estaba preocupada.

Francia dominaba todo lo que es ahora el sudeste de Canadá, desde los Grandes Lagos hasta el mar, y ahora reclamaba todo el vasto interior del Continente, más allá de los Montes Apalaches. Esta enorme región francesa se hallaba bajo una administración unificada y bajo el estrecho control de la metrópoli. Rodeaba a las colonias inglesas y las limitaba a la ocupación de lo que parecía una precaria línea costera. Más aun, esas colonias inglesas eran numerosas, cada una tenía un gobierno autónomo y simpatizaban poco unas con otras; y todas ellas se peleaban internamente, unas con otras y con el gobierno de la metrópoli.

A cualquiera que contemplase el mapa le habría parecido que, con el tiempo, Francia debía extender sus enormes posesiones sobre la insignificante línea costera y borrar la América inglesa, como ésta había borrado la América neerlandesa, y como la América neerlandesa había borrado la América sueca.

Contra esta posibilidad estaba el hecho de que Nueva Francia, pese a su gran extensión tenía una población de solo 12.000 personas, mientras que las colonias inglesas, al terminar el siglo XVI contaban con casi un cuarto de millón de habitantes, seguían creciendo en número de colonos y en prosperidad y estaban decididas a seguir creciendo cada año.

Ambas partes sabían que los franceses y los ingleses no podían continuar expandiéndose por mucho tiempo sin llegar a un enfrentamiento. En verdad ya había habido luchas.

Un lugar de tales conflictos era la gran península que se halla entre Terranova y Nueva Inglaterra. Los ingleses habían considerado que tanto Terranova como Nueva Inglaterra estaban dentro de su esfera de influencia, y naturalmente suponían que la península que se extiende entre ellas también era suya, y suprimieron allí las primeras

colonias francesas en 1613.

Más tarde, en 1621 Jacobo I concedió el derecho a colonizar la península a sir William Alexander, un poeta escocés que había sido preceptor de los hijos del rey. Alejandro llamó a la península «Nova Scotia» (forma latina de Nueva Escocia), nombre bastante apropiado, pues está al norte de Nueva Inglaterra así como Escocia está al norte de Inglaterra.

Hubo otras colonias francesas en Nueva Escocia (Acadia, para los franceses), y así la península pasó a manos de una y otra de las dos potencias. En 1667 el Tratado de Breda, que asignó Nueva Holanda a Inglaterra y la convirtió en Nueva York por acuerdo internacional, otorgó Nueva Escocia a Francia, que ahora fue llamada oficialmente Acadia.

También hubo luchas en el Lejano Norte. Inglaterra era consciente del peligro que representaba el hecho de que sus posesiones estuviesen rodeadas al Norte y al Oeste por los franceses. Con la idea de rodear, a su vez, a los franceses, los ingleses crearon la Compañía de la bahía de Hudson el 2 de mayo de 1670. Los ingleses reclamaban la bahía de Hudson porque ésta había sido descubierta por Hudson en 1610, y la Compañía tenía intención de establecer puestos en las costas de esa helada masa de agua. Esos puestos no sólo servirían para tener en jaque a los franceses, se esperaba, sino también como fuente de beneficios mediante el comercio de pieles y, tal vez, hasta había la posibilidad de hallar una ruta a Asia.

Los franceses reaccionaron vigorosamente ante la fundación de puestos ingleses a lo largo de las costas de la bahía de Hudson y se apoderaron de varios de ellos en 1686. Durante varias décadas la pretensión inglesa a la región fue más teórica que real.

Pero los conflictos anteriores a 1689 habían sido dispersos y locales; los gobiernos de las metrópolis nunca habían estado muy implicados en ellos. En cambio, a partir de 1689 los sucesos dieron un viraje decisivo. Inglaterra y Francia empezaron una serie de guerras que iban a prolongarse por más de un siglo y cuarto, y todas esas guerras se libraron, en parte, en el continente americano.

Para las colonias inglesas cada guerra sucesiva era menos una cuestión local y más parte de una distante guerra continental. Para entender cómo ocurrió esto debemos volver a Europa.

La guerra del rey Guillermo.

En Francia Luis XIV subía al trono a la edad de cinco años, en 1643, cuando murió su padre, Luis XIII. Durante casi veinte años Francia fue gobernada por el astuto cardenal Mazarino, quien cuidó de que Francia saliera ganando con el fin de la

Guerra de los Treinta Años y con el tratado de paz con España en 1659.

Por la época de la muerte de Mazarino, en 1661, Francia era la nación más poderosa de Europa. Luis XIV, ahora de veintitrés años, asumió personalmente la dirección del gobierno e inmediatamente inició un programa de expansión territorial, particularmente en dirección a los Países Bajos. Éstos, profundamente perturbados, comprendieron que Francia había reemplazado a España como gran potencia expansionista de Europa y se convirtieron en el centro de la resistencia antifrancesa.

Entre 1672 y 1678 hubo guerra entre Francia y los Países Bajos, una guerra desigual, ya que Francia era con mucho la potencia más fuerte. Los Países Bajos conservaron su independencia, pero quedaron muy afectados por las victorias francesas. Esto, sumado a sus pérdidas navales en las guerras contra Inglaterra, eliminó a los Países Bajos del rango de las grandes potencias, posición que había mantenido durante gran parte del siglo XVII.

Durante ese período temprano de la carrera expansionista de Luis XIV, Inglaterra permaneció, en general, neutral. Carlos II estaba ansioso por mantener la paz y sólo sentía simpatías por el más suave protestantismo, de modo que no se apresuró a acudir en socorro de los neerlandeses protestantes. De hecho, dependía de Luis XIV por un subsidio personal (y secreto) que le proporcionaba fondos y hacía innecesario, para él, apelar al Parlamento. Por ello, en realidad, estaba dispuesto a alinearse con Francia en contra de los Países Bajos, particularmente dado que también Inglaterra había combatido a los neerlandeses.

Pero la opinión pública inglesa fue llevada lentamente a una posición anti-francesa. El cambio decisivo se produjo cuando Luis XIV, impulsado por el fanatismo religioso, cometió un error fundamental. El 18 de octubre de 1685 puso fin a toda tolerancia de los protestantes en Francia; los hugonotes franceses fueron forzados, mediante un tratamiento totalmente inhumano, a convertirse o a huir del país. Luis tampoco les permitió entrar en Nueva Francia o en Luisiana.

El resultado fue que cientos de miles de franceses abandonaron Francia, privando a su país natal de sus talentos y su laboriosidad para otorgárselos a los enemigos de Francia (Inglaterra, Prusia y otras naciones protestantes), adonde la acción de Luis los había obligado a huir.

Muchos fueron a las colonias inglesas. Algunos se dirigieron a la parte meridional de Carolina, refugio tradicional de ellos desde la época de Coligny, siglo y cuarto antes. Allí acentuaron el carácter aristocrático de la colonia con sus refinadas costumbres francesas. En 1688 un grupo de hugonotes se estableció en el Condado de Westchester, Nueva York, y fundaron la ciudad de Nueva Rochela, así llamada en recuerdo de la antigua fortaleza hugonota de La Rochela, de la que provenían muchos de los refugiados.

Allí adonde fueron los hugonotes fortalecieron a las colonias y llevaron también

sus propios sentimientos anti-franceses.

El efecto de la acción represiva de Luis XIV sobre la opinión pública de la Inglaterra protestante fue enorme. Cuando ese mismo año el católico Jacobo II se convirtió en rey de Inglaterra, muchos protestantes ingleses se horrorizaron, pues suponían que (una vez que se sintiese suficientemente fuerte) seguiría los pasos de Luis.

Esos temores contribuyeron a provocar el levantamiento de 1688, por el que Jacobo II fue expulsado del trono. El Parlamento puso la corona en la cabeza de su hija protestante, María II, y su marido, Guillermo III. Éste ya gobernaba los Países Bajos (y era también Guillermo III según la numeración neerlandesa) y había sido el corazón y el alma de la lucha contra Luis XIV.

Guillermo tenía intención de seguir luchando contra Luis desde su nueva posición, y el rey francés sabía que ahora podía estar seguro de que Inglaterra adoptaría una firme actitud anti-francesa. Pensó que no tenía más opción que apoyar a Jacobo II (que había huido a Francia) y tratar de restablecerlo en el trono. Así en 1689 Francia e Inglaterra entraron en guerra.

Varios años antes, en 1686, Guillermo había completado la formación de una liga de aliados comprometidos a resistirse contra Luis XIV cuando éste volviera a la guerra. Los términos finales de la alianza fueron acordados en Augsburgo, Baviera, por lo que fue llamada la Liga de Augsburgo.

Cuando Guillermo llegó a rey de Inglaterra, esta nación se convirtió en miembro de la Liga. La guerra que se produjo a continuación, entre todos los miembros de la Liga, por un lado, y Francia, por el otro, se conoce normalmente con el nombre de Guerra de la Liga de Augsburgo, o a veces Guerra de la Gran Alianza.

Guillermo, decidido a combatir al odiado Luis con toda arma a su alcance, no tenía ninguna intención de permitir que las colonias norteamericanas permaneciesen neutrales. Sabía bien que las colonias inglesas superaban en población a Nueva Francia en la proporción de 15 a 1; que Inglaterra y los Países Bajos tenían una superioridad naval que podía ser decisiva en una guerra librada en el océano, y que los aliados tenían una superioridad industrial y financiera que les permitía dar apoyo a una guerra distante.

Pero, desgraciadamente para los ingleses, también tenían desventajas. En primer lugar, las colonias inglesas estaban desunidas, y las colonias meridionales, que estaban lejos de los franceses, no veían ninguna razón para tomar parte en el conflicto. Sólo estaban implicadas las colonias más septentrionales.

Además los franceses, aunque pocos en número, habían ubicado estratégicamente algunos fuertes, y tenían pocos grandes centros de población que los ingleses pudiesen atacar. Los colonos franceses estaban familiarizados con los bosques sin caminos, y se hallaban en buenos términos con los indios. Más aun, el gobierno

francés apoyaba directamente a sus colonos, mientras que el gobierno inglés, teniendo que combatir con el ejército de Luis (el mejor del mundo por aquel entonces) en Europa dejó que las colonias se las arreglasen como pudieran, de modo que la superioridad naval y económica anglo-neerlandesa no sirvió de nada.

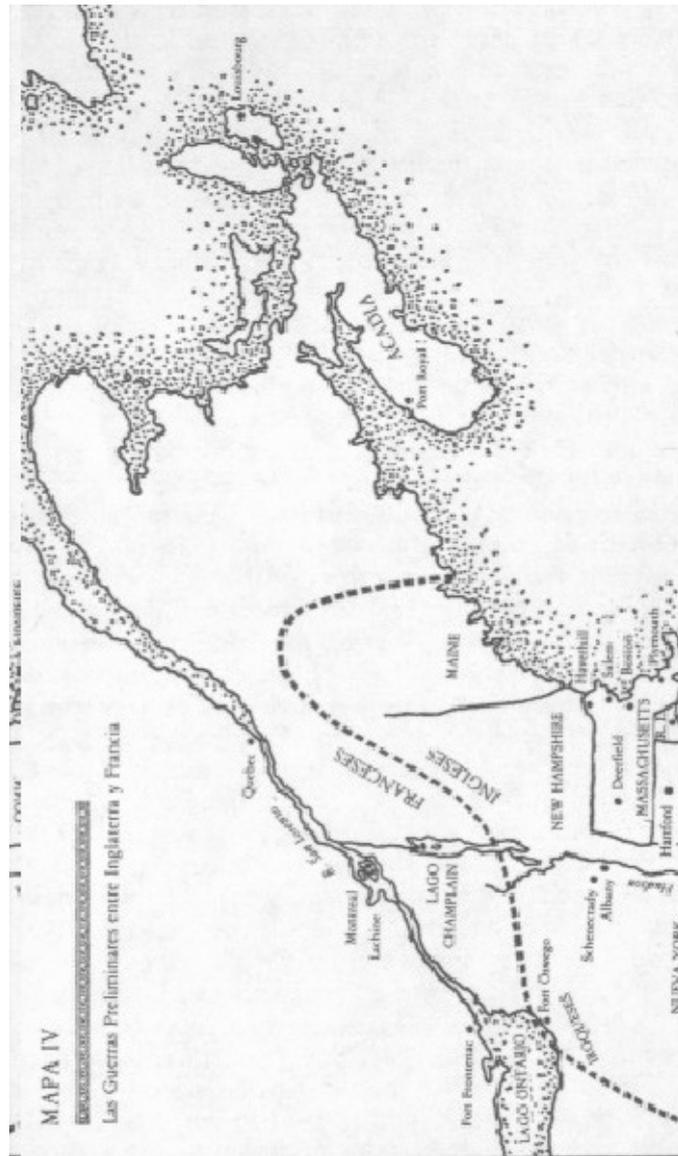
Fue característico de esta guerra (llamada la Guerra del rey Guillermo en las colonias, ya que sobrevino junto con la noticia de la subida de Guillermo al trono) y de las que siguieron el papel que en ellas tuvieron los indios. Los franceses, casi siempre, combatieron con la ayuda de sus aliados indios, por lo que la serie de guerras iniciadas en 1689 a veces son agrupadas bajo el nombre de Guerras contra Franceses e Indios.

Como la historia ha sido relatada desde el bando de los colonos ingleses, se acusó a los franceses de los conflictos y de haber permitido que sus aliados indios cometiesen atrocidades contra sus congéneres blancos.

Los franceses podrían argüir que, dada su inferioridad numérica, no podían hacer otra cosa. También podrían señalar que los primeros en apelar a ataques indios contra enemigos blancos fueron, no los franceses, sino los neerlandeses.

En el decenio de 1640-1649 los neerlandeses habían aprovechado la hostilidad de los iroqueses hacia los franceses armándolos con armas de fuego y enviándolos al Norte. Durante diez años los iroqueses convirtieron la vida de los colonos franceses en un infierno, llegando en sus incursiones hasta Montreal y matando a los indios convertidos por los misioneros franceses. Las incursiones terminaron en 1652 por un tratado que daba claramente la victoria a los iroqueses.

Cuando los ingleses se apoderaron de Nueva Holanda, también ellos estimularon a los iroqueses a luchar contra los franceses, aunque, bajo el vigoroso gobierno de Frontenac, Nueva Francia, mediante una mezcla de fuerza y de diplomacia, logró rechazarlos.



De no haber sido por los iroqueses, no sabemos hasta qué punto habría aumentado la fuerza de Nueva Francia o cuan pobremente se habrían desempeñado las colonias inglesas frente a indios conducidos por franceses. De aquí la importancia de aquellas andanadas de mosquetes disparadas por Champlain y sus hombres aquel fatídico día de 1609.

Una vez iniciada la Guerra del rey Guillermo, pues, la responsabilidad de dar apoyo a ataques indios contra los enemigos recayó primero en los colonos ingleses.

Con la ayuda del gobernador de Nueva York, Thomas Dongan, los iroqueses habían estado efectuando incursiones por la región de los Grandes Lagos y haciendo estragos en el comercio francés de pieles. El 4 de agosto de 1689, unas diez semanas después de iniciada la Guerra del rey Guillermo, los iroqueses avanzaron directamente hacia el Norte; borraron la colonia de Lachiné, mataron a 200 hombres, tomaron 90 prisioneros y devastaron la región.

No es sorprendente que los franceses se sintiesen justificados en pagar con la misma moneda.

Para hacer frente a la crisis, Luis XIV restableció a Frontenac en el cargo de gobernador. Frontenac tenía ya casi setenta años, pero su energía se hizo sentir de inmediato. En represalia organizó una invasión a Nueva York. La expedición partió a mediados de enero de 1690 y avanzó silenciosamente en la nieve caminando sobre raquetas. Planeaban atacar Albany como primer paso para la conquista de Nueva York, pero el tiempo empeoró y, cuando llegaron a Schenectady, la noche del 8 de febrero de 1690 (en medio de una ventisca), comprendieron que no podían ir más lejos.

Los colonos neerlandeses de Schenectady dormían tranquilamente. Se negaban a creer que los indios atacasen en medio del invierno. Tanto se habían divertido al hablar de esta posibilidad que dejaron abierta la puerta de la colonia y pusieron dos muñecos de nieve como centinelas. Fue un error terrible.

Los indios entraron en la ciudad dormida e irrumpieron en las casas con gritos de triunfo y efectuando una matanza indiscriminada. Schenectady fue completamente arrasada, y luego los invasores se retiraron rápidamente, perseguidos por los iroqueses.

Otras ciudades fronterizas fueron destruidas en forma similar por las fuerzas de Frontenac. Una colonia situada donde está ahora Portland, en Maine, se rindió después de un ataque francés, el 31 de julio de 1690, con la promesa de respetar sus vidas. Después de tomarla los indios mataron a todos. (Los franceses fueron culpados de tales incidentes, pero ellos arguyeron que sus aliados indios eran a veces demasiado numerosos para que se les pusiera resistencia, y que odiaban demasiado a los ingleses para que fuese posible contenerlos. Si se les hubiesen negado los prisioneros, los habrían tomado por la fuerza, los habrían matado y hubiesen matado

también a los franceses).

Las colonias inglesas se hallaron frente a una crisis terrible, y Nueva York, la más cercana al frente de lucha, era también la menos preparada para enfrentarse a dicha crisis.

En 1688 estaba bajo el gobierno de Francis Nicholson, quien era el subgobernador de Andros, pues Nueva York era a la sazón parte del Dominio de Nueva Inglaterra. Cuando las noticias de la expulsión de Jacobo II y de la caída de Andros llegaron a Nueva York, Nicholson exigió el restablecimiento de Andros y se negó a reconocer a Guillermo y María.

Entonces se produjo un levantamiento popular contra él que empezó el 1 de junio de 1689, conducido por un comerciante de origen alemán, Jacob Leisler, quien era un devoto protestante y se oponía enérgicamente al católico Jacobo II y sus aliados. Luego Leisler se adueñó de los puntos fuertes de la ciudad y el 1 de diciembre de 1689 se proclamó gobernador, mientras Nicholson huía a Inglaterra.

Una vez en el poder Leisler estableció algunas reformas, pero por entonces se produjo la matanza de Schenectady y, con la colonia en pleno desorden, Leisler tuvo que hacer frente a la amenaza francesa e india. El 1 de mayo de 1690 llamó a una reunión de representantes de las diversas colonias inglesas para concertar una acción unida contra el enemigo y crear una defensa común.

La mayoría de las colonias no respondieron al llamado. Sólo Massachussets, Plymouth, Connecticut y (por milagro) la distante Maryland contestaron, y finalmente no se pudo hacer mucho. Pero constituyó un suceso notable, pues fue el primer llamado, desde el interior de las colonias, a la unidad colonial contra un enemigo común.

Leisler no duró mucho. No gozaba de las simpatías de los líderes coloniales de Nueva York y no sabía cómo congraciarse con el pueblo. El rey Guillermo agradeció cortésmente los esfuerzos de Leisler a su favor, pero designó a otro como gobernador. Leisler se resistió al desembarco del nuevo gobernador, fue capturado y el 16 de mayo de 1691 ejecutado.

La «rebelión de Leisler», como la rebelión de Bacon en Virginia quince años antes, había fracasado; pero nuevamente había puesto de relieve los peligros de una autocracia demasiado férrea por parte de quienes gobernaban.

Le cupo a Massachussets reaccionar contra los franceses. Era la más populosa y más fuerte colonia del Norte, y era reciente el éxito de su derrocamiento de Andros. Al Noreste, a 430 kilómetros, estaba Acadia, la parte más expuesta de los dominios franceses y el blanco lógico para un ataque por mar.

En mayo de 1690 una flotilla de catorce barcos fue puesta bajo el mando de sir William Phips. Había nacido en Maine en 1651, y se decía que era uno de 26 hijos de una misma madre. Había cuidado ovejas hasta los dieciocho años, pero cuando creció

se marchó a Boston, allí se casó con una rica viuda y se convirtió en un ciudadano importante.

En 1687 había comandado una expedición a las aguas situadas frente a La Española y allí había supervisado la recuperación de un barco hundido que llevaba 300.000 libras del tesoro español. Por esto fue hecho caballero; fue el primer colono que recibió tal honor.

Considerando esto y el hecho de que había sido un opositor activo a Andros, parecía natural ponerlo al mando de la flota. Zarpó hacia Port Royal, la capital de Acadia. Llegó a esa ciudad el 11 de mayo de 1690; el gobernador francés fue inducido por engaño a rendirse. Los marinos de Massachussets saquearon un poco el lugar y volvieron a su colonia como héroes conquistadores.

El éxito, naturalmente, incitó a Massachussets a intentar algo de mayor envergadura. Una flota de 34 barcos y 2.000 hombres fue puesta bajo el mando de Phips y enviada a capturar la misma Québec. La expedición partió en agosto, pero vientos contrarios la retrasaron y no llegó a Québec hasta el 7 de octubre de 1690. Para entonces Frontenac había recibido noticias de lo que ocurría y había tenido tiempo de fortificar y reforzar la ciudad.

Phips pensó que debía hacer algo, de modo que intentó llevar un ataque frontal, el cual, por supuesto, fue rechazado. Tuvo que volver con las manos vacías; peor aun, pues había que pagar a los hombres y los suministros de la expedición y el tesoro de Massachussets estaba vacío. La colonia se vio obligada a imprimir papel moneda para pagar sus deudas. Fue la primera emisión de papel moneda en las colonias inglesas.

Con todo, Massachussets pasaba por un período de gloria. La nueva carta de 1691 no sólo agregaba Plymouth a la colonia y confirmaba su posesión de Maine, sino que también incorporaba a ella la conquistada Nueva Escocia, como tributo directo a su gran hazaña bélica en Port Royal. Esto originó también la primera promoción política de un héroe de guerra, pues Phips se convirtió en gobernador de Massachussets en 1692.

La guerra continuó siete años más, adoptando principalmente la forma de esporádicas incursiones en una parte u otra. Los ingleses hicieron progresos en la región de la bahía de Hudson, pero el ataque a Port Royal, trivial como fue, constituyó el gran suceso de la guerra, en lo concerniente a América del Norte.

El 10 de septiembre de 1697 la guerra llegó a su fin con el Tratado de Ryswick (así llamado por la ciudad neerlandesa donde fue firmado). Luis XIV y Guillermo III, indiferentes a los sucesos de Norteamérica, sencillamente convinieron, en este continente, en volver exactamente a la situación en que se hallaba cuando todo empezó.

En particular, Nueva Escocia se convirtió nuevamente en Acadia, y los indignados habitantes de Nueva Inglaterra recibieron una lección práctica de cuánto

le importaban ellos a Inglaterra. No sólo no habían recibido ninguna ayuda en la guerra, sino que lo que habían ganado por sí mismos era devuelto sin siquiera tener la cortesía de consultarlos. Pero, en conjunto, el sentimiento anti-inglés fue superado con creces por el sentimiento anti-francés que provocaron las correrías y las matanzas de los indios.

¡Brujas!

En el curso de la guerra del rey Guillermo había tenido lugar en Nueva Inglaterra algo que no guardaba relación alguna con la guerra y que desde entonces ha cobrado mayor importancia en la mente de los americanos que prácticamente cualquier otro suceso de la historia colonial. Se relacionaba con la cuestión de la hechicería.

Se pensaba que las brujas eran personas asociadas con el diablo y las fuerzas de las tinieblas. Con ayuda de los malos espíritus y mediante artes mágicas podían hacer daño a sus enemigos e infligir males a la humanidad en general.

Los antiguos hebreos creían en el poder de tal «magia negra» y aprobaron leyes contra ella y contra quienes la practicaban. Uno de los versículos de la Biblia dice, traducido al castellano: «No dejarás con vida a la hechicera» (Éxodo, 22:17).

Esta afirmación parecía hacer necesaria la creencia en la existencia de hechiceras y en la necesidad de castigar con suprema dureza la hechicería.

Los protestantes, que prestaban más atención a las palabras literales de la Biblia que los católicos, eran más propensos a temer a las brujas y a hallarlas en todas partes. Después de la reforma protestante una especie de manía por la brujería recorrió Europa. Algunas estimaciones sostienen que el número de personas muertas en Europa entre los años 1500 y 1800 con el pretexto de ser hechiceras fue de dos millones. En el siglo XVI quizá 40.000 personas fueron ejecutadas por hechicería solamente en Inglaterra.

Las colonias inglesas no quedaron exentas de estas ejecuciones. En todas las colonias se reconoció la hechicería como un crimen y se establecieron duros castigos contra ella; no es de sorprenderse de que Nueva Inglaterra fuese la que impuso castigos más duros. La intolerancia religiosa fue extrema en Nueva Inglaterra durante el primer siglo de su existencia. En 1644 Massachussets ordenó el destierro de todos los anabaptistas de la colonia. En 1656 se empezó a desterrar o enviar a prisión a los cuáqueros (que al año siguiente fueron desterrados hasta de Nueva Holanda, de ordinario tolerante) y se ahorcó a unos pocos de ellos. ¿No iban a ser aun más severos los farisaicos puritanos con tales monstruos de maldad como las brujas?

En 1647 una mujer fue hallada culpable de hechicería en Hartford, Connecticut, y ahorcada; fue la primera ejecución de ese género en las colonias. Al año siguiente fue

colgada una bruja en Massachussets y para 1662 habían sido ahorcadas catorce en las dos colonias.

El temor a la hechicería se intensificó en el decenio de 1680-1689. Primero se había producido la Guerra del rey Filipo y luego el gobierno de Andros. ¿Por qué castigaría Dios a los devotos hombres de Massachussets? ¿No estarían sufriendo por las malvadas maquinaciones de las brujas? ¿O eran castigados por sus propios pecados de omisión, al no combatir a las brujas con suficiente dureza?

Se difundieron los cuentos de brujas. El más famoso de todos los puritanos coloniales, el pastor congregacionista Cotton Mather, se consideraba un experto en el tema, y su libro *Memorable previsión concerniente a la hechicería y las posesiones*, publicado en 1689, llenó a todos sus lectores de precauciones en materia de brujas y sus peligros, y les brindó un abundante material para las especulaciones patológicas.

En 1692 un grupo de tontas adolescentes de la ciudad de Salem, temiendo el castigo por alguna travesura, pretendieron estar posesas y bajo la influencia de la hechicería. Fueron creídas, desde luego, pues todos sabían que el poder de la hechicería estaba en todas partes. Acusaron de bruja a una esclava de la familia, en lo cual también fueron creídas. Después de todo la esclava era mitad india y mitad negra, y cada mitad era una poderosa prueba contra ella. Provenía de las Antillas y había entretenido a los niños con cuentos de vudú: otra prueba más.

La esclava, por ser una esclava, fue interrogada con un látigo. Para detener la flagelación admitió que era una bruja y nombró a otras dos mujeres como asociadas suyas. En un juicio sobre un robo insignificante no habría sido creída aunque hubiese jurado sobre una Biblia; pero, tratándose de un caso de brujería, fue creída inmediatamente. Las dos supuestas asociadas fueron atrapadas en la red, y ellas, por supuesto, mencionaron a otras.

El gobernador Phips de Massachussets creó tribunales especiales para que investigasen la cuestión; y en el medio año siguiente treinta mujeres y seis hombres fueron ahorcados por hechicería (no fueron quemados), y un hombre de ochenta años recibió la muerte simplemente por negarse a declarar. (Al negarse a declarar evitó la confiscación de su propiedad y la salvó para sus hijos).

¿Qué podía detener esa manía? El círculo de los culpables tenía que ampliarse y hacerse cada vez mayor, pues cada persona acusada era considerada culpable en virtud de la acusación, y cada una, sometida a tortura, acusaba a otras, que inmediatamente eran consideradas culpables, con lo cual los juicios meramente confirmaban el prejuicio dándole una apariencia de legalidad. Además, quienes trataban de poner de manifiesto la ilegalidad, la crueldad y la mera locura del procedimiento podían estar seguros de que se los supondría aliados del mismo Diablo.

Pero no había salvaguardias automáticas que protegiesen a los jefes de la comunidad. Cuando algunos de los acusados empezaron a nombrar a miembros eminentes de la iglesia y el gobierno, la manía tuvo que ceder. La maquinaria de la caza de brujas funcionaba mejor cuando sólo estaba dirigida contra los pobres, los viejos y los inermes.

Se mencionó a la esposa del gobernador Phips, y entonces las escasas voces que se habían levantado en oposición a la locura repentinamente se multiplicaron. Cuando se produjo el cambio, había en prisión ciento cincuenta personas a la espera de juicio. Fueron liberados, y todos los implicados en la cuestión quedaron avergonzados, bien conscientes de que habían sido asesinos judiciales.

Este horrible asunto puso prácticamente fin a la preocupación oficial por la hechicería en las colonias. Considerando lo que había ocurrido en Europa al respecto, podemos sentirnos tentados a decir que las colonias habían aprendido la lección a bajo costo.

Además, el fracaso de toda la cuestión de la hechicería dañó mucho la reputación de Cotton Mather y otros clérigos de su severa y rígida secta. Nunca Nueva Inglaterra volvería a ser atormentada por sus pastores.

Pero estaba empezando a hacerse sentir un problema mucho más peligroso que el de la hechicería. Las colonias en desarrollo, particularmente en el Sur, se hicieron cada vez más dependientes del trabajo de los esclavos. En 1661, Virginia reconoció la esclavitud como una institución legal.

La esclavitud de los negros fue particularmente perniciosa, porque los esclavos eran tan diferentes en su apariencia de sus amos blancos que era fácil creer que la esclavitud era una condición natural para ellos. Y una vez que la esclavitud quedó firmemente asociada con los negros, se hizo difícil liberarlos y luego tratarlos como hombres libres. A fin de cuentas, aún eran negros. La excusa de que los negros eran esclavizados por su condición de paganos y de que en la esclavitud aprenderían a ser cristianos y salvarían sus almas (de tal modo que la esclavitud redundaba en su bien infinito) perdió credibilidad cuando Virginia aprobó una ley, el 23 de septiembre de 1667, por la que un esclavo negro seguía siendo esclavo aunque fuese cristiano.

Pero en el Norte, donde la esclavitud tenía una base económica más débil, se levantaron voces contra ella. El 18 de mayo de 1652, Rhode Island (siguiendo las tradiciones de Roger Williams) aprobó una ley prohibiendo la esclavitud, la primera de tales leyes que se aprobó en América del Norte. Y en abril de 1688 los cuáqueros de Germantown, Pennsylvania, publicaron una propuesta contra la esclavitud, el primer documento antiesclavista de Norteamérica.

Pero las diferencias sobre la esclavitud todavía eran pequeñas, y nadie podía prever que llegaría el tiempo en que estarían a punto de destruir a una gran nación. Lo que los hombres podían prever en aquellos años finales del siglo XVII era que se

estaban gestando problemas, nuevamente, entre Inglaterra y Francia en Europa, lo cual, sin duda, crearía problemas también en América del Norte.

La guerra de la reina Ana.

Ya cuando el Tratado de Ryswick fue firmado y la guerra del rey Guillermo llegó a su fin, Europa se estaba preparando para una nueva guerra. Los diferentes gobiernos hasta sabían cuál sería su causa.

En España, el rey Carlos II estaba agonizando, y no tenía herederos. En verdad, era un hombre tan enfermo que toda Europa se preguntaba qué lo mantenía vivo por tanto tiempo; la noticia de su muerte era esperada de mes a mes.

España ya no era una gran potencia, pero aún poseía un enorme imperio, y la cuestión era: ¿quién heredaría España y su imperio? Si la herencia caía en algún príncipe secundario, que sólo poseyera España y su imperio, no había problemas. España no sería más fuerte que antes y nadie se vería amenazado. Pero si España se convertía en propiedad de algún vigoroso monarca que ya fuese rey de una nación poderosa, la combinación podía ser una amenaza para toda Europa.

La nación más poderosa de Europa era Francia, y ocurrió que el ambicioso Luis XIV tenía buenos derechos sobre España, pues su esposa era hermanastra de Carlos II de España y su madre era tía de este monarca. Pero había algunos príncipes alemanes con derechos tan buenos o mejores, y la mayoría de los adversarios de Luis anhelaban hacer rey de España a cierto príncipe bávaro, ya que era el menos poderoso de todos los pretendientes.

Lamentablemente, mientras Carlos II aún seguía vivo, el príncipe bávaro murió, en 1699. Esto aumentó la probabilidad de que Luis XIV lograra poner a España bajo la dominación de un miembro de su familia. El resto de Europa se puso frenético, en verdad.

De hecho, Luis XIV había logrado inducir al moribundo Carlos II a que en su testamento legase la sucesión al nieto de Luis, Felipe. El 1 de noviembre de 1700 Carlos II finalmente murió, y Luis XIV rápidamente envió a su nieto a España y lo reconoció como rey con el nombre de Felipe V. Luis XIV prometió que los gobiernos de España y Francia permanecerían siempre separados y que España seguiría siendo completamente independiente; pero, por supuesto, nadie le creyó.

Guillermo III era aún rey de Inglaterra (su esposa, María II, había muerto en 1694), y él, por cierto, no creyó a su viejo enemigo. Organizó otra alianza, que incluía a los Países Bajos y el Imperio, y la guerra se reanudó.

Esta «guerra de la sucesión de España» empezó con una declaración de guerra por Inglaterra y sus aliados, el 4 de mayo de 1702, pero Guillermo no vivió para ver

completados los preparativos; luego empezó realmente la guerra. Guillermo había muerto dos meses antes, el 8 de marzo. No tenía hijos, y fue sucedido por la hermana menor de su difunta esposa, Ana; por ello, en las colonias la nueva guerra con Francia fue llamada la guerra de la reina Ana.

Esta nueva guerra implicaba un elemento de peligro en lo concerniente a las colonias. España y Francia estaban ambas bajo el gobierno de la familia de Borbón y combatían en alianza. Esto significaba que las colonias inglesas no sólo tenían que enfrentarse con la enemistad de los franceses en el norte, sino también con la de los españoles en el sur. Las colonias meridionales no podían permanecer neutrales en esta guerra, como había ocurrido en la anterior.

Las primeras medidas se tomaron en el sur, de hecho, y fueron las colonias inglesas las que tomaron la ofensiva. James Moore, gobernador de Carolina, condujo una expedición de colonos e indios contra San Agustín, la capital de la Florida española, en 1702.

La ciudad fue tomada y saqueada en septiembre, pero la guarnición española se retiró al fuerte, donde resistió tenazmente. La llegada de barcos españoles obligaron a Moore a abandonar sus suministros y a volver rápidamente a Carolina. Los logros habían sido escasos y los gastos grandes. Carolina, como antes Massachussets, tuvo que emitir papel moneda para pagar sus deudas.

Después de esto, Carolina se negó a hacer mucho como colonia; pero Moore condujo por su cuenta otras incursiones por el interior, obteniendo beneficio del saqueo de las misiones españolas y vendiendo a los indios capturados como esclavos. Los españoles trataron de tomar represalias atacando a Charleston, en 1706, pero fracasaron.

Esto fue todo lo que ocurrió en el sur durante la guerra de la reina Ana.

En el norte, se produjo una repetición de los sucesos de la guerra del rey Guillermo. El gobernador de Nueva Francia, el marqués de Vaudreuil, trató de mantener neutrales a los iroqueses y evitó las incursiones por Nueva York, la cual, de este modo, se ahorró los desastres de la década anterior. Pero esto no hizo más que desplazar la presión sobre Nueva Inglaterra.

El 29 de febrero de 1704, una partida de indios conducida por franceses cayó sobre Deerfield, en el noroeste de Massachussets. Se repitió la historia de Schenectady de catorce años antes. Cincuenta personas fueron muertas y unas cien llevadas como cautivas.

Nuevamente, la única respuesta parecía ser por mar, contra la Acadia francesa. El recuerdo de la triunfal aventura contra Port Royal, en la guerra anterior, indujo a Massachussets a hacer un nuevo intento.

En 1704, setecientos hombres, la mayoría de esa colonia, zarparon hacia el Norte. Esta vez Port Royal no fue llevada a rendirse mediante engaño y, después de rondar

por las afueras, la expedición volvió sin haber realizado nada de valor. De hecho, los franceses tomaron la ofensiva, a su turno, y ocuparon algunas combativas colonias inglesas que finalmente se habían establecido en Terranova.

Los colonos se sintieron frustrados. No sólo Inglaterra no hacía nada para ayudarlos, sino que había buenas pruebas de que los hombres acomodados de Massachussets y las otras colonias estaban haciendo dinero comerciando con los franceses y no deseaban proseguir la guerra vigorosamente.

Y las correrías indias continuaron. El 29 de agosto de 1708, Haverhill, a sólo 55 kilómetros al norte de Boston, sufrió una matanza indiscriminada en la que fueron muertos 48 hombres, mujeres y niños.

Era menester conseguir de algún modo que Inglaterra acudiese en su ayuda. Estaba obteniendo grandes victorias sobre Francia en Europa, y seguramente podía destinar unos pocos barcos y tropas a sus acosadas colonias.

Francis Nicholson fue el hombre del momento. Era el vicegobernador que había sido expulsado de Nueva York en la época de la rebelión de Leisler, veinte años antes, pero desde entonces había gobernado a Virginia y Maryland. Su mandato en Virginia terminó en 1705, y estaba dispuesto a emprender alguna otra acción.

Ardía en deseos de conducir un ataque por tierra contra Canadá, mas para eso necesitaba soldados entrenados de Inglaterra, y aunque éstos habían sido prometidos, no llegaban. Marchó a Londres para persuadir al gobierno a que mantuviese su promesa.

Con él fue cierto comandante Peter Schuyler, de Albany, Nueva York, quien llevó consigo, como parte de su séquito, a cinco guerreros iroqueses. Los iroqueses provocaron frenesí en Londres, y probablemente fue el principal factor que llevó a la opinión pública inglesa a adoptar una actitud más favorable a las colonias. El gobierno inglés, con renuencia, se vio obligado a enviar tropas.

Cuatro mil hombres llegaron a Nueva Inglaterra en julio de 1710, y en septiembre Nicholson los condujo hacia el Norte. El 24 de septiembre, la flotilla ancló frente a Port Royal, y esta vez se inició un sitio en regla; los cañones empezaron a disparar contra el puerto. Port Royal resistió todo lo que pudo, pero no podía soportar un bombardeo en serio y, el 16 de octubre, se rindió.

Esta vez la rendición fue definitiva. Los ingleses cambiaron el nombre de la ciudad por el de Annapolis Royal, en honor a la reina Ana, y todavía lo conserva.

Como en la guerra anterior, la victoria en Acadia inspiró ideas de algo más importante aun. Nicholson todavía anhelaba conducir una expedición contra Québec, pero sólo podía abrigar esperanzas de éxito si al mismo tiempo se enviaba una expedición aguas arriba del San Lorenzo. El gobierno inglés, complacido con la victoria de Port Royal, se manifestó dispuesto a proporcionar los medios.

En 1711, casi setenta barcos llegaron a Boston con más de cinco mil combatientes

a bordo. Lamentablemente, al mando de las tropas estaba el general John (*Jolly Jack*, «el Alegre Juanito») Hill, cuya única cualificación para el cargo consistía en ser hermano de una mujer que era amiga íntima de la reina Ana. El almirante sir Hovendon Walker, que estaba al frente de la flota, era igualmente incompetente.

Finalmente, zarparon hacia el San Lorenzo y entraron en él, pero se perdieron y encallaron en medio de la niebla. Diez barcos naufragaron y se perdieron setecientas vidas. Después de esto, Hill y Walker abandonaron; decidieron que nunca podrían hallar a Québec y volvieron a Boston como pudieron. Nicholson, que había estado esperando junto al lago Champlain con su fuerza terrestre, se vio obligado a retornar al llegarle la noticia del fracaso.

Las colonias no tuvieron mucho tiempo para reflexionar sobre este fracaso. La guerra estaba llegando rápidamente a su fin y, el 11 de abril de 1713, se obtuvo la paz con el Tratado de Utrecht (firmado nuevamente en una ciudad neerlandesa).

En conjunto, Francia se mantenía bastante bien en Europa, aunque había sufrido algunas derrotas terribles. El nieto de Luis XIV siguió siendo rey de España, pero Luis tuvo que dar firmes garantías de que España sería siempre independiente. También tuvo que aceptar a los monarcas protestantes de Inglaterra y dejar de admitir las pretensiones al trono inglés del hijo del católico Jacobo II. De España, Inglaterra tomó Gibraltar, que ha conservado desde entonces.

En América del Norte, Francia perdió menos de lo que habría perdido si la expedición a Québec no hubiese sido tan desastrosamente conducida. Aun así, tuvo que reconocer a la Compañía de la bahía de Hudson y admitir su derecho a efectuar el comercio de pieles a lo largo de las costas septentrionales de la bahía. También tuvo que reconocer como territorio inglés a Terranova. Y, lo más importante, Francia cedió Acadia a Inglaterra, y la península se convirtió en Nueva Escocia para siempre. Su primer gobernador fue Nicholson.

8. Suben las apuestas

Francia y Rusia.

El Tratado de Utrech no resolvió en modo alguno la situación en América del Norte ni introdujo una división estable del botín entre Inglaterra y Francia. En primer lugar, en ninguna parte se establecieron fronteras claras. Sencillamente, no se conocía lo suficiente el continente para permitir fijar tales fronteras. Quedaba abundante espacio para disputar y mucho terreno para nuevos choques.

Además, era evidente que Francia no tenía intención de aceptar como permanentes sus pérdidas en la guerra de la reina Ana, sino que hacía preparativos para otra lucha en la que, quizá, pudiese lograr un resultado afortunado.

Inmediatamente al nordeste de Nueva Escocia, por ejemplo, separada por un estrecho tan angosto que prácticamente forma parte de la tierra firme, está la isla de cabo Breton. Siguió siendo de Francia, aunque ésta había perdido Nueva Escocia. Tan pronto como se firmó el Tratado de Utrecht, Francia empezó a construir un puesto fortificado en la punta más oriental de la isla de cabo Breton y se lo llamó Louisbourg, en honor al anciano Luis XIV (quien moriría en 1715, dos años y medio después del fin de la guerra, tras un reinado de setenta y dos años). Se fortificó a Louisbourg cada vez más, y era claro que los franceses querían que dominase la desembocadura del San Lorenzo, para impedir las expediciones río arriba, hasta Québec. Además podía servir como base para efectuar incursiones al Sur, contra Nueva Escocia y Nueva Inglaterra.

Y la fortificación del puesto de Louisbourg no fue el único modo como los franceses estaban elevando las apuestas. Durante toda la guerra de la reina Ana habían extendido constantemente su dominio sobre el interior del continente y convertido en realidad la visión de La Salle.

El comienzo de esa tarea lo realizó Pierre le Moyne, señor de Iberville, quien había actuado en la guerra del rey Guillermo. Fue él, en efecto, quien condujo la partida que saqueó a Schenectady en 1690. Terminada la guerra él y su hermano, Jean Baptiste le Moyne, señor de Bienville, fueron encargados del desarrollo del Mississippi inferior.

En 1698 exploraron el delta del Mississippi, y luego, en 1699, fundaron la primera colonia francesa de la costa del golfo, a unos 100 kilómetros al oeste del río, cerca de la actual ciudad de Biloxi. Iberville murió en 1706, pero su hermano siguió la labor.

En 1710 fue fundada Mobile, a 80 kilómetros aun más al Oeste, y luego, en 1716, se creó Natchez, a 420 kilómetros aguas arriba del río Mississippi. Finalmente, Nueva

Orleans fue fundada en 1718, a unos 115 kilómetros de la desembocadura del río. Floreció y en 1722 fue convertida en la capital de toda la vasta Lusiana.

La dominación francesa en el Mississippi superior y en la región de los Grandes Lagos también fue reforzada. En Detroit, entre el lago Huron y el lago Erie, se creó una colonia, en 1701, por Antoine de la Mothe Cadillac. En rápida sucesión fueron fundadas Kaskaskia y Cahokia en lo que es hoy Illinois y (en 1705) Vincennes en lo que es ahora Indiana. En verdad se creó toda una cadena de fuertes en la extensión que va de los Grandes Lagos al golfo.

Todo esto los franceses lo hicieron sin hallar serios obstáculos por parte de otros europeos. Los españoles estaban desolados. En 1698, tan pronto como la expedición de Iberville empezó a explorar el Delta, los españoles fundaron una colonia en Pensacola, sobre la costa del golfo, en un intento de bloquear la expansión francesa hacia la Florida. En 1718 fundaron San Antonio de Texas, para impedir su expansión hacia México. Los indios del Sudeste impidieron a los franceses alejarse demasiado al este del Mississippi inferior.

Pero la potencia española en la Florida fue destruida por las incursiones de Carolina durante la guerra de la reina Ana, y los indios quedaron debilitados por sus guerras contra los colonos ingleses.

En general, los franceses se expandieron constantemente, de modo que, después de la guerra de la reina Ana, mientras Inglaterra obtenía las heladas costas de la bahía de Hudson y la península de Nueva Escocia, Francia consolidaba su dominación sobre más de dos millones y medio de kilómetros cuadrados del interior, una extensión de fuerza y riqueza potenciales incalculables. Las apuestas se habían elevado, en verdad.

Y mientras ocurría esto, otra nación entraba en la carrera por la conquista de tierras en América del Norte, pero en una zona muy diferente.

En los dos siglos que siguieron a los viajes de Colón, la línea costera de las Américas fue explorada y representada en mapas del Este, desde la bahía de Hudson en el extremo norte hasta la punta de Sudamérica en el extremo sur. En el Oeste, la exploración había seguido la línea costera desde la punta de Sudamérica hasta más allá de la costa de California.

Por grandes que fueran las regiones todavía desconocidas del interior de los dos continentes, sólo en el noroeste de América del Norte la línea costera todavía era desconocida. Fue por esa región noroccidental por donde los primeros seres humanos entraron en las Américas muchos miles de años antes, y por la misma ruta entró ahora una nación europea. Esa nación europea era Rusia.

Los rusos vivían en la gran llanura oriental de Europa, entre el mar Báltico y el mar Negro. En el siglo XIII cayeron bajo la dominación de los mongoles y tártaros, y sólo siglo y medio más tarde empezaron a liberarse partes de Rusia.

En 1380 el gobernante de la región que rodeaba a la ciudad de Moscú (región llamada Moscovia en Occidente) derrotó a los dominadores tártaros en batalla. Aunque esto no puso fin a la dominación tártara, hizo de Moscovia la conductora del sentimiento nacional ruso. Bajo una serie de gobernantes fuertes, Moscovia se expandió. En 1478 Iván III se anexó las vastas regiones casi vacías de tierras boscosas del Norte, con lo que ya podemos hablar de Rusia, en vez de Moscovia. Luego, en 1552, su nieto, Iván IV infligió la derrota final a los tártaros y se anexó una gran región al Este, hacia el mar Caspio.

Durante el reinado de Iván IV los comerciantes en pieles rusos, por su cuenta y sin respaldo del gobierno, penetraron en el Este, más allá de la región controlada por las fuerzas rusas. Avanzaron cada vez más lejos, mientras el control gubernamental ruso se desplazaba penosamente tras ellos. En 1581 cruzaron los Urales y se sumergieron en los bosques sin caminos de Siberia. En 1640 aventureros rusos estaban en las costas del océano Pacífico, bien al norte de China.

Puesto que el océano impedía su avance, empezaron a dirigirse hacia el Sur, a tierras más cálidas, lo cual significó un choque inevitable con China. Los rusos, a 10.000 kilómetros del centro de su poder, no podían enfrentarse con los chinos y en 1689 tuvieron que firmar el Tratado de Nerchinsk, que ponía firmes límites a su avance hacia el Sur.

Mas para entonces Rusia había hallado su destino. En 1682 un niño de diez años subió al trono con el nombre de Pedro I. Creció hasta convertirse en un notable gigante de más de dos metros y diez centímetros que era medio monstruo y medio prodigio. Bajo su reinado, Rusia entró en la corriente principal de la historia europea. Pedro hizo todo lo posible por introducir técnicas occidentales en una Rusia letárgica e inerte, por la mera fuerza abrumadora de su propio empuje. Logró en 1709 (mientras se libraba la guerra de la reina Ana en Norteamérica) derrotar a Carlos XII, el rey de Suecia medio loco y medio genio militar, y frenar a los turcos en el lejano Sur.

Seguro por el Oeste, los ojos de Pedro se volvieron hacia el Lejano Oriente. Todavía no estaba en condiciones de desafiar a la potencia china y fue bloqueado al sur de sus vastos dominios siberianos. Esto fue una razón más para que Rusia avanzase en otras direcciones: al Este y cada vez más al Este.

En 1724 Pedro nombró a Vitus Jonassen Bering, un marino danés al servicio de Rusia, jefe de una expedición al lejano este siberiano para establecer si había una conexión terrestre con América del Norte.

Pedro murió al año siguiente, pero Bering prosiguió la exploración con el apoyo de la viuda de Pedro, quien ahora gobernó con el nombre de Catalina I. En Kamchatka, una gran península que sobresale pronunciadamente hacia el Sur en Siberia oriental, construyó barcos e inició una exploración marina que terminó con el

descubrimiento, en 1728, de que allí Siberia llegaba a su fin y de que estaba separada por el mar de América del Norte.

Esa separación oceánica, ahora llamada estrecho de Bering en su honor, no es ancha y no constituye una barrera para el avance al continente vecino.

Bering pasó a explorar el brazo de mar situado al sur del estrecho (ahora se lo llama mar de Bering) y en 1741 descubrió la cadena de islas que se esparcen hacia el sur, un arco de islas que van de Siberia a Norteamérica, hoy llamadas islas Aleutianas. En su expedición final de 1741 también avistó la costa meridional de lo que hoy recibe el nombre de Alaska.

Poco después Bering murió de frío, pero sus descubrimientos dieron fundamento a la pretensión de Rusia a la región noroccidental de América del Norte.

Gran Bretaña.

Al alborear el nuevo siglo se produjeron cambios importantes también en las colonias inglesas. En verdad dejaron de ser colonias inglesas porque Inglaterra dejó de ser Inglaterra.

Durante un siglo, desde que Jacobo I ascendió al trono inglés, en 1603, Inglaterra y Escocia habían sido gobernadas por el mismo rey pero manteniendo sus legislaturas, leyes y gobiernos separados. Eran naciones independientes unidas solamente por un rey.

Pero después del derrocamiento de Jacobo II preocupó en forma creciente a Inglaterra la posibilidad de que Escocia buscara el retorno a ella de Jacobo II o, después de la muerte de éste, de su hijo, quien se hacía llamar Jacobo III y habría sido Jacobo VIII de Escocia.

Para disminuir la probabilidad de que hubiera en la isla una Escocia verdaderamente independiente, el gobierno de la reina Ana promulgó el Acta de Unión el 6 de marzo de 1707. Escocia renunciaba a su parlamento separado y en lo sucesivo las dos naciones serían gobernadas como una sola. La isla unida iba a ser llamada en adelante Reino Unido de Gran Bretaña (habitualmente llamado, más brevemente, el Reino Unido o Gran Bretaña). Los súbditos de la reina, aunque pudieran considerarse ellos mismos ingleses o escoceses, en lo sucesivo serían oficialmente «británicos».

Así, a partir de 1707, a las colonias costeras fundadas por ingleses o tomadas por ellos debemos llamarlas «colonias británicas».

Las colonias británicas estaban creciendo en población y fuerza, y se expandían constantemente hacia el Oeste, no creando fuertes aislados, como los franceses, sino extendiendo las tierras agrícolas y multiplicando las ciudades. Cubrían cada vez más

terrenos y cada vez más sólidamente, y también esto representaba un constante aumento de las apuestas.

El aumento de población no fue una expansión puramente británica. No se pusieron trabas a la inmigración, y durante los años de la guerra de la reina Ana, por ejemplo, más de 30.000 alemanes afluyeron a las colonias. La mayoría de ellos fue a Pensilvania, y las regiones situadas al este de Filadelfia han sido habitadas hasta hoy por los «Pennsylvania Dutch», que son los descendientes, en gran medida, de aquellos primitivos inmigrantes.

Como si el avance hacia el Oeste hubiese dado a Pensilvania menos razones para preocuparse por la extensión más oriental de su región, otorgó a los tres condados meridionales (que antaño habían formado Nueva Suecia) el derecho a tener una legislatura independiente. Esta legislatura se reunió por primera vez el 22 de noviembre de 1704, y los condados se convirtieron en la colonia de Delaware. Pero Delaware siguió reconociendo al gobernador de Pensilvania como su propio gobernador también durante otros tres cuartos de siglo.

Un cambio inverso se produjo al este de Pensilvania, donde dos colonias se convirtieron en una. El 17 de abril de 1702 Jersey Oriental y Jersey Occidental renunciaron a sus cartas separadas y se sumaron una vez más para formar la colonia única de Nueva Jersey.

Más allá de Pensilvania las dos colonias más meridionales, Virginia y Carolina, también avanzaron hacia el Oeste. De las dos, la posición de Carolina era la más débil. Su territorio era grande y su población pequeña; peor aun, siguió concentrada en la zona de Albemarle, en el Norte, cerca de Virginia, y en el Sur cerca de Charleston; el vicegobernador del Norte era responsable ante el gobernador del Sur, y había una vasta extensión de tierras no colonizadas en el medio.

En 1710 se creó Nueva Berna en la desembocadura del río Neuse, a ciento treinta kilómetros al sudoeste de la colonia septentrional de Albemarle, y así se inició el movimiento para llenar el espacio entre el Norte y el Sur.

La tribu Tuscarora de indios, que vivían a lo largo de la costa sur de Albemarle, vio que sus territorios eran invadidos y sus hijos raptados para ser esclavos de los colonos blancos. Acosados hasta lo intolerable, fueron a la guerra a la manera india habitual: con un ataque por sorpresa. Atacaron el 22 de septiembre de 1711, matando a todos los colonos que hallaron en Nueva Berna y el territorio circundante. Hubo doscientos muertos, entre ellos ochenta niños.

Albemarle quedó tan golpeada que fue incapaz de montar el contraataque que casi siempre seguía a la matanza india inicial y que se cobraba diez víctimas por una. Por ello buscó ayuda. La respuesta demostró cuan desunidas estaban las colonias y cuan grande era la indiferencia por el vecino.

Virginia tenía disputas fronterizas con Carolina desde hacía tiempo y cuando

llegó el pedido de ayuda la colonia más antigua exigió como precio concesiones territoriales. Carolina se negó, de modo que Virginia se mantuvo ajena al conflicto.

Pero llegaron hombres de la parte meridional de la colonia y durante 1712 y 1713 los tuscaroras fueron derrotados en tres batallas y su poder aplastado. La tribu, afortunadamente para ella, tenía lazos con la Confederación Iroquesa, de modo que los sobrevivientes emigraron al Norte, a Nueva York, y se hicieron allí con nuevos territorios de caza.

Pero la guerra tuscarora demostró cuán poco práctico era gobernar el sector de Albemarle desde Charleston. El 9 de mayo de 1712 la sección de Albemarle recibió el derecho de tener su gobernador propio y la colonia de Carolina se dividió en dos colonias, Carolina del Norte y Carolina del Sur (la primera era la más grande y la segunda la más rica), separación que ha persistido desde entonces.

En 1715 otra y más desesperada guerra india afectó a Carolina del Sur. La tribu india conocida como los yamasíes se había desplazado desde territorio español hacia el Norte, a Carolina del Sur, y atacó. Nuevamente no se recibió ninguna ayuda de la populosa Virginia. Sólo cuando los cheroquíes se unieron a los blancos y atacaron a los yamasíes, éstos fueron reducidos, en 1717.

Las colonias meridionales también eran acosadas por la piratería, que es el asalto de barcos, el robo de sus cargamentos y a menudo el asesinato de sus tripulaciones y pasajeros en alta mar. Puede ser una provechosa ocupación cuando las rutas marinas están impropriadamente vigiladas.

Mas para ejercer su profesión los piratas necesitan algún puerto seguro, algún lugar donde descansar de sus viajes, reparar sus barcos, tomar suministros, reclutar nuevas tripulaciones, etc. Hubo innumerables lugares semejantes en las islas menores de las Antillas. También hubo lugares en la costa Carolina, prácticamente despoblada, donde los piratas podían estar a salvo.

Durante la guerra de la reina Ana, los colonos se congratulaban de la presencia de piratas, pues se limitaban a la rica cosecha disponible en los barcos franceses y españoles. Pero luego, cuando también asaltaron barcos británicos y coloniales, su popularidad se desvaneció bruscamente.

Algunos de esos piratas se hicieron famosos (y, como los bandidos pintorescos de toda clase, fueron idealizados después de que su muerte hiciese desaparecer su peligrosidad). El capitán Kidd es el más famoso, quizás, aunque fue realmente un profesional de poca categoría en este campo. Su nombre era William Kidd, era hijo de un pastor presbiteriano y había nacido en Escocia. En 1695 recibió la comisión de capturar piratas que atacaban a barcos británicos en el océano Indico. Pero, en cambio, se hizo con algunos barcos y se convirtió él mismo en pirata.

Luego navegó hacia las Antillas, donde se enteró de que era buscado como pirata. Trató de probar su inocencia, sosteniendo que se había visto obligado a realizar

acciones piratas por una tripulación amotinada que estaba resentida por la falta de pago. Pero su historia no fue convincente. El 6 de Julio de 1699 fue llevado bajo vigilancia a Boston. Luego se lo envió a Inglaterra para ser juzgado y fue hallado culpable. Se lo ahorcó el 23 de mayo de 1701.

En verdad su fama no provenía de sus hazañas de poca monta como pirata, sino del rumor de que había enterrado parte de su botín en el este de Long Island. Esos rumores sobre los escondrijos de su tesoro en la costa perduraron muchos años y mantuvieron fresco su recuerdo.

Un pirata mucho más eficaz fue Bartholomew Roberts, nacido en Gales, y de quien se decía que había tomado más de 400 barcos antes de morir en acción en 1722, a la edad de cuarenta años. Se supone que llevó sus asuntos de manera estrictamente comercial y mantenía a su tripulación severamente en forma. El mismo era abstemio y, si bien permitía a sus hombres beber con moderación, no toleraba el juego ni mujeres a bordo.

Estaba también Edward Teach, que fue corsario (una especie de pirata con apoyo del gobierno) durante la guerra de la reina Ana, en la cual limitó sus depredaciones a los franceses y los españoles. Posteriormente continuó con sus actividades de manera menos discriminada. A causa de su abundante vello facial, que llevaba en largos rizos, se lo llamaba «Barba Negra».

En 1717 capturó un barco mercante francés, lo equipó con cuarenta cañones e hizo de él un formidable buque de guerra. Invernaba en las islas que están frente a la costa de Carolina del Norte y quizá logró allí la inmunidad haciendo que algunos funcionarios coloniales recibiesen parte de sus ganancias.

Fue Virginia la que puso fin a Barba Negra. Su amistad con funcionarios de las Carolinas lo indispuso con la administración de Virginia, proclive a considerar a las Carolinas regiones enemigas, no colonias hermanas. En 1718 Virginia envió barcos bajo el mando del alférez Robert Maynard. Barba Negra fue arrinconado en una de las extensas islas que bordean la costa de Carolina del Norte. En una fiera lucha, con muchas bajas por ambas partes, Maynard logró matar a Barba Negra en combate personal.

La amenaza de los piratas declinó posteriormente, pero el recuerdo de aquellos días ha sido inmortalizado en la obra clásica de Robert Louis Stevenson, *La isla del tesoro*.

Con Georgia hacen trece.

La creciente fuerza de las Carolinas y la continua decadencia de España tentaron a los habitantes de Carolina del Sur a avanzar más hacia el Sur, en parte para obtener

nuevas tierras y en parte para alejar a los indios. Lo hicieron, con las protestas de España, y en 1727 estalló prácticamente la guerra entre Carolina del Sur y la Florida. Una expedición de carolinos del Sur hizo incursiones hasta cerca de San Agustín y se hizo evidente que España ya no podía retener todo el territorio situado entre San Agustín y Charleston.

Esto significaba que había lugar para otra colonia británica al sur de Carolina del Sur, y esto fue considerado un don del cielo por James Edward Ogiethorpe, un soldado británico y destacado filántropo.

En su juventud, Ogiethorpe había luchado al lado de los austriacos contra los turcos, y luego, en 1722, pasó a actividades pacíficas y entró en el Parlamento. Allí prestó servicios en una comisión que investigaba la situación en las prisiones de Gran Bretaña.

En aquellos días las prisiones eran inimaginablemente horribles. Para empeorar las cosas, era común la prisión por deudas. Puesto que la prisión misma hacía imposible que el prisionero pagase sus deudas, a menudo equivalía a una condena para toda la vida por «crímenes» que, con frecuencia, eran el resultado de algo no más perverso que la miseria y el desamparo.

Ogiethorpe se dolía de esta situación y pensó que si en América podían fundarse colonias como refugio para personas de una particular creencia religiosa, también podían ser un refugio para los pobres e infortunados de cualquier secta.

El 9 de junio de 1732 obtuvo una carta para fundar una colonia semejante en el espacio que ahora parecía disponible al sur de Carolina del Sur. El Gobierno británico se sintió muy feliz de conceder tal carta, pues no veía inconveniente alguno en enviar barcos cargados de deudores y pobres fuera del país y con destino a un lugar donde podían servir para amortiguar los ataques de españoles e indios contra las Carolinas.

A la sazón una nueva dinastía gobernaba Gran Bretaña. La reina Ana había muerto en 1714, poco después de firmarse el Tratado de Utrecht, y no había dejado herederos. El Parlamento rechazó al hijo católico de Jacobo II y eligió a Jorge de Hannover. Era bisnieto de Jacobo I y primo segundo de la reina Ana.

Gobernó con el nombre de Jorge I. Como sólo hablaba alemán y carecía de todo interés en los asuntos británicos, se contentó con reinar sólo nominalmente, dejando toda la conducción del gobierno en manos del primer ministro, con lo cual inició la forma moderna de gobierno de Gran Bretaña en la que el monarca, si bien es querido, no ejerce autoridad.

Jorge I murió en 1727 y fue sucedido por su hijo, Jorge II, también de formación principalmente alemana y contento de que gobernase el primer ministro. Fue Jorge II quien otorgó la carta a Ogiethorpe y, en su honor, la nueva colonia fue llamada Georgia.

En enero de 1733 Ogiethorpe y un grupo de 120 colonos desembarcaron en

Charleston y luego se trasladaron al Sur, hasta la desembocadura del río Savannah, que constituía el límite meridional de Carolina del Sur. Allí, en la orilla meridional, fundó Savannah, el 12 de febrero.

Ogiethorpe hizo todo lo posible por establecer principios humanitarios en la colonia. Trató de impedir la formación de grandes propiedades, prohibió la venta de bebidas fuertes y la importación de esclavos negros. Pero, con el tiempo, estas reglas se relajaron y Georgia adoptó el tipo de cultura de las otras colonias sureñas. En 1755, cuando el número de colonos blancos de Georgia sólo era aún de 2.000, ya había 1.000 esclavos negros.

En 1733, pues, la lista de las colonias, tal como se da comúnmente, llegó al número de trece. De Norte a Sur, eran las siguientes: New Hampshire, Massachussets, Rhode Island, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia.

De ellas, seis tenían los límites que ahora les asignamos: Massachussets (excluyendo sus colonias de Maine), Connecticut, Rhode Island, Nueva Jersey, Delaware y Maryland. Las siete restantes (más la parte correspondiente a Maine de Massachussets) aún estaban expandiéndose.

Las trece colonias estaban avanzando en muchos aspectos. La actitud ante la religión se liberalizaba constantemente. En 1696, por ejemplo, Carolina del Sur estableció formalmente la libertad de culto para todos los protestantes. En 1709 los cuáqueros pudieron crear un templo en Boston, donde medio siglo antes se había ahorcado a cuáqueros sólo por ser cuáqueros.

Pero la tolerancia todavía no se extendía, oficialmente al menos, a los católicos. Hasta Maryland, que en sus comienzos había sido una colonia patrocinada por católicos, dejó de ser católica en tiempos de Cromwell. En 1704 de hecho se prohibió el culto público a los católicos. Después de la caída de Jacobo II, en 1688, se había quitado el control de la colonia a los Baltimore católicos, y sólo les fue devuelto en 1715, cuando uno de ellos se hizo protestante.

Sin embargo, no hubo una persecución activa de católicos (ni de judíos tampoco).

Siguieron dándose pasos vacilantes hacia el fin de la esclavitud, al menos en el Norte. En la ciudad de Nueva York, el 12 de abril de 1712 se produjo una revuelta de esclavos que fue rápidamente aplastada; veinte negros fueron muertos o ejecutados. Por inútil que fuese la revuelta mostró que ser amo de esclavos tenía sus problemas. Por ello, el 7 de junio de 1712 Pensilvania (con su herencia cuáquera) aprobó una ley prohibiendo nuevas importaciones de esclavos negros. La diferencia de actitud hacia la esclavitud entre el Norte y el Sur aumentó un poco más.

La liberalización de las cuestiones sociales y el aumento de las libertades civiles continuaron en otra dirección. Los colonos, con su tradición de autogobierno inglés, se preocuparon intensamente por conservar en su nueva tierra todos sus derechos de

ingleses libres (aun aquéllos que no eran de origen inglés). Esto implicaba el privilegio de expresarse libremente, oralmente o por escrito.

El 24 de abril de 1704 comenzó la publicación del *Boston Newsletter*. Fue el primer periódico publicado regularmente en América. Pronto le siguieron otros, y no pasó mucho tiempo antes de que éstos comenzasen a publicar críticas al gobierno colonial.

Fue en Nueva York donde la cuestión alcanzó su mayor agudeza. Involucró a un periodista de origen alemán, John Peter Zenger, que había llegado a Nueva York en 1710.

En las primeras décadas del siglo XVIII la *New York Gazette* era el principal periódico de la colonia y estaba controlado por el gobernador, William Cosby, y sus funcionarios.

El 5 de noviembre de 1733 Zenger empezó a publicar el *New York Weekly Journal*, que estaba en desacuerdo con la versión oficial de las noticias, denunciaba la hipocresía y la corrupción (según su juicio), y no vaciló en atacar al mismo Cosby en términos virulentos. En 1734 una elección de concejales dio una mayoría contraria a Cosby.

Cosby, furioso, estaba seguro de que los editoriales de Zenger eran los causantes de esa situación y lo hizo arrestar por difamación el 17 de noviembre de 1734.

Tenía que haber un juicio por jurados, naturalmente, pero Cosby persiguió a los abogados que trataron de defender a Zenger e insistió, además, en que sólo los jueces podían decidir si había habido difamación y en que la difamación era algo ofensivo, fuese verdadera o no. La tarea del jurado era solamente decidir si la difamación realmente se había publicado. (Todo esto significaba que Zenger no podía ser considerado inocente).

El juicio se llevó a cabo en agosto de 1735 y Zenger, ciertamente, habría sido condenado de no ser por la repentina aparición del anciano Andrew Hamilton, un abogado de Filadelfia que era el jurista más respetado de América.

En una alocución emocionante y fogosa, Hamilton sostuvo que la verdad, por ofensiva que fuese, no es difamación; que el jurado debía decidir si algo era difamatorio o verdadero; y que la libertad de publicar la verdad, por ofensiva que fuese, formaba parte del derecho de los ingleses. El jurado y también la opinión pública apoyaron vigorosamente a Hamilton.

La decisión, que consistió en absolver a Zenger, no puso fin a los intentos de los gobernadores coloniales de controlar la prensa, pero aumentó mucho las dificultades de hacerlo. Los periódicos se multiplicaron en las colonias, y hasta en Virginia, donde antaño Berkeley se había jactado de que no tenía ninguna imprenta, se creó su primer periódico, la *Virginia Gazette*, el 6 de agosto de 1736.

La crítica de los funcionarios del gobierno siguió vigorosamente (y a veces hasta

malintencionadamente), y se produjo un constante traspaso de poder del Ejecutivo, fuese un propietario o un gobernador real, hacia las legislaturas popularmente elegidas. (Pero claro que las legislaturas eran elegidas por un electorado limitado, pues en todas las colonias sólo podían votar los hombres de determinada cantidad de propiedad).

Los adelantos de las colonias también plantearon a Gran Bretaña ciertos problemas económicos. A medida que los caminos mejoraron y los colonos pudieron viajar más libremente, el comercio intercolonial adquirió creciente importancia. Se hizo posible que los hombres de una colonia comprasen artículos en otra colonia, y no en Inglaterra. Esto no fue bien visto por la metrópoli.

En 1699, por ejemplo, aprobó el Acta de la Lana, que prohibía a una colonia embarcar lana o productos de lana hacia otra. Las colonias que tenían lana para vender no podían venderla a otra colonia ni a Inglaterra, sino que debía usarla internamente. En cambio, las colonias que necesitaban lana tenían que comprarla a Inglaterra. Éste fue otro ejemplo del intento de Inglaterra de obtener un beneficio para sus manufacturas a expensas de los colonos.

Lo que pareció aun más injusto fue que Gran Bretaña, una generación más tarde, trató de sacar dinero de las trece colonias en beneficio de otras colonias.

Como verá el lector, las trece colonias no eran todas las que había. Hablamos de trece porque fueron esas trece las que, más tarde, conquistaron su independencia de Gran Bretaña. Pero, en realidad, quien hubiese contado las colonias británicas en América del Norte en 1733 (después de la fundación de Georgia) habría hallado más de trece.

Con Nueva Escocia eran catorce, y con Terranova, quince. Sin duda, los habitantes de Nueva Escocia eran en su mayoría franceses, y los de Terranova eran en gran medida inexistentes, y Gran Bretaña no tenía ninguna razón para favorecerlos.

Pero en el Sur había otras dos colonias. Eran las islas antillanas de Jamaica (arrebataada a España en 1655) y Barbados, que había sido colonizada aun antes. Eran mucho más rentables y mucho menos molestas que las colonias de tierra firme y eran consideradas mucho más favorablemente por la corona británica.

Jamaica era casi tan grande como Connecticut en superficie y en 1733 tenía una población de más de 50.000 habitantes, casi el doble que Connecticut. Barbados, de sólo la mitad de la superficie que la actual ciudad de Nueva York, tenía una población de 75.000 personas. (Claro que la mayor parte de la población de estas islas eran esclavos negros; no más de 15.000 habitantes de ambas islas eran blancos).

Estas islas británicas eran productoras de azúcar y sus grandes exportaciones rentables eran la melaza y el ron. Por estos productos los colonos de tierra firme, particularmente los de Nueva Inglaterra, podían cambiar los suyos. Obtenido el ron, iban a África y lo cambiaban por esclavos negros, a quienes vendían en América. En

cada paso de este comercio llamado triangular, que había comenzado tan tempranamente como 1698, los comerciantes emprendedores podían obtener un buen beneficio.

Cuando las islas francesas y neerlandesas de las Antillas aumentaron su producción de azúcar y ofrecieron precios más baratos que los de las islas británicas, los colonos de tierra firme acudieron gozosamente adonde se les brindaba mayores ganancias. Las islas británicas sufrieron una seria depresión y empezaron a presionar sobre el gobierno de la metrópoli, el cual respondió positivamente. El 17 de mayo de 1733 Gran Bretaña aprobó el Acta de la Melaza, que imponía aranceles aduaneros enormes al azúcar y el ron no británicos. En efecto, esto significó que los colonos se verían obligados a comerciar con las islas británicas a precios más elevados, de modo que sus beneficios irían a parar a los bolsillos de los propietarios de plantaciones de las islas.

Los colonos respondieron prosiguiendo y ampliando su contrabando. Toda la política de control económico dio muy poco beneficio a Gran Bretaña y, al sembrar sentimientos hostiles entre los colonos, finalmente le acarreó un gran daño.

La guerra del rey Jorge.

Desde 1700 en adelante Francia y España estaban bajo el gobierno de una misma familia, pero sus intereses siguieron siendo distintos. El primer Borbón que fue rey de España, Felipe V, pensó que podía devolver a su país el papel expansionista de un siglo y medio antes. Así, en 1717 envió ejércitos a Italia e intrigó en la sucesión al trono francés, entonces ocupado por su sobrino, el niño de ocho años Luis XV.

El resultado fue que Gran Bretaña, el Imperio, los Países Bajos y Francia también se unieron en una Cuádruple Alianza para poner a España en su lugar. Lo lograron rápida y fácilmente.

Esta guerra de la Cuádruple Alianza no afectó para nada a las colonias británicas de América del Norte. En cambio originó luchas entre Francia y España a través de la extensión de la costa del golfo, de Florida a Texas. Los franceses atacaron Pensacola, en el noroeste de Florida, mientras que los españoles enviaron expediciones muy al Norte, hasta lo que es ahora Nebraska.

Ambas ofensivas fracasaron, y cuando la guerra terminó en Europa, en 1720, la lucha también se suspendió en América del Norte, sin que ningún territorio cambiase de manos. Pero la debilidad de España se hizo tan patente que las otras naciones se dispusieron a considerarse ofendidas por cualquier fruslería.

Por ejemplo, España, como todas las naciones colonizadoras de la época, trataba desesperadamente de controlar el comercio colonial en su propio beneficio.

Esto significaba que castigaba severamente a los contrabandistas cuando podía atraparlos. Uno de esos contrabandistas era el capitán de marina inglés Robert Jenkins. Según su relato, cuando fue sorprendido contrabandeando (él decía «comerciendo»), en 1731, los españoles le cortaron una oreja.

Jenkins conservó la oreja y en 1738, cuando fue interrogado por una Comisión de la Cámara de los Comunes, presentó la oreja desecada. Su relato cautivó la imaginación del público británico, ya predispuesta por cuentos sobre las atrocidades de los españoles, y la exigencia de guerra se hizo abrumadora. El 19 de octubre de 1739 Gran Bretaña declaró la guerra a España, y así comenzó uno de los conflictos de nombre más curioso en la historia: la guerra de la oreja de Jenkins.

En parte la guerra se libró en el mar. Uno de los principales halcones de la época, Edward Vernon, había pedido ruidosamente la guerra y se había ofrecido para tomar Portobello, en la costa norte de Panamá, con no más de seis barcos bajo su mando. El 22 de noviembre de 1739 realizó fácilmente la tarea. Pero sólo podía conservar por breve tiempo Portobello, pues España, sin duda, contraatacaría; por ello destruyó sus fortificaciones, abandonó la ciudad y retornó a su país.

Esta captura temporal de Portobello, aunque sirvió de poco, fue considerada como una gran victoria. Así, Vernon fue puesto al mando de una fuerza mucho mayor destinada a realizar una hazaña mucho mayor: la captura de la gran ciudad de Cartagena, en lo que es hoy Colombia.

El resultado fue un fiasco. En 1741 se puso sitio a Cartagena, pero el bombardeo no consiguió nada, y más de la mitad de los hombres de Vernon murieron de fiebre amarilla. Vernon tuvo que levantar el asedio y retornar.

Sin embargo, en dos aspectos, Vernon (que, por lo demás podría ser olvidado fácilmente) vive en nuestra lengua y nuestro recuerdo. Solía usar una capa de gro (*grogran*, en inglés) cuando hacía mal tiempo (es decir, una capa de seda basta), por lo que era llamado el Viejo Grog. Fue el primero que distribuyó ron diluido en una proporción de uno a cinco entre la tripulación (para evitar que se emborrachasen totalmente con bebida no diluida), y esta bebida fue llamada grog en la jerga náutica.

Pero más importante para los norteamericanos es el hecho de que un contingente de virginianos sirviese bajo el mando de Vernon en Cartagena. Entre ellos había un hombre llamado Lawrence Washington, quien admiraba mucho a Vernon. En 1743, cuando retornó a Virginia, Lawrence Washington construyó una casa cerca del río Potomac y llamó a sus posesiones Monte Vernon, en homenaje al almirante. Este Monte Vernon es hoy un altar norteamericano, por su asociación con el joven medio hermano de Lawrence, Jorge, que mantiene para siempre el recuerdo (aunque pocos lo saben) del nombre del Viejo Grog.

La guerra de la oreja de Jenkins también fue librada en tierra. Georgia soportó lo más recio de la lucha, pues España vio en esta guerra una oportunidad para borrar la

colonia que había sido fundada en lo que consideraba como un territorio usurpado.

Pero Ogiethorpe de Georgia no fue tomado desprevenido. Anteriormente había construido un fuerte en la desembocadura del río Saint Mary, a 160 kilómetros al sur de Savannah y a sólo 100 kilómetros al norte de San Agustín. (El río de Saint Mary es hoy el límite entre Georgia y la Florida).

Tan pronto como se declaró la guerra, Ogiethorpe se desplazó al Sur y, en mayo de 1740, con una fuerza combinada de georgianos y carolinos del Sur, puso sitio a San Agustín. Pero fue escasa la cooperación entre los dos conjuntos de colonos, y los españoles atacaron su retaguardia por lo que Ogiethorpe se vio obligado a retirarse a Georgia de nuevo.

Luego se produjo el fracaso de Vernon en Cartagena, y entonces fueron los españoles quienes planearon una gran expedición naval. Una flota de treinta barcos zarpó de Cuba, recogió refuerzos en San Agustín y luego, en 1742, desembarcó en la costa de Georgia, a ochenta kilómetros al sur de Savannah.

Ogiethorpe se retiró hacia el Norte, pero el 7 de julio de 1742 logró tender una trampa a un contingente de españoles y mató a muchos de ellos, en la que fue llamada La Batalla del Pantano Sangriento. Este fracaso desalentó a los españoles que abandonaron su ataque contra Georgia.

En 1743, Ogiethorpe trató nuevamente de invadir Florida y tomar San Agustín, pero halló un nuevo fracaso. Para entonces la guerra de la oreja de Jenkins quedó en un punto muerto y probablemente habría tenido fin de no haberse fundido con otra guerra mayor.

Esta nueva guerra giró alrededor de una disputada sucesión en Europa. En 1740 el Sacro Emperador Romano Carlos VI (que también era Archiduque de Austria) había muerto sin dejar hijos. Pero tenía una hija, María Teresa, y había pasado muchos años negociando con otras potencias para que reconociesen a su hija como su sucesora.

Pero después de su muerte se cernieron los buitres, pese a todas las promesas. Prusia, una nación alemana del Norte, estaba creciendo en fuerza a la sazón; y, en 1740 tuvo también un nuevo monarca, Federico II. Éste actuó de inmediato apoderándose de Silesia, una provincia austriaca adyacente a Prusia. Otras naciones se unieron rápidamente a Prusia para compartir el botín, y entre ellas estaban Francia y España.

No había ninguna necesidad real de que Gran Bretaña interviniese, pero el rey británico Jorge II era también gobernante de Hannover, un Estado de Alemania occidental. En su condición de tal, los intereses de Jorge hicieron que se pusiese del lado de Austria. A los británicos esto no les preocupó, pues los llevaba de nuevo a la guerra con Francia, con la que habían estado combatiendo continuamente desde hacía medio siglo, de todos modos.

En América del Norte la guerra, naturalmente, fue llamada la guerra del rey Jorge,

y absorbió la guerra de la oreja de Jenkins.

Una vez iniciada la guerra del rey Jorge, los franceses trataron de usar su nuevo fuerte de Louisbourg como base para operaciones ofensivas. Pero los obstaculizaba el hecho de que la armada francesa era débil y los británicos dominaban el mar. Con todo saquearon Annapolis Royal en Nueva Escocia y hostigaron a pescadores de Massachussets.

Como en guerras anteriores Massachussets había tratado de tomar Port Royal para neutralizar la amenaza francesa directa, ahora se encontraron con que debían hacer algo con Louisbourg, mucho más fuerte que la primera.

El gobernador de Massachussets por aquel entonces era William Shirley, un hombre capaz que mantuvo equilibrada la economía de la colonia. Vio la necesidad de eliminar la amenaza de Louisbourg y juzgó que ello requería un esfuerzo mayor que el que podía realizar Massachussets sola. Fue tan enérgico y elocuente que reclutó voluntarios, no sólo de Massachussets, sino también de New Hampshire y Connecticut. Llegaron suministros de toda Nueva Inglaterra y también de Nueva York. Fue el mayor ejemplo de cooperación colonial visto hasta entonces.

La expedición fue puesta bajo el mando de William Pepperrell, un comerciante nacido en Maine que tenía alguna experiencia militar. El 24 de marzo de 1745 los barcos zarparon hacia el Norte con 4.000 hombres a bordo. Tres buques de guerra británicos se les unieron y el 30 de abril los colonos desembarcaron cerca de la fortaleza de Louisbourg.

Durante seis semanas los indisciplinados colonos llevaron a cabo asaltos contra la fortaleza cuando un número suficiente de ellos tenía ganas de hacerlo y cuando estaban suficientemente sobrios para ello. Los franceses los rechazaron, pero eran pocos y estaban desalentados; además, sabían que no podían recibir ayuda mientras los barcos británicos rondasen por la costa. Los colonos crearon una especie de caos exuberante y propio de borrachos que deprimió aun más a los franceses, y el 17 de junio de 1745 el fuerte se rindió, aunque no había sido atacado seria y metódicamente.

Fue la mayor victoria militar que hasta entonces habían logrado los colonos. Pepperrell fue hecho *baronet* por Jorge II; fue la primera vez que se otorgó tal honor a un colono. (Es una extraña coincidencia que Phips, el primer caballero colonial, y Pepperrell, el primer baronet colonial hubiesen nacido ambos en Maine).

Los franceses organizaron una flota para recuperar Louisbourg y toda Nueva Escocia si podían, pero el proyecto fracasó. La flota fue asolada por las tormentas y las enfermedades y se vio obligada a retornar con cerca de la mitad de sus hombres y sin haber disparado un tiro.

La guerra se redujo a incursiones indias y escaramuzas fronterizas hasta que el 18 de octubre de 1748 llegó a su fin al firmarse en Europa el Tratado de Aquisgrán.

Gran Bretaña y Francia hicieron algún chaloneo en las negociaciones. Francia se había apoderado de la ciudad de Madras en la India, en el curso de la guerra y Gran Bretaña quería su devolución, por lo que ofreció Louisbourg a cambio. Se selló el trato y los colonos de Nueva Inglaterra comprendieron amargamente que Gran Bretaña valoraba los beneficios del comercio del Lejano Oriente más que la seguridad de sus colonias de Norteamérica.

Los habitantes de Nueva Inglaterra sabían que se reanudaría la guerra con Francia tal vez pronto y entonces tendrían que enfrentarse nuevamente con la amenaza de Louisbourg. No podían hacer nada, por supuesto, pero no olvidaron.

9. Maniobras para ocupar posiciones

El crecimiento de las colonias.

Al final de la guerra del rey Jorge, las colonias británicas tenían una población de aproximadamente 1.250.000 blancos y 250.000 esclavos negros; la apariencia de la soledad estaba empezando a desaparecer de las viejas regiones costeras. Hacía un siglo y cuarto que se habían creado las primeras colonias, y ya no se trataba de grupos aislados de hombres que se apiñaban detrás de empalizadas.

Virginia, la más populosa de las colonias tenía 231.000 habitantes (aunque 100.000 de ellos eran esclavos). Las cuatro colonias de Nueva Inglaterra juntas tenían una población de 360.000 personas con pocos esclavos. La ciudad más grande de las colonias era Boston, que en 1750 tenía una población de unas 15.000 almas. Le seguían Filadelfia y Nueva York, con 13.000 cada una. Todas estaban creciendo rápidamente y se estaban fundando nuevas ciudades: Baltimore en Maryland, en 1730; Augusta, en Georgia, en 1735, etcétera.

Desde New Hampshire hasta la frontera de Carolina del Norte la tierra estaba ocupada ininterrumpidamente. Los caminos habían mejorado y, en 1732, se creó el primer servicio comercial de diligencias. A mediados del siglo las diligencias llevaban a personas de Nueva York a Filadelfia en tres días. Los hombres empezaron a viajar comúnmente de una colonia a otra. Esto, junto con la lengua común y el peligro común que representaban los franceses y los indios contribuyó a disolver el sentimiento de separación y engendró al menos los comienzos de un sentimiento de unión.

Las complejidades de la cultura siguieron aumentando y comúnmente Filadelfia mostraba el camino. En 1731 se creó en esta ciudad la primera biblioteca circulante; en 1744, la primera novela (*Pamela*, de Richardson) editada en una colonia se imprimió en Filadelfia; en 1752 se creó también aquí el primer hospital permanente de las colonias.

Fue asimismo durante este período cuando las colonias pasaron por una experiencia que iba a ser típica de la nación a la que ellas darían origen: un despertar religioso.

Ese despertar empezó, en cierto modo, en Gran Bretaña, donde John Wesley organizó un grupo de hombres en la Universidad de Oxford, que se entregaron a una observancia más estricta de un modo de vida religioso. Sus miembros fueron llamados «metodistas» en son de mofa, porque Wesley los instaba a todos a efectuar sus lecturas, sus plegarias y sus buenas obras de una manera metódica, como por reloj. El nombre burlón se convirtió en su denominación habitual como en el caso de

los cuáqueros y los puritanos.

En 1735, poco después de la fundación de Georgia, John y su hermano Charles Wesley cruzaron el mar para dirigirse a la nueva colonia y servir allí como pastores de los colonos y misioneros de los indios. La aventura fue un humillante fracaso, pues los hermanos no se adaptaron a la vida de frontera.

Pero después de volver a Inglaterra, un seguidor de ellos, George Whitefield se ofreció voluntario para reanudar la tarea, y el 2 de febrero de 1738 llegó a Georgia. Demostró ser el hombre adecuado para esa labor, pues fue el primero de los grandes evangelistas de América del Norte; predicó a miles de personas. En 1740, después de un breve retorno a Gran Bretaña para reunir fondos realizó una gira a través de todas las colonias desde Savannah hasta Boston, y a su paso despertó gran entusiasmo e hizo muchos conversos.

En Boston conoció a Jonathan Edwards, un predicador que amenazaba con el fuego del infierno y quien, desde 1734, había estado lanzando sermones sumamente efectivos en los que describía con gran detalle los peligros y hasta la certidumbre de ir al infierno si no se seguía un camino tan estrecho que era casi invisible.

Con Whitefield y Edwards y otras lumbreras menores, las colonias pasaron durante unos pocos años por lo que se llamó el Gran Despertar. No duró mucho, por supuesto (los despertares religiosos nunca duran mucho), y las personas más conservadoras entre los jefes religiosos fueron hostiles al movimiento. Con todo logró sacudir a las iglesias y romper su dominación sobre el gobierno colonial, estimulando así el avance continuo hacia la tolerancia religiosa. También estimuló la fundación de colegios universitarios, que en aquellos tiempos estaban todos vinculados con organismos religiosos. Columbia, Princeton, Brown y Dartmouth fueron todos fundados después del Gran Despertar, y en cierta medida como resultado de éste. Además, como el despertar religioso afectó a todas las colonias, esta experiencia común sirvió para aumentar el sentimiento de unidad entre ellas.

Pero a medida que las colonias británicas crecían y prosperaban, subsistía siempre la sombra de Francia. La guerra del rey Jorge no había resuelto nada, al igual que las guerras anteriores; y franceses y británicos continuaron preparándose para otro enfrentamiento, posiblemente más decisivo.

Ambas partes maniobraron para ocupar posiciones, y ambas trataron de ocupar la tierra de nadie que había entre las dos potencias coloniales. El mayor vacío y potencialmente el más importante estaba al sur de los Grandes Lagos y al norte del río Ohio, desde el río Misisipí, al Oeste, hasta los Montes Allegheny, al Este; una vasta extensión de tierra habitualmente llamada en aquellos días Territorio de Ohio.

Si los franceses podían afirmarse en Ohio, las colonias británicas podían ser acorraladas al este de los Allegheny y también estranguladas.

Para impedirlo los colonos (que además siempre estaban hambrientos de tierras)

avanzaron hacia el Oeste. Sin duda ya habían avanzado hacia el Oeste desde hacía un siglo y medio, y habían llegado a la línea de los Allegheny; pero después del Tratado de Aquisgrán, con el creciente sentimiento de que la confrontación final con Francia se produciría pronto, el avance adquirió gran velocidad. En particular se hizo un esfuerzo para crear colonias más allá de los Allegheny.

En 1748, hombres de la frontera de Virginia fundaron una colonia en Draper's Meadow, en la región apalache, a trescientos kilómetros del Océano Atlántico. Hombres prominentes de Virginia crearon la Compañía de Ohio, organizada expresamente para colonizar los tramos superiores del río Ohio. En 1750, Christopher Gist fue enviado a explorar la región y remontó el Ohio hasta un punto cercano a la moderna ciudad de Cincinnati. Otro explorador, Thomas Walker se dirigió directamente al Oeste y penetró en lo que es hoy Kentucky; fue el primer hombre blanco que exploró la región en detalle.

Y Virginia no era la única. En 1750, comerciantes de Pensilvania habían establecido una base sobre el río Miami, bastante más allá de los Allegheny y, en verdad, más al Oeste que los actuales límites de Pensilvania.

En cuanto a Gran Bretaña no desempeñó ningún papel en esto. Como siempre se contentó con dejar a las colonias libradas a sí mismas. Cuando se interesaba por su desarrollo era para obstruirlo en beneficio de los fabricantes británicos. En 1732 prohibió a una colonia fabricar sombreros para venderlos en otras colonias, en beneficio de los sombrereros británicos. En 1750 prohibió la ulterior construcción de talleres para la fundición del hierro y el acero en beneficio de los fabricantes ingleses. En 1751 prohibió a todas las colonias de Nueva Inglaterra emitir papel moneda (que hacía más fácil para los deudores coloniales pagar a sus acreedores británicos con dinero barato).

Gran Bretaña mostró mayor preocupación por Nueva Escocia, que era la más débil de todas las colonias y la más cercana a los centros de poder franceses. No podía contar con que endurecidos colonos combatiesen por ella en Nueva Escocia porque, después de años de Gobierno británico, la colonia aún no tenía colonos británicos. En efecto, la colonia estaba peor que vacía: aún la habitaban los colonos franceses que habían dominado la península en los días en que era Acadia. Los acadios no habían olvidado y durante la guerra del rey Jorge habían mantenido un hosco silencio o una sorda hostilidad hacia los británicos.

En 1749 George Montague Dunk, Segundo Earl de Halifax, quien recientemente se había convertido en presidente de la Junta Británica de Comercio (el departamento que tenía el deber de tratar los problemas coloniales) emprendió una vigorosa acción. Envío a 1.400 colonos sacados de las prisiones de deudores, bajo el mando de un gobernador llamado Edward Cornwallis. En Junio de 1749 se establecieron en la costa central este de la península y fundaron la ciudad de Halifax. Otros colonos les

siguieron y pronto fue una floreciente ciudad de 4.000 habitantes. Se convirtió en el centro del Gobierno británico y ha sido desde entonces la capital de Nueva Escocia.

Jorge Washington.

Mientras los británicos y los colonos estaban reforzando sus posiciones, los franceses no permanecían ociosos. Aún eran muy inferiores en número a los colonos británicos. En todos sus vastos dominios sólo había 80.000 habitantes, aproximadamente, pero extendieron incansablemente sus tentáculos exploratorios cada vez más al Oeste. En los decenios de 1730-1739 y 1740-1749, Fierre Gaultiers de Varennes, señor de Verendrye avanzó desde el Lago Superior y estableció fuertes hasta puntos tan occidentales como el lago Winnipeg. En 1742 y 1743 llegó a las Black Hills, en lo que es ahora Dakota del Sur. Y en 1739 otros dos exploradores franceses, Fierre y Paúl Mallet divisaron las Montañas Rocosas en lo que hoy es Colorado.

Más cerca de sus colonias continuaron fortaleciendo su dominio de los Grandes Lagos. Crearon puestos en Niágara, entre el lago Erie y el lago Ontario; en el sitio hoy ocupado por Toronto, en la costa septentrional del lago Ontario; y en el lugar hoy ocupado por Ogdensburg, Nueva York, a orillas del río San Lorenzo.

Pero la región fundamental era la que estaba al sur de los Grandes Lagos. Ya tenían fuertes en el Territorio de Ohio, y lo ocupaban quizá hasta mil franceses. Pero éstos se hallaban concentrados en la mitad occidental del territorio y, en vista de la constante infiltración de colonos ingleses a través de los Allegheny, los franceses consideraron que debían trasladarse al Este.

El gobernador de Nueva Francia, el marqués de Duquesne organizó la expedición en 1753. Viajarían a través del territorio de Ohio y afirmarían allí las pretensiones francesas. Pondrían mojones proclamando oficialmente que se trataba de territorio francés y advertirían a los colonos ingleses que encontrasen que debían marcharse.

Más aun los franceses empezaron a construir fuertes lo más al Este que pudieron, particularmente en varios lugares de lo que hoy es el noroeste de Pensilvania.

Virginia fue la que se sintió más perturbada por las noticias de la penetración francesa. De todas las colonias, Virginia había sido la más activa en la exploración y colonización del Oeste, y no vaciló en reclamar para ella todo el territorio de sus latitudes, que se extendían indefinidamente hacia el Oeste.

Además, los líderes de la colonia estaban profundamente dedicados a la especulación con tierras, comprando grandes extensiones de tierras occidentales a bajo precio y vendiéndolas luego a precios considerablemente mayores a los colonos. La ocupación francesa del territorio, obviamente los arruinaría.

El gobernador de Virginia a la sazón era Robert Dinwiddie. El mismo especulaba

con tierras, pero aunque no hubiera sido así, no podía dejar de percatarse de que el avance francés representaba un peligro para las colonias. Trató de advertir a la metrópoli británica de los peligros de la situación pero fracasó. El siguiente paso que dio fue tratar de hacer algo él mismo, enviando a alguien al Oeste para que conminase a los franceses a marcharse. No era más que un farol, pues no estaba en condiciones de usar la fuerza, pero podía dar resultado.

Su elección para esa difícil tarea recayó en un joven plantador virginiano que por entonces sólo tenía veintiún años. El nombre de ese plantador era Jorge Washington.

Washington nació el 22 de febrero de 1732, según el calendario gregoriano, por entonces en uso en la mayor parte de Europa (y hoy en uso en todas partes). La fecha de nacimiento era el 11 de febrero, por el calendario juliano entonces usado en Gran Bretaña y en las colonias británicas. Pero el 1 de enero de 1752 Gran Bretaña y las colonias adoptaron el calendario gregoriano, y el Joven Washington cambió su fecha de nacimiento para adecuarse a él.

Washington provenía de una familia de clase alta. Su bisabuelo, John Washington había sido adepto de Carlos I y había tenido que huir de la Inglaterra de Cromwell, en 1657 para establecerse en Virginia.

El padre de Washington, Augustine Washington tenía hijos de dos esposas, cuatro de la primera y seis de la segunda. Entre los hijos de la primera esposa estaba Lawrence Washington, quien combatió con Vernon en Cartagena y luego construyó la casa de Monte Vernon. El mayor de los hijos de la segunda esposa era Jorge. Augustine Washington murió en 1743, cuando Jorge tenía once años y su medio hermano mayor, Lawrence, a quien Jorge idolatraba, crió al niño.

(El cuento más conocido de Jorge Washington de muchacho —lo del cerezo y aquello de «no puedo decir una mentira»— es una mentira. La historia, por edificante que sea fue una mera tabulación de un librero llamado Mason Locke Weems. En 1800, un año después de la muerte de Washington escribió una biografía de éste que llenó de reconocidas ficciones para aumentar su atractivo).

En 1748, a la edad de dieciséis años, Washington se dedicó a la agrimensura y durante varios años se familiarizó con las regiones desérticas y la vida en la frontera con las regiones aún no colonizadas, mientras cazaba con trampas y elaboraba el mapa del territorio.

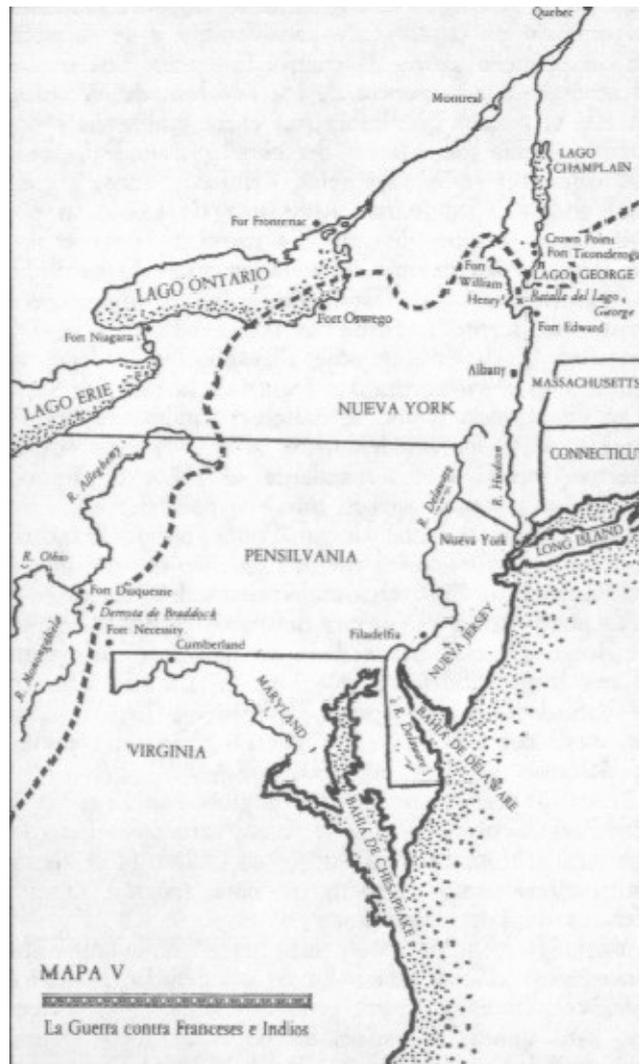
En 1751, Lawrence Washington, que padecía de tuberculosis se marchó a la Isla de Barbados y se llevó a Jorge consigo (la única aventura que éste iba a tener fuera de las trece colonias). Washington sufrió allí un ataque benigno de viruela, cuyas huellas quedaron permanentemente en su rostro. En 1752, Lawrence y su única hija murieron y, en 1754, Jorge compró Monte Vernon a la viuda de su hermano. En la propiedad estaban incluidos dieciocho esclavos negros y, aunque Washington desaprobaba la esclavitud, conservó los esclavos toda su vida.

Inspirado quizá por el recuerdo de la lucha de Lawrence en Cartagena, Jorge aspiraba a hacer la carrera militar y aceptó un cargo como edecán de Dinwiddie, cuando éste fue nombrado gobernador. Washington era un hombre corpulento, de un metro ochenta y ocho de altura, excelente jinete y de fuerte constitución. Tenía vasta experiencia de las regiones solitarias, era valeroso y vehemente.

El 31 de octubre de 1753, Washington abandonó Williamsbourg con un pequeño contingente en el que iba Christopher Gist, el explorador. Hicieron un dificultoso viaje de 650 kilómetros en una época del año cercana al invierno, pero el 4 de diciembre Washington halló un grupo de soldados franceses en Fort Le Boeuf, donde está ahora Waterford, Pensilvania, a unos treinta kilómetros al sur del lago Erie.

El capitán francés al mando del fuerte fue bastante amable. Hizo que Washington y sus hombres recibieran alimentos y calor y convino en enviar el mensaje instando a los franceses a que se marcharan de Ohio a Québec. Pero no ocultó el hecho de que los franceses no tenían intención alguna de moverse y que estaban dispuestos a apoderarse de la región de Ohio y a conservarla.

Washington tuvo que marcharse llevando consigo este mensaje, y después de un viaje de retorno aun más cargado de peligros que el de ida (entre otras cosas, una caída en un río helado, disparos a quemarropa de indios hostiles y extravío), logró volver a Virginia. Todo lo que había conseguido eran observaciones como las que podía hacer el sagaz ojo de topógrafo de Washington del territorio por el que había pasado y de los preparativos y fortificaciones franceses.



El farol de Dinwiddie había fracasado y era claro que no iba a haber una solución pacífica. Los franceses no se irían del territorio de Ohio si no se los expulsaba. Trató de que otras colonias cooperasen en los preparativos para la ofensiva necesaria, pero no consiguió nada. Sólo Carolina del Norte pareció dispuesta a arriesgar alguna ayuda, y la misma legislatura de Virginia pudo ser persuadida a que votase fondos para medidas bélicas sólo con la mayor dificultad. En cuanto a Gran Bretaña, estaba en paz con Francia y era renuente a iniciar otra guerra por remotas regiones norteamericanas.

Washington había hablado a Dinwiddie de un lugar sobre el Ohio superior, donde se unen el río Allegheny y el río Monongahela, y le aseguró que el sitio era ideal para construir un fuerte. Ya había allí algunos colonos, pero se necesitaba un punto fuerte que dominase toda la región de los alrededores.

Dinwiddie quedó convencido y envió un grupo de ciento sesenta hombres a construir el fuerte, poniendo a Washington a su mando con el rango de teniente coronel.

Partieron en abril de 1754, pero, cuando llegaron a Fort Cumberland, en lo que es ahora Maryland occidental, a trescientos veinte kilómetros al noroeste de Williamsbourg y a ciento treinta del lugar al que se dirigían, Washington recibió la deprimente noticia de que se le habían adelantado. También los franceses habían observado lo conveniente del sitio. El 17 de abril de 1754, después de expulsar a los pocos virginianos que había allí fundaron Fort Duquesne, así llamado en honor al gobernador de Nueva Francia.

Washington podía haberse vuelto pero ardía en deseos de emprender una acción militar, y los indios de la región que eran amigos le ofrecieron ayuda contra los franceses. Washington planeó llevar a cabo un ataque por sorpresa.

Así continuó su marcha hasta llegar a un punto situado a unos setenta kilómetros de Fort Duquesne, donde estableció una base que llamó Fort Necessity (cerca de la moderna ciudad de Uniontown, en Pensilvania).

Estaba ubicada en un terreno mal elegido, demasiado bajo y cenagoso en tiempo húmedo, pero Washington esperaba usarlo sólo para preparar su ofensiva. Los hombres acudieron a él y pronto se halló el frente de cuatrocientos hombres.

El 28 de mayo, Washington salió de Fort Necessity al frente de un contingente considerable y se encontró con un pequeño grupo de treinta franceses. Los franceses ignoraban la presencia de los hombres de Washington allí y, puesto que había paz entre ambas naciones, ninguna de las partes tenía derecho legítimo a disparar.

Washington (que sólo tenía veintidós años, recuérdese) no pudo reprimirse. Anhelante de acción se persuadió a sí mismo de que los franceses eran espías, que si no se los detenía informarían sobre la debilidad de Washington a Fort Duquesne y harían imposible el ataque por sorpresa. Pensando que estaba en Juego la seguridad

de su contingente, Washington ordenó un ataque sorpresivo contra los franceses, a los que superaban en número y que se hallaban totalmente desprevenidos. Casi instantáneamente, diez de ellos fueron muertos, inclusive el comandante, el señor de Jumonville, y los restantes fueron tomados prisioneros.

Esta versión colonial de un Pearl Harbor llevado a cabo contra los franceses fue el comienzo de otra guerra entre Francia e Inglaterra en América del Norte.

No pudo recibir el nombre del monarca británico porque Jorge II, que había dado su nombre a la guerra del rey Jorge estaba aún en el trono. La nueva guerra fue llamada la guerra contra Franceses e Indios (nombre anodino, pues todas las guerras coloniales podían ser descritas de esta manera).

El éxito preliminar de Washington hizo que se lo ascendiera a coronel y que recibiera refuerzos. Pero los franceses, furiosos por lo que consideraban (con alguna justificación) como un acto de baja traición salieron coléricos de Fort Duquesne.

Washington tuvo que enfrentarse con quinientos franceses y cuatrocientos indios. Superado numéricamente con creces, se retiró prudentemente a Fort Necessity, pero ahora lo inadecuado de este fuerte arruinó toda posibilidad de defensa. Llovió, y los defensores se hallaron sumidos en el fango. Los franceses no hicieron ningún intento de tomarlo por asalto, sino que protegidos por los bosques, pacientemente dispararon sobre todo animal que pudieron ver dentro de los muros, asegurándose de que las fuerzas de Washington quedarían desprovistas de alimentos.

El 3 de julio, tres días después de entrar en el fuerte, Washington, sin alimentos ni municiones, se vio obligado a rendirse.

Puesto que Francia y Gran Bretaña aún no se hallaban formalmente en guerra, las tropas francesas (para las que tantos prisioneros habrían sido una carga embarazosa) se mostraron dispuestos a dejar libres a los ingleses y permitirles retornar a Virginia. Mas primero debían hacer algo con el hombre que, traicioneramente, había matado a buenos soldados franceses. Por ello pusieron la condición de que Washington firmase la admisión de que era responsable de la muerte (*l'assassinat*) del señor de Jumonville. Para que sus hombres quedasen libres, Washington firmó.

Su admisión del asesinato fue severamente criticada hasta en la corte británica. El Joven Jorge Washington quedó terriblemente embarazado y humillado y ofreció la pobre excusa de que, como no conocía la lengua francesa, no sabía que *l'assassinat* significaba el asesinato.

Benjamín Franklin.

El decidido avance francés por el Territorio de Ohio alarmó también a las colonias situadas al norte de Virginia. Entre aquéllos que veían el peligro de la desunión

colonial frente a la amenaza externa se contaba Benjamín Franklin de Filadelfia. Fue el hombre más notable que dieron las colonias británicas antes de su independencia (incluido aun Jorge Washington) y, ciertamente, el primer colono que alcanzó renombre en Europa.

Benjamín Franklin nació en Boston, Massachusetts, el 17 de enero de 1706, de modo que era un cuarto de siglo mayor que Washington. Su padre, Josiah Franklin era un inglés que había llegado a Massachusetts en 1682, con su mujer y tres hijos. Tuvo cuatro hijos mas después de llegar a América, y cuando su mujer murió, en 1689, Josiah se casó nuevamente y tuvo diez hijos más de su segunda esposa. De sus diecisiete hijos, Benjamín era el decimoquinto, el décimo y último de los hijos varones.

La familia no estaba en buena situación económica y Benjamín Franklin tuvo escasas posibilidades de ir a la escuela. A los diez años abandonó la escuela y entró a trabajar en el taller de un fabricante de velas. Esto no agradó a Benjamín, quien amenazó con escaparse al mar, de modo que su padre persuadió a James Franklin, un hijo de su primera mujer, a que emplease a su joven hermanastro. James tenía una imprenta y publicaba un periódico de éxito. Así, a la edad de doce años, Benjamín se convirtió en impresor y tuvo oportunidad de leer y escribir y de aprovechar muchísimo su ambiente.

Pero Benjamín no tenía talante para recibir órdenes de nadie, ni siquiera de un hermano mayor, y ambos reñían enconadamente. Finalmente, Benjamín decidió dejar a James y hallar trabajo con algún otro impresor. El encolerizado James lo hizo poner en la lista negra en Boston y Benjamín no tuvo más remedio que abandonar la ciudad.

En octubre de 1723, Benjamín Franklin, que ahora tenía diecisiete años se marchó a Filadelfia y esta ciudad fue su hogar por el resto de su larga vida. Llegó a Filadelfia con sólo un dólar en sus bolsillos, pero consiguió trabajo como impresor y, gracias a su capacidad y laboriosidad, pronto se halló en una situación desahogada. Lo suficiente como para marcharse a Londres y pasar dos años conociendo el gran mundo europeo del otro lado del océano.

Volvió a Filadelfia en octubre de 1726, y al año pudo establecer una imprenta propia. En 1729 compró un periódico titulado *The Pennsylvania Gazette*. Éste había estado perdiendo dinero, pero bajo la enérgica dirección de Franklin empezó a dar sólidos beneficios.

Franklin hizo de todo. Compró, vendió y publicó libros y creó talleres gráficos en otras ciudades.

En 1727 creó el Junto, un club de discusión donde podían reunirse jóvenes inteligentes y discutir los problemas del día y que, en 1743 se convirtió en la Sociedad Filosófica Americana, la cual estimuló los estudios científicos en todas las colonias. Fundó la primera biblioteca circulante de América, en 1731, y la primera

compañía de bomberos de Filadelfia, en 1736. En 1749 se convirtió en el presidente del consejo de administración de la recientemente fundada Academia de Filadelfia, organismo que más tarde se convertiría en la Universidad de Pensilvania.

Su empresa comercial de más éxito fue un almanaque que empezó a publicar en 1732, y del cual publicó una edición anual durante veinticinco años. Incluía lo que contienen de ordinario los almanaques: calendarios, días de las fases de la luna, la hora de la salida del sol, del crepúsculo, salida de la luna, puesta de la luna, mareas altas y bajas de cada día, días de eclipse, etcétera.

Pero además, Franklin los llenó de interesantes y agudos artículos de interés para los colonos. También incluía muchos dichos breves y medulosos, gran cantidad de los cuales eran de su propia creación y que, en general, elogiaban el ahorro y el trabajo duro. Muchos de esos dichos entraron al lenguaje común; y el más famoso de todos y que todavía se repite hoy (aunque no siempre seriamente) es: *Early to bed, and early to rise, makes a man healthy, wealthy and wise* (acostarse temprano y levantarse temprano hacen a un hombre rico, sabio y sano).

El almanaque fue publicado por Franklin con el seudónimo de Richard Saunders, y lo llamó *Poor Richard's Almanac* (El Almanaque del Pobre Ricardo). Los medulosos dichos comúnmente iban precedidos de la frase: «El Pobre Ricardo dice...»

El almanaque se vendía muy bien realmente: hasta 10.000 al año, cifra enorme para esa época. Franklin se enriqueció y en 1748 tuvo suficiente dinero para retirarse. Dejó a otros el manejo de sus intereses comerciales y se mudó a las afueras de la ciudad, donde pudo dedicarse a la investigación científica. Tampoco fracasó en este campo: fue el primer gran científico norteamericano; también demostró ser el primer gran inventor norteamericano.

Por ejemplo, en aquellos días las casas eran calentadas mediante fuegos encendidos en chimeneas. Esto implicaba un gran desperdicio de combustible, pues la mayor parte del calor se escapaba por la chimenea. En verdad era aun peor que esto, pues el aire caliente en ascenso provocaba una corriente que hacía entrar el aire frío de afuera y, en definitiva, enfriaba la casa en vez de calentarla. Para obtener algún calor había que apiñarse alrededor del fuego.

A Franklin se le ocurrió que lo que se necesitaba era colocar en la habitación una estufa de hierro sobre ladrillos. Dentro de ella podía encenderse un fuego. El metal se calentaría y, a su vez, calentaría el aire; el aire caliente permanecería dentro de la habitación en vez de desaparecer por la chimenea, pero el humo podía ser transportado por un tubo hasta la chimenea.

La primera estufa de Franklin fue construida en 1742 y funcionó muy bien. Ha estado en uso desde entonces. Las estufas de los sótanos de las casas modernas son, en esencia, estufas de Franklin.

Algunas personas le sugirieron que patentase su estufa, de modo que pudiese cobrar un porcentaje a cualquier fabricante que las construyese y vendiese. Esto habría hecho millonario a Franklin, pero también habría elevado el precio de las estufas de modo que Franklin se negó. Decía que él disfrutaba de las invenciones que otros hombres habían hecho antes de su época y deseaba que otros pudiesen disfrutar libremente de sus invenciones.

También inventó gafas bifocales y un instrumento de música construido con hemisferios de vidrio mantenidos húmedos y que se frotaban con los dedos. Hacia el final de su vida ideó unas tenazas de largo mango para bajar libros de estantes elevados, instrumento que aún se usa en tiendas de comestibles y otros establecimientos similares para alcanzar estantes elevados sin una escalera.

Franklin fue también el primero que observó la corriente del Golfo, una corriente de agua cálida que asciende hasta la costa de América del Norte, e hizo sensatas sugerencias (en lo cual se adelantó mucho a su tiempo) sobre la predicción meteorológica y el uso de un horario de verano.

Pero lo que hizo realmente famoso a Franklin fueron sus experimentos con la electricidad.

El siglo XVIII fue llamado la Edad de la Razón. Era una época en que los caballeros con tiempo libre se interesaban por los experimentos científicos y en que estaban de moda los experimentos con el fenómeno recientemente explorado de la electricidad. Un objeto llamado la botella de Leiden (porque fue inventado en Leiden, una ciudad de los Países Bajos) podía ser usado para acumular una gran carga eléctrica, y todos los hombres de ciencia experimentaban con él.

Franklin demostró en 1747 que, si bien una botella de Leiden comúnmente se descargaba con una chispa y un chasquido, podía descargarse mucho más rápidamente, y sin chispa ni chasquido, si la barra de metal a través de la cual se descargaba terminaba en punto, y no en una superficie redondeada.

La chispa y el chasquido con que se descargaba una botella de Leiden le recordaron a Franklin (y a otros) el rayo y el trueno. ¿Era posible que, durante una tormenta, la tierra y las nubes actuaran como una enorme botella de Leiden, que se descargaba con el chispazo de un rayo y el chasquido de un trueno?

En junio de 1752, Franklin hizo ondear una cometa en una tormenta (tomando precauciones para no ser electrocutado, pues tenía experiencia en la conducta de las botellas de Leiden, que a veces acumulaban suficiente electricidad como para derribar a una persona en la descarga y hacerle chocar los dientes). Logró extraer electricidad de las nubes y usarla para cargar una botella de Leiden descargada. De este modo, demostró que las tormentas involucran efectos eléctricos en el cielo, los mismos efectos eléctricos (pero muchísimos más intensos) que los producidos por los hombres en el laboratorio.

Franklin concluyó que lo que era válido para la botella de Leiden también era válido para las nubes. Si una botella de Leiden se descargaba fácilmente sin chispas ni chasquidos a través de una punta de metal, ¿por qué no colocar barras metálicas con punta en los techos y unir las al suelo? De este modo, las cargas eléctricas formadas en la tierra durante una tormenta se descargarían fácil y silenciosamente a través de la barra de metal con punta. Ninguna carga se acumularía hasta un grado tan alto como para descargarse de golpe, cosa que sucede en el rayo. Un edificio con tal pararrayos en su cima estaría protegido de los rayos.

En la edición de 1753 del *Poor Richard's Almanac*, Franklin anunció este descubrimiento y sugirió maneras para equipar a los edificios de pararrayos. El mecanismo era tan simple y el rayo tan temido que todo el mundo se sintió tentado a aplicar el método. Después de todo, ¿qué se perdería con ello?

Los pararrayos empezaron a elevarse sobre los edificios de Filadelfia por centenares, luego en Boston y Nueva York. ¡Y daban resultado!

Franklin ya había ganado reputación en Gran Bretaña como científico. Pero ahora su nombre y sus realizaciones se difundieron por toda Europa a medida que el pararrayos entraba en uso en una región tras otra. Por primera vez en la historia uno de los grandes peligros para la humanidad había sido superado, y ello gracias a la ciencia.

La fama mundial de Franklin hizo que se lo apreciase hasta en su propio país. En julio de 1753 la Universidad de Harvard le otorgó un título honorario, y en septiembre del mismo año Yale hizo lo mismo. Luego, en noviembre, la Royal Society de Londres le otorgó la medalla de oro Copley, el mayor honor que concedía esa institución.

Hasta Luis XV de Francia envió a Franklin una carta elogiosa.

Pero la carta de Luis no le impidió a Franklin comprender lúcidamente la amenaza que representaba Francia. De hecho, la comprendió tanto más claramente cuanto más oscuramente la comprendía su propia colonia de Pensilvania. Ésta era una colonia privada y era propiedad, por así decir, de la familia Penn. Esta familia y muchos de los colonos influyentes eran cuáqueros y se negaban persistentemente a votar dinero para preparativos militares.

En medio de sus muchas y variadas actividades, Franklin también se había dedicado a la política. En 1748 fue elegido miembro del concejo municipal de Filadelfia; y en 1750 fue elegido para la Asamblea Legislativa de Pensilvania. En 1753 fue nombrado director general de Correos para todas las colonias y pronto convirtió la institución, financieramente deficitaria, del correo en una mina de oro.

Como miembro de la Asamblea de Pensilvania, Franklin fue uno de los cabecillas de los colonos que se oponían a la actitud pasiva de los Penns frente a los nubarrones amenazantes de la guerra. Luchó duramente para persuadir a Pensilvania a que crease

una especie de ejército de voluntarios que se auto-mantuviese y no dependiese del dinero de los Penns. Pero en esto fracasó.

Así, él y otros en el Norte contemplaron la situación con creciente aprensión y con un inquietante sentimiento de impotencia.

Y no eran solamente los progresos franceses los que oscurecían las nubes que se cernían sobre el futuro de la colonia. La situación india era igualmente inquietante.

En todas las guerras anteriores con Francia la mayor parte de los daños sufridos por las colonias habían sido obra de los aliados indios de Francia. Que la situación no fuese aun peor se debía enteramente al hecho de que podía contarse con que las intrépidas tribus iroquesas continuasen siendo anti-francesas. Pero ¿sería siempre así?

En los años transcurridos desde la guerra del rey Jorge habían seguido siendo lealmente pro-británicas, sin duda; pero esto fue el resultado de la labor de un hombre notable llamado William Johnson.

Johnson había nacido en Irlanda en 1715, y había emigrado a América en 1737, en respuesta al llamado de su tío. Este tío, sir Peter Warren, tenía una finca en el interior de Nueva York, sobre la orilla meridional del río Mohawk, a unos 40 kilómetros al oeste de Schenectady. Johnson se estableció allí y, a requerimiento de su tío, se hizo cargo de la administración.

Johnson compró tierras también en el lado septentrional del río y se convirtió en un gran terrateniente. Era territorio iroqués, pero Johnson intentó el novedoso experimento de tratar a los «salvajes» con sincera amistad. Mediaba en las disputas entre indios y colonos, y lo hacía con escrupulosa justicia. Estimuló la educación entre los indios, comerció con ellos honestamente, usó ropas indias, aprendió su lengua y se perfeccionó en el conocimiento y la práctica de sus costumbres. Luego, cuando su esposa europea murió, se casó con una muchacha india.

Como parecía ocurrir siempre, cuando los indios eran tratados con amistad y respeto, respondían del mismo modo. Johnson fue adoptado por la tribu mohawk y hasta recibió un cargo entre ellos. Durante toda su vida fue el hombre mediante el cual los británicos y los colonos trataban con los indios.

Pero Johnson era un solo hombre, y los iroqueses no podían permanecer ciegos a los hechos de la vida. Y era un hecho que los franceses eran mucho más ilustrados que los británicos (pese al excepcional ejemplo de Johnson) en su trato con los indios. La constante expansión de los establecimientos coloniales densos era un peligro mayor para el modo de vida de los indios, para su existencia misma, que la tenue expansión de los comerciantes y los soldados franceses.

Finalmente, a comienzos del decenio de 1750-1759, los franceses llevaron a cabo una política agresiva y triunfal en el territorio de Ohio, y cortejaban a los iroqueses con gran ardor. Los iroqueses no podían por menos de prestar oídos, particularmente puesto que sentían el deseo muy natural de estar de la parte ganadora.

Por primera vez desde el comienzo de las guerras franco-británicas parecía haber un verdadero peligro de que los iroqueses pudiesen marcharse con los franceses. Y si esto ocurría, nada en el mundo podría impedir que Nueva York, y quizá Nueva Inglaterra, fuesen aplastadas. Luego podían caer las otras colonias.

El resultado fue que la Junta Británica de Comercio, muy preocupada, sugirió en 1753 que las colonias negociasen con los iroqueses para satisfacer todas las quejas que los indios pudiesen tener.

Nueva York, al menos, estaba totalmente de acuerdo, pues sobre ella, ciertamente, caería con más mortífera fuerza la hostilidad iroquesa. El gobernador de Nueva York, James DeLancey, envió una invitación a las otras colonias para que se reuniesen en un congreso general con los indios de Albany.

Las colonias que se sintieron directamente amenazadas por los iroqueses respondieron al llamado. Se trataba de Pensilvania, Maryland y las cuatro colonias de Nueva Inglaterra. Éstas, junto con Nueva York, fueron las siete colonias representadas en el congreso. Las conversaciones comenzaron oficialmente el 19 de junio de 1754.

Junto con los veinticinco delegados coloniales estaban presentes ciento cincuenta iroqueses. Fueron febrilmente halagados con promesas y presentes, y fueron despedidos con muchas sonrisas y una inflada oratoria. A este respecto, el Congreso de Albany, como fue llamado, tuvo un éxito completo, pues los iroqueses no se pasaron al bando de los franceses.

Luego el congreso hizo recomendaciones para la designación de funcionarios regulares que trataran con los indios y condujesen la colonización al Oeste. William Johnson, que estuvo en el Congreso de Albany, fue nombrado «superintendente ante los indios», una especie de embajador oficial ante los iroqueses y sus aliados indios. Ocupó ese puesto hasta su muerte, y mientras vivió los problemas con los indios fueron mínimos.

Pero si bien quedaban resueltas las cuestiones con los indios en la medida de lo posible, algunos delegados sentían preocupación. ¿Qué pasaba con los franceses? La expedición de Washington, por entonces en marcha, había registrado una victoria inicial de muy pequeñas proporciones, pero no parecía probable que lograra mucho más.

Benjamín Franklin fue delegado al Congreso de Albany; su opinión era que las colonias no podían defenderse eficientemente si permanecían separadas y, en verdad, hasta hostiles unas a otras a menudo. En el anterior mes de marzo había concebido un esquema de unificación colonial, y ahora lo propuso al Congreso, el 24 de junio. Logró persuadir al Congreso a que lo adoptara; se aprobó una moción el 10 de julio (una semana después de la rendición de Washington en Fort Necessity); y el plan fue luego sometido a las colonias y a Gran Bretaña.

La propuesta de Franklin era que las colonias fuesen gobernadas por un gobernador general nombrado y pagado por la corona británica. Debía tener vastos poderes, pero no sería un autócrata. Con él gobernaría un «gran concejo» de 48 miembros, al que todas las colonias enviarían delegados. El número de delegados variaría de dos, para algunas colonias, hasta siete, para otras, siendo el número proporcional, aproximadamente, a la población. (Más tarde, Franklin planeó que el número de delegados fuese proporcional a la contribución financiera de cada colonia. Esto, en teoría, estimularía a cada colonia a competir con las otras en generosidad de apoyo financiero a la confederación).

El gran concejo se reuniría anualmente y abordaría esencialmente los problemas que las colonias tenían en común, dejando los asuntos internos de cada colonia bajo su propio control. Así, el gran concejo consideraría los tratados con los indios, la expansión a territorios que no estuviesen claramente dentro de ninguna colonia y cuestiones militares, como fortificaciones, ejércitos, armadas e impuestos de guerra.

La propuesta, de hecho firmada el 4 de julio (¡justamente!), adquiere importancia considerada retrospectivamente, pero halló una fría desaprobación por todas partes. El Gobierno británico pensó que había concedido demasiado poder a las colonias, y esto no le agradaba para nada. Las colonias juzgaron que habían otorgado demasiado poder a la Corona y aquéllos que no expresaron abiertamente su desaprobación, sencillamente ignoraron el plan. Ninguna colonia estaba dispuesta a ceder ninguno de sus derechos para el bien común, aunque había comenzado otra guerra con Francia en América del Norte.

La derrota de Braddock.

El Gobierno británico, aunque no se hallaba suficientemente impresionado por la crisis como para correr en apoyo del plan de Franklin de unión colonial, después de la derrota de Washington reconoció la necesidad de hacer algo. Decidió enviar soldados regulares a Norteamérica, aunque todavía estaba oficialmente en paz con Francia.

Por ello dos regimientos adecuadamente pertrechados y financiados fueron enviados a Virginia para que allí se hiciesen cargo de la situación. A su mando estaba el general Edward Braddock, quien había combatido en los Países Bajos durante la guerra de Sucesión de Austria. El 20 de febrero de 1755 Braddock y sus hombres llegaron a Virginia.

Sin duda los británicos pensaban que, con semejante fuerza en Virginia, no habría problema alguno en disciplinar a los colonos, usándolos como fuerzas auxiliares, y luego derrotar a unos pocos franceses y sus aliados bárbaros.

Esto quizá habría sido posible, pero conspiraba contra esta posibilidad el mismo

carácter de Braddock. Su experiencia derivaba totalmente de la guerra europea, que, por aquel entonces, se libraba con maniobras de plaza de armas según la llamada «táctica lineal». Una línea de soldados marchaba al campo de batalla donde formaban líneas de tres en fondo. Juntos, hombro con hombro, levantaban sus mosquetes al unísono y disparaban al mismo tiempo al recibir la orden. Era como un coro militar, donde no había cabida para la iniciativa individual.

Este modo de combate era impuesto por la naturaleza de las armas. El mosquete era un arma muy imprecisa, tanto que los soldados no eran entrenados en el tiro de precisión, pues tal cosa no era posible. Para que el fuego de mosquetes surtiera efecto debía ser disparado en cantidad y al unísono, de modo que, por mera probabilidad estadística, pudieran lograrse cierto número de aciertos.

Esto funcionaba bastante bien cuando el enemigo también formaba una línea y efectuaba movimientos militares parecidos: la parte mejor entrenada en el cumplimiento de las órdenes y más capaz de resistir el fuego enemigo era la que ganaba. Pero ¿qué ocurría si el enemigo decidía combatir de otro modo?

Braddock no era el hombre apropiado para reconocer que la táctica debía ser modificada para adaptarla a la situación. Era un hombre limitado y estrecho, de sesenta años de edad, testarudo, sin tacto y con fuertes prejuicios. No tenía una idea muy elevada de los colonos y, lamentablemente, éstos hicieron poco para convencerlo de que estaba equivocado. Mientras Braddock contaba con los colonos para el suministro a sus ejércitos de alimentos y otras necesidades, no halló más que retrasos, ineficiencias y, con demasiada frecuencia, pura y simple deshonestidad por parte de hombres que intentaban sacar provecho y obtener pingües beneficios a costa del desastre general. Sólo Benjamín Franklin proporcionó todo lo que prometió y a tiempo, y Braddock lo proclamó sonoramente el único colono honesto del continente.

Braddock también le tomó simpatía a Washington. Éste había renunciado al ejército el otoño anterior por resentimiento contra una orden británica que ponía a todo oficial colonial, por elevado que fuese su rango, bajo el mando de cualquier oficial británico, por bajo que fuese su grado.

Ahora Braddock ofreció amablemente incorporar a Washington a su familia de oficiales como su ayudante de campo con el rango de coronel; y Washington aceptó rápida y agradecidamente, ansioso, como siempre, de acción militar.

El 14 de abril de 1755 Braddock inició conferencias con los gobernadores de seis colonias, y se hicieron elaborados planes de ofensivas bien concertadas contra el enemigo. Pero esos planes eran demasiado complicados para ser puestos en práctica en las distancias y el tipo de región característicos de las colonias. (Braddock de algún modo se convenció a sí mismo de que luchaba en las pequeñas, llanas y cultivadas regiones rurales de Europa). Finalmente, el avance del propio Braddock fue el único esfuerzo militar importante.

Franklin advirtió a Braddock que los aliados indios de los franceses tenían su propio modo de combatir y debía tener cuidado con las emboscadas, así que no podía decirse que el general no tuviese ningún conocimiento previo de lo que podía esperarle. Pero Braddock, con un aire de irritante superioridad, declaró que los indios podían ser capaces de luchar eficazmente contra simples colonos, pero no podrían enfrentarse con soldados regulares británicos.

Washington sugirió a Braddock que aceptase la oferta de tribus amigas y utilizase indios como exploradores y guías. Pero Braddock no tenía el hábito de tratar con los indios ni creía realmente que fueran de alguna utilidad. En definitiva, prácticamente no hubo indios que marchasen con él. Un famoso cazador indio, el capitán Jack, se ofreció como explorador; pero Braddock se negó a aceptarlo a menos que se ajustase a la disciplina militar, a lo que el viejo cazador no accedió.

El ejército formó filas en Cumberland, que por entonces eran las afueras de la civilización, y se dispuso a avanzar ciegamente por las soledades. A principios de junio de 1755, 1.500 soldados británicos y 700 milicianos de Virginia partieron para una marcha de 130 kilómetros hacia el Norte, a Fort Duquesne, que era el primer objetivo de Braddock. Fue una marcha horrible, a través de bosques silvestres y ciénagas; para empeorar las cosas, Braddock quiso viajar con una pesada carga, transportando todos los suministros y equipos que un ejército habría necesitado si marchase por Europa.

Tan lento era el avance que el 18 de Junio Washington, desesperado, sugirió que 1.200 hombres se adelantasen con el equipo ligero, dejando que el resto del ejército avanzase pesadamente con los suministros principales. Esto sólo sirvió para debilitar al ejército, pues dejó a Braddock con sólo la mitad de los soldados, ya que la retaguardia probablemente no llegaría a tiempo para apoyar a la vanguardia en caso de una batalla repentina. Braddock aceptó la sugerencia.

El 8 de julio el contingente de avanzada, conducido por Braddock y que incluía a 450 virginianos mandados por Washington, llegó al río Monongahela, a 13 kilómetros al sur de Fort Duquesne. Allí se detuvo para considerar cuál sería su paso siguiente.

Washington instó ahora a que él y sus virginianos llevasen el ataque inicial, pensando, indudablemente, en que lucharían al estilo fronterizo. Luego, si lograban coger por sorpresa a los franceses y ganaban una ventaja inicial, podía sumarse el peso de los soldados regulares británicos.

Braddock rechazó ese plan. La batalla habría de darse a su manera, es decir, a la manera europea, que era para él la única apropiada.

Pero, mientras tanto, los franceses, a diferencia de los británicos, no estaban a ciegas. Sus eficientes exploradores indios les habían llevado todas las noticias que necesitaban sobre el avance británico. Los franceses de Fort Duquesne sabían

exactamente cuántas eran las tropas británicas que se les enfrentaban, y su primer impulso fue efectuar una prudente retirada ante fuerzas enemigas superiores en número. Pero cierto capitán De Beaujeu tuvo una idea diferente. Le pareció, por los informes, que Braddock realmente no comprendía la situación, de modo que pidió permiso para realizar un ataque de hostigamiento, antes de que los franceses se retirasen en orden, para ver qué ocurría.

De Beaujeu obtuvo el permiso. Sólo tenía 200 franceses a su mando, pero pronunció un discurso sumamente efectivo que puso a varios cientos de indios de su lado.

El 9 de julio las fuerzas de De Beaujeu, que sólo sumaban menos de la mitad del total de las tropas enemigas, se desplazaron ruidosamente por el bosque hacia los hombres de Braddock. Tan pronto como avistaron a las fuerzas francesas, los británicos empezaron a disparar; pero los franceses y los indios desaparecieron de su vista y empezaron a matar uno a uno a los soldados regulares británicos, con sus brillantes uniformes rojos.

Los soldados británicos, con el instinto natural de hombres cuerdos, trataron de hacer lo mismo; pero Braddock estaba en el campo de batalla, maldiciendo y usando su espada para obligar a sus soldados regulares a que formasen una línea, avanzasen y disparasen en los bosques de Pensilvania como si estuvieran en un campo de batalla neerlandés.

Los británicos lograron infligir algunas bajas a sus enemigos, matando a De Beaujeu, entre otros, pero en definitiva fueron barridos por un enemigo al que no podían ver y a cuyo ataque no podían responder eficazmente. En tres horas de lucha casi dos tercios de los soldados británicos fueron muertos o heridos: 877, incluyendo 63 de los 86 oficiales. Las pérdidas de la otra parte fueron sólo 60, y de éstos sólo 16 eran franceses.

Braddock actuó con indefectible valentía e indefectible estupidez. Estuvo en todas partes, exponiéndose temerariamente: cuatro caballos murieron bajo él a tiros; poco después de comprender que las líneas británicas estaban completamente rotas y ya no eran una fuerza de combate efectiva, él mismo fue malherido. Acababa de ordenar la retirada, finalmente, y los soldados británicos estaban huyendo. Nadie acudía a ayudarlo a salir del campo de batalla, hasta que un oficial británico y dos virginianos se hicieron cargo de él.

Washington fue el único de los ayudantes de campo de Braddock que quedó con vida. Se había expuesto con tanto coraje como Braddock. Dos caballos fueron muertos bajo él y cuatro balas pasaron por sus ropas sin tocarlo. Increíblemente, combatió durante todo el holocausto sin recibir un arañazo.

Y ahora asumió el mando. La mayoría de los virginianos habían muerto, pero los pocos que quedaron se ocultaron tras los árboles. Gracias a su fuego pudieron

abandonar el campo los pocos británicos que quedaban. Una vez que se alejaron, estuvieron a salvo, pues los franceses eran demasiado pocos para arriesgarse a iniciar una persecución, y los indios sólo querían saquear el campamento y recoger el cuero cabelludo de los muertos y moribundos.

Braddock fue transportado por las tropas en retirada. Permanecía silencioso; sólo ocasionalmente susurraba: «¿Quién lo habría pensado?». Murió el 13 de julio, con Washington a su lado, y fue enterrado en el lugar. El ejército en retirada caminó sobre su sepultura para ocultar su ubicación, llegó a Fort Cumberland y finalmente halló refugio en Filadelfia.

Esa desastrosa batalla es llamada casi invariablemente «la derrota de Braddock», aunque sus nombres más formales son «la batalla del Monongahela» o «la batalla de las Soledades». En este caso el instinto popular ha acertado, pues la derrota era de Braddock, totalmente suya.

Y su resultado inmediato fue abrir toda la frontera a los ataques franceses e indios y sumergir a los colonos en un nuevo lodazal de inseguridad. Desde el punto de vista de la historia militar, representa el momento más bajo de la situación colonial.

Mas para Washington la batalla no fue una derrota. Fue el héroe de la ocasión. Durante el mes posterior a la batalla fue hecho comandante en jefe de todas las fuerzas de Virginia, aunque sólo tenía veintitrés años. Pero le sirvió de poco. Los restos de las fuerzas británicas no le reconocían ninguna autoridad sobre ellos. Con sólo un grado colonial descubrió que no era nada a ojos británicos.

Washington enfermó de la frustración. Los médicos le prescribieron que se marchase a su casa y no tomara más parte en la guerra. Al no poder conseguir un nombramiento real, finalmente renunció al ejército por segunda vez (con el rango sin valor de general de brigada).

En 1758 fue elegido para la Cámara de los Burgesses y pasó de la carrera militar a la carrera política, aunque en política fue mudo y pasó la mayor parte de su tiempo viviendo como un acomodado plantador de Virginia. Pero en lo sucesivo conservó un intenso y firme disgusto hacia los británicos, lo cual iba a resultar de suprema importancia en años futuros.

10. La decisión final

El Lago Champlain.

En los meses posteriores a la derrota de Braddock el gobernador Shirley, de Massachusetts, el organizador de la campaña de Louisbourg de una década antes, fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas británicas en América del Norte. Su hijo había muerto en el horrible combate del río Monongahela y estaba ansioso de devolver el golpe.

Los colonos tenían un puesto en el lago Ontario, al menos; era Fort Oswego. El plan de Shirley era dirigirse hacia el Oeste a lo largo de la costa de este lago y luego hacia el Norte siguiendo la costa del lago Champlain.

Intentó conducir un ataque contra Fort Niágara, entre los lagos Ontario y Erie, pero el mal tiempo y los informes de la llegada de refuerzos franceses lo obligaron a retroceder. No quiso arriesgarse a otra derrota de la magnitud de la de Braddock.

Se planteó otro ataque contra Crown Point, que estaba cerca del extremo meridional del lago Champlain (lago que estaba firmemente en manos de los franceses en aquellos días) y que se hallaba a sólo 130 kilómetros al norte de Albany. Esta parte del plan fue encomendada a William Johnson, el supervisor de los indios, quien fue nombrado general para esta ocasión. Johnson tenía unos 3.400 colonos e iroqueses bajo su mando, en representación de Nueva York; y seis mil hombres de Nueva Inglaterra (principalmente de la colonia del gobernador Shirley, Massachusetts) se unieron a él.

Hacia fines de agosto de 1755, los hombres de Johnson avanzaron hacia el extremo meridional de lo que los franceses llamaban *Lac Saint Sacrement*, a 65 kilómetros al sur del objetivo, Crown Point. El *Lac Saint Sacrement* era la parte sudoccidental del lago Champlain, y Johnson, para simbolizar el dominio británico sobre él, lo rebautizó con el nombre de lago George, en homenaje al rey Jorge II. Ha conservado este nombre desde entonces.

Los franceses no optaron por esperar pasivamente. Bajo el mando del general Ludwig August Dieskau, un soldado alemán que combatía al servicio de Francia, avanzaron hacia el Sur. Las noticias del avance francés llegaron a Johnson, quien envió un contingente de mil hombres, al mando del coronel Ephraim Williams, a interceptarlos. No fue suficiente. Los colonos lucharon bien, pero fueron rechazados y Williams fue muerto. (Hizo un testamento por el cual dejaba dinero para fundar un colegio en el oeste de Massachusetts, que existe todavía hoy con el nombre de Williams College).

Cuando el destacamento en huida llegó al campamento de Johnson, éste ordenó

apresuradamente erigir una barrera de árboles talados. Los franceses atacaron muy confiadamente, pero se invirtió la situación del Monongahela. Ahora fueron los colonos quienes se hallaban cubiertos y disparaban con seguridad, mientras que los franceses se hallaban en campo abierto. Fueron rechazados, y Dieskau fue herido y tomado prisionero. La batalla del lago George fue considerada una gran victoria por británicos y colonos, que la necesitaban mucho. El Parlamento, agradecido, hizo *baronet* a Johnson y le otorgó un premio de 5.000 libras.

Pero la victoria no fue aprovechada, y terminó en la nada. Lamentablemente, Johnson, que había sido todo honestidad y decencia en el trato con los indios, ahora mostró mezquindad de espíritu. Había sido herido en el curso de la batalla del lago George, y el general Phineas Lyman, de Connecticut, había asumido el mando. Fue Lyman quien obtuvo la victoria en la batalla y quien fue aclamado por los soldados, entre quienes era muy popular.

Johnson, en un arranque de celos, no mencionó a Lyman para nada en su informe sobre la batalla. Cuando Lyman supervisó la construcción de un fuerte en el Hudson superior, Johnson hizo cambiar su nombre, de Fort Lyman (como era llamado originalmente) a Fort Edward, por el príncipe Eduardo, nieto de Jorge II. A un fuerte que Johnson había construido en el lugar de la batalla, lo llamó Fort William Henry, en honor a otro nieto del rey.

Aun peor que la fricción entre Johnson y Lyman era el hecho de que Nueva York y Massachusetts, cuyos hombres habían combatido y ganado la batalla juntos, se hallaban prácticamente en guerra. Había una disputa por límites entre ellas, y Nueva York no estaba tan ansiosa como Massachusetts de adoptar una actitud demasiado agresiva contra los franceses (con quienes muchos importantes hombres de negocios de Nueva York realizaban un lucrativo comercio).

Así, Johnson renunció a su cargo, y no se hicieron nuevos avances en la dirección del lago Champlain.

A esta lista de derrotas y victorias inútiles, se añadió ese año una nueva mancha sobre la reputación británica, más al norte, y una mancha de otro género.

Pese a la fundación de Halifax, la posición británica en Nueva Escocia no era segura. Los colonos franceses (los acadios) en modo alguno aceptaban el gobierno británico; todo lo contrario, en verdad. A medida que los franceses obtenían más triunfos en el decenio de 1750-1759, los acadios se volvían cada vez más abierta y agresivamente partidarios de los franceses.

Habiendo fracasado las actitudes suaves, los británicos finalmente pusieron a los acadios en una alternativa dura. El coronel Charles Lawrence, el gobernador de Nueva Escocia, anunció que todos, o bien debían jurar fidelidad a la corona británica (y por ende exponerse a ser acusados de traición por cualquier acción anti-británica), o bien ser deportados.

En general, los acadios se negaron, y entonces Gran Bretaña hizo a los franceses de Nueva Escocia lo que no habían hecho a los neerlandeses de Nueva York. Los expulsaron y los embarcaron. Las deportaciones empezaron el 8 de octubre de 1755, y de seis a ocho mil acadios fueron llevados fuera de Acadia y distribuidos en las otras colonias británicas.

Constituyó un acto de crueldad que no fue olvidado. Noventa años más tarde, el poeta norteamericano Henry Wadsworth Longfellow relataría la historia en su largo poema narrativo «Evangeline». El cuento de cómo dos amantes fueron separados por los británicos el día de su boda y cómo Evangeline finalmente halló a su Gabriel, pero en su lecho de muerte, ha conmovido los corazones de generaciones de escolares y ha puesto a los británicos en el rol de villanos.

En realidad, las cosas no fueron tan malas. Algunos acadios retornaron a Nueva Escocia, juraron fidelidad a Gran Bretaña y recibieron nuevas tierras. Otros llegaron a la sureña Luisiana, todavía francesa por entonces, y todavía están allí. Sus descendientes viven sobre las costas del golfo de los Estados de Luisiana y Alabama, y se llaman a sí mismos «Cajuns» (una corrupción de acadios).

Un resultado a corto plazo de la expulsión de los acadios fue un colérico endurecimiento de la determinación francesa, en Europa y en América del Norte. Louisbourg permaneció en manos francesas, y Francia trató de fortalecerla aun más. Para entonces, si no antes, Gran Bretaña tenía motivos para lamentar la negligencia que había permitido la devolución de la plaza a Francia después de la guerra del rey Jorge.

Y, en 1756, la situación se agravó, cuando estalló la guerra en Europa.

Como resultado de la guerra de Sucesión de Austria (el fin europeo de la guerra del rey Jorge), Prusia, bajo su notable rey Federico II, se había convertido en una gran potencia. Pero Austria no podía perdonar a Prusia las derrotas que Federico le había infligido en la guerra anterior, y finalmente organizó una formidable coalición. Con Francia, Rusia, Suecia y algunos Estados alemanes de su parte, lanzó el ataque contra Prusia.

Sólo Gran Bretaña apoyó a Prusia, y esto principalmente porque no podía permitir que Francia, mediante una victoria, se hiciese más fuerte en Europa. Esto sólo convirtió en oficial la guerra no oficial que se libraba con Francia, no sólo en América del Norte, sino también en la India. Por consiguiente, esta guerra, llamada la guerra de los Siete Años en Europa, fue el primer conflicto de la historia que puede ser calificado de una guerra mundial, ya que involucró la lucha en tres continentes y en los grandes mares.

Louisbourg.

El estallido de la guerra en Europa no transformó mágicamente la situación colonial en América del Norte. En realidad, la situación de las colonias empeoró.

El 13 de mayo de 1756, cinco días antes de la declaración de guerra de Gran Bretaña a Francia, un nuevo general llegó a Québec. Era el marqués Louis Joseph de Montcalm, un soldado capaz que había combatido brillantemente en la guerra de Sucesión de Austria. Lamentablemente para Francia, sólo se le dio autoridad sobre las tropas regulares francesas, mientras el marqués de Vaudreuil, el gobernador de Nueva Francia, conservaba su autoridad sobre todo lo demás. Esta autoridad dividida debilitó a las fuerzas francesas, tanto más cuanto que Vaudreuil, un hombre no muy competente, tenía antipatía y envidiaba a Montcalm y por lo común no estaba dispuesto a cooperar con él.

Del lado británico, John Cambell, cuarto Eari de Loudon, fue nombrado comandante en jefe de las tropas coloniales en Norteamérica, en reemplazo de Shirley. Llegó a Nueva York el 22 de julio de 1756, y pronto se mostró incapaz de llevarse bien con los colonos.

Montcalm inició vigorosas acciones en la frontera de Nueva York, tomando y destruyendo las fortificaciones de Oswego, en la costa meridional del lago Ontario, el 14 de agosto de 1756, y despojando a los británicos de su puesto en los Grandes Lagos.

Un año más tarde, el 9 de agosto de 1757, puso sitio a Fort William Henry y lo obligó a rendirse, adueñándose de un gran almacén de suministros y material bélico, y eliminando los efectos de la victoria de Johnson en el lago George. Garantizó la seguridad de la guarnición y convino en permitirles retirarse con honores de guerra, pero no pudo impedir que sus aliados indios atacasen y matasen a muchos de ellos. (Estos sucesos están en el centro de la acción en la famosa novela de James Fenimore Cooper *El último de los mohicanos*).

En cuanto a Loudon, trató de atacar Louisbourg. Disponía de seis mil soldados regulares británicos y, el 13 de julio de 1757, llegó a Halifax, donde recibió el refuerzo de 6.000 hombres más y once barcos. Pero, pese a todo, tuvo que hacer frente a nuevos refuerzos franceses, al dañino efecto de condiciones atmosféricas adversas y al fracaso de diversas legislaturas coloniales en proporcionarle un vigoroso apoyo. Decidió que no era suficientemente fuerte para la tarea y retornó a Nueva York sin haber hecho nada. Fue un fiasco más.

Ya habían transcurrido tres años desde que Jorge Washington iniciase la guerra contra franceses e indios durante su expedición contra Fort Duquesne, y el balance era de casi constantes derrotas británicas.

Pero ahora se estaban produciendo cambios en Gran Bretaña, donde también estaba aumentando el descontento por los reveses en América del Norte y en otras partes. Jorge II, con su padre, estaba mucho más interesado en el electorado de

bolsillo de Hannover, en Alemania, que en Gran Bretaña. Así, dedicó su atención a Europa, mientras descuidó el vasto imperio marítimo británico, que aun así estaba creciendo en América del Norte y la India.

Se oponía a su actitud un grupo de políticos que se llamaban a sí mismos «patriotas» y que deseaban que se diese primacía a los intereses británicos de ultramar. Pretendían construir un imperio, y no luchar por unas pocas aldeas de Europa.

El principal de los políticos que se oponía a la política hannoveriana era William Pitt. Entró al Parlamento en 1735, cuando sólo tenía veintitrés años, y de inmediato se unió al partido de Federico Luis, el príncipe de Gales. (Entre los príncipes hannoverianos de Gran Bretaña, era tradicional que el rey y el príncipe de Gales se odiasen y luchasen enconadamente entre sí).

Durante los años que estuvo en el Parlamento, Pitt demostró ser (pese a estar constantemente enfermo, de gota en particular) una persona excepcional, por sus grandes facultades oratorias y su capacidad para granjearse el apoyo de la opinión pública. Pero Jorge II no podía soportar a Pitt, por sus encarnizados ataques a la política hannoveriana. Por ello, el rey mantuvo a Pitt fuera del gobierno todo lo que pudo, pese a que era cada vez más popular en todo el país (no sólo por sus ideas, sino también por su honestidad, pues siguió siendo un hombre pobre, cuando todos a su alrededor aceptaban sobornos como algo natural).

Pero los desastres de 1755 y 1756 llevaron a Pitt a primer plano. Ya no podía ignorarse la exigencia popular, y la confianza de Pitt en sí mismo era tal que decía «sé que puedo salvar al país y que nadie más puede hacerlo». (Pitt fue, en efecto, una especie de Winston Churchill del siglo XVIII).

En noviembre de 1756, formó parte del gabinete y, aunque el rey logró expulsarlo, pronto estuvo de vuelta. En junio de 1757, se formó un nuevo gabinete encabezado por el duque de Newcastle, y Pitt, como ministro de Guerra, fue su corazón y su alma. Tuvo en sus manos todo el control de la guerra; infundió nuevo vigor a la política británica, se concentró con todas sus fuerzas en los asuntos de ultramar y buscó en las fuerzas armadas jefes capaces. En cuanto a Europa, no emprendió ninguna acción directa allí, ni tuvo necesidad de hacerlo. Simplemente, dio a Federico II gran cantidad de dinero y dejó que éste llevase adelante la lucha, cosa que hizo notablemente bien.

El 30 de diciembre de 1757, Pitt llamó a Loudon y lo sacó de Norteamérica. Envío grandes contingentes de soldados regulares británicos a América y empezó a utilizar con eficacia a los colonos. Les pagó con dinero del tesoro británico y reconoció los grados de sus oficiales. Un viento nuevo y fresco sopló por el continente.

En 1758, se planeó una ofensiva en tres frentes contra los franceses. Los

británicos y los colonos empezaron a preparar expediciones contra Louisbourg, contra Fort Ticonderoga, en el lago Champlain, y contra Fort Duquesne, donde habían sido aplastadas las fuerzas de Braddock. Pitt proporcionó cantidad de hombres y suministros a los tres frentes y no admitió ningún retraso.

En cierto modo, la ofensiva terrestre contra Fort Ticonderoga era la más importante, pues el éxito allí abriría directamente el camino al corazón de Nueva Francia. Pero aquí Pitt trabajaba con un vestigio del pasado, el general de división James Abercrombie, quien había sido el segundo jefe de Loudon y automáticamente asumió el cargo de comandante en jefe cuando éste fue relevado del mando.

Abercrombie era un hombre pesado, lento, que padecía de frecuentes indigestiones, y no actuó con diligencia. En parte, no era culpa suya, pues dependía de los milicianos coloniales en considerable medida, y éstos eran lentos para reunirse. Pero, una vez reunidos, demostraron ser valiosos. Lo era, en particular, una compañía de aguerridos exploradores (los «Roger's Rangers») que había sido organizada en 1756 por Robert Rogers, de New Hampshire. Abercrombie promovió a Rogers al grado de comandante.

Con Abercrombie estaba también el general de brigada lord Augustus Howe, quien sabía cómo tratar a los colonos, había luchado con los *Roger's Rangers* y fue el verdadero cerebro de la expedición.

Abercrombie finalmente se puso en marcha, a comienzos de julio de 1758, y casi inmediatamente se produjo un desastre. Un contingente que efectuaba una exploración tuvo una escaramuza con el enemigo, el 6 de Julio, y lord Howe fue muerto. Abercrombie quedó sin más guía que su indigestión.

El 8 de julio Abercrombie estaba en Ticonderoga con 16.000 hombres. Frente a él estaba Montcalm con sólo 4.000. (Montcalm pudo estar allí sólo porque había logrado de algún modo tratar con los iroqueses y engatusarlos para que permanecieran neutrales). Abercrombie podía fácilmente haber rodeado a Ticonderoga y obligado a rendirse por hambre, pero sus exploradores dijeron que los franceses esperaban refuerzos. Por ello, Abercrombie se apresuró a atacar antes de que llegasen.

Hasta aquí todo iba bien. No era una mala idea, pero el ataque debía ser realizado con inteligencia. Sin Howe que lo guiase, a Abercrombie no se le ocurrió nada mejor que ordenar a sus hombres que avanzasen ciegamente. No esperó a montar su artillería ni prestó suficiente atención al hecho de que los franceses estaban atrincherados detrás de troncos de árboles, como lo habían estado los británicos en Crown Point.

Abercrombie dispuso un inútil y sangriento ataque frontal en siete asaltos separados, antes de que su oscura mente se percatase del desastre. Retrocedió con casi dos mil bajas, mientras que los franceses sólo habían tenido cuatrocientas. Fue

peor que la derrota de Braddock.

Esto quebró el ánimo de Abercrombie, que no hizo ningún nuevo intento. William Pitt, furioso, tampoco le permitió hacer nada, después de que le llegaron las noticias. Abercrombie fue relevado del mando el 18 de septiembre.

Pero la batalla de Ticonderoga fue la última victoria francesa. Mientras se libraba, Louisbourg estaba bajo un severo asedio.

El 8 de junio de 1758 nueve mil soldados regulares británicos y 500 colonos, transportados en 157 barcos de guerra y de transporte, llegaron a Louisbourg. La expedición estaba bajo el mando del coronel Jeffery Amherst, quien se había distinguido en la batalla de Dettingen, en el oeste de Alemania, en 1743, cuando tropas británicas bajo el mando personal del rey Jorge II, derrotaron a los franceses. (Fue la última batalla en que un monarca estuvo al mando de las tropas en el campo de batalla). Pitt ascendió a Amherst a general de división antes de enviarlo a América.

El segundo jefe era un general de brigada de treinta y un años, James Wolfe, quien también había luchado en Dettingen. Wolfe era un excéntrico que, pese a una persistente mala salud y premoniciones de muerte prematura, había estado en el ejército desde los trece años y había dado amplias muestras de poseer un brillo bastante irregular. Pitt dirigió su atención a él por el excelente modo en que había organizado los ataques contra puertos de mar franceses el año anterior.

Wolfe era un excéntrico. En primer lugar, era abstemio en un tiempo en que los oficiales eran grandes bebedores como cosa natural. Tenía un amaneramiento afeminado y se comportaba de manera imprevisible. No quería saber nada de las pelucas formales que usaban los oficiales de la época, sino que exponía a la vista su llameante cabello rojizo, que llevaba largo y atado en una coleta.

Sus actitudes eran tan extrañas que, más tarde, avanzada la guerra, cuando se le confiaron grandes responsabilidades, el duque de Newcastle exclamó: «Pero, está loco, sire». A lo que Jorge II gruñó como respuesta: «¿Está loco? Entonces quisiera que mordiese a algunos de mis otros generales».

Wolfe, llevando sólo un bastón, mientras sus largos cabellos rojizos hacían de él un blanco inconfundible, dirigió personalmente la fuerza de desembarco al sudoeste del fuerte. Durante siete semanas, mientras se preparaba la ofensiva de Abercrombie y luego terminaba en un desastre, los británicos bombardearon el fuerte. Sus poderosas murallas, construidas para resistir a los bombardeos, permanecieron en pie; pero los cañones franceses fueron silenciados uno por uno, y mil de los defensores franceses, aislados por la flota británica, murieron uno a uno. El 26 de julio, no parecía haber esperanzas razonables de continuar la defensa, y Louisbourg se rindió. Las pérdidas británicas fueron sólo la mitad de las francesas. Louisbourg pronto fue destruido, y sólo sus ruinas sobreviven hasta hoy.

La caída de Louisbourg marcó el giro decisivo en la guerra y, en verdad, el giro decisivo de toda la guerra colonial entre Francia y Gran Bretaña. Compensó con creces el desastre de Ticonderoga, y la moral francesa se derrumbó. Dominando el mar los británicos, y con la flota británica controlando la desembocadura del San Lorenzo, los franceses de Norteamérica estaban prácticamente aislados. Que fuesen derrotados, ahora sólo era cuestión de tiempo, a menos que los británicos se las arreglasen para derrotarse a sí mismos.

Pero los británicos no iban a hacerlo. Con la conducción de Pitt, y su moral en vertical ascenso, no hicieron nada equivocado. Aun antes de que Abercrombie fuese relevado del mando, uno de sus subordinados, el teniente coronel John Bradstreet tomó tres mil hombres, se abrió camino hasta el lago Ontario, lo cruzó en una flotilla de pequeños botes y atacó Fort Frontenac (donde ahora está Kingston, Ontario). Bradstreet, a diferencia de Abercrombie, hizo un uso apropiado de su artillería y, después de dos días de bombardeo, el fuerte se rindió, el 27 de agosto.

Aun más al sur, el general de brigada John Forbes, con 700 hombres, repitió la marcha de Braddock y la llevó a término con mayor éxito. La marcha comenzó en julio de 1758, y Jorge Washington era uno de los oficiales al mando de Forbes, en un último e inútil intento de lograr algún estatus real, pese a que sólo era un colono.

Cuando los británicos se acercaron, los franceses, abandonados por sus aliados indios (que se habían percatado sin dificultad del cambio de marea), destruyeron Fort Duquesne, el 24 de noviembre de 1758, y se retiraron hacia el Norte. Al día siguiente, los británicos llegaron al lugar y erigieron allí Fort Pitt (en honor al ministro de Guerra, por supuesto). Alrededor de ese núcleo creció luego la ciudad de Pittsburgh, en Pensilvania.

Cuando el año de 1758 llegaba a su fin, pues, Pitt vio que todo marchaba bien. Nombró a Amherst, el vencedor de Louisbourg, comandante en jefe de las fuerzas británicas en América del Norte y preparó la cacería.

Québec.

En 1759 Pitt ordenó a Amherst que llevase la lucha al corazón de Nueva Francia y tomase la misma Québec. Así, Amherst planeó una triple ofensiva. La primera estaba dirigida contra Fort Niágara, el punto fortificado más cercano que los franceses aún retenían en la región de los Grandes Lagos. La segunda contra Fort Ticonderoga, donde los británicos habían fracasado el año anterior. Y la tercera contra la misma Québec.

En junio de 1759, el general de brigada John Prideaux, con dos mil hombres, hizo lo que había hecho Bradstreet un año antes. Marchó hasta el lago Ontario, navegó por

el lago hasta Fort Niágara y lo tomó, el 25 de julio, después de un constante bombardeo de artillería de diecinueve días (aunque el mismo Prideaux murió en el curso del bombardeo, alcanzado accidentalmente por una bala británica). Sir William Johnson y cien iroqueses estuvieron presentes en esta acción.

Mientras tanto, el mismo Amherst condujo 11.000 soldados regulares británicos al ataque de Fort Ticonderoga. Puesto que los franceses, cuyos aliados indios seguían desertando, tenían muy pocos hombres, tuvieron que enviar a todos sus hombres a donde se daría la batalla principal, que sería, desde luego, en Québec. Por ello, abandonaron Ticonderoga (Fort Carillón, para los franceses), el 31 de julio. Ambos puntos fueron pronto fortificados nuevamente por los británicos y en agosto todo el lago Champlain estaba en manos británicas.

En cuanto a Québec, se planeó un ataque por mar desde Louisbourg, recientemente capturada. James Wolfe estaba muy enfermo, pero fue presionado para que asumiese el mando. (Fue en esta ocasión cuando Jorge II dijo que esperaba que Wolfe mordiese a algunos de sus otros generales).

Wolfe, con 9.000 soldados y cierto número de colonos (entre ellos, los contingentes de los *Roger's Rangers*), remontó el río San Lorenzo con una flota de 22 barcos de guerra y muchos transportes y, el 26 de junio, desembarcó en la isla de Orleans, a seis kilómetros aguas abajo de Québec.

La tarea que se le asignó a Wolfe no era fácil. Québec estaba situada en un punto elevado por encima del San Lorenzo y era inexpugnable, si se la defendía resueltamente. En lo concerniente a la resolución de la defensa, no había dudas, pues el mismo Montcalm estaba al mando; y tenía un total de 16.000 hombres, casi el doble que los de Wolfe.

Montcalm tenía sus dificultades, por supuesto. Muchos de sus soldados eran colonos franceses que quizá no resistiesen el bombardeo. Además, como estaba a la defensiva, tenía que diseminar sus hombres para cubrir todo posible punto débil, mientras que los británicos podían concentrarse en cualquier punto que eligieran. Por último, y lo peor de todo, Vaudreuil, el gobernador de Nueva Francia, decidió poner trabas a Montcalm en todo aspecto, de una manera que iba más allá de la incompetencia y se acercaba a la maldad.

Las dificultades de Montcalm no fueron de utilidad inmediata para Wolfe. Careciendo de fuerzas suficientes para rodear la ciudad y obligarla a rendirse por hambre, no pudo hacer más que bombardear la ciudad desde el río, con la esperanza de obligar a Montcalm a salir y presentar batalla.

Pero Montcalm sabía lo que hacía. No iba a dejarse inducir a una batalla. Tenía intención de aguantar el bombardeo y contaba con el hecho de que llegaría el invierno y la flota, de la que Wolfe dependía, tendría que marcharse.

Durante julio, la lucha continuó. Ambas partes intentaron acciones ofensivas que

fracasaron. El 31 de julio, Wolfe lanzó un asalto frontal, con la esperanza de sorprender a los franceses y se desalentasen lo suficiente como para ceder. Pero no se sorprendieron ni desalentaron; los británicos retrocedieron con más de cuatrocientas bajas, mientras los franceses quedaron prácticamente indemnes.

Pocos días antes de ese ataque, el 27 de julio, Montcalm había ensayado la táctica de incendiar los barcos. Naves cargadas de materias inflamables fueron enviadas aguas abajo sobre la flota británica. Iban a ser encendidas en el último minuto, con la esperanza de que los barcos de guerra de madera de los británicos se prendieran fuego también y quedasen inutilizados o, al menos, tuviesen que retirarse para hacer reparaciones. Desgraciadamente para Montcalm, las naves fueron incendiadas demasiado pronto y los marinos británicos tuvieron tiempo y espacio para alejarse de los barcos en llamas y arrastrarlos a la costa, donde se redujeron calmamente a cenizas sin causar daño.

Pero los días pasaban, y cada día que pasaba era un día de verano perdido que beneficiaba a los franceses. Llegaron las noticias de las derrotas sufridas por los franceses en el lago Ontario y el lago Champlain, pero esto no detuvo el transcurso del verano. Aunque el constante bombardeo infligía daños a los franceses, también las tropas británicas estaban disolviéndose por las enfermedades y la desertión. El 20 de agosto el mismo Wolfe estaba demasiado enfermo y con fiebre para levantarse de la cama.

Llegó septiembre, y la ansiedad de la flota aumentó. El 10 de septiembre, el almirante Saunders, que era el responsable de la seguridad de los barcos, arguyó enérgicamente que, si no ocurría algo pronto, el ataque debía ser suspendido. Una vez que el río empezara a congelarse, podía perderse la flota, y con ella toda la fuerza expedicionaria.

Wolfe tenía que hacer algo enseguida. En ese momento crítico, tuvo conocimiento de que había un camino que conducía desde el río hasta las alturas, a un lugar que estaba escasamente defendido. Según un relato, él mismo observó con sus gemelos un sendero estrecho y casi invisible que subía por los riscos. Según otro relato, le indicó el camino un oficial británico que había estado prisionero en Québec y conocía el terreno.

Wolfe necesitaba impedir que los franceses se diesen cuenta de dónde los británicos harían su intento, pues si enviaban hombres a defender ese camino, todo estaba perdido. Por ello, Wolfe mantuvo a los barcos recorriendo el río como si estuviesen buscando un lugar donde desembarcar. También mantuvo el bombardeo sobre los lugares donde sabía que los franceses estaban bien defendidos, para obligar a Montcalm a apostar sus hombres allí, y, de este modo, mantenerlos alejados del verdadero objetivo.

En las primeras horas de la mañana del 13 de septiembre, los *Roger's Rangers*,

junto con un destacamento de soldados británicos comandados por el coronel William Howe, empezaron a trepar por el camino. Simón Frazer, un joven oficial escocés, respondió a los «¿quién vive?» de los centinelas en francés, con una confiada calma que inspiraba convicción. Cuando las avanzadas francesas del lugar comprendieron que era el ejército británico el que estaba subiendo, ya habían llegado a la cima suficientes tropas británicas como para arrollarlos. El resto del ejército las siguió.

Cuando llegó la mañana, un ejército británico de casi cinco mil hombres, como surgidos de la nada, estaba en las afueras de Québec. Se hallaban en las llanuras de Abraham, así llamadas por su propietario de antaño, un piloto de río llamado Abraham Martín. (La ciudad de Québec ha crecido hasta abarcar ese lugar, que ahora es un parque situado dentro de los límites de la ciudad).

Montcalm, totalmente cogido por sorpresa, se apresuró a hacer lo que pudo. Los hombres de los que disponía en el momento de recibir la noticia eran sólo 4.500, la mayoría colonos, no soldados regulares. No podía esperar a reunir más hombres ni podía disponer de artillería, pues Vaudreuil se la había retirado.

Fue una batalla en el estilo tradicional de la táctica lineal. Los franceses avanzaron mientras los soldados regulares británicos esperaban. Wolfe calculó el momento exacto, y luego dio la señal. Los británicos levantaron sus mosquetes, dispararon al unísono y la línea francesa se deshizo y se dio a la fuga. Ahora fueron los británicos los que cargaron furiosamente y empujaron al enemigo adentro de la ciudad. En esta carga, Montcalm y Wolfe fueron mortalmente heridos.

Wolfe, sostenido por los hombres que acudieron en su socorro, oyó gritar:

«¡Mirad cómo corren!».

«¿Quiénes corren?», murmuró Wolfe.

«El enemigo», fue la respuesta.

Y Wolfe exclamó:

«Entonces, muero tranquilo».

En cuanto a Montcalm, fue llevado a la ciudad. Se le dijo que iba a morir, y pronto.

«Tanto mejor —dijo—. No quiero vivir para ver la rendición de Québec». Murió al día siguiente.

Vaudreuil, encerrado en la ciudad, aún disponía de un ejército mayor que las fuerzas británicas. Podía haber resistido, pero no se atrevió. Desaparecido Montcalm, sólo pensó en escapar, y abandonó la ciudad el 17 de septiembre, para dirigirse a Montreal. Los británicos entraron en Québec el 18 de septiembre.

Pero los franceses aún tenían un ejército en Montreal, que todavía no había sido derrotado. Cuando se acercó el invierno, la flota británica tuvo que abandonar el San Lorenzo, y los soldados británicos que ocupaban Québec quedaron aislados. En la primavera, un ejército marchó aguas abajo hacia Québec, y una fuerza británica salió

de la ciudad para hacerle frente. El 27 de abril de 1760, los franceses ganaron la segunda batalla de Québec y rápidamente pusieron sitio a la ciudad.

Pero el poder marítimo era decisivo. Los británicos resistieron durante casi tres semanas, y luego, el 15 de mayo, los hielos del río se fundieron y los barcos británicos remontaron la corriente. Los franceses tuvieron que retirarse apresuradamente a Montreal.

En septiembre de 1760, los británicos avanzaron sobre Montreal desde tres direcciones: río arriba desde Québec, aguas abajo desde el lago Ontario y a través de la corriente del lago Champlain y el río Richelieu. El 8 de septiembre de 1760, Vaudreuil se inclinó ante lo inevitable y entregó Montreal. Mientras tanto, los *Roger's Rangers* estaban barriendo los fuertes franceses en los Grandes Lagos, y tomaron Detroit el 29 de noviembre de 1760. Nueva Francia llegó a su fin después de un siglo y medio de existencia.

Simultáneamente con sus victorias en América del Norte, Gran Bretaña estaba obteniendo victorias también en la India, y puede decirse que fue en 1759 cuando se fundó verdaderamente el Imperio Británico. Fue entonces cuando Gran Bretaña inició su carrera de dos siglos como potencia dominante del mundo.

Parecía de escasa importancia el hecho de que en la misma Europa el aliado de Gran Bretaña, Federico II de Prusia, estuviese a punto de ser aplastado por un abrumador conjunto de enemigos. Pero aun allí Gran Bretaña tuvo suerte. Federico II resistió desesperadamente, hasta que, el 5 de enero de 1762, murió su más enconado enemigo, la emperatriz Isabel de Rusia. Esto deshizo la alianza contra Federico y le permitió sobrevivir.

Pero mientras tanto, España, temiendo una abrumadora victoria británica y la consiguiente pérdida de sus propias posesiones de ultramar, se dispuso a unirse a los franceses. Gran Bretaña no esperó. El 2 de enero de 1762, declaró la guerra a España y tomó, en rápida sucesión, varias de las Antillas menores, además de Cuba y, en el otro extremo del mundo, las islas Filipinas.

Gran Bretaña no podía ser detenida, y Francia sólo halló una manera de evitar mayores pérdidas. Por el secreto Tratado de Fontainebleu, firmado el 3 de noviembre de 1762, Francia cedió todos sus derechos al oeste del Mississippi a España. Esto al menos impediría que la región cayera en manos de Gran Bretaña, y algún día, cuando la situación cambiase, no sería difícil obligar a España a devolverla.



El 10 de febrero de 1763, la guerra terminó en todo el mundo con la firma del Tratado de París. Los británicos obtuvieron todo el territorio francés al norte de los Grandes Lagos, que ahora podemos llamar Canadá, en vez de Nueva Francia. También obtuvo toda la Luisiana al este del Mississippi, dejando el territorio al oeste del río a España, de acuerdo con el anterior tratado de Francia con ese país. Pero de España, Gran Bretaña consiguió la Florida, a cambio de devolver Cuba y las Filipinas.

Así, Francia fue completamente eliminada de la tierra firme de América del Norte. Todo lo que conservó de sus vastos dominios fueron dos islas, Saint Pierre y Miquelon (de 250 kilómetros cuadrados como superficie total), frente a la costa meridional de Terranova, para servir de bases a su flota pesquera. (Esas islas siguen siendo francesas hasta hoy). Francia también conservó sus posesiones en las Antillas.

En 1763, pues, América del Norte estaba dividida entre Gran Bretaña y España. El río Mississippi separaba a las posesiones de las dos naciones. Sólo el cuadrante noroccidental del continente seguía siendo una tierra de nadie, a cuyas costas barcos británicos, españoles y franceses se aventuraban ocasionalmente, pero donde los rusos eran más activos.

Un nuevo comienzo.

Gran Bretaña, en 1763, llegó a una de las cimas de su historia. Su triunfo en el mundo, fuera de Europa, era casi absoluto. Dominaba los mares, poseía la parte noreste de América del Norte y había hecho pie firmemente en la India. Las otras naciones que tenían dominios en ultramar los tenían sólo por gracia de la armada británica.

En concreto, América del Norte había recibido finalmente su forma. Dos siglos y medio después del gran viaje de Colón y un siglo y medio después de que Inglaterra fundase su primera colonia en el continente, se llegó a una decisión.



Norteamérica iba a ser de herencia británica. Los que viviesen allí, cualesquiera que fuesen sus orígenes, hablarían la lengua inglesa y heredarían las tradiciones inglesas. Cuánto de América del Norte sería anglicanizado de este modo era algo que no podía predecirse por entonces, pero con sólo la débil España en el camino, seguramente sería la mayor parte del continente, y tal vez todo él.

Esto parecía seguro, y esto fue lo que ocurrió. Pero no todo estaba decidido. Aunque América del Norte hablase inglés, ¿estaría necesariamente sujeta a la corona británica? En 1763, debía haber pocos súbditos británicos, si es que había alguno en Gran Bretaña o en Norteamérica, que dudasen de que así sería, y, sin embargo...

¿En qué términos los colonos británicos de América del Norte permanecerían sujetos a la corona británica?

A los británicos mismos, ésta les habría parecido una pregunta absurda, si alguien la hubiese planteado. Para ellos, la respuesta habría sido, obviamente: en los términos que dictase el Gobierno británico.

Para los colonos, la respuesta no era tan obvia. Siempre habían sido difíciles de gobernar, hasta cuando los franceses y los indios eran una amenaza constante y necesitaban a los soldados y los barcos británicos para su defensa. Ahora que los franceses se habían marchado y los indios sólo eran un problema secundario, seguramente los colonos serían mucho más difíciles de gobernar. Podían permitirse el sentirse ofendidos y quejarse ruidosamente, mientras antes sólo se atrevían a refunfuñar en voz baja.

Había un millón y cuarto de blancos en las colonias en 1763, y la población estaba creciendo rápidamente. A ellos había que añadir la mano de obra no pagada de más de un cuarto de millón de esclavos negros, la mayoría de los cuales vivía en las colonias sureñas. Esto equivalía al 20 por 100 de la población de Gran Bretaña y, más aun, los colonos se esparcían por una extensión mucho más grande y potencialmente más rica que la de la metrópoli.

No cabía esperar que los colonos permaneciesen tranquilos mientras Gran Bretaña siguiese actuando bajo el sereno supuesto de que Norteamérica era suya y podía hacer con ella lo que quisiese. No se resignarían a tolerar las leyes de Gran Bretaña que limitaban los territorios que podían colonizar, o que coaccionaban su economía para beneficio de los fabricantes británicos o que les imponían impuestos a su antojo.

Los británicos, por otro lado, eran totalmente ciegos ante el barril de pólvora de las colonias. Un nuevo rey, Jorge III, había subido al trono en 1760. Era un hombre amable y bueno, pero no muy inteligente y, por añadidura, enormemente testarudo.

Iba a haber una querrela, un nuevo comienzo de un nuevo tipo de problemas. Gran Bretaña había derrotado a Francia y modelado América del Norte, pero no hay decisiones definitivas en la historia y mucho de lo que había ganado lo perdería

ahora, en definitiva.

Lo que estaba por ocurrir era el nacimiento de los Estados Unidos, historia que debemos dejar para otro libro.

Cronología

Antes de Cristo

- 25000 Los primeros indios entran en América del Norte.
- 5000 Comienzos de la agricultura en México.
- 1500 Se construyen templos y ciudades en México.
- 1000 La agricultura se difunde al norte del río Grande.
- 900 Los fenicios llegan a Britania.
- 600 Los fenicios circunnavegan África.
- 300 Piteas de Massilia llega a Tule (¿Islandia?).
- 250 Eratóstenes de Cirene calcula la circunferencia de la Tierra en 40.000 kilómetros.
- 100 Posidonio de Apamea calcula la circunferencia de la Tierra en 28.000 kilómetros.
- 1 Los esquimales colonizan las costas polares de América del Norte.

Después de Cristo

- 130 Tolomeo acepta la cifra inferior para la circunferencia de la Tierra.
- 550 San Brendan explora las islas situadas frente a Britania. Quizá llega a Islandia.
- 874 Ingolfur Arnarson funda una colonia vikinga permanente en Islandia.
- 982 Eric el Rojo descubre Groenlandia.
- 986 Eric el Rojo funda una colonia vikinga en Groenlandia.
- 1000 Los esquimales llegan al norte de Groenlandia.
- 1000 Leif Ericsson explora la costa norteamericana.
- 1002 Thorfinn Karisefni funda una colonia de corta vida en Vinland.
- 1261 Primer viaje de los Polo a China.
- 1298 Marco Polo es puesto en prisión; escribe sus *Viajes*.
- 1367 Último barco de Noruega que llega a Groenlandia.
- 1415 Fin de la colonia vikinga de Groenlandia.

- 1418 Zarco (portugués) descubre Madeira.
- 1420 Enrique el Navegante crea un centro de exploración en Sagres, Portugal.
- 1431 G. V. Cabral (portugués) descubre las Azores.
- 1445 Dinis Dias (portugués) llega a cabo Verde.
- 1455 Cadamosto (portugués) descubre las islas de cabo Verde.
- 1460 El 13 de noviembre muere Enrique el Navegante.
- 1474 El 12 de diciembre Isabel I se convierte en reina de Castilla.
- 1479 Fernando II se convierte en rey de Aragón; junto con Isabel, gobierna sobre una España unida.
- 1481 Juan II se convierte en rey de Portugal.
- 1482 Cao (portugués) llega a la desembocadura del río Congo.
- 1483 Cristóbal Colón pide a Juan II de Portugal apoyo para un viaje hacia el Oeste.
- 1485 El 22 de agosto Enrique VII se convierte en rey de Inglaterra.
- 1486 Primer pedido de apoyo de Colón a Fernando e Isabel.
- 1488 Bartolomeu Dias (portugués) llega al extremo meridional de África.
- 1492 El 2 de enero, Fernando e Isabel toman Granada. El 3 de agosto Colón parte para el primer viaje al Oeste. El 12 de octubre Colón llega a San Salvador; «descubre América». El 28 de octubre Colón descubre Cuba. El 6 de diciembre Colón descubre La Española.
- 1493 El 13 de marzo Colón retorna a España. El 4 de mayo el Papa Alejandro VI establece la Línea de Demarcación. El 25 de septiembre Colón emprende su segundo viaje. El 19 de noviembre Colón descubre Puerto Rico.
- 1494 El 7 de junio el Tratado de Tordesillas desplaza la Línea de Demarcación más al Oeste.
- 1497 El 19 de mayo Vasco da Gama (portugués) da la vuelta a África y llega a la India.
- 1498 El 30 de mayo Colón inicia su tercer viaje.
- 1500 El 22 de abril Cabral descubre Brasil.
- 1501 Cortereal navega hasta más allá del Labrador y le da nombre.
- 1502 El 9 de mayo Colón da comienzo a su cuarto viaje.
- 1504 Vespuccio sostiene que las tierras occidentales forman parte de un continente separado.
- 1506 El 6 de mayo muere Colón.

- 1507 Waidseemüller usa el nombre de «América» por primera vez.
- 1508 Ponce de León funda una colonia permanente en Puerto Rico.
- 1509 Enrique VII muere el 21 de abril. Enrique VIII se convierte en rey de Inglaterra.
- 1510 Fundación de S. Juan de Puerto Rico.
- El 11 de abril Ponce de León descubre la Florida. El 25 de
1513 septiembre Balboa divisa el océano (Pacífico) que está al oeste de las Américas.
- El 1 de enero se funda La Habana, en Cuba. Francisco I se convierte
1515 en rey de Francia.
- 1516 El 23 de enero Carlos I sube al trono de España.
- El 20 de septiembre Magallanes parte de España para un viaje de
circunnavegación. El 21 de octubre descubre el estrecho de Magallanes.
1519 El 18 de noviembre Cortés entra en Tenochtitlan (Ciudad de México).
El 28 de noviembre Magallanes entra en el océano Pacífico y le da
nombre.
- 1521 El 27 de abril Magallanes muere en las islas Filipinas.
- El 7 de septiembre El Cano, con un barco de la flota de Magallanes,
1522 retorna a España. Primera circunnavegación de la Tierra.
- 1524 El 17 de abril Verrazano entra en la bahía de Nueva York.
- 1528 Narváez explora la costa del golfo, al oeste de la Florida.
- 1534 El 10 de agosto Cartier entra en el golfo de San Lorenzo.
- 1536 Cabeza de Vaca retorna a México después de explorar Texas y el norte de México.
- 1540 Coronado explora el sudoeste americano.
- 1541 El 18 de junio De Soto descubre el río Mississippi.
- 1542 El 21 de mayo muere De Soto.
- El 28 de enero muere Enrique VII. Eduardo VI se convierte en rey
1547 de Inglaterra.
- El 6 de julio muere Eduardo VI. María I se convierte en reina de
1553 Inglaterra.
- El 16 de enero abdica Carlos I. Felipe II se convierte en rey de
1556 España.
- El 17 de noviembre muere María I. Isabel I sube al trono de
1558 Inglaterra.
- 1560 El 5 de diciembre Carlos IX se convierte en rey de Francia.

- 1564 Los hugonotes fundan una colonia en el norte de la Florida.
- 1565 Menéndez de Ávila destruye la colonia hugonota. El 8 de septiembre se funda San Agustín en la Florida.
- 1567 Hawkins y Drake son atacados por los españoles en Veracruz.
- 1573 El 3 de febrero Drake llega a Panamá. Avista el océano Pacífico.
- 1576 En Junio Frobisher descubre la isla de Baffin.
- 1577 El 13 de diciembre Drake inicia la circunnavegación de la Tierra.
- 1578 El 20 de julio Frobisher redescubre Groenlandia. El 6 de septiembre Drake entra en el océano Pacífico.
- 1579 Drake explora la costa occidental de América del Norte.
- 1580 Felipe II de España se convierte en rey de Portugal. El 26 de septiembre Drake retorna a Inglaterra, completa la circunnavegación de la Tierra.
- 1581 Esclavos negros son llevados a la Florida por primera vez.
- 1583 Gilbert trata de fundar una colonia inglesa en Terranova.
- 1584 Raleigh llama Virginia a la costa oriental de América del Norte.
- 1587 Davis explora la costa occidental de Groenlandia. White funda una colonia inglesa en la isla de Roanoke. El 18 de agosto nace Virginia Dare, primer vástago de padres ingleses nacido en territorio de los Estados Unidos.
- 1588 Inglaterra derrota a la Armada española.
- 1589 El 2 de agosto Enrique IV se convierte en rey de Francia.
- 1591 El 15 de agosto White retorna a Roanoke y halla destruida la colonia.
- 1598 Oñate explora Nuevo México. El 13 de septiembre muere Felipe II de España.
- 1602 El 15 de mayo Gosnold explora el cabo Cod.
- 1603 El 3 de abril muere Isabel II; Jacobo I se convierte en rey de Inglaterra.
- 1604 Champlain explora la costa de Nueva Inglaterra.
- 1606 El 10 de abril se fundan las Compañías de Plymouth y de Londres.
- 1607 El 13 de mayo es fundada Jamestown. Comienzos de la colonia de Virginia. En diciembre John Smith es salvado por Pocahontas.
- 1608 El 3 de julio los franceses fundan Québec.
- El 30 de Julio Champlain dispara contra los iroqueses. Comienzo de la enemistad entre franceses e iroqueses. El 3 de septiembre Hudson

1609 entra en la bahía de Nueva York. El 12 de septiembre Hudson comienza a navegar aguas arriba del río Hudson. El 5 de octubre John Smith es llamado de Virginia.

Los españoles fundan Santa Fe, en Nuevo México. El 14 de mayo Luis XIII se convierte en rey de Francia. El 8 de junio los barcos de lord De La Warr impiden el abandono de Jamestown. El 3 de agosto Hudson entra en la bahía de Hudson.

1612 Rolfe cultiva el tabaco de Virginia.

John Smith explora la costa de Nueva Inglaterra. Block explora la costa de Connecticut. Los neerlandeses fundan Fort Nassau (Albany, Nueva York).

1615 Champlain descubre los Grandes Lagos.

El 30 de julio se crea la Cámara de los Burgesses en Virginia, primera asamblea representativa en las colonias. En agosto son llevados a Virginia los primeros esclavos negros.

El 16 de septiembre los padres peregrinos abandonan Inglaterra. El 9 de noviembre llegan al cabo Cod. El 21 de noviembre firman el Pacto del Mayflower. El 16 de diciembre echan anclas frente a Plymouth.

1621 El 3 de junio los neerlandeses fundan la Compañía de las Indias Occidentales.

El 22 de marzo los indios de Opechancano atacan a los colonos de Virginia. El 10 de agosto Gorges y Mason reciben una carta para colonizar las costas de Nueva Inglaterra. Comienzo de la colonia de New Hampshire.

1624 La isla de Manhattan es colonizada por los neerlandeses.

1625 El 27 de marzo muere Jacobo I. Carlos I se convierte en rey de Inglaterra.

1626 El 4 de mayo Minuit compra la isla de Manhattan a los indios por 24 dólares.

1629 Los ingleses toman Québec. El 7 de junio los neerlandeses establecen el sistema *patroon* en Nueva Holanda.

1630 El 7 de septiembre es fundada Boston. Se crea la colonia de Massachussets.

1632 Los ingleses devuelven Québec a los franceses. El 16 de noviembre Cristina se convierte en reina de Suecia.

1634 El 27 de marzo es fundada Saint Mary. Comienzos de la colonia de Maryland.

- 1635 El 9 de octubre Roger Williams es desterrado de Massachussets. En octubre se funda Hartford. Comienzos de la colonia de Connecticut.
- 1636 En junio se funda Providence. Comienzos de la colonia de Rhode Island. El 28 de octubre se funda el colegio de Harvard.
- 1637 El 26 de mayo los indios pequot son derrotados en la bahía Mystic. El poder indio se derrumba en Connecticut y Rhode Island. El 8 de noviembre Anne Hutchinson es exiliada de Massachusetts.
- 1638 El 29 de marzo se funda Nueva Suecia a lo largo de las costas de la bahía de Delaware. El 15 de abril es fundada New Haven.
- 1640 Portugal reconquista su independencia de España.
- 1642 Los franceses derrotan a los españoles en la batalla de Rocroi. Queda destruida la preeminencia militar española.
- 1643 Se forma la Confederación de Nueva Inglaterra. El 14 de mayo muere Luis XIII. Luis XIV se convierte en rey de Francia.
- 1644 El 18 de abril Opechancano conduce el segundo ataque contra los colonos de Virginia. El poder indio en Virginia es destruido antes de finalizar el año.
- 1647 Peter Stuyvesant es nombrado gobernador de Nueva Holanda. Por primera vez se ahorca a una mujer por bruja en las colonias (en Connecticut).
- 1648 El 24 de octubre se firma el Tratado de Westfalia. Los Países Bajos son oficialmente independientes.
- 1649 El 30 de enero Carlos I de Inglaterra es decapitado. El 21 de abril se promulga en Maryland el Acta de Tolerancia.
- 1651 Stuyvesant funda Fort Casimir en la bahía de Delaware. El 9 de octubre Inglaterra aprueba la primera Acta de Navegación.
- 1652 El 18 de mayo Rhode Island prohíbe la esclavitud; se convierte en la primera colonia libre.
- 1654 Los suecos toman Fort Casimir.
- 1655 El 26 de septiembre Nueva Holanda absorbe a Nueva Suecia.
- 1658 El 3 de septiembre muere Oliver Cromwell.
- 1659 Virginia reconoce a Carlos II como rey de Inglaterra.
- 1660 El 8 de mayo Carlos II es aceptado formalmente como rey de Inglaterra.
- 1661 Virginia reconoce la esclavitud como institución legal.
- 1662 El 23 de abril Carlos II concede a Connecticut una carta.

- 1663 El 24 de marzo Carlos II otorga una carta a ocho cortesanos para colonizar la tierra situada al sur de Virginia. Fundación de la colonia de Carolina. El 8 de julio Carlos II otorga a Rhode Island una carta.
- 1664 El 24 de junio Cartaret y Berkeley reciben una carta para colonizar el sur de Nueva Holanda. Comienzo de la colonia de Nueva Jersey. El 7 de septiembre Nueva Amsterdam se rinde a los ingleses. Fundación de la colonia de Nueva York.
- 1665 El 5 de enero New Haven se fusiona con Connecticut.
- 1666 Allouer funda misiones a lo largo de los Grandes Lagos.
- 1667 El 21 de Julio se firma el Tratado de Breda. Los Países Bajos reconocen la posesión inglesa de Nueva York. Se reconoce la posesión francesa de Acadia. El 23 de septiembre Virginia aprueba una ley por la cual un negro sigue siendo esclavo aun después de convertirse al cristianismo.
- 1670 Primeras colonias en el sur de Albemarle. Comienzos de la colonia de Carolina del Norte. En abril se funda Charleston. Comienzos de la colonia de Carolina del Sur. El 2 de mayo los ingleses crean la Compañía de la bahía de Hudson.
- 1672 El conde Frontenac es nombrado gobernador de Nueva Francia.
- 1673 El 17 de junio Joliet y Marquette llegan al Mississippi superior. Le dan nombre. El 30 de Julio una flota neerlandesa retoma Nueva York.
- 1674 El 10 de noviembre los neerlandeses devuelven Nueva York a los ingleses.
- 1675 El 24 de junio comienza en Nueva Inglaterra la guerra del rey Filipo. El 19 de diciembre el rey Filipo es derrotado en la batalla del Gran Pantano.
- 1676 El 20 de abril Bacon conduce a los virginianos contra los indios. El 1 de Julio Nueva Jersey es dividida en Jersey Oriental y Jersey Occidental. El 12 de agosto el rey Filipo es muerto. El poder indio en Massachusetts es destruido. El 19 de septiembre Bacon incendia Jamestown. El 26 de octubre muere Bacon.
- 1679 El 24 de julio Carlos II otorga una carta a New Hampshire.
- 1680 Los indios pueblo se rebelan. Toman Santa Fe a los españoles.
- 1681 El 14 de marzo Carlos II concede a William Penn el derecho de colonizar la región situada al oeste del río Delaware. Comienzos de la colonia de Pensilvania.
- El 9 de abril La Salle llega a la desembocadura del río Mississippi.

- 1682 Reclama para Francia toda la cuenca del río (Luisiana). El 27 de abril Pedro I se convierte en zar de Rusia. El 27 de octubre se funda Filadelfia.
- 1683 Los colonos de Carolina fundan Port Royal.
- 1684 El 5 de septiembre tiene lugar la última reunión de la Confederación de Nueva Inglaterra. El 23 de octubre es anulada la carta de Massachusetts.
- 1685 El 6 de febrero muere el rey Carlos II. Jacobo II se convierte en rey de Inglaterra. El 18 de octubre Luis XIV revoca el Edicto de Nantes. El protestantismo ya no es tolerado en Francia.
- 1686 El 3 de Junio se crea el Dominio de Nueva Inglaterra. Andros es nombrado gobernador. El 17 de agosto los españoles expulsan a los carolinos de Port Royal.
- 1687 El 15 de marzo se establece la Iglesia Anglicana en Boston. El 19 de mayo muere La Salle.
- 1688 En abril los cuáqueros de Germantown, Pensilvania, publican una protesta contra la esclavitud. En noviembre Jacobo II es expulsado del trono de Inglaterra.
- 1689 Empieza la guerra del rey Guillermo. El 13 de febrero Guillermo III y María II comienzan a gobernar a Inglaterra. El 18 de abril es arrestado Andros. El Dominio de Nueva Inglaterra es disuelto. El 1 de junio estalla la rebelión de Leisler en Nueva York. El 4 de agosto los iroqueses hacen una matanza en Lachine, Nueva Francia. El 1 de diciembre Leisler se proclama gobernador de Nueva York.
- 1690 El 8 de febrero franceses e indios hacen una matanza en Schenectady, Nueva York. El 1 de mayo Leisler llama a la acción colonial unida contra franceses e indios. El 11 de mayo colonos al mando de Phips toman Port Royal, en Acadia. El 31 de julio franceses e indios hacen una matanza en la colonia de Portland, Maine. El 7 de octubre Phips llega a Québec pero no consigue tomarla.
- 1691 El 16 de mayo Leisler es ejecutado. El 7 de octubre Massachusetts obtiene una nueva carta y absorbe a Plymouth.
- 1692 Locura de la hechicería en Salem. Los españoles retoman Santa Fe.
- 1693 El 8 de febrero se funda el colegio de Guillermo y María.
- 1694 El 28 de diciembre muere María II de Inglaterra.
- 1696 Carolina del Sur establece la libertad religiosa para todos los protestantes.

- 1697 El 10 de septiembre el Tratado de Ryswick pone fin a la guerra del rey Guillermo. No hay cambio alguno en Norteamérica.
- 1698 Los españoles fundan Pensacola en la Florida.
- 1699 La capital de Virginia es transferida de Jamestown a Williamsburg. Los franceses fundan Biloxi sobre la costa del golfo.
- 1700 El 1 de noviembre muere Carlos II de España. El nieto de Luis XIV se convierte en rey de España con el nombre de Felipe V.
- 1701 El 23 de mayo es ahorcado el capitán Kidd. El 24 de julio los franceses fundan Detroit.
- 1702 Los carolinos saquean San Agustín, en la Florida. El 8 de marzo muere Guillermo III. La reina Ana se convierte en reina de Inglaterra. El 17 de abril Jersey Oriental y Jersey Occidental vuelven a unirse para formar Nueva Jersey. El 4 de mayo empieza la guerra de la reina Ana.
- 1704 El 29 de febrero franceses e indios hacen una matanza en Deerfield, Massachusetts. El 24 de abril se inicia la publicación del *Boston Newsletter* primer periódico publicado regularmente en las colonias.
- 1705 Los franceses fundan Vincennes (Indiana).
- 1706 El 17 de enero nace Benjamín Franklin.
- 1707 El 6 de marzo se promulga el Acta de Unión; Inglaterra, Gales y Escocia se convierten en el Reino Unido de Gran Bretaña. El 22 de noviembre los condados de la bahía de Delaware obtienen su propia legislatura. Formación de la colonia de Delaware.
- 1708 El 29 de agosto franceses e indios hacen una matanza en Haverhill, Massachusetts.
- 1709 Los cuáqueros fundan un templo en Boston.
- 1710 Los franceses fundan Mobile (Alabama). El 16 de octubre los colonos toman Port Royal, Acadia, y cambian su nombre por el de Annapolis Royal.
- 1711 Fracasa un ataque británico contra Québec. El 22 de septiembre empieza la guerra Tuscarora con una matanza en Nueva Berna, Carolina.
- 1712 El 12 de abril se produce una revuelta de esclavos negros en Nueva York. El 9 de mayo Carolina es dividida en Carolina del Norte y Carolina del Sur. El 7 de junio se prohíbe en Pensilvania la importación de esclavos negros.
- 1713 El 11 de abril el Tratado de Utrecht pone fin a la guerra de la reina Ana. Acadia se convierte en británica con el nombre de Nueva Escocia.

- 1713 Francia reconoce como británicas las costas de la bahía de Hudson. Se construye la fortaleza de Louisbourg.
- 1714 El 1 de agosto muere la reina Ana. Jorge I sube al trono de Gran Bretaña.
- 1715 Guerra de los indios yamasíes en Carolina del Sur. El 1 de septiembre muere Luis XIV. Luis XV se convierte en rey de Francia.
- 1716 Los franceses fundan Natchez (Mississippi).
- 1718 Los franceses fundan Nueva Orleans. Los españoles fundan San Antonio (Texas).
- 1724 Pedro I de Rusia designa a Bering para que explore el Lejano Oriente siberiano.
- 1725 El 8 de febrero muere Pedro I. Catalina I se convierte en zarina de Rusia.
- 1727 El 12 de junio muere Jorge I. Jorge II sube al trono de Gran Bretaña.
- 1728 Bering descubre el estrecho de Bering. Demuestra que Norteamérica no está unida a Asia.
- 1729 El 8 de agosto se funda Baltimore, en Maryland.
- 1731 Franklin funda la primera biblioteca circulante de las colonias.
- 1732 Franklin inicia la publicación del *Poor Richards Almanac*. Se crea en Nueva Jersey el primer servicio de diligencias de las colonias. El 22 de febrero nace Jorge Washington.
- 1733 El 12 de febrero se funda Savannah. Comienzos de la colonia de Georgia. El 17 de mayo Gran Bretaña promulga el Acta de la Melaza.
- 1734 Comienza el Despertar Religioso.
- 1735 Se funda Augusta, en Georgia. August Zenger es enjuiciado por difamación en Nueva York y es absuelto.
- 1736 Franklin crea el primer parque de bomberos de las colonias.
- 1739 Fierre y Paúl Mollet divisan las Montañas Rocosas en lo que hoy es Colorado. El 19 de octubre Gran Bretaña declara la guerra a España. La guerra de la oreja de Jenkins. El 22 de noviembre Vernon toma Portobello, Panamá.
- 1740 Comienza la guerra del rey Jorge. En mayo los georgianos ponen sitio a San Agustín, en la Florida. El 31 de mayo Federico II se convierte en rey de Prusia. El 20 de octubre María Teresa se convierte en archiduquesa de Austria.
- Bering descubre las islas Aleutianas y divisa Alaska. Vernon pone

mando de Vernon.

1742 Verendrye llega a Black Hill (Dakota del Sur). Franklin inventa la «estufa de Franklin». El 7 de julio los georgianos derrotan a los españoles en la batalla del Pantano Sangriento.

1743 Lawrence Washington construye Mount Vernon.

1744 Se publica la primera novela de las colonias.

1745 El 17 de Junio los colonos, bajo el mando de Pepperrell, toman Louisbourg.

1748 El 18 de octubre el Tratado de Aquisgrán pone fin a la guerra del rey Jorge. Louisbourg es devuelta a Francia.

1749 Se funda Halifax, en Nueva Escocia.

1750 Gist explora el río Ohio superior.

1752 Se crea el primer hospital de las colonias en Filadelfia. El 1 de enero las colonias adoptan el calendario gregoriano. En junio Franklin hace remontar una cometa en una tormenta; prueba que el rayo es una descarga eléctrica.

1753 Franklin inventa el pararrayos. Es nombrado director general de correos de las colonias. Francia explora y reclama para sí el territorio de Ohio. El 4 de diciembre Washington entrega un mensaje a los franceses ordenándoles salir de Ohio.

1754 El 17 de abril los franceses construyen Fort Duquesne. El 28 de mayo Washington ataca a un destacamento francés y da comienzo a la guerra contra Franceses e Indios. El 19 de junio el Congreso de Albany empieza sus sesiones. El 3 de Julio Washington se rinde en Fort Necessity. El 10 de julio el Congreso de Albany adopta el plan de unión de Franklin.

1755 El 20 de febrero Braddock llega a Virginia. El 9 de julio se libra la batalla de Monongahela, «la derrota de Braddock». August Johnson derrota a los franceses en la batalla del lago George. El 8 de octubre los británicos dan inicio a las deportaciones de acadios.

1756 El 13 de mayo Montcalm llega a Nueva Francia como comandante en jefe. El 18 de mayo Gran Bretaña declara la guerra a Francia. El 22 de julio Loudon se convierte en comandante en jefe de las fuerzas británicas en América del Norte. El 14 de agosto Montcalm toma Fort Oswego. En noviembre Pitt entra en el gabinete.

En junio Pitt es nombrado ministro de Guerra. En julio Loudon fracasa en Louisbourg. El 9 de agosto Montcalm toma Fort William

1757 fracasa en Louisbourg. El 9 de agosto Montcalm toma Fort William Henry. El 30 de diciembre Abercrombie reemplaza a Loudon como comandante en jefe.

1758 El 8 de julio Montcalm derrota a Abercrombie en la batalla de Ticonderoga. El 26 de Julio Louisbourg es tomada por los británicos conducidos por Amherst. El 27 de agosto Bradstreet toma Fort Frontenac. El 18 de septiembre Amherst reemplaza a Abercrombie como comandante en jefe. El 24 de noviembre Forbes ocupa Fort Duquesne y construye Fort Pitt.

1759 El 26 de junio los británicos, bajo el mando de Wolfe, desembarcan cerca de Québec. El 25 de julio los británicos toman Fort Niágara. El 26 de julio los franceses abandonan Fort Ticonderoga. El 27 de julio fracasa el intento de Montcalm de incendiar los barcos británicos. El 31 de Julio los franceses abandonan Crown Point. El ataque de Wolfe contra Québec fracasa. El 13 de septiembre los británicos derrotan a los franceses en las llanuras de Abraham. Wolfe es muerto. Montcalm es herido mortalmente. El 18 de septiembre Québec se rinde a los británicos.

1760 El 27 de abril los franceses derrotan a los británicos en Québec; ponen sitio a la ciudad. El 15 de mayo los británicos rompen el asedio de Québec. El 8 de septiembre los británicos toman Montreal. El 25 de octubre muere Jorge II. Jorge III se convierte en rey de Gran Bretaña. El 29 de noviembre los británicos toman Detroit.

1762 El 2 de enero Gran Bretaña declara la guerra a España. El 3 de noviembre se firma el Tratado de Fontainebleu. Francia cede a España la Luisiana, al oeste del Mississippi.

1763 El 10 de febrero el Tratado de París pone fin a la guerra contra Franceses e Indios. Francia pierde Canadá y todas las tierras al este del Mississippi en favor de Gran Bretaña. España pierde la Florida, que pasa a poder de Gran Bretaña.



ISAAC ASIMOV. (2 de enero de 1920 - 6 de abril de 1992). Fue un escritor y bioquímico estadounidense nacido en Rusia, aunque su familia se trasladó a Estados Unidos cuando él tenía tres años. Es uno de los autores más famosos de obras de ciencia ficción y divulgación científica.

Fue un escritor muy prolífico (llegó a firmar más de 500 volúmenes y unas 9.000 cartas o postales) y multitemático: obras de ciencia ficción, de divulgación científica, de historia, de misterio... Baste decir que sus trabajos han sido publicados en nueve de las diez categorías del Sistema Dewey de clasificación de bibliotecas.

El libro que aquí nos ocupa pertenece a los de divulgación histórica, serie de obras que ha sido común e informalmente llamada *Historia Universal Asimov* y está compuesta por un total de catorce volúmenes, con mapas y cronología incluidas en cada uno de ellos, comprendiendo las más importantes civilizaciones y periodos históricos. *La formación de América del Norte* es el undécimo de los volúmenes de dicha serie.

Notas

[1] Con frecuencia se dice que los indios son de piel roja y que los asiáticos del Este son de piel amarilla, pero que no hay duda de que las imágenes a que dan origen tales descripciones de color son exageradas. << <<

[2] Véase mi libro *El Cercano Oriente*, Alianza Editorial, Madrid, 1980. << <<

[3] Véase mi libro *La Tierra de Canaán*, Alianza Editorial, Madrid. 1980. <<

[4] Desde entonces, y por más de mil años, Islandia ha estado estrechamente asociada con las naciones escandinavas, tanto cultural como políticamente. En tiempos modernos, Islandia y las islas Feroe formaron parte del reino danés. Las islas Feroe aún forman parte de él, si bien tienen considerable autonomía. Islandia se convirtió en república independiente en 1944. <<

[5] Desde 1960 un arqueólogo noruego, Helge Ingstad, ha estado descubriendo rastros de casas en ese extremo septentrional, casas que quizá sean reliquias de una antigua colonia fundada por Leif o por los que llegaron después. <<

[6] El hallazgo más notable no se realizó en Nueva Inglaterra, sino mucho más tierra adentro. Se trata de la «Piedra con Runas de Kensington», descubierta cerca del pueblo de este nombre, en Minnesota, por un granjero de origen sueco, en 1898. Tenía inscripciones en runas (es decir, el tipo de alfabeto usado por los vikingos) y estaba fechada en 1362. Describía a un pequeño grupo de exploración de unos treinta hombres que acabaron trágicamente, es de presumir que a manos de los indios. Los expertos en este campo están totalmente convencidos de que se trata de un fraude. <<

[7] Pero Groenlandia no quedó vacía. Los esquimales permanecieron en ella, y todavía hoy hay alrededor de 25.000 esquimales viviendo en Groenlandia. Pero, en gran medida, ahora dependen de la tecnología occidental para su bienestar. <<

[8] Un error que cometió Marco resultó tener más importancia que sus exactitudes. Influida quizá por el antiguo Tolomeo, calculó mal la lejanía hacia el este de China y Japón con respecto a Europa. Como veremos, esto dio origen a una afortunada equivocación. <<

[9] En tiempos antiguos, la tierra más oriental conocida por los griegos y los romanos era la India. Como resultado de ello, se dio también su nombre, de una manera vaga, a todo el este más allá de la India. Para indicar que había diversas tierras que constituían esa India distante, se usó el plural, por lo que «las Indias» se convirtió en el término común en inglés (como en español). <<

[10] Las fronteras de Portugal casi no han cambiado en ochocientos años, lo cual es un récord para Europa. <<

[11] Un pinzón amarillo de alegre canto y nativo de esas islas se convirtió en un popular animalillo doméstico en siglos posteriores, por lo cual esos pájaros son hoy llamados «canarios». <<

[12] En la acción de ganar esta guerra, España puso a prueba su temple militar. Bajo la sagaz conducción de los dos monarcas, se convirtió en una gran potencia. De hecho, el ejército español llegó a ser el mejor de Europa, posición que mantendría durante casi un siglo y medio. <<

[13] Para distinguirlos de los nativos del país asiático de la India, los habitantes nativos de los continentes americanos son a veces llamados «indios americanos» o hasta «amerindios». Pero el nombre común es sencillamente «indios». <<

[14] Era común en tiempos medievales y comienzos de los tiempos modernos latinizar los nombres de personas que escribían libros o acerca de los cuales se escribían libros, pues el latín era la lengua de los sabios y la lengua en que se escribían los libros serios. Christopher Columbus (forma inglesa del nombre de Colón) es también un nombre latinizado, cuya forma italiana es Cristoforo Colombo y su forma española Cristóbal Colón. <<

[15] Los españoles no sólo esclavizaron a los indios. En 1501 Fernando e Isabel dieron permiso para importar negros africanos a La Española, comenzando así la historia de la esclavitud de los negros en América. Se pensaba que los negros se adaptaban a la esclavitud mejor que los indios, pero probablemente a nadie le gusta ser esclavo. La primera revuelta de los negros en las Américas se produjo en La Española, en 1522. Fue sofocada. <<

[16] Carlos I se convirtió en Sacro Emperador Romano en 1519. Fue el quinto emperador que llevó el nombre de «Carlos», por lo que es más conocido en la historia como el emperador Carlos V. <<

[17] Al principio se creyó que el estrecho de Magallanes separaba a dos continentes, América del Sur y una gran masa terrestre polar. La masa polar terrestre existe, es la «Antártida», pero se halla bastante más al sur que Sudamérica. La tierra situada al sur del estrecho de Magallanes resultó ser una isla, y se la llamó «Tierra del Fuego», porque desde los barcos de Magallanes se avistaron fuegos en ella. <<

[18] Es una extraña coincidencia el que los primeros viajes al Oeste patrocinados por España, Inglaterra y Francia estuviesen todos al mando de navegantes italianos. <<

[19] Este nombre deriva del de otra de las islas míticas de los mares occidentales, y apareció en una obra de ficción escrita en 1510. Cuando el extremo meridional de una larga península que se extendía frente a la costa occidental de México fue avistada por vez primera por hombres de Cortés, se pensó que era una isla y se la llamó «California». El nombre fue luego aplicado a toda la península y también a las regiones situadas al norte de ella. < <

[20] Sin embargo, nadie parecía quererla, y esto no es de extrañar. Ciertamente, los ingleses nunca la reclamaron, pese a haber sido divisada por Caboto y Fronisher. En 1721 un misionero danés, Hans Egede, desembarcó allí para trabajar con los esquimales de la isla. Desde entonces Groenlandia ha sido una colonia danesa y nuevamente escandinava, lo cual parece bastante apropiado. <<

[21] En 1581 los españoles llevaron esclavos negros a la Florida. Fue la primera aparición de negros (un cuarto de siglo antes de la creación de la primera colonia inglesa permanente) en el territorio que hoy constituye los Estados Unidos continentales. <<

[22] Sin embargo, las dos naciones permanecieron separadas en todos los demás aspectos durante el siglo xvii, por lo que continuaré hablando de Inglaterra como país separado. <<

[23] Forma parte del folklore de los Estados Unidos la creencia de que los indios eran bárbaros, crueles y sedientos de sangre. En realidad eran invariablemente amistosos —mucho más de lo que los europeos habrían sido con invasores indios— y hasta ayudaban a los colonos blancos que invadían sus costas. Estaban dispuestos a permitir a los europeos compartir sus tierras de caza. Sólo cuando los europeos empezaron a tratar a los indios como a seres inferiores y a excluirlos de las regiones que les habían pertenecido las relaciones se deterioraron para dar lugar a la enemistad y la guerra. <<

[24] En 1616 Pocahontas fue con Rolfe a Inglaterra y fue presentada al rey. Pero al año siguiente murió, con sólo veintidós años de edad, antes de que pudiese retornar a América. Su hijo sobrevivió, se estableció en Virginia y fue el antepasado de una notable familia virginiana. <<

[25] Llegaría un tiempo en que la mayor ciudad de Maryland sería llamada Baltimore, en honor a los hombres que la convirtieron en una realidad. <<

[26] El *Mayflower*, de 33 metros de largo y 180 toneladas de desplazamiento, es conocido sólo por este viaje, pero esto es suficiente para hacer de él uno de los barcos más famosos de la historia. Se ha convertido en el símbolo de los «Padres Peregrinos» —como los separatistas fueron llamados a causa de sus viajes—, quienes, por alguna razón, son los más deificados de todos los primeros colonos de la tradición norteamericana. <<

[27] Es esta celebración la que ahora se conmemora con la fiesta del Día de Acción de Gracias, el cuarto jueves de noviembre. <<

[28] La bahía de Massachussets, situada inmediatamente al norte de Pensilvania, fue así llamada por John Smith en su expedición cartográfica de 1614. El nombre proviene de palabras indias que significan «cerca de la gran colina», referencia a las colinas de la región donde los indios se reunían para sus conversaciones. <<

[29] Massachussets y Connecticut fueron las únicas colonias inglesas de la costa norteamericana que recibieron nombres indios. <<

[30] Ése es aún el nombre oficial del Estado norteamericano que surgió de la colonia, de modo que el más pequeño de los cincuenta Estados tiene el nombre más largo. <<

[31] Francia e Inglaterra también se apoderaron de islas en esta región. Francia hizo pie en la parte occidental de La Española, la más antigua colonia de España; mientras que Inglaterra tomó las Bermudas, las Bahamas, Barbados y Jamaica. Durante un tiempo estas islas inglesas fueron mucho más valiosas para Inglaterra que las colonias de tierra firme. Había más colonos en las islas en 1630 que en toda Virginia. <<

[32] Quizá un presagio del futuro fuera éste: en 1650, se calcula que la población total de las colonias inglesas era de 52.000 personas, es decir, al menos cinco veces mayor que la de las colonias francesas, neerlandesas y suecas sumadas. Y esta desproporción no cambiaría si a éstos sumásemos los españoles que habitaban la Florida. <<

[33] Se cuenta que Penn, habiendo obtenido una audiencia con el rey, se acercó a éste con el sombrero clavado en su cabeza, a la manera de los cuáqueros. De inmediato, Carlos II se quitó el suyo. «¿Por qué te quitas el sombrero, amigo Carlos?», preguntó Penn. A lo que Carlos respondió: «Porque, según una costumbre de este país, cuando el rey está en la habitación, sólo un hombre permanece con la cabeza cubierta». <<